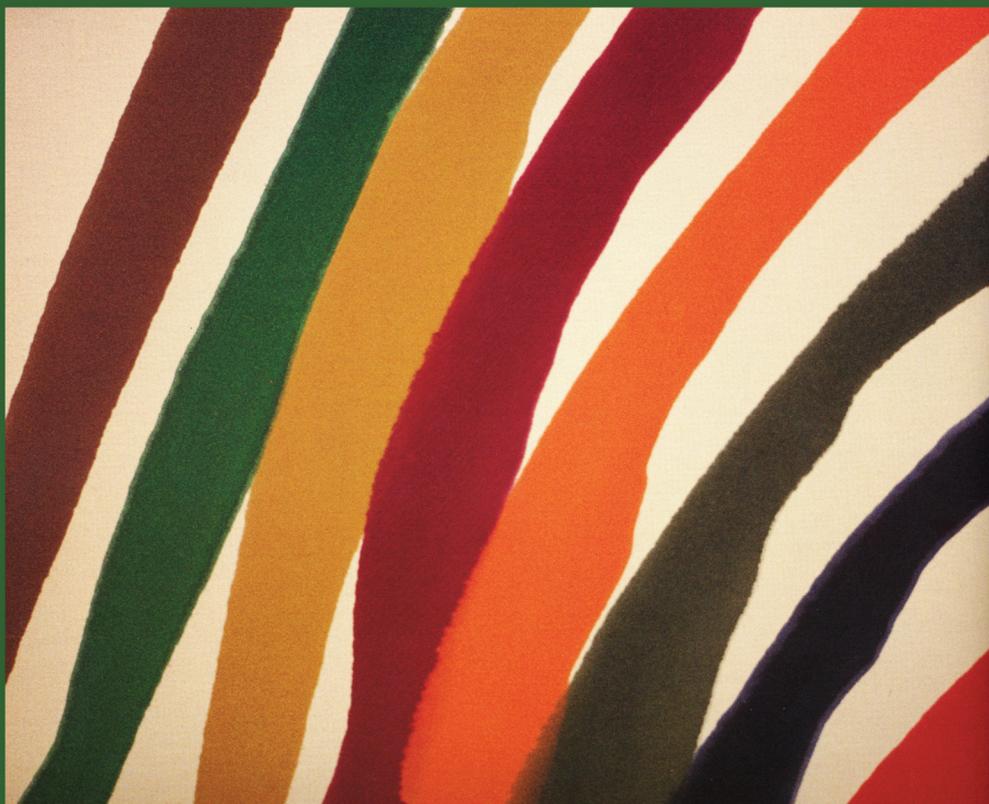


# **UN GEÓGRAFO FRANCÉS EN AMÉRICA LATINA**

**Cuarenta años de recuerdos  
y reflexiones sobre México**

**Claude Bataillon**



EL COLEGIO DE MÉXICO  
EL COLEGIO DE MICHOACÁN  
CENTRO DE ESTUDIOS MEXICANOS Y CENTROAMERICANOS



# UN GEÓGRAFO FRANCÉS EN AMÉRICA LATINA

Cuarenta años de recuerdos y reflexiones sobre México

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

# UN GEÓGRAFO FRANCÉS EN AMÉRICA LATINA

Cuarenta años de recuerdos y reflexiones sobre México

*Claude Bataillon*



EL COLEGIO DE MÉXICO  
EL COLEGIO DE MICHOACÁN  
CENTRO DE ESTUDIOS MEXICANOS Y CENTROAMERICANOS

917.208

B328g

Bataillon, Claude

Un geógrafo francés en América Latina : cuarenta años de recuerdos y reflexiones sobre México / Claude Bataillon ; traducción, Clara Segovia. -- la ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos ; El Colegio de Michoacán ; Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2008.

165 p. ; 22 cm.

ISBN 968-12-1325-4.

1. Bataillon, Claude – Conocimiento – México. 2. México – Civilización – Siglo XX. I. t.

Primera edición, 2008

Traducción: Clara Segovia

D.R. © El Colegio de México, A. C.

Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D. F.  
[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

D.R. © El Colegio de Michoacán, A.C.

Martínez de Navarrete 505  
Col. Las Fuentes  
59699 Zamora, Michoacán  
[www.colmich.edu.mx](http://www.colmich.edu.mx)

D.R. © Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos

Sierra Leona 330  
Col. Lomas de Chapultepec  
11000 México, D.F.  
[www.cemca.org.mx](http://www.cemca.org.mx)

ISBN 968-12-1325-4

Impreso en México

## ÍNDICE

I. Un oficio: transmisor	9
II. El gran viaje (1962-1965)	19
III. Alrededor de 1968	77
IV. El México faraónico (1970-1981)	89
V. En la época del crac	117
VI. Fin de carrera (1985-1990)	135
VII. Saldos y tiempo largo (1990-2005)	151



# I UN OFICIO: TRANSMISOR

OBSERVADOR-TRANSMISOR

El México del que voy a hablar aquí es sobre todo el que viví; por eso se trata de un descubrimiento: ciertamente aquello que descubría, yo, francés e intelectual, eran hechos a menudo evidentes para los mexicanos. Pero esos hechos en general desconocidos (en aquel entonces o todavía ahora) por los franceses, también a veces eran invisibles para los mexicanos: ¿cómo un mexicano puede estar enterado de la originalidad de su vida cotidiana si nunca ha salido de ella? En estos recuerdos no siempre he podido separar lo que vi y viví de lo que pude haber inventado en mis interpretaciones o soñado en mis recuerdos. Felizmente dispongo de correspondencia, agendas, informes, publicaciones y recortes de periódicos del momento que puedo entrecruzar con mis recuerdos, lo que a veces ayuda a enmarcar mi propósito.

En tan largo tiempo si no hubiera sido más que un observador frío y externo me hubiera aburrido pronto de los mexicanos y de México; pero el trabajo constante (y espero, renovado) sobre este país cobró sentido gracias al entramado de amistades que inextricablemente se engarzaron en este trabajo. Estas amistades orientaron mis juicios e incluso mis observaciones, y la constante y duradera renovación de estas observaciones no se puede concebir sino por el deseo de entretener, de renovar dichas amistades.

Este vaivén entre Francia y México inevitablemente me impuso un papel de transmisor, de traductor intelectual entre ambos países; papel por supuesto valorizador: explicar a los unos lo que son los otros, en la manera de vivir pero también en el funcionamiento específico de las instituciones, lo que es aún más apreciado porque para los franceses los usos y costumbres de los mexicanos (una vez superados los aspectos turísticos y los estereotipos) son, sin duda, los más exóticos de los grandes países latinoamericanos. No sé si sea el caso a la inversa. Por ejemplo, ayudarle a un colega a llevar a buen término “con el otro” la traducción y edición de su libro es sin duda apreciable; pero, de manera más profunda, poder descodificar aquello que hace que uno sea considerado honorablemente por sus cualidades, aquí o allá como conferencista, autor o experto, necesita de un traductor más sutil: se puede fallar en esto cuando se creen aún válidas las costumbres que alguna vez conocimos, pero que se han extinguido.

Pero a la larga, la investigación en ciencias humanas sobre un país “ajeno” induce a determinar los temas y los problemas que serán “portadores” para los dos sistemas en los cuales nos entrometemos. Así, la solicitud mexicana versará sobre los grandes

miedos sucesivos del país, para los cuales propondremos la capacidad y la destreza de los franceses: crecimiento demográfico, macrocefalia de la capital, y contaminación y equilibrio ecológico; no obstante, si un equipo francés quiere proponerle a sus interlocutores mexicanos algo sobre política regional, o técnicamente hablando un atlas, puede enfrentarse –ya lo veremos– con problemas en los que el dominio nacional del territorio está en juego; es pues un asunto difícil para los extranjeros. Sin embargo, la oferta francesa de teorías sobre la ciudad es bienvenida, cualquiera que sea la pertinencia de su contenido. Y podemos entendernos (por ejemplo a partir de los años noventa en el marco de los programas Ecos<sup>1</sup> de cooperación franco-mexicana) si insistimos en la cooperación entre universidades de provincia.

Es preciso recordar que para llevar a cabo el papel de transmisor, en los años sesenta dependíamos estrechamente de un bien muy preciado: un boleto de avión, que poco a poco se convirtió en un objeto banal y barato. Pero para que el transmisor ejerza su oficio con prestigio y se le dé el respeto que merece necesita de una invitación oficial (a participar en un coloquio o una conferencia, a dar un curso o, como pocas veces sucedía, a llevar a cabo una investigación). Estas exigencias, financieras o protocolarias, se borran en el otoño de mi vida frente a la facilidad de los viajes y la apertura de una sociedad mexicana cada vez más transparente, a la que puedo visitar amistosamente, sin presiones.

#### VIAJAR

Mis recuerdos mexicanos abarcan más de cuarenta años; sin embargo, sumando los años, meses y semanas, sólo viví ocho años en México. Algunas estancias largas, hace mucho tiempo, y cada vez más estancias cortas para luego regresar lo más posible a “verdaderas” estancias no muy cortas, que me dan un placer siempre renovado. Y dada la cantidad de estancias cortas –sin duda más de cuarenta travesías del Atlántico entre ambos países– el paisaje de la ciudad de México en el momento del aterrizaje es ahora para mí una suerte de prueba: ¿reconoceré cada ciudad o suburbio cercano a la metrópolis, y cada pedazo de suburbio, cada colonia, cada monumento de la ciudad?

De hecho, mis visitas al país empezaron con una estancia de total extrañamiento que duró cuatro años (1962-1965). Siguió una larga ruptura, apenas salpicada de algunos viajes cortos, con excepción de los seis meses pasados en 1969. Aproveché de nueva cuenta un trimestre en el país, en 1980, antes de volver para vivir ahí durante dos años en 1982-1984. Siguieron numerosos viajes cortos antes de poder disfrutar libremente del país, con verdaderas estancias, a partir de 1997; es decir, cuando el retiro puso fin a mis obligaciones profesionales. Contar todo esto exige

<sup>1</sup> Evaluación de Cooperación Científica con América Hispánica (Evaluation de Coopération Scientifique avec l'Amérique hispanophone).

cierto esfuerzo para distinguir entre distintas situaciones, cuyos repetidos elementos me hacen perder el hilo temporal.

#### UN INVESTIGADOR LATINOAMERICANISTA

Puesto que mi trabajo profesional de investigador comenzó en 1962, escribí numerosos libros y artículos sobre México; sin duda noventa por ciento de lo que produje. Cada texto es un pedazo, pequeño o grande, de memoria. ¿Cómo, en su momento, recolecté esta información y con qué fin? ¿Cómo compuse el texto a partir de las cartas que lo acompañan? ¿Cómo logré que este texto fuera publicado y cuál fue su éxito? ¿Fue duradero? ¿Con qué tipo de público y por qué? ¿Cómo fue posible la traducción al español? Nada de esto es “natural”; fueron tantas las instituciones y los colegas que incidieron para que el texto “caminara” o fracasara. Es a menudo más útil recordar la historia de un fracaso que enternecerse con el recuerdo de un éxito.

México (a través por supuesto de algunas de sus élites) se quiso entender como la pieza maestra de una realidad más amplia: América Latina; pero para mí fueron las múltiples instituciones en las cuales participé las que eran latinoamericanas. Así fui inducido incesantemente a acomodar mi conocimiento de México a este marco “regional”, ya fuera para mostrar por qué este país era ejemplar de una región mayor (lo cual era a menudo fácil pero a veces inexacto), o para, al contrario, descodificar lo que eran las diferencias más profundas entre los países concernidos, detrás de las similitudes aproximativas y los discursos federativos. Por lo tanto, de vez en vez tendré que salirme de México para verlo desde sus países vecinos, aunque los conozca a lo mucho de manera superficial.

#### POR QUÉ ESTE MÉXICO PARA MÍ

Mis antecedentes sobre México no me pertenecen; son de mi padre, Marcel Bataillon. Claro que él como especialista de historia religiosa del mundo ibérico del siglo XVI había abordado México en los años treinta, sobre todo a través de sus intercambios eruditos con Robert Ricard: los intercambios por carta son testigo de sus reflexiones cruzadas. Pero fue en 1948 cuando descubrió el Nuevo Mundo, en un viaje de seis meses que empezó por siete semanas en México; entonces negoció con Daniel Cosío Villegas la traducción de su *Erasmus y España* por el Fondo de Cultura, publicada en 1950. Para mí, como adolescente, todo eso era lejano, irreal, aunque sabía que mi padre tenía amigos ahí, refugiados españoles, como Giner de los Ríos y tantos más; que conocía mexicanos como Alfonso Reyes. Fue en ese momento que oí hablar del IFAL (Instituto Francés de América Latina), hijo querido de Paul Rivet, o de Jean Sirol. Pronto tendría la oportunidad de ver en

París a Antonio Alatorre, traductor de *Erasmus y España*. Así, México es un horizonte familiar, pero que le pertenece a mi padre.

Algunos años más tarde, como estudiante de geografía que preparaba el concurso de *agrégation*,<sup>2</sup> tuve que aprender algunos rudimentos sobre América Latina; pero sobre el Cono Sur, no Mesoamérica, acerca de la cual no sabría nada hasta no haber leído, traducido al francés, *El corazón de piedra verde* de Salvador de Madariaga. Sobre el mismo tema –la conquista de Mesoamérica– asistí a mi mujer, Françoise, cuando se iniciaba en él para el mismo examen de *agrégation*. Tanto así que ella pensaba encontrar canales y chinampas por toda la ciudad de México al bajarse del avión.

Un pobre bagaje para esta pareja que aterriza en México en 1962.

#### LA CULTURA DE UN GEÓGRAFO FRANCÉS

Debemos profundizar un poco más sobre lo que era mi cultura como joven geógrafo, sobre el Tercer Mundo en general y África en particular, esencialmente el Magreb. Mi formación de base como geógrafo valoraba particularmente el trabajo de campo: era una cultura de la geografía física en la que aprendíamos a interpretar paisajes naturales –tal cual los vemos, claro– pero sobre todo cómo se representan en un mapa geográfico detallado. Pronto me convertí en un técnico experimentado en este ejercicio escolar, pero sentía desdén por su lado convencional, escolástico. Además, para mí, la geografía era ante todo la llave para la comprensión de la variedad de las sociedades; mi interés era mucho mayor por el hombre que por la naturaleza.

Otro pliego de la cultura del joven geógrafo era un conocimiento relativamente enciclopédico de cierto número de países del mundo. Antes que nada y por supuesto Francia para, como futuro maestro de liceo, transmitir a los alumnos un vistazo sobre su propio patrimonio. Esta geografía de Francia, indefinidamente detallada, me aburría, pero había aprendido lo necesario para aprobar el examen. La geografía del Magreb era un apéndice natural: todavía en 1952 pocos eran los que se daban cuenta de que este reinado francés llegaría a su fin, de manera dramática para Argelia, en los diez años siguientes. Estos países exóticos que al contrario de Francia me apasionaban, me eran en parte familiares: siendo niño había vivido en Argel (1931-1937), y a partir de 1947 visité a mi hermano mayor, funcionario de la administración colonial en el Sahara argelino. Pero también había que estudiar otros países según los programas que cambiaban año con año; me tocó la suerte de estudiar China y el sureste de Asia, los países concéntricos del Mediterráneo entre los cuales se encontraba España, y los países del hemisferio sur (Australia,

<sup>2</sup> Concurso para poder ejercer como profesor de un liceo o de algunas facultades. En el sistema de la enseñanza media francesa existen dos categorías de profesores; los *agrégés* forman el nivel superior, desde luego mejor pagado.

Sudáfrica, el Cono Sur de América). Fue así como el azar me hizo conocer el “mundo subdesarrollado” que me apasionaba, en vez de aprender el mundo industrializado (Europa, la URSS, Estados Unidos) que me aburría.

Faltaba la geografía humana, para mí, único conjunto noble de la geografía. Fue principalmente Pierre Georges quien me la enseñó (estaba en la cúspide de su vida científica) hacia 1952. Sabía darle forma a la diversidad de las organizaciones territoriales en el mundo e incluir una importante dosis de consideraciones sociales, en términos poblacionales, de ciudades y campos, más allá de la simple enumeración de los “recursos naturales”, las producciones y su comercialización. Pierre Georges, todavía comunista en aquella época, tenía una trama que unos veían como verdaderamente científica para clasificar las organizaciones territoriales según un esquema apoyado en el postulado del progreso de la humanidad. La actividad minera (a manera de ejemplo) era poca en las sociedades “primitivas”, se desarrollaba ampliamente bajo forma de explotación brutal en las sociedades coloniales, emprendía su vuelo en las distintas sociedades capitalistas (variantes de Europa Occidental, variante de los “países nuevos” como Estados Unidos), pero llegaba a su pleno desarrollo sólo en las sociedades por fin racionales de los regímenes socialistas (variante de Europa Oriental, y triunfo definitivo en ese “nuevo país”: la URSS). Un esquema simplista que por supuesto yo criticaba, pero que integraba la variable social a la diversidad del mundo, lo cual me seducía.

En la misma época, varios discípulos de Pierre Georges investigaban tesis que analizaban las relaciones entre la ciudad y el campo en distintas regiones francesas; es ahí donde veía la apertura que deseaba de la geografía hacia las ciencias sociales, que apenas nacían en Francia renovando la temática de la geografía regional. Mi problema era acomodar esos esquemas a los países que me apasionaban, los del Tercer Mundo y su exotismo.

#### EN BUSCA DEL TERCER MUNDO

¿Qué era lo que me empujaba hacia ese Tercer Mundo? No cabe duda que el exotismo tenía un peso considerable. La Europa (la Francia) de la guerra, aquella de mi infancia, había sido gris, triste (antes de enterarme que había sido trágica); estaba hecha de frío, de hambre, de cerrazón. La Francia de la reconstrucción, aquella de mi adolescencia, no valía mucho más. Hacia 1950 aún no sabíamos que empezaban los treinta gloriosos años del crecimiento. Una Francia desprovista de perspectivas, si no se creía en el mañana encantado que profetizaban los comunistas, a los cuales yo no pertenecía. Fuera de allí —para mí particularmente en el Magreb— reinaban a la vez civilizaciones con tintes violentos y sociedades que en la dinámica de la libertad de la descolonización, para una justicia a la cual quería asociarme, iban a revolucionar el mundo, rebasando como Tercer Mundo el conflicto de la guerra fría.

Volvamos a mi visión de principios de los años cincuenta. Para mí, los dos bloques eran un sistema embozado en el que los movimientos de ruptura eran imposibles. El mundo occidental se reducía a la imagen de la sociedad francesa, enmarañada en sus guerras coloniales de capitalismo decadente, sin “futuro” apasionante para un joven. El mundo soviético lo conocía mejor que la mayoría de mis congéneres (jóvenes geógrafos), por frecuentar las críticas, al principio trotskistas, del grupo *Socialisme ou Barbarie*. Claro que hubo algunas rupturas a punto de desembocar: 1953 en Berlín; 1956 en Budapest; pero la capacidad de represión del centro soviético hacía que cualquier intento de desbloqueo fuera imposible. Este bloqueo bipolar del mundo era vulgarizado. El libro de Robert Escarpit, *Les deux font la paire* (Fayard, 1959) simbolizaba, a medias tintas, este pesimismo fundamental.

La hipótesis de que los movimientos sociales estaban ligados a liberaciones nacionales en contra de situaciones coloniales permanecía; estos movimientos podían ser de reforma o de revolución. El tercermundismo que nacía entonces se apoyaba en las visiones optimistas sobre la India (Tibor Mende, *L'Inde devant l'orage*, 1950), y por supuesto sobre China y Egipto (Jean Lacouture). Tenía la vaga idea de que México acogía las mismas esperanzas desde 1920 y 1930. El Magreb estaba en el corazón de estas perspectivas para un francés, entre las soluciones reformistas en Túnez y en Marruecos y la guerra de independencia revolucionaria en Argelia. Las dudas pesaban sobre todos estos casos: demasiado nacionalismo por aquí, falta de modernismo por acá. Mi cultura familiar, pacifista y socialista, mi corta cultura personal “revolucionaria”, la una como la otra me impedían entender los contenidos reales de estos nacionalismos. Para mí, una explosión revolucionaria (benéfica en sí) debía propagarse más allá de las fronteras de la nación que la había visto nacer. Veremos cómo aprendí, paso a paso –sobre todo en México, y algo más en América Latina y en Cuba particularmente–, a decodificar aquello que le daba sentido a las naciones y al nacionalismo. La idea de cohesión solidaria del Tercer Mundo tuvo que ser abandonada.

#### PRINCIPIOS HACIA EL MAGREB

Todo esto explica mi orientación hacia El Magreb, de 1953 a 1961. Todavía siendo estudiante había visitado Marruecos donde vivía un amigo muy cercano,<sup>3</sup> y entrado en contacto gracias a mi hermano mayor, Pierre, con el Sahara argelino. Intentaba escribir mi tesis de maestría en África Occidental, después de una tentativa de viaje a Sudáfrica. Como no obtuve la beca que esperaba, aproveché la invitación de mi hermano para estudiar, en 1953, el oasis del Sahara argelino (Souf y la ciudad de

<sup>3</sup> Roger Abbou-Mikael Avidan; a partir de 1953 se instala en Israel donde vivirá la mayor parte de su vida en un kibutz.

El Oued) donde él vivía, a pesar de mi completa ignorancia de la lengua árabe. Un año más tarde estallaba la guerra de Argelia. Siendo ya profesor de liceo, gracias al concurso de *agrégation* (1955) y habiendo terminado el servicio militar (1956-1958), donde tuve la suerte de no participar en esa guerra, me fui en 1958 a dar clases en un liceo de Marruecos, en Casablanca; así lo elegimos, tanto yo como mi mujer, Françoise. Ambos éramos profesores de historia-geografía. Ir a Marruecos representaba un conjunto de ventajas: mejores salarios que en Francia, un mejor trabajo para cada uno en la misma ciudad (en Francia ella era profesora en Mans y yo en Havre), pero también (¿o esencialmente?) participar en la construcción de un Marruecos independiente desde hacía dos años.

Dar clases en Casablanca fue una experiencia enriquecedora: comparado con la docencia “fría” de un liceo francés de provincia, estuve primero un año frente a un público “*pied noir*” (en su mayoría hijos de franceses, funcionarios, comerciantes o colonos, más algunos judíos marroquíes y otros pocos musulmanes de medios sociales educados). Mi muy modesta participación como militante en contra de la guerra de Argelia me hizo la vida pesada en ese medio; logré, para los dos años siguientes, dar clases en un liceo menos prestigiado, donde el público estaba compuesto exclusivamente de marroquíes musulmanes de clase media, cuyas familias vivían en las aldeas del interior. Hablar (en francés, por supuesto) sobre la historia y la geografía del Magreb, presentar el mundo y su diversidad a un público no francés era una primera adaptación, que me obligaba a reflexionar sobre mi propia cultura de estudiante parisino.

De manera paralela, esboqué a partir de 1959 un proyecto de investigación sobre la relación entre Casablanca y su interior, en el marco de los estudios patronados por Pierre Georges, anteriormente evocado. Mis inicios en la historia y la geografía de este nuevo terreno no llegaron muy lejos: aprender un poco de árabe (dialectal) marroquí, leer en francés sobre la erudición marroquí, pero más que nada buscar aquello que me hacía falta, junto con los primeros sociólogos franceses que reflexionaban sobre el Tercer Mundo: Jaques Berque, y también Charles Lecoer para Marruecos y más aún Georges Balandier para África Negra y un Tercer Mundo más amplio. Gracias a ellos descubría que lo urbano no sólo era una realidad del mundo industrializado, que las relaciones de intercambio implicaban lo político y no sólo lo económico, que las identidades étnicas eran construidas y fluctúan.

De hecho, a partir de 1960, mi proyecto de investigación se vio interrumpido por un deber inmediato muy gratificante: el profesor de geografía del Sahara de la Universidad de Argel, Robert Capot-Rey, me propuso que me encargara, bajo su dirección más que discreta, del secretariado científico y editorial de un proyecto colectivo y multidisciplinario sobre los nómadas saharianos financiado por la UNESCO. Regresar, a pesar de la guerra, al Sahara que me importaba me daba mucho gusto; negociar con nuevos colegas sociólogos o etnólogos (además de los geógrafos que ya conocía) era un aprendizaje enriquecedor; asegurar para

el manuscrito colectivo final el papel de editor científico<sup>4</sup> (tenía 29 años) fue una experiencia que me marcó, además del descubrimiento en la UNESCO de Eric de Dampierre y Alfred Métraux: el primero me llamaba a la antropología comparativa, pero también al África Negra; el segundo me hablaba de las civilizaciones negras del Brasil y de las Antillas.

#### VIRAJE HACIA AMÉRICA LATINA

Ya sabía que partiría pronto hacia América Latina cuando en la primavera de 1961 unos amigos del pequeño núcleo de colegas franceses “anticolonialistas” me pidieron que diera una conferencia sobre la reciente revolución cubana: el público de maestros de Casablanca fue recibido en el patio de nuestra casa; se sentaron sobre sillas prestadas por la vecina parroquia (católica)... Aun siendo prudente, mi opinión era favorable (una revolución atípica, sin aparato burocrático bolchevique creíamos). Fue mi primer contacto “verdadero” con América Latina.<sup>5</sup>

¿Cómo explicar lo que se fue para mi mujer, Françoise, y para mí, el cambio de 1961 hacia América Latina, sobre la cual, como ya vimos, no conocíamos casi nada? Fue debido evidentemente a nuestra decepción de Marruecos: en Casablanca más que en cualquier otra ciudad de ese país vivíamos en un mundo de *pied noir* (el más numeroso por mucho de Marruecos), prácticamente sin ningún contacto social e intelectual con marroquíes cultivados (mucho menos numerosos en esta ciudad colonial sin tradiciones que en las tradicionales ciudades de Fes, Rabat o Marrakech). El pequeño mundo minoritario de los *pieds noirs* de izquierdas podía elegir entre la confortable vida de los expatriados (que encontraremos, por supuesto en México) y las querellas entre pequeños grupos políticos frente a la guerra de Argelia, que no estaba lejos de finalizar pero que parecía interminable, y cuyo drama iba en aumento. Mis pocas incursiones con vistas en posibles investigaciones geográficas sobre aldeas cercanas a Casablanca eran un respiro, pero medía las dificultades: aprender seriamente la lengua árabe y el poco tiempo disponible para un profesor de liceo. Para Françoise, la pared que nos separaba de la sociedad marroquí era aún más infranqueable que para mí. Su decepción se incrementaba por el recuerdo de su infancia en el Túnez colonial, donde la ósmosis entre nacionalidades era infinitamente más fuerte que en Marruecos, y donde su madre a veces frecuentaba mujeres tunecinas “modernas”, judías o menos a menudo musulmanas.

La pregunta vino de ella: “¿Y si pedimos un puesto en América Latina? ¿Chile, México o donde sea?” Sin duda, yo no podía saber hasta qué punto las puertas se abrirían de par en par para el hijo de Marcel Bataillon... El caso es que en el

<sup>4</sup> *Nomades et nomadisme au Sahara*, UNESCO, París, 1953.

<sup>5</sup> Mis lecturas eran los artículos-reportajes de Jean-Paul Sartre en el diario *France-Soir*, al igual que el libro de Claude Julien: *Cuba ou la ferveur contagieuse*, 1960 (recopilación de artículos de *Le Monde*).

verano de 1960 visité a Pierre Monbeig,<sup>6</sup> único geógrafo en Francia especialista en América Latina, quien tenía poco como director del Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine de Paris (Instituto de Estudios Superiores sobre América Latina de París); él me alentó a presentar mi candidatura al Ministère des Affaires Etrangères (Ministerio de Relaciones Exteriores). Durante nuestro regreso definitivo a Francia, en el verano de 1961, sabía que probablemente me nombrarían para ir a México, al IFAL, a partir del otoño. Partimos finalmente en enero de 1962, cuando –la guerra de Argelia virtualmente liquidada– la diplomacia francesa ya daba muestras de volver a desplegar sus acciones hacia América Latina. Sin hablar de mi apellido, mi currículum de investigador, poco mejor que el de un principiante, era honorable. Ni siquiera me preguntaron cuál era mi programa de investigación, y mucho menos si hablaba español. Me pagarían mejor que en Marruecos, y el director del IFAL, François Chevalier, a quien había visto en el otoño de 1961 en París, le propuso a Françoise dar clases ahí, mientras que en las oficinas del Quai d'Orsay le aseguraron que seguramente podría hacer lo mismo en el Liceo Franco-Mexicano.

Le habíamos dado vuelta a la página magrebí en el momento en que las bombas de la OAS<sup>7</sup> explotaban en París. Esto no sin gran pena: en 1962, en México, aún extrañaba Casablanca. Pero página pasada me olvidé de un Magreb en el que dejaba, queriendo ignorarlo, el remordimiento del drama final de la “paz en Argelia” del verano de 1962. Cuando, veinte años después volví como turista a Marruecos, en 1982, no me pareció un país conocido. En cuanto a Argelia, me di cuenta de que mi espíritu había borrado las imágenes de la ciudad de Argel, vista por última vez en la primavera de 1960... Página olvidada cierto, pero tenía que darle al lector un vistazo de estos inicios profesionales, porque mi capacidad para comprender o mi ceguera en cuanto a México se refiere son al principio tributarias de estas experiencias africanas.

<sup>6</sup> 1908-1987. Biografía en *L'Amérique Latine*, París, SEDES, 2005, S. Velut, ed., pp. 17-19.

<sup>7</sup> Organización Armada Secreta, brazo militar de los partisanos de la Argelia francesa.



## II EL GRAN VIAJE (1962-1965)

En enero de 1962, después de un viaje en barco de El Havre a Nueva York a bordo del *Queen Mary*, seguido de un vuelo desde Nueva York, la familia Bataillon aterriza en el aeropuerto de la ciudad de México. Dos hombres nos dieron la bienvenida. Se ignoraban. Uno, el señor Bonfil, secretario general del IFAL, representaba la embajada de Francia; el otro, André Rougon, amigo de mi cuñado Claude Lefort, era director de los cursos de francés en el mismo IFAL. Sabía que era terreno minado: saludando amablemente al representante de la embajada, lo enteré de mis lazos amistosos (todavía inexistentes) con Rougon; añadí que el cansancio de mis dos pequeños hijos no me permitiría hacer uso de sus servicios que le agradecía sobre manera y nos metimos los cuatro en el gran coche de Rougon.

LA CULTURA FRANCESA EN MÉXICO, UN CLAVADO EN LAS INSTITUCIONES

### *El IFAL*<sup>1</sup>

Me contrataron en el Instituto Francés de América Latina creado por Paul Rivet en el otoño de 1944. En aquel entonces, según la prensa,<sup>2</sup> el instituto tendría dos vertientes: un centro de arte popular en el que los indígenas mexicanos desarrollarían y modernizarían sus técnicas a la vez que entrarían en contacto con el mundo exterior –vertiente que nunca nació–, y un centro de investigación francesa sobre México, aparejado con la vitrina intelectual de una Francia que salió airosa del tormento de la segunda guerra mundial. Este segundo aspecto se llevó a cabo parcialmente. Los responsables fueron personajes prestigiosos: Marceau Pivert, personaje de la izquierda trotskista del socialismo francés, refugiado en México durante la segunda guerra mundial, y Robert Escarpit, anglicista pionero

<sup>1</sup> Para el cuadragésimo aniversario del IFAL se publicó, bajo la doble firma de Françoise Bataillon y François Giraud; *IFAL 1945-1985*, México, 1986, 236 pp.; contiene un relato histórico acompañado de documentos, cronologías, cuadros, anexos. Para el quincuagésimo aniversario, un suplemento de la revista *Alfil*, de la cual hablaremos más adelante. En el otoño de 2004 se celebró el sexagésimo aniversario en el IFAL con una charla de François Chevalier.

<sup>2</sup> Según recortes de periódicos mexicanos encontrados en los archivos de Paul Rivet, accesibles en la biblioteca del Musée de l'Homme en París.

de la literatura comparada.<sup>3</sup> Pero en sus inicios prácticamente ningún investigador fue contratado como tal en el IFAL. François Chevalier lo fue como bibliotecario, y gracias a él se constituyó la única biblioteca francófona de ciencias humanas en México.

Habiendo pocos intelectuales franceses a la mano, desde sus inicios el IFAL buscó intelectuales españoles refugiados en México. Así, Malú García Ascot<sup>4</sup> y su cuñada Pilin fueron bibliotecarias. El hijo de Malú, Jomi, promovió el cineclub —en aquel entonces único en la ciudad de México—, apoyado de vez en cuando por Luis Buñuel. Margarita Nelken, antigua ministro de la república española, fue durante un tiempo considerable la experta de las exposiciones de pintura del IFAL. Tomás Segovia se encargaba de los cursos de traducción.

Una enseñanza “universitaria” nació en el IFAL: el equivalente, en tres años de estudios, al primer año llamado propedéutico durante los años cincuenta y sesenta de las universidades literarias francesas. Estaba conformada por literatura francesa, un poco de lingüística, filosofía, historia y geografía francesas. Los profesores eran españoles, y sobre todo profesores franceses del Liceo Franco-Mexicano —de los cuales hablaremos más adelante—, más algunos franceses cultos sin empleo de maestro: Françoise mi mujer lo fue. Cuando llegué era el único becario de investigación del IFAL desde Chevalier. Efectivamente, el IFAL sólo tenía algunos maestros, a cargo principalmente de tareas administrativas.

El IFAL desde el principio luchó contra su escaso presupuesto, organizando, además de los cursos descritos arriba, otros también de paga de francés elemental, cuyos maestros eran aproximadamente todos los francófonos disponibles *in situ*, cualquiera que fuera su nacionalidad. Sin embargo, dos maestras francesas de primaria, mandadas por Francia, estaban al cargo de estos cursos de idioma. El público era una mezcla de estudiantes de nivel universitario y *amateurs*, en especial mujeres de clase media acomodada y culta. Era el mismo público para la biblioteca (para las revistas semanales y las novelas antes que nada), las exposiciones, conferencias, y por supuesto, para el cineclub y la cafetería. El IFAL fue poseedor de una de las primeras máquinas para café expreso en una ciudad en la que reinaba el café americano, claro y de escaso sabor. Los estudiantes más entusiastas continuaban sus estudios en los cursos universitarios; los maestros, en su mayoría no tenían estudios oficiales y estaban modestamente remunerados, al igual que sus colegas de los cursos universitarios.

Así, lo que hacía que el IFAL fuera reconocido en la ciudad de México distaba mucho de su proyecto inicial..., y competía con la potente organización de las escuelas de la Alianza Francesa, cuya enseñanza de la lengua francesa (con un poco

<sup>3</sup> Le debemos un volumen sobre *Contes et légendes du Mexique* (F. Nathan, 1953), en una célebre colección de libros para niños; pero también, inédito, un corrido sobre cierto personaje de la embajada francesa quien por error mató un buey en vez de un venado.

<sup>4</sup> Viuda de un diplomático español, ella misma greco-italiana de Constantinopla.

de literatura) gozaba de la misma mano de obra y el mismo público que el IFAL, bajo la guía, en las escuelas principales, de un maestro francés pagado por el Ministère des Affaires Etrangères; a menudo un maestro de primaria con experiencia.

### *Alianza Francesa*

Las escuelas de la Alianza Francesa formaban una poderosa y antigua red. En México eran aproximadamente quince escuelas hacia 1962. Son centros creados y mantenidos por asociaciones cuyos pilares son hombres de negocios franceses (a menudo barcelonetes), pero también mexicanos francófilos. Entre 1950-1970, el número de centros crece sin parar. Los cursos, de francés elemental, son principalmente vespertinos, dados por ex alumnos o franceses poco afortunados, instalados de manera más o menos permanente. Los centros tienen bibliotecas, organizan también manifestaciones culturales (teatro, coro, etc.) y reciben artistas y conferencistas enviados por la casa matriz del boulevard Raspail. Para los jóvenes mexicanos de clase media, de aproximadamente quince ciudades de provincia (también hay cuatro o cinco centros en la capital), que toman estos cursos en la Alianza, esto representa a la vez el placer de una ventana que se abre al mundo y la esperanza de obtener una beca para estudios superiores en Francia. Pero claro que esto se obtiene cada vez más fácilmente en los centros similares que dependen de Estados Unidos. Las estadísticas de las inscripciones en los centros de la Alianza Francesa, como las de la creación o desaparición de las escuelas, están a la par de la coyuntura económica, lo mismo que la capacidad de inversión de la clase media: crecimiento casi permanente de los años 1940 a 1982, seguido de inestabilidad con caídas repentinas y lenta recuperación. La fuerza de este sistema era su autonomía. En Francia, a partir del final del siglo XIX, con la creación del sistema (1884), son reconocidas algunas escuelas de francés en México (la primera, de calle Palma cerca del Zócalo de la ciudad de México ese mismo año). Sólo después de 1945, el Ministerio Francés de Asuntos Exteriores empujó a las escuelas mexicanas de la Alianza a que se federaran, lo cual se logró gracias a André Chevalier, creador de la Escuela de Toluca en 1945 y primer secretario general de dicha federación, cuyo primer presidente fue Alfonso Reyes. Era una manera de darle un interlocutor único al embajador de Francia y a su consejero cultural. En los años sesenta, entre los funcionarios franceses que trabajaban para la Alianza estaba Louis Panabière, a quien volveremos a encontrar en el IFAL en los años ochenta.

### *Liceo*

La gran institución francesa en México era el Liceo Franco-Mexicano, fundado en 1937 e instalado en los edificios de Polanco justo antes de 1950; con mayor

apoyo de los barcelonetes que el que ellos dieron a la Alianza. Ahí impartía clases un grupo reducido de profesores y maestros de primaria, enviados por Francia y por tal pagados, y una mayoría de colegas contratados localmente y mal pagados; a veces profesionales de la enseñanza (españoles más que franceses o mexicanos); otras veces con formaciones distintas, ingenieros particularmente. Dos secciones acogían públicos diversos. La sección francesa, “noble”, seguía los programas franceses y su público era en su mayoría de familias de funcionarios u hombres de negocios franceses, al cual se agregaba una minoría de la élite intelectual o política elevada, española (republicanos refugiados) o mexicana.

De manera paralela, la sección mexicana, con programas mexicanos complementados con la enseñanza del francés, estaba conformada por un público en su mayoría mexicano, reforzado por españoles o descendientes de franceses cuyas familias se habían alejado de la lengua francesa. Esta sección, es inútil hacer hincapié, gozaba de menor prestigio.

Futuros intelectuales franceses dieron clases ahí: Jean Roze, Michel Bibard,<sup>5</sup> Jean-Pierre Berthe,<sup>6</sup> pero también intelectuales españoles de renombre como Ramón Xirau, filósofo. Este liceo acoge tanto a niños como a niñas (cosa impensable en Francia en aquel entonces). Lo que atrae a los no franceses es la reputación de seriedad de los estudios a la francesa, comparados con el sistema estadounidense, pero también un medio laico, el contacto con un ambiente cosmopolita, y pagar el precio por relacionarse con personas de ingresos holgados; las escuelas semejantes que compiten con el liceo tienen en general connotación religiosa. Es en este liceo que nuestros dos hijos, Gilles y Cécile, alumnos de primaria, aprendieron español: los cursos eran en francés, pero en el patio se jugaba en español. Sus principios escolares —en Casablanca y muy poco en París— no habían hecho más que rozarlos y su primera “socialización” escolar fue mexicana. Les queda un vago recuerdo medianamente favorable, no tanto de sus maestros, amigos o por lo menos conocidos de sus padres, como del ambiente moral de la institución. A la francesa cierto, pero la cultura mexicana reforzaba la tradición francesa de una escolaridad autoritaria. Los “maestros” (prefectos) son arbitrarios y no tienen remordimientos de conciencia; vigilan el respeto al uniforme de manera rigurosa (camisa blanca, suéter azul marino, pantalón o falda gris, zapatos negros boleados); laico, cierto, pero inmerso en un medio globalmente católico: nuestros dos hijos, no bautizados, en los juegos hacen las veces de ingleses cuando de Juana de Arco se trata y de moros cuando de las

<sup>5</sup> Más adelante estaría en los servicios culturales franceses de Buenos Aires, y de La Habana; fue traductor de novelas colombianas, entre otras.

<sup>6</sup> Con algunas rivalidades con F. Chevalier, este historiador también cercano al grupo les Annales dará clases en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS por sus siglas en francés), hacia 1965-1991, y será director adjunto y después director del Instituto de Altos Estudios sobre América Latina de París, alrededor de 1970-1980. Véase: *Des Indes Occidentales à l'Amérique Latine*, textos reunidos por A. Musset y T. Calvo en homenaje a Jean-Pierre Berthe, ENS Fontenay-St. Cloud, 1997.

Cruzadas. Se reencontrarán con este ambiente moral en el campamento para niños en el cual pasaron algunas semanas, con una vieja española de Cuernavaca.

#### ¿COMPLEMENTOS O COMPETENCIA PARA EL IFAL?

Debido a que el IFAL no cuenta con los medios para ser el aparador de las “ciencias duras” y de la tecnología en Francia, un centro científico y técnico nace en la embajada a fines de los años cincuenta bajo la guía de un geólogo dinámico que trabajó en el Caribe, Jacques Butterlin (posteriormente será consejero cultural y...; ¡director de la Escuela Normal Superior de St. Cloud!). Le ayudan dos o tres adjuntos: este centro es esencialmente una oficina de información y reclutamiento de becarios enviados a Francia para su formación, cosa que el IFAL hace desde 1960, aunque de manera informal, para el sector de ciencias humanas y sociales.

En 1962 nacía la Misión Arqueológica y Etnológica Francesa en México. Paul Rivet hacia 1931-1935 había enviado un becario etnólogo a México: Jaques Soustelle,<sup>7</sup> joven leonés egresado de la Escuela Normal Superior y filósofo, quien junto con su mujer Georgette descubre a los otomíes en el norte de México (culturas “fundamentales”, preaztecas; en el límite entre los nómadas y la cultura de Mesoamérica) y ve rápidamente a los lacandones (herederos “residuales” de las civilizaciones mayas desaparecidas del Petén). Poco después del regreso de Soustelle, Rivet manda a Guy Stresser-Péan (1936-¿1940?) a hacer estudios similares con los huastecas, pueblo también “fundamental”. Soustelle es un escritor prolífico; lleva, paralelamente a su carrera universitaria, una carrera política controvertida (1940-1944 en France Libre, y en 1953-1966 en “Argelia francesa”); dirige de manera amable y poco altanera numerosas tesis. Stresser, él, es un erudito introvertido, que pasó de la Escuela Libre de Ciencias Políticas a la etnología.<sup>8</sup> Después de su periodo de beca, profundiza en París su formación erudita, y se convierte en docente en la V sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios. Regresa a México en 1950 para no dejarlo más. Sus conocimientos precisos son inmensos y los dispensa como un conversador irónico a todas las personalidades que pasando por México quieren conocer los misterios de las civilizaciones antiguas. Censor exigente de los escritos de sus discípulos, él mismo escribe con extrema parsimonia, al grado de atraer querellas de las autoridades arqueológicas mexicanas en espera de sus reportes de excavaciones. Si François Chevalier conoció bien la provincia mexicana gracias a viajes rápidos en todos los sentidos, Stresser la conoce profundamente debido a que

<sup>7</sup> Robert Ricard, historiador, lo precedió, en una estancia de algunos meses (según la biografía inédita redactada por su hijo François Xavier Ricard).

<sup>8</sup> En *Enquêtes sur l'Amérique Moyenne, mélanges offerts à Guy Stresser-Péan*, CEMCA-INAH-Conaculta, 1989. D. Michelet en la introducción describe con detalle la carrera de Stresser, en particular hasta 1964.

vivió trimestres enteros en zona rural, de la que sacó un panorama profundamente pesimista por frecuentar obligadamente a los caciques locales (Gonzalo Santos, en San Luis Potosí, a la cabeza), y más en general de medios violentos y caóticos, muy alejados de las estructuras organizadas que los antropólogos le atribuyen a las comunidades indígenas. ¿Cuándo nace la enemistad entre Soustelle y Stresser, únicos arqueólogos-etnólogos franceses de Mesoamérica en 1945? En todo caso es sólida y para siempre en 1962.

Aristócrata, Stresser instala su “misión”, con dos o tres investigadores o técnicos, en casas de las bonitas colonias de alto nivel; primero en Polanco, después en las Lomas de Chapultepec, antes de obtener (1977) que se construya, en un terreno de esta última colonia, un vasto edificio. Hombre poderoso, inevitable en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) para los estudios etnoarqueológicos americanos, recluta un pequeño número de investigadores en estas disciplinas, después de haberlos formado con rigor científico y con respeto hacia las jerarquías institucionales. Recibe también otros becarios “de terreno”, en ciencias naturales o en geografía. Esta misión es entre familiar –se casa (1964) con la responsable de un centro de la Alianza– y conventual. ¿Por qué esta misión? Responde a la necesidad de dar legitimidad a los arqueólogos franceses en sus negociaciones con las autoridades mexicanas para la obtención de la concesión de terrenos para excavaciones, comparable a las concesiones de investigación petrolera en otros países; busca también dar un aparador a esta ciencia dura de las ciencias humanas, que Francia financia de manera muy específica desde el siglo pasado en Roma, Atenas, El Cairo y otras cúspides de los orígenes de la humanidad.

Podemos desde ahora preguntarnos por qué estas instituciones paralelas se multiplican. En el fondo, ¿cómo diablos un embajador (o consejero cultural) preocupado de su propio poder, o las oficinas parisinas encasilladas en subespecialidades impermeables, podrían desear una institución francesa a la vez estable y dinámica, que proyectara una imagen única de Francia? La prueba está en las nuevas instituciones francesas que nacen en México en los años sesenta. Esta dispersión de la ciencia francesa entre tres instituciones reflejaba correctamente la estructura burocrática francesa del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde la tendencia a la especialización en secciones separadas –rigiendo cada una su propia milpa– debía reflejarse “en el nivel operativo”, desde el momento en que el país que estaba en la mira era lo suficientemente importante y diversificado para justificarlo. Esta dispersión era también la aplicación de la regla burocrática según la cual es mucho menos costoso, políticamente hablando, cuando una institución tiene disfunciones criticadas (o criticables), antes que reformarla a profundidad, restringir sus medios al mínimo sin destruirla, creando al lado una o varias instituciones que compitan.

## CHEVALIER Y SIROL: LA GUERRA

Sin embargo, la coyuntura era en ese sentido desfavorable para el IFAL, y esto sin duda desde su creación. La suficiente autonomía del IFAL ponía a su director en conflicto con el embajador y su consejero cultural. Los embajadores pasaban pero el consejero cultural se quedaba: era Jean Sirol, universitario catedrático de economía política, nacido hacia 1907 y profesor desde 1933. Llegó a México alrededor de 1945 y reinó sobre los servicios culturales de México por más de veinte años. Amable e irónico, extrovertido, rico (se dice que hizo su fortuna en México; acaso importando automóviles), soltero, feliz de vivir en el lujo tanto en Acapulco como en su departamento —con una gran terraza en la cima de un edificio— con vista a la glorieta del Ángel en el Paseo de la Reforma. Conocía todos los círculos “bien” de la capital, pero sobre todo aquellos de los negocios y la política; impartió (gratis) un curso de economía en la Universidad Nacional Autónoma de México; su acento francés no le impidió ser admirado por sus antiguos alumnos; es decir, por toda la clase política nacida entre los años 1930 y 1955. Muchos altos personajes eran sus incondicionales. Conocía México desde arriba, y consideraba a los habitantes de este país como amables caníbales a los que había que mostrarles su fuerza a la vez seducirlos..., y corromperlos. Le gustaba importar celebridades francesas; de teatro antes que nada. Su primera palanca era la distribución de becas a mexicanos para estudiar en Francia; distribución algo arbitraria, por lo menos durante los años cincuenta y sesenta; la segunda, el mundo de la prensa. Cuando hacia 1965 se le puso fin a su empleo cultural, avisó que se quedaría en México por su propia cuenta, y fue acreditado unos meses más tarde como agregado de prensa de la Embajada de Francia: no sé en qué condiciones financieras. Retirado en México, muere hacia 1982. Profesionalmente, el consejero cultural supervisaba el liceo francés, los centros de la Alianza Francesa y el IFAL, ya que los funcionarios franceses que trabajaban en estas instituciones dependían de él.

Su enemigo íntimo era François Chevalier. Este introvertido y meticuloso erudito<sup>9</sup> tenía una formación medievalista, como discípulo de Marc Bloch. De los

<sup>9</sup> Del libro *Viajes y pasiones* (François Chevalier y Javier Pérez Siles, IFAL-CEMCA-FCE, 1998, 276 pp.) podemos sacar las indicaciones biográficas siguientes sobre F. Chevalier: nace en 1914; estudiante en Grenoble donde su padre enseña filosofía (1933-1936). Sabemos que este filósofo era un personaje brillante, católico, conservador. En París, François Chevalier es alumno de la Escuela de Chartes (1936-1939). Después vive en la Casa Velázquez de Madrid pensionado (1941-1945), bibliotecario del IFAL (1946-1949), doctor en Historia en 1949, director del IFAL en 1949-1962, profesor de la Universidad de Burdeos (1962-1969) y en la Universidad de París I (1969-1983). Ya desde 1964 es asesor en Sciences Po (Fundación Nacional de las Ciencias Políticas) de un programa sobre América Latina en el seno del Centro de Estudios de Relaciones Internacionales creado por Jean Meyriat; consejero y director (no residente) del Instituto Francés de Lima. Pero, sobre todo, interrumpe de manera duradera su tarea como docente para dirigir la Casa Velázquez en Madrid de 1967 a 1979. La obra relata en especial los viajes de Chevalier por la provincia mexicana, con una original colección de fotografías que tomó entre 1946 y 1962. Una película sobre el viaje de Chevalier y Ernesto de la Torre en tierra caliente, en Michoacán,

archivos de las Indias en España y de los de México sacó una obra de historia agraria de los siglos XVI y XVII (1949, Institut d’Etnologie<sup>10</sup>), traducido en México en 1956. ¿Este católico sin duda bastante tradicionalista frecuenta el Opus Dei? En todo caso se apasiona por el México contemporáneo y su revolución. Se conecta, de seguro, con los políticos mexicanos ligados a la izquierda y al zapatismo, a los agraristas, a los muralistas (Siqueiros, aun cuando está en la cárcel), y por supuesto al ambiente de los republicanos españoles. Su mujer, Josefa, ama de casa excepcional, tiene un papel importante en sus contactos con las distintas embajadas en México; sobre todo cuando sus peleas con Sirol le cierran las vías de contacto con la Embajada de Francia. Su profundo amor por México lo lleva adquirir una casa de fin de semana en Tepoztlán, en la época en que Redfield y O. Lewis habían ya estudiado esta “comunidad”, pero cuando los intelectuales de la capital siguen disfrutando sólo de Cuernavaca y no de todo Morelos. Cuando termina, con bastante amargura su carrera mexicana a finales de 1962, rebota y se convierte por más de veinte años en el historiador francés especialista en América Latina, desde Burdeos, Madrid o París; reemplazado en este papel por X. Guerra, español católico que muere antes que su maestro, en noviembre de 2002.

¿Cómo es que la querrela entre Sirol y Chevalier pudo ser tolerada tanto tiempo por los sucesivos embajadores y por las oficinas parisinas? Simplemente porque los embajadores, salvo cuando sus carreras se pueden ver afectadas, no exigen que las oficinas decidan entre dos altos personajes, cuyos apoyos son numerosos y complejos. Y porque lo que sucede en los asuntos culturales de un “puesto” tan lejano y tan menor como México no merece imponer una solución drástica. Y más porque toda política francesa en el “Tercer Mundo” se encuentra paralizada desde fines de los años cuarenta por la difícil gestión de la descolonización.

#### VIVIR EN MÉXICO: UNA PAREJA DE JÓVENES FRANCESES

Llegamos desde Francia sin un plan bien definido, sin saber bien a bien qué hacían y habrían hecho los franceses; sin querer saber que ser el hijo de Marcel Bataillon suponía entrar  *nolens volens*  al hispanismo, para así convertirse en miembro de una corporación en la que México ostenta un papel muy particular. Sin saber nada tampoco de un país en aquel entonces extraordinariamente provinciano. Así fue

---

fue realizada por un grupo de investigadores de París en 2002-2003; un coloquio sobre sus archivos y sus investigaciones fue publicado en las Editions Karthala, en 2005: *Sobre la pista de un mexicanista francés, constitución y análisis del Fondo François Chevalier*, V. Hébrard, editor.

<sup>10</sup> Traducción mexicana: *La formación de los grandes latifundios en México (tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII)*, traducido por Antonio Alatorre, Problemas agrícolas e industriales de México, 1956, 288 pp., reedición Fondo de Cultura Económica; nueva edición francesa en Editions Karthala, 2006.

como Françoise y yo entramos al país en 1962, acompañados de nuestros dos hijos; uno de seis años (Gilles) y la otra de cuatro (Cécile).

Locamente enamorados de la gente de este país –no fue amor a primera vista sino uno alimentado a lo largo de cuatro años– fue una extraña locura regresar, “en familia,” veinte años después, tanto para Françoise como para dos hijos más: Thomas (11 años) y Marie (siete años). Locura fecunda y angustiante durante dos años, desde septiembre de 1982; hablaremos de esto más adelante.

### *Vivir el día a día*

Precisar sobre las condiciones materiales y morales de la vida de una pareja de jóvenes franceses en México, en 1962, ayuda a percibir las ventajas y las limitaciones a las que se enfrentan los *coopérants* (cuando faltaba inventar la palabra y la cosa). Pedir –a sabiendas que estaba asegurado– un puesto de investigador-profesor en el Instituto Francés de América Latina, era aceptar, aunque no estaba dispuesto a admitirlo, ser visto como el hijo de mi padre, antes de ser yo mismo. Las ganancias eran inevitables e inmensas. Pero la ley única aplicada a los asalariados de las Relaciones Exteriores era por sí misma un puente de oro: simplemente ganar más o menos el doble que un profesor *agrégé* de liceo en Francia. Ya habíamos conocido, como profesores en Marruecos, Françoise y yo, un suplemento de salario de aproximadamente 30%; aquí el “privilegio” era mayor, pero para un solo salario: el mío.

Este salario se aplicaba a un país en el que el costo de la vida era a la vez menor y distinto que el francés. Globalmente menor, cierto; sobre todo en cuanto a lo “común”: servicio doméstico, bienes comunes producidos in situ (alimentación a la cabeza), servicios públicos, gasolina e incluso rentas: rentamos fácilmente una pequeña casa en la colonia Nueva Anzures; casa, en conjunto con sus dos vecinas, con jardín trasero, con cuarto de servicio y cuarto de lavado. Cochera, estancia y cocina más antecomedor conformaban la planta baja; tres recámaras en el primer piso permitían vivir a la pareja y a los dos hijos, más un estudio para recibir a algún amigo. Alojamiento clásico de clase media, construido veinte años antes. Colegas franceses buscaban algo más grande y más lujoso, y teníamos los medios; cuestión de gustos. Estábamos contentos de integrarnos de esa manera, por lo menos en la superficie, a la clase media mexicana, más que a la clase alta. Gas (en cilindros) y electricidad eran baratos.

Claro que tuvimos una sirvienta en casa; a veces dos. Eso no pesaba más en nuestro presupuesto que cuando estábamos en Casablanca. Por lo menos al principio, de manera clásica, era nuestro único contacto con el México popular, de origen provinciano y campesino reciente. Primera oportunidad palpable de percibir que estábamos en un mundo tan extraño como el Magreb del cual veníamos.

Teníamos que aprender a descifrar las costumbres de la vida cotidiana: el Magreb nos había acostumbrado a regatear en el mercado, o a comprender que para un carpintero *mañana* quería decir más tarde y no al día siguiente. La maestría de los plomeros, electricistas o mecánicos nos dejaba boquiabiertos: rapidez y capacidad de adaptar la tecnología de Estados Unidos que habían incorporado por completo.

Más caros que en Francia, a la inversa, eran los nuevos “bienes duraderos”, importados o producidos (de manera mediocre y cara) por las nuevas “industrias de sustitución de importación”, según la jerga de la época. El automóvil era ante todo indispensable en esa ciudad de México ya muy grande (de tres millones a cuatro millones de habitantes). Pero el *coopérant* extranjero gozaba del derecho de importar temporalmente sin impuestos, desde Estados Unidos por supuesto. De manera que pocas semanas después de haber llegado a México fui en avión a Laredo, donde me recibió un cónsul honorario; hombre de negocios francés que me ayudó a negociar, por el precio de un Renault 4 usado en Francia, un Ford de dos o tres años, enorme, aguantador, que tragaba gasolina (pero era barata), pesado y chaparro. Nos permitió recorrer todo México; por lo menos las carreteras asfaltadas. Al año siguiente, para explorar la ciudad y su periferia según mis necesidades profesionales, adquirí una pequeña moto Yamaha, nueva (sin duda dos veces más cara que su equivalente Peugeot en Francia). El peligro del aparato hizo que renunciara a él al cabo de dos años e hiciera el “negocio de mi vida”: a través de la UNAM, donde tenía mis entradas, se puso en venta un lote de pequeños skodas: el equivalente de un Renault Dauphine y al mismo precio que en Francia (cuando el Dauphine ensamblado en México valía el doble que en Francia). Uno de esos negocios parasindicales con Checoslovaquia, República Popular... Sin embargo, ese lote de autos había pasado un año al aire libre en el puerto de Veracruz y se había oxidado. Las reparaciones se incrementaron de manera veloz, y al cabo de un año mi mecánico, de origen catalán, me aconsejó: “La cafetera ésta, mejor regalarla a su peor enemigo para amargarle la vida.”

No usábamos mucho los autobuses urbanos, tan baratos como los de línea interurbanos, ambos generalmente abarrotados; además, de uso rutinario: había que saber, según el aspecto externo o los topónimos codificados escritos en los parabrisas, cuál era el itinerario, para, según el juicio, reconocer dónde había que bajarse. Más caro, pero aun así muy barato (un peso; es decir, cuarenta centavos de franco de la época, o medio euro de 2004) era el pesero en las avenidas principales: grandes coches estadounidenses en los que se amontonaban de cinco a seis pasajeros; el chofer se paraba en cualquier esquina, según el deseo de los pasajeros. Todos iban sentados, al contrario del autobús, y el precio impedía a los más pobres viajar, por lo que la clase media “decente” no dudaba en usarlos. Igual de barato era el teléfono en la ciudad, pero no teníamos en casa. Podía hacer llamadas desde mi oficina en el IFAL pasando por un conmutador que a menudo me negaba la llamada; me tomó más de un año entender que los trámites para tener teléfono en casa no culminarían y avisé a la Embajada de Francia que estaba dispuesto a darle una

suma importante de dinero a un *coyote* para resolver el problema. Prácticamente a la mañana siguiente, la compañía me comunicó que podía comprar una acción que me daba derecho a una línea telefónica; así se resolvió el problema. No sé quién fue quien decidió que había que impedirle a ese joven francés entrar en los laberintos de la corrupción cotidiana.

El peso mexicano era estable desde finales de los años cincuenta, y así se quedó durante 22 años (valía 0.40 centavos de franco y eran necesarios 12.5 para un dólar); no teníamos mayor preocupación que sacar de nuestra cuenta corriente local el efectivo necesario: pagar con cheque era poco usual, pero en tanto honestos extranjeros, tan exóticos que éramos, podíamos hacerlo. La modernidad de la capital mexicana extrañaba al parisino que descubría en Ciudad Satélite, un centro comercial con un gran supermercado y “autocine”, cosa totalmente desconocida en Francia; al contrario, las ciudades de provincia mexicanas eran, salvo excepción, tradicionales y exóticas.

Ya que a su marido le tenían un puente de oro, Françoise no podía esperar de las instituciones francesas más que empleos remunerados con la tarifa “local” (menos de la mitad del salario francés equivalente). Rechazó la oferta de dar clases a los alumnos del liceo francés y aceptó dárselas a los adultos del IFAL, donde también fue bibliotecaria.

Nuestro nivel de vida era muy superior al de la clase media mexicana, cuyo crecimiento en número empezaba apenas una generación atrás. Éramos exóticos e inasimilables: ni católicos ni incluidos en los círculos muy complejos y muy nacionalistas de “la familia revolucionaria”. Naturalmente demócratas (pero sin afirmarlo como valor positivo) en una sociedad tan naturalmente autoritaria que era difícil percibirlo. Al final del boom petrolero, hacia 1975-1982, esta clase media verá su nivel de vida alcanzar el de los franceses correspondientes, para volver a encontrar desde entonces un alejamiento evidente, pero muy fluctuante.

Nuestros lazos “naturales” eran con los funcionarios franceses, poco numerosos, y era necesario esforzarse para ver a otras personas. Estos franceses defendían sus privilegios de expatriados construyendo la estadística local de “la canasta del ama de casa” a la francesa: productos lácteos (camembert), manzanas o peras, incluso las papas, eran en aquel entonces productos exóticos extremadamente caros; por supuesto, indispensables para la vida de un francés; así se podía demostrarles a las autoridades francesas que en México la vida era cara.

Nuestra primer preocupación, para Françoise y para mí, fue aprender español, que apenas habíamos rozado.<sup>11</sup> Es significativo que debamos agradecer lo que sabemos a dos amigas que pertenecen al círculo de los refugiados españoles. Una era Malú, la bibliotecaria del IFAL, de la cual ya hemos hablado; la otra, antigua

<sup>11</sup> Mis interlocutores pensaban que yo hablaba español holgadamente por herencia. No me atrevía a contradecirlos del todo por temor a hacer el ridículo y me sentía todavía más obligado a borrar esta vergüenza.

alumna del liceo francés de Madrid, era española de familia republicana emigrada, que vivía de enseñar francés en el IFAL y español en el liceo francés de México: era María Rosa San Juan. Henos aquí, en el corazón de las instituciones que ya habíamos mencionado. Rápidamente hicimos amistad, sobre todo con refugiados españoles, de los cuales hablaremos, que nos hicieron conocer un México distinto al de los franceses.

La gracia de la vida en aquel México de los años sesenta no necesita ser subrayada. La ciudad de México tenía todavía dimensiones viables, más entorpecida por autobuses que automóviles particulares, ya que frecuentábamos principalmente el centro-oeste de las clases medias. Por la noche no era un problema dejar el coche estacionado en la calle y se escuchaba el silbato del velador de la colonia (:para demostrar que no dormía o para espantar a los ladrones?); pasaba cada mes a que cada hogar le pagara una modesta contribución. Al igual que los demás niños de la cuadra, Gilles y Cécile jugaban al fútbol en la calle, bajo el ojo vigilante de las muchachas de las distintas familias. Para ir en moto desde la Anzures hasta la UNAM se necesitaba media hora por lo menos y los escapes de los camiones lo ensuciaban a uno bastante, sin más. El Club Mundet, con su alberca, no estaba lejos de casa y sus precios eran razonables. Gas en tanque, agua, luz, transporte en autobús o taxi colectivo, o en verdadero taxi: no era caro. El viejo centro histórico acogía aún, en la calle de Moneda, el museo de antropología. Las librerías estaban principalmente en el eje que iba de Paseo de la Reforma, vía la Alameda, hasta la catedral.

Los fines de semana permitían, tras unas cuantas horas en coche, aprovechar un mundo exótico extraordinariamente variado. Sitios arqueológicos: uno se aburría pronto de Teotihuacán o Tula; desconocía Tenayuca y descubría Xochicalco; el mundo colonial: los conocedores nos señalaban Culhuacán, todo mundo frecuentaba Tepozotlán, Acolman, Actopan, las ciudades más lejanas del estado de Puebla. Meztitlán era una expedición más lejana, al igual que Ixmiquilpan. Conventos coloniales, claro, pero también las pequeñas ciudades y los pueblos de los cuales formaban parte; es decir, aquel México central, rural, cuyas raíces se insertan en una historia de más de cinco siglos, y cuyos mercados acogen una sociabilidad que no hace para nada a un lado al ciudadano o al extranjero. Más aún que aquellos del viejo centro de México, estos mercados rurales eran un paraíso por sus frutas tropicales o por sus productos artesanales: cómo resistirse a los mangos, pero también a los huaraches, machetes, resorterías... La hotelería de lujo y las residencias secundarias no habían invadido aún las afueras de la capital; en San Miguel Regla, Hidalgo, un hotel que ocupa el antiguo casco de una hacienda nos acogía sin lujos excesivos, y las obsidianas, talladas o no, podían ser recogidas por doquier. Nuestros hijos apreciaban más los burros que los caballos; aprovechaban también el vocabulario del peón que nos acompañaba para enriquecer el acervo de palabrotas ya aprendidas en el liceo.

Porque la naturaleza que rodea la ciudad era igualmente acogedora, entre los glaciares del Popocatepetl (el ascenso presentaba dificultades medianas, pero el Paso

de Cortés era accesible para la familia), los del Nevado de Toluca y, en contraste, los trópicos amables que empiezan en Morelos, a una hora de la capital, con sus albercas, de las cuales la más atrayente era la muy popular Tehuixtla. No es por casualidad que la síntesis de todas las amenidades estaba en Tepoztlán, donde los Chevalier nos acogían en 1962 en su pequeña casa. Convento colonial, calor seco del trópico, pero también sierras y vestigios del Tepozteco en un ascenso corto y fácil, de donde el paisaje de Morelos se despliega al pie del mirador en la parte baja. Claro, ninguna gran capital latinoamericana estaba rodeada de lugares turísticos tan variados, ya en aquel entonces alimentados por una gran red de carreteras transitables. Estos paseos dominicales, paradójicamente, eran para mí, lo veremos, un medio para impregnarme de los paisajes del territorio sobre el cual hacía mi investigación profesional.

Más allá, muchos lugares cercanos nos atraían para las vacaciones; con más razón en aquella época cuando los trayectos en avión que nos hubieran llevado más lejos no eran financieramente accesibles. Pudimos, en coche, ir hasta Chiapas. Pero a la mano, lo que nos llamaba la atención era el océano tropical; poco, es cierto, el golfo; cercano, pero con un mar poco profundo, gris y sin mucho encanto comparado con el Pacífico claro, con peces fascinantes. Acapulco estaba a un día en coche, todavía relativamente poco sobrepoblado; particularmente Puerto Marqués, gracias a la prohibición de la marina mexicana de construir, excepto algunas casas de altos mandatarios políticos. Íbamos a menudo, sobre todo con María Rosa San Juan y sus hijos. Efectivamente, en nuestro círculo de amigos cercanos predominaban los refugiados españoles de nuestra generación, ellos mismos cercanos a algunos colegas franceses como Rougon. Más allá de Acapulco, Zihuatanejo era casi tan lejano como Puerto Vallarta, donde nos aventuramos en avión un tórrido mes de mayo. Sólo un médico local, muy certero en su diagnóstico, evitó que una fiebre intestinal, muy frecuente en tierra caliente, terminara de manera catastrófica para nuestra hija Cécile. Para un joven parisino pescar sus propias ostras nadando en aguas poco profundas en compañía de los pelícanos, ¿qué otra cosa puede ser más paradisíaca?

Nuestro gusto por el turismo se vio estimulado en 1963 con la llegada de nuestros respectivos padres. Los de Françoise (René y Renée Rodière) visitaron junto con ella Oaxaca durante la Guelagueta. René, profesor de derecho en París y autoridad internacional en derecho comparado, fue invitado por un colega jurista de la UNAM a una excursión en la Huasteca. Él viajó en autobús con los oficiales; su periplo terminó en una isla de las ciénagas cercanas al mar, en una hacienda que debió asegurarles confort y prestigio, pero en la que no habían preparado nada para recibirlos, y mi suegro, malhumorado, tuvo que dormir sentado en un sillón. El resto de la familia, en nuestro coche, se conformó con los voladores de Papantla, antes de alojarse en un hotel en Poza Rica.

Con mi padre, Marcel Bataillon, hice un viaje más lejano. Nos acompañó (junto con su compañera Françoise Cachin) el historiador Pierre Nora, entonces joven

investigador de la Fundación Thiers, becario “de la vuelta al mundo” de la Fundación Singer-Polignac.<sup>12</sup> Salimos hacia Veracruz; de ahí, al Istmo de Tehuantepec, a San Cristóbal de las Casas, en Chiapas, que Marcel no conocía, donde nos alojamos en Na Bolom, en la casa de Franz Bloom, administrada por su viuda Gertrude Duby como una pensión para intelectuales, con un jardín excepcional y una biblioteca de historia y antropología de Chiapas. De ahí visitamos Oaxaca y sus alrededores al regresar a la capital. Siendo joven, junto con mi padre había visitado numerosas iglesias en Francia; conocía su cultura religiosa pero era incapaz de entender su alcance, porque nos hacía vivir en un ambiente estrictamente laico. En San Cristóbal y aún más en Oaxaca era fascinante: puertas, portales, fachadas o retablos: “leía” esa iconografía religiosa de manera natural, sin pedanterías, subrayando los matices o las particularidades locales comparados con ese mundo cristiano que era la vida cotidiana de ese agnóstico.

Así, vivir en México era sumergirse en un mundo que se abría ante nosotros, infinitamente más transparente que el Marruecos que habíamos dejado. Sin embargo, ese mundo era muy distinto al nuestro: los códigos sociales, morales o políticos eran aún más difíciles de descubrir cuanto como la película superficial era accesible. Una vida cotidiana que nos sorprendía, sobre todo por la penetración de las tecnologías y los modos de vida tomados de Estados Unidos y remodelados. Un lenguaje de las clases medias o acomodadas cercano a los códigos europeos. Dar clases en un ambiente mexicano y llevar a cabo una investigación en ciencias sociales en el país me obligaría a descubrir realidades más exóticas.

#### LOS ESPAÑOLES REPUBLICANOS REFUGIADOS

En 1962 acercarse al pequeño mundo de la investigación y de la universidad era menos sencillo que hoy día; la ruptura sucedió, como veremos, en 1968. Felizmente, para mí era más fácil establecer lazos con extranjeros, numerosos en esta capital a la vez provinciana y cosmopolita.

Y entre ellos teníamos una posición privilegiada con los españoles republicanos, para quienes el nombre de Marcel Bataillon era una visa, que aunque no quería usar directamente, era siempre efectiva, casi inevitable. El descubrimiento de la vida cotidiana de las instituciones mexicanas de investigación fue a través de la interpretación de los españoles refugiados. El mundo cultural mexicano de 1939 a 1970 lo poblaron ellos. Solamente después de esta fecha el voluntarismo del presidente Echeverría, y después el boom petrolero hasta 1982, crearon cuerpos profesionales de mexicanos en la investigación y la cultura que antes se reducían a algunos individuos.

<sup>12</sup> Véase: *L'ordinaire Mexique Amérique Centrale*, núm. 131-132, febrero-abril, 1991, pp. 3-13.

Mostrar de manera global la inmigración republicana española en México, en su contexto, me permite comprender mejor retrospectivamente; cosa que le debo, cosa que sabía de manera intuitiva. El flujo de refugiados que entraron a Francia sin duda alcanzó medio millón de personas. En diciembre de 1939, los exiliados “estabilizados” en Francia eran 140 000; en África del Norte “francesa”, 40 000. El saldo de los expatriados “duraderos” sería 160 000 hacia 1941, de los que 100 000 seguían en Francia en 1950, comparado con los 7 000 refugiados en la URSS, de los cuales 3 000 permanecían ahí en 1970. El segundo lugar de acogida fue México. Situar esta migración, comparándola con el resto del continente americano, permite una mejor comprensión del caso mexicano. Puerto Rico al igual que México organizó una acogida para un número reducido de profesionistas que en su mayoría partió hacia Estados Unidos. La República Dominicana habrá visto transitar unos 4 000 españoles, que huyeron rápidamente para evitar los riesgos de vivir bajo el régimen de Trujillo. En un solo barco, 2 000 inmigrantes, sobre todo de ambientes populares, llegaron a Chile, mientras que el flujo hacia Buenos Aires fue limitado: el peronismo no deseaba acoger a los recién llegados, que se instalaron en otra parte. El flujo de profesionistas, a menudo intelectuales, fue más importante hacia Venezuela, económicamente próspera y ávida de recibir mano de obra de buena calidad.

A México llegan unos 20 000 refugiados. Comparado con la migración hacia Francia, no es de extrañar que la proporción de hombres solos sea más elevada; las mujeres y los niños se reunirán eventualmente con los “jefes de familia” después de 1945, por lo que se desestabilizan los núcleos familiares. Menos que en Francia, vienen de Cataluña y del Levante, y más de Castilla, o del norte y del oeste de España. Pero la diferencia está sobre todo marcada en términos de medios socioprofesionales. La proporción es importante hacia México para los oficios de las artes gráficas, el cine, los profesionistas del sector terciario, los docentes, los intelectuales y artistas, o los estudiantes. Lo que es cierto en términos de proporciones también lo es en cifras absolutas: 130 docentes para México contra 2 000 para Francia, y 160 contra 378 para los intelectuales y artistas, cuando la migración hacia México es ocho veces menor que hacia Francia.

Si estos profesionistas migran hacia México más que hacia ningún otro lado (salvo Francia), es porque el gobierno de Lázaro Cárdenas organizó la acogida desde 1937. ¡Incluso pensó en pagar el viaje por barco para más de 300 000 personas! Para aquellos que realmente vinieron (20 000), la selección sistemática para atraer intelectuales es innegable.

Lo que nos dicen sobre la integración de estos refugiados muestra la diferencia entre el sueño y la realidad. En el puerto de Veracruz, los sindicatos organizan una acogida oficial entusiasta: visión optimista que corresponde a lo que los recién llegados se imaginan México revolucionario.<sup>13</sup> Los inmigrantes se instalan en la capital mucho

<sup>13</sup> Una anécdota de Javier Oteyza acerca de esto: recuerda un gran cartel: “Las tortilleras con los republicanos españoles”, que interpretó no como la solidaridad de las mujeres que fabricaban tortillas

más que en provincia; de hecho, la verdadera integración profesional se torna difícil por la crisis económica, reforzada por la sucesión presidencial de 1940, hasta el boom económico de 1941, cuando Estados Unidos entra en guerra, reactivando así la economía mexicana. Sobre todo para los intelectuales la ayuda gubernamental es esencial. Así, se autoriza la creación del Instituto Luis Vives y del Colegio Madrid, escuelas privadas para escolarizar a los niños; instituciones laicas de calidad comparable al Liceo Franco-Mexicano, igualmente atractivos para la élite mexicana.

Estos “nichos educativos” favorecen el mantenimiento de una cultura particular de los refugiados, frente a una integración tal cual, aun cuando en el medio circula el chiste: “En México, o te aclimatas o te aclimueres.”

Para los universitarios españoles, una productividad excepcionalmente elevada durante los primeros años del exilio es notable: desprovistos de toda actividad política o social, que perdieron con su salida de España, tienen todo el tiempo para concluir los trabajos en curso.

Rafael Segovia muestra bien cómo la identidad de este grupo elitista se cristaliza frente a la identidad de la “honorable colonia española”, la otra inmigración, la de los gachupines instalados en los negocios desde tiempos anteriores, más numerosa y rica; a menudo gallegos, católicos y conservadores, más bien a favor del franquismo y socialmente de origen menor, “pobretones venidos a bien”. La oposición entre los dos grupos favorece el mantenimiento de la identidad de cada uno de ellos. Los republicanos se dicen a la vez españoles y mexicanos, doblemente revolucionarios; los gachupines no se sienten ni mexicanos ni españoles... Todo esto hasta el mestizaje en la clase media mexicana para la tercera generación, aquella de los nietos republicanos. Recordemos que México era desde 1940 la sede del gobierno republicano español en el exilio y que el gobierno franquista no tuvo embajador en México sino hasta 1975.

Este grupo que conocí guardaba sus ideales: laicos, a menudo con ideas revolucionarias, convencidos hasta el final de los años sesenta de que su regreso a España los vengaría de la derrota. Pero, paralelamente, los núcleos familiares que permanecieron en general católicos por las mujeres, se integraban a la sociedad mexicana rica, ya que los profesionistas de nivel elevado se hicieron rápidamente prósperos; estos héroes de una revolución vencida me fascinaban. Me tomó cierto tiempo entender que estaban más cómodos que yo en el México de los ricos, en este país en el que me costaba trabajo medir la profundidad de la desigualdad social.<sup>14</sup>

---

de maíz, sino como de lesbianas, prueba de la liberación de las costumbres gracias a la revolución, de las cuales México estaba aún más alejado que la España republicana. La traducción en el seno de la lengua castellana era un problema.

<sup>14</sup> Este corto panorama resume distintos trabajos recientes. Clara Lida (comp.), *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza, 1994 (particularmente el capítulo de Dolores Pla Brugat); Clara Lida, *Inmigración y exilio. Reflexión sobre el caso español*, México, El Colegio de México-Siglo XXI, 1997 (particularmente cap. 4); *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, actas de la 1ª jornada (nov., 1994), 1998 (particularmente el artículo de Rafael Segovia) y de la 2ª jornada (nov., 1996), 1999.

Al margen de la “investigación” –mi oficio– señalemos como ejemplo al pintor Javier Oteyza: de buena familia española, joven adulto, inmigró a México entre los vencidos del ejército republicano desarmado en Francia; sobrevivió y prosperó gracias al dibujo de folletos publicitarios para las empresas farmacéuticas que se implantaron en México, en los años cincuenta y sesenta particularmente. Entabla amistad con mexicanos de los negocios y de la política, los provee de pinturas a la vez modernas y robustas (sobre todo retratos, pero también “escenas” para salas de juntas). Amigo conocido a través de la hermana de María Rosa San Juan, Juli, su futura mujer, quien se gana la vida como maestra de gimnasia en el Liceo Franco-Mexicano. Sale de este ambiente educado por lo general en el liceo francés de Madrid o en la institución de libre enseñanza, y lo volvemos a encontrar como docente “del lado de los franceses” en México, pero también en el Instituto Luis Vives, en las universidades. Es sin duda el vivo ejemplo de la desintegración del exilio. Javier vive como mexicano rico, pero sin fortuna “establecida”. Caza tanto en Lerma como en Acapulco, apuesta a los caballos (donde pierde), en el póquer (donde gana), va a los restaurantes elegantes de la Zona Rosa, todavía “selectos”. Es también un pro castrista que espera una revolución en España.

En un nivel social mucho más modesto, entablé amistad con un artesano impresor español que auxiliaba al IFAL, al que volveremos a encontrar. Pero evidentemente es en las instituciones mexicanas importantes donde se encuentran los españoles republicanos; claro, exceptuando los puestos políticos.

Un buen ejemplo es el Banco de México, institución estatal que de hecho es el mejor centro de estudios económicos en los años cincuenta y sesenta; es también el mejor centro de información sobre la economía mexicana. Se compone de una biblioteca y un centro de documentación; ambos dirigidos por republicanos españoles. Fue la primera institución en la que me recibieron, en 1962, José Bullejos (biblioteca) y Alfonso Ayensa (documentación).

La casa editora del Estado, el Fondo de Cultura Económica, creada en los años cuarenta, también se vio poblada por españoles, aun cuando durante mucho tiempo su director fue un intelectual argentino, Arnaldo Orfila Reynal. Gracias a estos intelectuales, las traducciones prosperan, para introducir en México el pensamiento económico y filosófico, del inglés, el alemán o el francés. Finalmente se crea, en 1938, la Casa de España para acoger intelectuales refugiados; a partir de 1940 la casa se transforma en El Colegio de México.

Estos intelectuales republicanos españoles están de acuerdo en por lo menos un punto fundamental con la clase política mexicana, en el poder a través del Partido Revolucionario Institucional: es importante que los intelectuales forjen la nación, partiendo de un pueblo tan inmerso en la superstición de un catolicismo tradicional que no puede juzgar democráticamente el bien común.

## LA DOCENCIA

*En el IFAL*

Tanto para Françoise como para mí, nuestro primer público de estudiantes mexicanos nos lo proporcionó el IFAL. Ella daba cursos de historia y de historia del arte y yo de geografía, todos centrados en Francia. Darles clases a adultos y no a alumnos de liceo era algo nuevo y refrescante; no había necesidad de imponer disciplina escolar. Al contrario, más valía adaptarse a cierta desidia, con un horario no muy estricto, un diálogo eventual, y cierta tolerancia en la práctica del francés tanto escrito como hablado por el público. Aprender también a hablar de manera simple y evitar jergas incomprensibles para el alumnado. Teníamos que acostumbrarnos a un público heterogéneo, tanto por su conocimiento del francés como por su cultura general, su práctica escolar o su conocimiento de la materia instruida. Se establecían relaciones familiares, desconocidas en la enseñanza francesa, con grupos de una veintena, fácilmente, entre nosotros jóvenes profesores y estos alumnos de nuestra misma edad: colegas españoles a veces, mujeres cultas a menudo, rara vez clásicos estudiantes. Por lo menos el contenido del curso estaba preestablecido sin que tuviéramos la necesidad de inventárnoslo, lo cual limitaba nuestra incertidumbre.

El curso de historia de la civilización francesa que impartía Françoise fue apreciado por el presidente de El Colegio de México, Daniel Cosío Villegas; había enviado un emisario, quien había rendido cuentas favorables; intromisión que difícilmente le pareció aceptable a Françoise. En consecuencia le pidieron que impartiera el mismo curso en español para los alumnos de El Colegio. Argumentó que su español no era lo suficientemente bueno: le propusieron pagarle unos cursos acelerados para tal efecto. Finalmente, el asunto no se concretó, pero sí lo haría más tarde sobre otros temas.

Tanto para la vida cotidiana como para la futura docencia ambos deseábamos progresar rápidamente en la práctica del español, que muchos interlocutores pensaban equivocadamente que dominaba “naturalmente”, por herencia. Mi única herencia lingüística era fonética. Ninguna estancia en España con mi padre, ningún aprendizaje escolarizado, pero constantemente escuché a mi padre hablar español y el ritmo de las palabras, las frases y oraciones me eran tan familiares como la *j* o la *r*. Ya mencioné quienes fueron nuestros dos profesores, a razón de dos veces por semana. Aprendimos seriamente a conjugar los verbos. Malú nos hacía traducir *Candide* de Voltaire, para imponernos un idioma claro y riguroso. Verificaba los giros escogidos refiriéndose a la traducción publicada por su difunto marido, Felipe.

*La UNAM de los geógrafos*

Para mí era urgente; había acordado con la Facultad de Letras de la UNAM que para el segundo semestre, a partir de julio de 1962, impartiría en la escuela de geografía de dicha facultad un curso semanal de geografía de Francia. Este curso tenía un estatus incierto. Impartido de manera gratuita, era materia opcional para alumnos avanzados; creo de tercer año. No sabía gran cosa acerca de la UNAM y mi experiencia universitaria había sido mi vida estudiantil en la Sorbona. Ignoraba todo, particularmente acerca de las universidades norteamericanas y del mundo del campus.

En cierto sentido, lo descubrí a través de CU.<sup>15</sup> La construcción de la Ciudad Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de México había comenzado unos diez años antes. Grandes zonas sin construir separaban aún la ciudad de CU, península proyectada al sur. Los edificios de prestigio (rectoría, biblioteca, estadio) formaban parte de las joyas de la ciudad para cualquier visitante. El resto de los edificios se parecían a las ces que se construían entonces en Francia: rudos y fríos, pronto desgarrados en los detalles de la construcción. La UNAM producía entonces la mayoría de los profesionistas de México (abogados, médicos, docentes), dejando al Instituto Politécnico lo esencial de las carreras de ingeniería; mientras, con excepción de dos o tres ciudades (Monterrey, Guadalajara, Puebla), en provincia no había prácticamente formación universitaria. Profesores y estudiantes de CU vivían de diversos empleos y asistían a los cursos sólo por las tardes, salvo excepción. Se les llamaba “aviadores” a los profesores a los que se les olvidaba dar clase y “aterribaban” en sus facultades para cobrar sus cheques quincenales; en las instituciones serias había que firmar cada vez que había clases. Por lo demás, a la mayoría de los profesores les interesaba más el título de profesor en sus tarjetas que el sueldo más que modesto.

Para un joven profesor de liceo francés, dar clases en un medio universitario mexicano presentaba un problema: era un hecho lo suficientemente excepcional como para que no existiera un antecesor que sirviera como iniciador. Por el lado de los colegas mexicanos, más allá de la reserva cortés, que en aquel entonces era una barrera infranqueable, ¿cómo hubieran podido saber que el joven francés no sabía? Queda claro que los estudiantes esperaban tomar un curso lineal, dictado, para después aprenderse y devolverlo, de ser posible de manera íntegra, en un gran pedazo el día del examen. La retórica a la francesa, liceana o universitaria, estaba aún más codificada entonces que ahora. Admirada desde fuera pero poco imitada. Cómo imponerles a los estudiantes acostumbrados a un discurso lineal, destinado a ser asimilado directamente, una mecánica *implícita* de cajones y subcajones, de

<sup>15</sup> CU: Ciudad Universitaria. Los elementos presentados, aquí y más allá, vienen de un texto (*Pratiquer l'Amérique Latine. Des années 1960 aux années 1980*) publicado en *Orla* núm. 191, enero-marzo, 2003, dossier Latino américanisme en perspective, pp. 5-18.

limpieza y clasificación de las materias tratadas, y para el examen, ¿cómo pedirles una recomposición, según el orden canónico, hecho de partes unidas entre ellas y flanqueadas de introducción y conclusión formales? Los estudiantes no sólo estaban sorprendidos por el orden del curso sino sobre todo por el juego de la recomposición en otro orden para el examen. ¿Y cómo pasar de ahí al estudio de documentos, otro ejercicio codificado, más extraño aún si se trata de mapas, donde observación, crítica y arreglo deben traslaparse según las normas convenidas, que para mí era imposible enseñarles porque me eran tan implícitas como la retórica de la “disertación”?

Más allá, este curso tradicional a la francesa implica una verdad objetiva, según un positivismo también implícito, y esto sin afirmar ningún marco teórico particular. Aun después de 1968, el establecimiento de los hechos enunciados depende en Francia de una ciencia positiva y consensual, y el eventual debate de interpretación sólo viene después, y generalmente sobre una pequeña parte del discurso. Veremos que en México, ya hacia 1965, algunos de los estudiantes más vivos, a veces chilenos o argentinos, contestan el discurso positivista en nombre de una visión militante de la realidad; le toca al profesor francés extrañarse de las nuevas afirmaciones teóricas de estos estudiantes, para quienes el marxismo aporta rápidamente llaves militantes que permiten interpretar los hechos codificados en términos de bueno y malo. Estos nuevos estudiantes, pienso, adoptaron el nuevo código por dos razones. Menos impregnados de las reglas académicas que sus predecesores, que provenían de medios más cultos, encuentran en el marxismo simplificado un marco conceptual, maniqueo, que les da seguridad, que les da la impresión de acceder al conocimiento de manera rápida y segura. Adherirse a un marco teórico se convierte en una necesidad que debe ser impuesta a la fuerza, por lo menos moral. La segunda razón para adoptar el marxismo simplificado como norma es que le aseguraba al especialista de las ciencias sociales un papel activo y prestigioso, de experto en la vasta agitación revolucionaria, cuya inminencia es evidente en las sociedades latinoamericanas de entonces, inminencia atestiguada por el compromiso de muchos maestros y expertos extranjeros. Sabemos la magnitud que tomará la ola en el curso de los dos siguientes decenios.

Son pocos los franceses que a principios de los años sesenta pudieron experimentar de manera cotidiana el ambiente universitario latinoamericano; antes de la segunda guerra mundial, Francia aportó un grupo excepcionalmente brillante de jóvenes profesores a la Universidad de São Paulo, que apenas nacía (Claude Lévi-Strauss, Pierre Monbeig y muchos más). A otras partes enviaban conferencistas puntualmente, o por tiempos más largos; algunos investigadores para trabajo de campo (para México, ya lo vimos, a J. Soustelle, y justo después, Guy Stresser-Péan), mientras que los docentes franceses permanecían como cuerpo organizado esencialmente en los liceos franceses, el Instituto Francés de América Latina de México era la excepción.

A mi curso de geografía de Francia para los geógrafos de la UNAM asistieron menos de diez estudiantes; demasiado tímidos para hacer preguntas sobre mis

lecciones, enunciadas en un español más que aproximativo. Sospechaba que el tema les era ajeno, pero faltaba saber cuál era la formación de estos jóvenes aprendices de geógrafos. Cuando a final del semestre les pedí que escribieran un texto para el examen, que después calificué, mi incertidumbre se acrecentó: habían asimilado sólo pedazos por aquí y por allá de lo que creía que había sido una coherente presentación de Francia. Para enmendar el fracaso, al año siguiente llevé a cabo un ejercicio que pensaba les iba a ser de mayor utilidad a mis geógrafos: un análisis “a la francesa” de mapas topográficos detallados, ejercicio que dominaba. Había descubierto, de manera aproximativa lo que les habían enseñado a estos estudiantes, y este ejercicio, para mí evidente y fundamental, faltaba en su currículo. ¿Qué sabía yo de este gremio universitario después de un año de haberlo frecuentado?

Los geógrafos estaban separados, según la norma de la UNAM, en instituto de investigación y escuela (es decir poco menos que una facultad, dentro de la Facultad de Filosofía y Letras) para la docencia. El primero estaba en manos de una señora que rayaba los sesenta años, devota y rigurosa, con formación en geología; interpretaba la geomorfología de México en términos de antiguos sistemas lacustres capturados por los océanos vecinos, lo cual no estaba fuera de lugar para un país en gran medida endorreico, por lo que podía, además, incorporar a la vez la historia bíblica del diluvio y la historia de las civilizaciones mesoamericanas. Además había echado a andar y llevado a cabo un trabajo (en aquel entonces completamente manual) de cartografía por puntos, de la localización de la población mexicana<sup>16</sup> según los censos decenales sucesivos. Trabajo benedictino al que estaban amarrados una decena de asistentes poco calificados que compilaban los datos.<sup>17</sup> De las investigaciones geográficas según las normas de un francés, nada, y por ende ningún diálogo posible más allá de los intercambios de las fórmulas de cortesía. La reemplazó Consuelo Soto Mora, con una formación de becaria en París, quien a finales de 1964 me permitió, junto con una colega francesa y dos “pasantes” mexicanos, llevar a cabo un estudio de los suburbios de la capital de México, del cual hablaremos más adelante; trabajo improvisado muy aproximativo pero sobre un tema más o menos virgen entonces.<sup>18</sup>

Enfrente funcionaba la docencia. Incluso el director de la escuela de geografía no era un profesor-investigador de tiempo completo. Jorge Vivo, cubano instalado en México desde tiempo atrás, vivía multiplicando los cursos de geografía pagados por hora en las prepas como en su propia escuela de la UNAM; decía que daba unas treinta horas por semana... Lo escuché a menudo en el pasillo, esperando para seguir

<sup>16</sup> “Distribución geográfica de la población en la República mexicana”, 1962, preámbulo por Rita López de Llergo, directora del Instituto de Geografía. Este preámbulo es, de manera paradójica, un panorama geomorfológico del territorio mexicano.

<sup>17</sup> Cada censo lleva los volúmenes de la “integración territorial” que enumeran las localidades pobladas y su número de habitantes; falta localizarlos realmente.

<sup>18</sup> Las zonas suburbanas de la ciudad de México, citado más adelante.

dando mi propia clase en el mismo salón. Hablando sin apuntes de temas variados, que rara vez se renovaban, no hubiera tenido tiempo de corregir las tareas de los estudiantes, ni para leer y poner al día sus lecciones. Hombre de izquierdas pro marxista, detestaba a su contemporánea y colega en el instituto, quien devolvía cien veces el repudio. Por lo menos otros dos geógrafos daban clases de nivel universitario. Ángel Bassols, hijo del gran jurista, economista y diplomático de la revolución, ex embajador en la URSS, donde su hijo hizo sus estudios superiores; Ángel es un marxista de corazón que llevó su carrera de investigador en el instituto de economía de la UNAM (única “ciencia social” entonces lo suficientemente prestigiosa para disponer de algunos investigadores de tiempo completo). Y Jorge Tamayo, político adentrado en el PRI, que vivía de los contratos de su despacho de estudios de cartografía, y autor de una geografía de México “temática” en la que la capacidad de enumeración y compilación hacía las veces de legitimidad científica. Salvo algunas excepciones, las materias eran estrictamente temáticas (hidrología, vulcanología, geografía económica, geopolítica, etcétera.) sin estudios “regionales”, que hubieran integrado los datos sobre un territorio delimitado.

Así, intenté mostrar territorios, y para tal efecto, explicar mapas topográficos. Para un estudiante francés esto suponía simplemente comprar la hoja prescrita por el profesor para esa semana, por menos de un euro, para compararla con el mapa geológico correspondiente, con la misma escala (1-80 000°), disponible en todas las bibliotecas universitarias. La cosa era más complicada en México. La única cartografía mexicana detallada, producida por el ejército, con escala de 1-100 000°, a duras penas cubría el centro-este del país. Hacerme de un solo ejemplar de estas hojas me costaba una cortés negociación para que autorizara la compra el general Sánchez Lamego, quien había sido alumno invitado en la Escuela Politécnica de París cuando joven, por lo que apreciaba a los franceses. Vender estos documentos confidenciales a los peligrosos comunistas, que podían ser los estudiantes de Jorge Vivo, ni hablar; además, ningún mapa geológico correspondiente existía con la misma escala. Tuve que pagar la importación de algunos mapas del Instituto Geográfico Nacional francés, con las hojas geológicas correspondientes. Era someter a mis estudiantes a un ejercicio mucho más abstracto que si hubiera podido enseñarles el Ajusco o la ciudad de Puebla.

Creo que para ellos el exotismo del documento francés y sus topónimos tenía mayor atracción que las formas del relieve y los razonamientos necesarios para entenderlas, o el análisis de la ocupación del espacio por el hombre y la repartición del hábitat. Tanto así que el juego intelectual que les hubiera permitido ver los fenómenos a diferente escala y relacionarlos entre sí se reducía esencialmente a lo anecdótico. Sin embargo, este curso, más que el anterior sobre Francia, me enseñó cuáles eran los problemas del vocabulario técnico de la geomorfología (o sea la explicación científica de la topografía), que usaba de manera natural en francés sin darme cuenta de hasta qué punto está codificado y es arbitrario. Tenía que aprender su traducción al español, pero descubrí que mis estudiantes no podían ayudarme,

ya que en los pocos casos en los que sabían las palabras, no podían “leer” sobre el mapa la forma topográfica correspondiente.

A finales de semestre (1964), asignarles una calificación a los estudiantes resultó aún más problemático que para la geografía de Francia: ignoraba una regla fundamental, tácita en ese ámbito. Para mí, al modo de la Sorbona, un muy buen trabajo merecía siete sobre diez; uno mediocre, cuatro sobre diez. Mientras que la regla aquí era que un estudiante avanzado (como los míos, que eran una pequeña decena) no podía tener una calificación menor a la que le habría permitido avanzar en el currículo sin deshonor; ya que estaban en el ocho sobre diez, mis calificaciones “a la francesa” eran una vergüenza para ellos.

Además no tenía contacto alguno con otros colegas (si había juntas, lo cual dudo, no me avisaban), ignoraba todo acerca de su docencia y nada demostraba la utilidad de mis opciones pedagógicas. Mi único contacto era, cuando hacía cita, con Jorge Vivo, amable (sobre todo para lamentar la nulidad de su enemiga, Rita López de Llergo), pero sin discusión posible acerca de las necesidades pedagógicas de los estudiantes. Así, daba de manera gratuita, a un puñado de jóvenes cuyo nivel me parecía muy bajo, un curso que me parecía inútil. No tenía aún la distancia necesaria, ni sobre Francia ni menos aún sobre México, que me permitiera entender las particularidades socioculturales del público universitario de la geografía. Le puse un punto final a la experiencia tomando como pretexto que no tenía tiempo.

### *Ciencias políticas*

Con mayor razón podía deslindarme gracias a que mis contactos en la UNAM habían aumentado. Pablo González Casanova, historiador de formación, fue becario en Francia a finales de los años cincuenta descubriendo así la ciencia política. A su regreso a México, fue a principios de los años sesenta el fundador en la UNAM de la Escuela (futura facultad) de Ciencias Políticas y Sociales. Formaba parte de los intelectuales que François Chevalier me había aconsejado que frecuentara y así lo visité. Me propuso a principios de 1963 participar en la docencia de su escuela en el “grupo piloto” de primer año. A cambio de un sueldo “normal” (es decir simbólico, pero para mí era ser un docente mexicano “normal”, que tenía que firmar su ficha al final de cada curso), me pedía dar a grandes rasgos el equivalente del programa francés de *terminale* (tercer año de preparatoria) de aquellos años.<sup>19</sup> Pablo González Casanova, joven doctor recién salido de París, sabía sin duda qué era la “geografía-cultura general” a la francesa; yo sabía enseñarla y además el público era distinto al de los geógrafos de la UNAM; durante un mes de curso acelerado (entre ocho y diez horas, y pretendía empezar puntual, cinco mañanas por semana) tenía aproximadamente

<sup>19</sup> Las grandes potencias y las grandes materias primas en el mundo.

cuarenta jóvenes de nivel social acomodado (libres por las mañanas, por ende no asalariados, situación atípica para esta universidad), estudiantes de primer año, venidos en parte de prepas privadas (entre ellas el liceo francés) y, en todo caso, dotados de una cultura de base comparable a los alumnos franceses que conocía. Ya sabía más español, y nunca aprendí más; utilizaba de cuatro a cinco horas de trabajo por tarde para “traducir” las dos horas de clases del día siguiente. Por primera vez en mi vida soñé en español.

Este trabajo de tiempo completo era gratificante; me daba la impresión de dar a descubrir a futuros sociólogos o politólogos la diversidad del mundo contemporáneo y las fuerzas mayores que lo organizaban. Mi aprendizaje lingüístico era también intenso. Descubrí que la geografía, para describir el mundo, necesitaba de los vocabularios de la técnica, de la sociedad, del derecho, de manera aún más diversa que la del vocabulario histórico habitual, y mucho más allá de las formulaciones para la abstracción necesaria del sociólogo o el politólogo, que era un vocabulario a la vez reducido e internacional. Pero también fue ahí donde descubrí el ambiente profesional de las ciencias sociales “de izquierdas” del país, en los pasillos o en el cubículo de las secretarías: V. Flores Olea, aristócrata y cáustico; el mismo futuro don Pablo, juvenil y dinámico; Ricardo Pozas, antropólogo famoso por la “autobiografía” del chamula Juan Pérez Jolote; Gonzalo Aguirre Beltrán, gran figura del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y pionero de una antropología política. Así, mi decepción en la UNAM por los geógrafos se transformó en el orgullo de pertenecer a una corporación que era a la vez las ciencias sociales y la izquierda. No fue por casualidad que *Ciencias políticas y sociales*, la joven revista de esta institución, aceptó desde 1963 los textos que propuse: mi geografía tenía derecho a ser citada en las ciencias sociales más fácilmente que en la órbita de la geografía mexicana. Tuve otra vez el placer de dar clases en condiciones semejantes en la misma Escuela de Ciencias Políticas en 1969, durante nuestro pequeño viaje.

### *El Colegio*

Mis contactos con El Colegio de México fueron mucho más duraderos; para mí, de fundamental importancia. Mucho más que en las instituciones de la UNAM arriba citadas, aquí era el hijo de Marcel Bataillon. Desde mi llegada hice la visita obligada a la viuda de Alfonso Reyes, en la “Capilla alfonsina”, y a su sucesor como presidente de El Colegio, Daniel Cosío Villegas, reconocido como un intelectual excepcionalmente poderoso por sus empresas de investigación y edición; conocido también por ejercer una autoridad vigorosa mediante una ironía mordaz.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Las *Memorias* de don Daniel (Joaquín Mortiz, 1976, reeditado por la SEP, 1986) son un documento único, que llega prácticamente hasta la muerte del autor. Hay una cantidad enorme de personajes

Sin lugar a dudas, el florón de la influencia española republicana en México es la creación en 1938 de la Casa de España, que se convirtió en 1940 en El Colegio de México. Describir lo que sé de él, a principios de los años sesenta, es mostrar el papel que tienen los historiadores, entre ellos su entonces presidente, Daniel Cosío Villegas, al que sucedió Silvio Zavala. Es normal que el primero haya buscado atraer una pareja de docentes de “historia-geografía”,<sup>21</sup> disponibles in situ. Ya dijimos cómo fue que abordaron a Françoise Bataillon primero. Finalmente dio sus clases de historia de Oriente pregregorromano, en francés, en 1965, al grupo de estudiantes con el que tuve mayor contacto y que vale la pena describir. La mayoría de los estudiantes de El Colegio eran reclutados para el “posgrado” (después de la licenciatura). En el primer semestre de 1964, le di un curso al pequeño grupo de historiadores ya avanzados en el cual había algunos sujetos brillantes; ahí conocí, entre otros, una joven pareja notable, ambos futuros “doctorandos” de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, bajo la dirección de Jean-Pierre Berthe; Enrique Florescano, veracruzano de origen modesto, será director del INAH, editor y ensayista; su mujer, Alejandra, tenía el bagaje para una carrera política: era hija de una Toscano, familia pionera del cine en México, y su padre, Manuel Moreno Sánchez, era cacique de un importante sector de las “izquierdas” del PRI. Alejandra dirigió un seminario en el INAH sobre historia urbana, que inició los estudios sobre la ciudad de México, hasta entonces muy poco desarrollados; fue directora del Archivo Nacional (y aseguró la mudanza a la remodelada antigua cárcel de Lecumberri); estuvo en el equipo político-técnico del regente del Distrito Federal, futuro candidato a la candidatura a la presidencia de la república en 1988 (Manuel Camacho Solís).

En el segundo semestre de 1964 y el primero de 1965 me encargaron la nueva promoción de historiadores, pues El Colegio incursionaba en el reclutamiento. En efecto, el grupo reunió a jóvenes salidos del bachillerato, o un poco mayores si venían de otras disciplinas; la idea era evitar que estuvieran “mal” formados en la UNAM. El grupo de “jóvenes” historiadores reunido en 1964 comprendía algunos “marginados”, que serían eliminados más adelante del grupo: una chilena que escandalizaba por sus convicciones (y conocimientos) marxistas y por portar pantalones, hecho inusitado en aquel entonces, y un joven provinciano de origen popular, Cayetano Reyes, nahuatlata,<sup>22</sup> poco acostumbrado a la retórica usual del medio universitario (calificado de “demasiado tropical” por un colega español); lo volveremos a encontrar como investigador en El Colegio de Michoacán. Pero el grupo se compone sobre todo de futuros universitarios notables: Irene Vásquez;<sup>23</sup>

---

políticos, pero también casi todo lo que vale en los ámbitos de la economía y la historia, sin hablar del periodismo, las instituciones editoriales y universitarias.

<sup>21</sup> Historia y geografía, dos materias enseñadas de manera conjunta en la enseñanza secundaria francesa por un mismo profesor.

<sup>22</sup> Quien habla y lee la lengua náhuatl.

<sup>23</sup> Gracias a quien pude ver a Arturo Warmann, su marido en aquel entonces.

Elsa Malvido;<sup>24</sup> Hira de Gortari (hijo de un filósofo “de izquierdas”, rector de la explosiva universidad de Morelia), futuro director del Instituto Mora; Sergio Florescano (hermano de Enrique, anteriormente citado) futuro docente en Jalapa; Bernardo García, luego especialista de geografía histórica en El Colegio de México; Jorge Silva, futuro orientalista y durante mucho tiempo director de la casa de México en la Ciudad Universitaria de París; Guillermo Palacios, más adelante director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, y Andrés Lira, el mayor del grupo, con una formación jurídica y filosófica, después docente de El Colegio de Michoacán antes de regresar a El Colegio de México para ser un presidente duradero.

¿Qué es lo que aprenden estos estudiantes? Por encima de todo a respetar estrictamente a sus maestros y la institución que los recibe. El grupo es pequeño y la disciplina queda en entredicho, pero el respeto al maestro se establece por sí mismo. Son estudiantes de calidad, seleccionados, cuyo bagaje cultural es muy superior al de mis públicos precedentes. Aprenden a leer en serio, y a escribir también; a no repetir lo que han aprendido. Pero el arte de la disertación no se enseña aquí tampoco como tal, cosa que traba al docente francés que soy. Todos serán becados para hacer sus tesis en el extranjero (Reino Unido, París, Estados Unidos). Teóricamente la inversión de El Colegio para su formación es una extraña apuesta, ya que no hay casi empleos de profesor-investigador de historia de tiempo completo en México (salvo dos o tres en El Colegio, otros tantos en la UNAM y unos menos en el INAH o en el Instituto Panamericano de Geografía e Historia).

Por entonces El Colegio se conforma de dos secciones constituidas de manera tradicional (literatura española e historia), cada una con tres o cuatro profesores-investigadores de tiempo completo, más un Centro de Relaciones Internacionales (de hecho, ciencias políticas) que apenas nace, y otro en gestación de Estudios Orientales (China, India, Japón). La dinámica principal es el taller de producción colectiva de la historia “moderna” de México (de la independencia a la revolución), financiado por la fundación Rockefeller y dirigida con mano dura por Cosío Villegas. Ahí trabaja Luis González y González, entonces joven historiador “clásico”; listo, con conocimientos sobre Francia donde fue becario, todavía provinciano tímido, pero ya con mucho sentido del humor y con una excelente pluma. Pronto encontraremos una anécdota sobre él que permite juzgar la poca permeabilidad del ambiente universitario mexicano para el joven francés, por lo menos ingenuo, que era yo. Recordemos que hablamos de una época en la que este abanico de disciplinas presentes en El Colegio pesaba frente a la UNAM, que no contaba con investigadores o docentes de tiempo completo en ciencias humanas, salvo en economía. Luis era el director del Centro de Estudios Históricos en aquel momento. Conocí menos a mis otros colegas historiadores; particularmente José Miranda, refugiado español, maestro respetado, de un elitismo exigente y riguroso hacia los estudiantes, o

<sup>24</sup> Futura especialista en historia de la muerte.

Moisés González Navarro, provinciano al parecer aún más tímido que el mismo Luis. Sólo en algunas ocasiones nos reuníamos para evaluar a nuestro pequeño grupo de estudiantes.

Mi público de estudiantes de El Colegio era exigente, y con un curso de geografía que pretendía ser un aprendizaje sobre la relación entre el hombre y su espacio (por ende de las poblaciones que ocupan espacios, ciudades, campos) tenía que proveerlos de lecturas; sin embargo, había poco material en español para tal efecto. Hice uso de la traducción del Fondo de Cultura del antiguo libro (años veinte) de Lucien Febvre, la *Terre de l'évolution humaine*. Mi principal problema era inculcarles “mi geografía” a estos estudiantes historiadores, mucho más cultos que yo en cuanto al uso de archivos, y a algunos otros de los campos del derecho, la economía, y la sociología. Mi geografía era la relación de todo eso con la naturaleza y el establecimiento de esas relaciones en las distintas escalas del espacio terrestre. A este alimento general para la primera generación, con la aprobación de Luis González, me aventuré a añadir material nuevo para la segunda generación: una descripción “regional” del territorio mexicano.

Mi curso fue un ensayo de desorientación, tanto para mí como para mis historiadores: la apuesta era proveerlos de un análisis “regional” del México de la época, cuando ningún manual, ni aun antiguo, aportaba un marco útil para recortar el territorio en trozos factibles, tanto para cubrir todo el país como para presentarlo con rasgos lo suficientemente grandes para evitar una partición incomprensible. Los materiales “de base” eran un mapa geológico a escala de 1-2 000 000<sup>o</sup> y un mapa topográfico a 1-500 000<sup>o</sup>, a menudo poco ilustrativo, más un mapa por puntos de la distribución de la población (de Rita López de Llergo). Además, a todo esto había que añadir cierta cantidad de monografías, generalmente muy puntuales, de etnología o de economía rural, o informes de agencias bancarias,<sup>25</sup> sin disponer de prácticamente ninguna monografía de ciudad (ni ningún panorama global sobre la urbanización), para un país cuya velocidad de urbanización era de las más altas en el mundo. Sin El Colegio y sus estudiantes, ¿habría tenido el descaro de presentar este cuadro? Veremos más adelante que para mi trabajo de investigación sobre “la ciudad de México y su región” necesitaba gran cantidad de información extremadamente variada sobre México en su conjunto. En 1965 ya contaba con más de tres años de exploración de estos materiales. Pero, fuera de los problemas con la lengua española, que ya dominaba mejor que antes, necesitaba, casi de tiempo completo, poner orden en los materiales para hacer una presentación de “las regiones de México”, cuya única originalidad era que ninguna guía, salvo mi cultura sobre geografía regional “a la francesa”, me cuidaba de los riesgos que conllevaban mis elecciones, lección tras lección. Hablaremos de la suerte que corrió este trabajo más adelante.

<sup>25</sup> Generalmente producidos por el Banco Nacional de México en su boletín *Examen de la situación económica en México*.

## MATERIALES DE UNA INVESTIGACIÓN

Dichas actividades docentes eran la mejor manera de penetrar en el medio intelectual mexicano; eran también el placer de los contactos cotidianos, el descanso del trabajo rutinario. Pero, ampliamente pagado para el caso, debía la mitad de mi tiempo a una empresa de investigación para la cual sólo tenía un tutor lejano, Pierre Monbeig, gran conocedor de Brasil, quien había hecho sólo una pequeña incursión a México. De entrada me aconsejó que me apoyara en François Chevalier (quien abandonaba el país seis meses después de mi llegada, no sin antes dejarme abiertas las puertas principales) y en Guy Stresser-Péan (cuya quisquillosa e irónica prudencia me dio útiles consejos para ver el envés de las cosas, pero que aún menos que Chevalier podía aconsejarme sobre los modos de hacer geografía).

En un principio propuse un tema sobre “ciudad y campo”, retomando mis sueños casablanqueros abortados. ¿Pero sobre qué “región” de México? Pensaba primero en la comparación, sobre el tema, de varias regiones mexicanas (¿por qué no sobre una ciudad mediana del norte, otra del centro, y otra más del sur?), pero Chevalier me aconsejó abocarme “simplemente” a la central, que rodea la ciudad de México. Una ventaja enorme: mi campo de estudio era de alcance inmediato, mientras que el norte y el sur del país estaban muy lejos, lo que hubiera multiplicado los viajes, difíciles y costosos para la familia (ni hablar de los viáticos). Si de entrada el tema sobre la influencia regional de una ciudad del tamaño de Casablanca era un problema, ni qué decir de México, que en aquel entonces ya contaba con seis millones de habitantes, pero que sobre todo era la quinta aglomeración en el mundo y la primera de América Latina; además, era una ciudad con un pasado extremadamente largo para el continente americano, un centro de poder excepcional por su continuidad. Si hubiera sido menos ignorante, no hubiera elegido trabajar sobre un objeto tan pesado, rico y complejo como la región central mexicana, cuando mi modelo intelectual era, en Francia, la región Montpellier.<sup>26</sup> Claro está que en 1963 presenté un tema de doctorado (de Estado) en la Sorbona sobre “Relaciones económicas y sociales entre la aglomeración de México y la región circundante; estudio de geografía humana sobre los estados de Hidalgo, México, Morelos y Tlaxcala”. Recordemos que entonces un doctorado de Estado era el examen que permitía llegar a los puestos de profesor universitario (la cúspide de la docencia); examen que consistía en defender dos tesis, sobre dos temas distintos, pero que podían estar ligados, y cuya tesis principal era un importante trabajo de investigación que pocos lograban llevar a cabo en menos de seis años y que la mayoría hacía en diez.

<sup>26</sup> Raymond Dugrand, *Villes et campagnes en Bas-Languedoc*, PUF, París, 1963.

*Conocer la naturaleza; conocer a los naturalistas*

Para mi programa de investigación, el estudio de los espacios naturales de México central no servía más que de telón de fondo. Sabía que de no mencionarlos sería severamente juzgado en Francia, aun en el caso de una tesis de “geografía humana”. Faltaba familiarizarme con aquello que me era totalmente ajeno. Extrañeza del medio tropical de altitud, aun cuando las especies “templadas” (roble, fresno, manzano) eran más fácilmente identificables que las plantas tropicales; extrañeza también de los ambientes volcánicos, de sus redes hidrográficas de múltiples lagos.

Dos viajes de iniciación me ayudaron a medir la inmensidad del país. El primero, en febrero de 1962, mi viaje de regreso de Laredo a México manejando el coche que acababa de comprar, me permitió atravesar el noreste —por Monterrey, la Huasteca, Tamazunchale, el Mezquital, Pachuca— por la “vieja panamericana”. Mis primeros olores del trópico se asocian a los de las fogatas de una Huasteca poco suministrada, lo cual me hacía pensar que era pobre; mientras que al contrario pensaba que las aldeas del Mezquital eran prósperas debido a su mayor nivel de suministro. Algunas semanas después me inicié en el sur, cuando acompañé al geólogo francés Roche —que estaba de paso y había sido atraído por Jacques Butterlin— particularmente interesado por los suelos tropicales lateríticos. Me hizo recorrer los llanos del Papaloapan, el Istmo de Tehuantepec, Chiapas. Viaje relámpago con un sabio al cual el paisaje topográfico interesaba poco, y las particularidades sociales de Chiapas aún menos; estuvimos en San Cristóbal de las Casas sólo el tiempo necesario para comer.

Mucho más modesta, al mismo tiempo hice una excursión de un día a Valle de Bravo, invitado por los geógrafos de la UNAM a quienes me acababan de presentar. Mis colegas no tenían ningún interés particular por la interpretación de los paisajes naturales. Fue durante el curso del verano de 1963 que vinieron a México dos geógrafos franceses, profesores de la Universidad de Burdeos. Me dieron la clave de los paisajes mexicanos. El mayor, Henri Enjalbert, era un aveironés con un fuerte acento rocoso, geomorfólogo de la vieja escuela; mucho más apasionado por la interpretación a grandes rasgos de estos paisajes que por el minucioso análisis de los procesos que aseguran la escultura de los paisajes en sus detalles. Conocía Brasil, Argentina y Chile, y descubría México. Aún más a gusto en el norte del país, donde los esqueletos del relieve son visibles sin revestimiento o vegetación, pero extremadamente capaz también de ver los matices del volcanismo en el centro del país. El menor, Guy Lasserre, también descubría México; conocía bien las Antillas (gracias a una estancia para hacer una tesis sobre Guadalupe); le apasionaba de manera particular la dinámica de las formaciones vegetales tropicales, con los contrastes y los matices de lo seco y lo húmedo. Los acompañé en dos viajes, uno por el sur del Estado de México y parte de Morelos (¡mi terreno!), el otro hasta Monterrey, yendo por Veracruz y la Huasteca, y regresando por el altiplano de San Luis Potosí. Gracias a ellos volví a encontrar el gusto por los paisajes, esa “mera” aprehensión de las relaciones visibles entre los ambientes naturales y su continua

transformación por las sociedades. Era volver a los viejos recuerdos de Magreb, donde Jean Dresch me había iniciado a este ejercicio visual y mental, ¿en 1951 y 1953! Fue gracias a Enjalbert y a Lasserre que en los dos siguientes años me atrevería a hablar de los paisajes mexicanos a los alumnos de El Colegio de México durante dos excursiones de las cuales hablaremos más adelante.

Pude gracias a estos dos colegas atreverme a describir México central, para lo cual los instrumentos de análisis eran, por lo menos, difíciles de encontrar. Ya hablé de los mapas topográficos, tesoros que obtenía con mayor facilidad que mis colegas mexicanos. Fuera del mapa geográfico “nacional”, muy poco preciso, sólo existían dos hojas detalladas, a 1-100 000<sup>o</sup>, que cubrían Morelos y el Distrito Federal; la ventaja de trabajar en el corazón del país. Hacerse de fotografías aéreas con las compañías privadas era costoso, aun cuando tuvieran más de diez años.

Al menos mis problemas de recolección de información me permitieron conocer a Manuel Maldonado Koerdell, geólogo que trabajaba para el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, y cuyas oficinas estaban en un palacio sobre Observatorio, al oeste de la capital. Me dio pistas y sobre todo me enseñó lo que era un naturalista erudito a la antigua, buen conocedor de la historia de las ciencias mexicanas. Efectivamente, uno de mis problemas era comprender un sistema muy distinto al de la universidad francesa que conocí como estudiante, con sus disciplinas construidas, incluso cercadas. Aquí podía escoger entre estos eruditos a la antigua, con una extensa cultura que a veces me parecía heteróclita, y los jóvenes con una formación hiperespecializada —la mayoría recientemente educados en Estados Unidos—, con poca capacidad para abarcar el conjunto de su propia disciplina.

Finalmente mi implicación en el estudio de los ambientes naturales mexicanos fue poca. Tan sólo un ensayo “globalizante” sobre los sistemas volcánicos y la hidrología que los acompaña, de Colima a Tuxtla a través de México central.<sup>27</sup>

#### ¿UNA SOCIEDAD MEXICANA?

Si la naturaleza en México no me interesaba más que de manera marginal, ¿qué decir de la sociedad en la cual me sumergía, que no era comprensible ni a través de mis experiencias de joven francés “de izquierdas” ni por mi parcial iniciación al mundo magrebí? Ciertas realidades llevaban nombres que conocía, pero tenía que descubrir aquello que hacía que estas realidades fueran distintas de aquello otro que yo conocía.

<sup>27</sup> “L’axe néo-volcanique dans la géographie du Mexique central”, *Revista geográfica* núm. 64, 1966, pp. 17-28.

*Política mexicana*

El tema nunca dejó de interesarme, aunque de alguna manera era el más alejado de mis preocupaciones iniciales de conocer las realidades locales y regionales de México; era justamente porque el marco político nacional parecía rígidamente centralizado, a la francesa, que había que estudiar lo relevante de los territorios que forman el conjunto nacional mexicano, no a través de la política sino del juego socioeconómico, entiéndase cultural. ¿Quién durante los años sesenta se preocupaba por quien gobernaba en los estados y municipios? El PRI por supuesto, y nadie abría la caja de Pandora. ¿Qué sabía de política en 1962-1965? Que un partido único, nacionalista y socializante, gobernaba México. Me tomó tiempo aprender que se había formado en 1929; pensaba que había nacido con “la revolución” de 1911, lo cual era falso, e ignoraba qué eran las raíces coloniales, juaristas y porfirianas del centralismo. ¿Socializante? Sí, por supuesto, a través de regímenes sociales “avanzados”; faltaba descubrir que sólo beneficiaban a una pequeña minoría urbana. Sí también a través de las nacionalizaciones; sobre el petróleo, se sabía de la gesta heroica, imitada con menos éxito por Mossadegh en Irán a principios de los años cincuenta. Pero los años sesenta conocieron petróleo abundante y barato; por ende, sin importancia estratégica: nadie se preocupaba de la máquina sociopolítica que constituye Pemex. Sí, finalmente, a través de la reforma agraria; pensaba que había sido a raíz de “la revolución”, y que de golpe les había proporcionado a millones de campesinos sin tierra aquello que bajo el nombre de ejido debía parecerse al kibutz israelí o al kolkhoz soviético (referencias muy positivas y misticadas en esa época). ¿Nacionalista? Era para mí un concepto indecente, y prefería no ver las profundas raíces de este nacionalismo ni sus ambigüedades en extremo complejas.

Quedaba el partido único. Conocía las versiones soviéticas europeas, excepto la versión china, y tenía una visión dulcificada —por ende positiva— de la versión cubana. Ningún artículo, ningún libro podía darme la clave para comprender al PRI. El discurso oficial era que en México había una democracia en la que un partido dominaba, sólo porque contaba con el consenso de los ciudadanos. ¿Qué ciudadanos? Sólo el libro de Pablo González Casanova, *La democracia en México*,<sup>28</sup> hablaba de las fracturas de la sociedad mexicana, en términos relevantes de la sociología tercermundista, que entonces nacía entre protestas y reformismo. Las críticas (totalmente orales, por supuesto) recolectadas entre mis amigos republicanos españoles, como Xavier Oteyza, explicaban que el sistema político era represor a diario detrás de su fachada de libertades públicas, lo que rara vez podía percibirse en 1962-1965; los momentos difíciles de López Mateos, en contra del sindicato de los ferrocarrileros o de los maestros de escuela en particular, se habían terminado. Pocas personas hablaban del reciente asesinato de Jaramillo, en Morelos, asunto

<sup>28</sup> Editorial Era, 1965.

meramente local. Claro, Siqueiros estaba preso (François Chevalier lo visitaba aparentemente sin dificultades), pero aparecían artículos que revelaban las críticas de una oposición en el suplemento de la revista semanal *Siempre!* Menos fácil de comprender para un francés de la época era la corrupción; la idea de que ésta, desde la época colonial, formaba parte integral del sistema político era aún más difícil de imaginarse, porque un funcionario extranjero no estaba expuesto a ella (salvo bajo la forma menor y folclórica de mordida pagada a los policías para resolver infracciones automovilísticas), y menos a las formas mucho más graves de corrupción concernientes al sindicalismo, los contratos públicos, el comercio internacional, etcétera. No eran denunciadas ni por los extranjeros ni por los mexicanos; aquellos que no podían ignorar esto, lo consideraban algo inevitable y de menor importancia, a menos que supieran cuáles eran los inconvenientes a los que se verían expuestos por denunciar estas prácticas.

Las voces internacionales de izquierda criticaban poco el régimen mexicano: sus orígenes revolucionarios, la acogida de los refugiados españoles jugaban un papel importante. Es significativo que en su libro póstumo, *La révolution par l'Etat, une nouvelle classe dirigeante pour l'Amérique latine*,<sup>29</sup> Luis Mercier Vega, extremadamente crítico hacia otras burocracias de Estado, lo sea poco con el régimen mexicano. En un encuentro que sostuve con él, en México, pude constatar que al igual que muchos otros intelectuales latinoamericanos, envidiaba mi oportunidad de vivir en un país de progreso y democracia.<sup>30</sup>

Mi primera experiencia específica sobre la falta de prácticas democráticas en las elecciones fue durante una visita turística a Chiapas (mayo de 1964). En aquel entonces se podían visitar los pueblos indígenas de los Altos, desde San Cristóbal, sin peligro alguno, y pudimos asistir a los mítines organizados por el INI y el PRI, verdaderas fiestas folclóricas, a favor del candidato único a la elección: ceremonia para entronar al candidato escogido sin que las urnas tuvieran nada que ver con esto. No me imaginaba que aquello que me parecía folclor indigenista (muy parecido a las prácticas electorales en la Argelia colonial de los años 1946-1954, que conocía bien y que reprochaba con buena conciencia) era, salvo el colorido local, una práctica generalizada en todo el país. Algunos meses después (octubre de 1964) tuve mi primera lección de política electoral gracias a un joven sociólogo mexicano, que regresaba de haber sido becado en Francia. Me contó cómo acababa de acompañar al candidato a gobernador por Nayarit en su gira electoral (por el

<sup>29</sup> París, Payot, collection Critique de la politique, dirigida por Miguel Abensour, 1978. Salvo error, no hay ninguna traducción de este libro al español.

<sup>30</sup> Pero algunos supieron descifrar las sombras del sistema: bajo el nombre de Jacques Séverin y no con su nombre de pluma Jean François Revel, un joven profesor francés denuncia el régimen mexicano hacia 1958 en *Esprit* (véase J.F. Revel, *Mémoires, Le voleur dans la maison vide*, Plon, 1997, p. 216 ss). Revel también menciona la mezcla de provincialismo y cosmopolitanismo de la ciudad de México de entonces.

PRI, por supuesto), que era un antiguo compañero. Los amigos le hicieron una sola pregunta “infrapolítica”: “¿Y entonces con él sí podemos, tienes confianza?”; respuesta: “Pues a mí me parece que sí”. Ni hablar de programa político: solamente una cadena de confianzas, de hombre a hombre. Empezaba a entender el español de México, lo suficiente para aprehender los matices, y mi sociólogo había estado tan recientemente en Francia que se atrevía a hablarme de estas prácticas. En ese otoño de 1964 se llevaron a cabo las elecciones presidenciales de la transición de López Mateos a Díaz Ordaz; sin duda una de las sucesiones más tranquilas, con muy pocas manifestaciones de una oposición cualquiera.

Más allá de las modestas ventanas abiertas a la política mexicana, la costumbre para un extranjero “amigable” era no preocuparse de lo que no le incumbía, contentándose con menospreciar alusivamente algunos usos que no manchaban la honra de un régimen político decente. Las alusiones de G. Stresser-Péan eran más crueles (siempre de manera oral) pero no se extendía. F. Chevalier era más prudente. Su discípulo, F. X. Guerra<sup>31</sup> será quien, tiempo después, abrirá la caja de Pandora. Los informes de la embajada francesa eran aún más prudentes; es significativo que sólo un marginal que no pertenecía a la “carrera” diplomática profundizara la investigación sobre este tema político. Cornet, funcionario originario de la administración colonial francesa en África Occidental, se hizo invitar (sin dificultad alguna) al congreso del PRI: dio cuenta del intento (abortado) de Madrazo (presidente del PRI) de que los candidatos locales del partido fueran designados por “primarias” abiertas y no por la presidencia de la república. Sabemos que Madrazo fue víctima de un accidente aéreo...

### *Estadística, economía, demografía*

Para un geógrafo francés que había trabajado en el Magreb y en el Sahara, la herramienta estadística en México, por muy subdesarrollado que fuera, era impresionante. Ignoraba que el país heredaba, a través de un siglo XIX en extremo caótico, la tradición de las visitas episcopales y las relaciones geográficas de la época colonial; es decir, una tradición de colecta sistemática y normalizada de la información sobre el conteo de los hombres; tradición retomada por el porfiriato y continuada desde entonces, sin interrupciones a pesar de la revolución. Tradición en gran medida consolidada por la ejemplar imagen de la estadística estadounidense. Y sin duda, más que en Francia, se había instituido una práctica de los censos económicos que parecía tener una precisión impecable, también a imagen de Estados Unidos. Tenía acceso a material del Banco de México, institución para la

<sup>31</sup> *Le Mexique de l'ancien régime à la révolution*, París, Harmattan, 1985, 2 volúmenes, hay edición en español: *México: del antiguo régimen a la revolución*, México, FCE, 1988.

cual ya mencioné la bienvenida que me dieron dos republicanos españoles, José Bullejos y Alfonso Ayensa.

Pero, mejor aún, al cuestionarlos acerca de algún material que me interesaba, cualquiera de los dos me proporcionaba en poco tiempo algún documento, a veces inédito, que ellos mismos habían conseguido con un simple telefonazo. O bien me recomendaban y me conseguían una cita con el dueño de lo que yo buscaba. Más que de las revistas “científicas” de economía, saqué el mayor provecho de revistas de bancos meramente informativas, o de las monografías que publicaban. Mejor que el Banco de Comercio, el Banco Nacional de México publicaba mensualmente el *Examen de la situación económica en México*, en donde se encontraban, aunque expurgados, informes de agencias locales, únicos documentos del ámbito local sobre las producciones, la coyuntura del comercio al mayoreo o al menudeo, y los efectos coyunturales de los cambios climáticos (sequías, inundaciones, etcétera).

Finalmente me di cuenta de que los diarios de la capital, por lo menos en el caso de México central, eran fuente de informes locales, sociales o económicos, a menudo muy específicos e imposibles de hallar en cualquier otro lado. Particularmente un examen minucioso y sistemático de *Excelsior* arrojó buenos resultados.<sup>32</sup> Fue gracias a esos minuciosos exámenes que me di cuenta de que el círculo de los periodistas, y más aún el de los reporteros locales, poco o nada remunerados, no tenía formación alguna sobre el uso de los números, y esto de manera aún más pronunciada que en Francia. Una crisis de subsistencia, una inundación, un éxodo de la población; de hecho, no se sabía lo que era un millón o un millar de millón, una tonelada, quintal o arroba, litro por segundo o metro cúbico por día, lo que era existencia acumulada o flujo, inmediato a anual.

Pero el manejo de la estadística “oficial” establecía preguntas todavía más fundamentales. Los números dados ignoraban, generalmente sin mención alguna, elementos más o menos grandes de la realidad. Los números poblacionales arrojados por los censos eran detallados, pero ninguno mencionaba el margen de error; las pirámides de edad evidenciaban el subregistro de los niños pequeños, de igual manera había que descubrir que la mortalidad infantil en parte desaparecía del Registro Civil, que no recababa información ni de los niños muertos pequeños ni sobre su nacimiento; nadie me había advertido de los largos lapsos legales del registro ni tampoco sobre la falta de respeto de los lapsos. Sin embargo, hacer una evaluación de los márgenes de error o incertidumbre sobre poblaciones es mucho más sencillo que sobre datos económicos; éstos ignoraban casi completamente aquello que todavía no se nombraba economía informal (empresas minúsculas que escapan a los impuestos, salarios no declarados o empleados que trabajan sin salario monetario). La descodificación de estas incertidumbres suponía el conocimiento progresivo de la sociedad mexicana real.

<sup>32</sup> Obtuve para tal efecto la ayuda de Hélène Rivière d’Arc, quien entonces realizaba una maestría de la cual hablaremos más adelante y que deseaba aumentar la beca que tenía para el año 1964-1965.

En todo caso, a principios de los años sesenta los economistas formaban una corporación sólida, detentora del aparato estadístico, interesada esencialmente en las preguntas hechas por el gobierno: moneda, crecimiento, comercio internacional, capacidad de importación de capital y de tecnología para la creación de industrias de bienes de consumo relativas a la substitución de importaciones. La demografía era prácticamente inexistente en aquella época, al igual que los estudios urbanos; el crecimiento demográfico, el crecimiento urbano, eran fenómenos naturales constitutivos de la potente subida y de la modernización de México; por lo tanto, no eran sujetos de preocupaciones ni objetos de estudio. Y por supuesto, casi no había estudios, que no fueran de carácter nacional o internacional, para examinar regiones que recortaran el espacio mexicano.

#### EL MUNDO RURAL: PROBLEMAS AGRARIOS

Las investigaciones que había programado versaban sobre las relaciones entre lo rural y lo urbano en México central. Veremos cómo lo urbano era un campo prácticamente virgen; lo rural era por el contrario objeto de investigaciones en México y el material era abundante. Faltaba recolectarlo y descodificarlo.

La reforma agraria, cuya diversidad extrema en el espacio y tiempo mexicanos aprendía a conocer poco a poco, era la herramienta política más poderosa en manos del poder federal; claro, para conceder a los solicitantes el usufructo de las tierras pero también para contener o suscitar las solicitudes, retardar las soluciones, mantener en vilo a los solicitantes con negociaciones sin fin, y tener agarrados a los intermediarios políticos de dichas negociaciones. Creo que no hay nada escrito sobre esto en los años sesenta; más tarde sólo se hicieron algunos estudios desde el punto de vista de las políticas de Estado o monografías históricas o antropológicas locales, pero muy pocos panoramas intermedios. El artículo de François Chevalier<sup>33</sup> sobre el zapatismo fue pionero, ¡con un mapa trunco por razones de formato editorial!

Fue de nuevo Chevalier quien me invitó a acompañarlo en la primavera de 1962 a una visita a la que él mismo fue invitado por el gobernador del Estado de México, el doctor Gustavo Baz. Éste dejaba su cargo, Chevalier también; urgía que el primero le enseñara al segundo los resultados de una política agraria “progresista”, que reforzaba la imagen del kibutz-kolkhoz que mencioné. Así, fuimos a visitar el ejido piloto de Santa María Nativitas, al norte de Ixtlahuaca, en el país otomí, zona campesina pobre, entonces muy mal suministrada. Nos explicaron que las tierras eran explotadas comunalmente (excepción original), que el Estado de México aportaba técnicos y material agrícola, que los rendimientos del maíz eran del doble, que el empleo local aumentaba gracias a la creación de talleres de hierro y de madera provistos de máquinas y monitores, que había agua potable y electricidad.

<sup>33</sup> “Le soulèvement de Zapata, 1911-1919”, *Annales*, ESC, 1961, pp. 66-68.

Tomé nota de todo y además me regalaron un catálogo de los ejidos del Estado de México. Era mi primera salida “de campo” al medio rural mexicano.

Había comprendido que me habían enseñado una vitrina y que sólo una evaluación del carácter duradero y generalizable de dicha experiencia le daría sentido. Está claro que los sucesores de Gustavo Baz no intentaron generalizar aquello que debía parecerles un artilugio. La durabilidad de la experiencia estaba también en duda. Regresé a Santa María Nativitas en 1969 y me costó trabajo encontrar el lugar. Para los testigos interrogados, el ejido formaba parte de un pasado indeterminado (siete años, de hecho). ¿fueron olvidados u ocultados los sucesos que habían cambiado la situación local? La cosa es que la explotación individual de las tierras reinaba ahí y en toda la región; los materiales y talleres estaban en manos de empresarios privados, y el doctor Gustavo Baz era recordado como un buen gobernador que le había “dado” ventajas a un lugar en desventaja. Ocho años después, en 1977, regresé de nuevo a Santa María Nativitas: la experiencia del doctor Baz estaba completamente borrada de la memoria local, y los suministros y edificios de 1962 se fundían, reutilizados, en numerosas construcciones nuevas que revelaban la rápida urbanización de estos campos pobres. Así entendí cómo las cosas envejecen en una sociedad que evoluciona rápido, demográfica, material y moralmente.

Intentar una investigación directa de las situaciones agrarias locales era difícil; no entendían mis preguntas o yo no entendía las respuestas. Para un pueblerino de la cuenca de Toluca, sus parcelas le pertenecían igualmente, fueran “tierra del pueblo” (es decir, comunidad) o ejido. Y su opinión acerca de cómo y a quién podía vender, comprar o rentar una parcela distaba mucho de lo que decía la ley. Cuando a finales de 1962 orienté a un joven geógrafo francés (Dominique de Rugis) hacia una maestría sobre los problemas agrarios en Morelos, mi ingenuidad no tenía límites; terminó por renunciar a este trabajo imposible para el que lo había muy mal aconsejado.

Entender la inscripción en el paisaje de la disposición de los lotes de tierra atribuidos por la reforma agraria era esencial. Guy Streser-Péan ya me había dicho desde 1962 que podían existir planos catastrales llamados *planes de conjunto*, que materializaban esta disposición. ¿Quién tenía este documento y cómo podía obtenerlo? Al igual que para los mapas topográficos, la situación de investigador extranjero favorecía de manera paradójica el acceso a la información. Un agrónomo francés que había trabajado mucho tiempo en Madagascar fue enviado para un viaje de estudio corto a México a principios de 1964. Le serví de intérprete. Obtuvo fácilmente una cita de alto nivel en el Departamento Agrario (futura Secretaría de la Reforma Agraria) y lo acompañé. Entre otras cosas nos hicieron visitar el taller de cartografía, cuyo jefe me dijo que podía regresar: “Para lo que se le ofrezca” (ha de haber pensado que yo también estaba de paso). Regresé rápidamente a verlo, admirado por la calidad técnica de los planos de conjunto del Distrito Federal que había realizado. Me dijo que podía copiarlos, lo cual era técnicamente difícil: los originales estaban pegados en un gran panel de

madera. Regresé con una cámara fotográfica, un tripié y un lente para retrato; equipo sencillo pero poco común, para sacarle fotografías a todo. Verifiqué que en México todo es posible dentro de lo informal amigable, ignorando a las autoridades superiores burocráticas. Mi interlocutor tenía también (¿por qué?) los documentos sobre el estado de Morelos, que pude copiar, y me recomendó con su colega de Toluca; ahí estábamos en provincia donde lo informal amistoso es aún más poderoso y ahí también pude copiar todos los planos de conjunto del Estado de México. Intenté hacer lo mismo en Pachuca, capital del estado de Hidalgo. Cuatro o cinco citas infructuosas me enseñaron que los asuntos agrarios de Hidalgo eran conflictivos (más en la Huasteca que en el Mezquital), y por ende secretos. Ante tal causa desesperada intenté por la vía oficial. No puedo resistirme a reproducir la carta, en puro estilo burocrático, que no sé quién escribió por mí (yo era incapaz):

Esta investigación tiene como propósito lo de despertar mayor interés de parte de los Técnicos y de los inversionistas Franceses, así como ayudar al conocimiento de los adelantos económicos de México en el País mismo.

Con la esperanza de que le sea posible ayudar a nuestra investigación, me pongo con todo respeto a sus órdenes,

Claude Bataillon

Por supuesto que no obtuve respuesta, a pesar de que fuera enviada bajo la autoridad de un organismo parisino.

En 1966 me llevé mis copias de los planos de conjunto a París y los utilicé. Pensando que ya no me iban a servir, salvo algunas hojas, las regalé a principios de los años setenta al Instituto de Altos Estudios de América Latina. A una biblioteca “normal” le horrorizan los planos y los mapas porque son difíciles de almacenar. Mis planos fueron almacenados en espera; supe que desaparecieron hacia 1977. ¿“Almacenados” expeditamente o recuperados por un discreto investigador? Por casualidad me queda una hoja de Ixtlahuaca y un pedazo de Morelos.

Esos mapas eran un tesoro, porque localizaban las operaciones de la reforma agraria y porque se podían ver las propiedades privadas salvadas por la reforma (a menudo las mejores tierras, cercanas a las vías de comunicación), las tenencias, las tierras poseídas por las comunidades, los arrendamientos campesinos tradicionales, conservados algunos desde la época colonial; la leyenda negra revolucionaria en contra del porfiriato dejaba pensar que la expoliación de esas tierras por las haciendas había sido general. Los mapas mostraban la permanencia del campesinado de minifundistas en grandes sectores (por supuesto mediocres) del México central. Por fin entendía lo que decía el catálogo de los ejidos del Estado de México obtenido en 1962, con sus planos disparatados y sin escalas, pero también con sus archivos cronológicos que permitían comprender el tiempo transcurrido en los complejos procesos de la atribución de las tierras por la reforma agraria.

En 1965 pude completar mi información gracias a que conocí a un personaje importante del mundo agrario, Ramón Fernández y Fernández. Se acordaba de cómo, siendo un joven agrónomo apenas egresado de la Escuela de Chapingo, durante su servicio militar vigiló las vías de los ferrocarriles del acecho de los guerrilleros cristeros (sin duda hacia 1928). Tenía responsabilidades tanto en el Departamento Agrario como en el Banco Ejidal. Hombre de ciencia y de archivos, su biblioteca personal era un tesoro sobre todas las realidades agrícolas y agrarias mexicanas. Me dio libre acceso, en su casa de Atzacapotzalco, en la que pasaba largas tardes leyendo y microfilmado por los medios artesanales ya descritos. Más que los libros o los sobretiros de artículos, eran las copias dactilografiadas en papel fino de los informes, particularmente de los organismos del Banco Ejidal, las que aclaraban las situaciones locales que me interesaban. Y sobre todo, cuando el señor de la casa regresaba por la noche, las abundantes pláticas que levantaban el velo de la política agraria.

Mi aprendizaje me ayudaba a entender lo que eran las comunidades rurales, de las cuales descubría el origen indígena y su lugar en México central. Las pocas fotografías aéreas obtenidas permitían además acceder a un nivel más fino del uso de las tierras rurales: el parcelamiento mostraba que las tierras tradicionales de las comunidades eran objeto de un reparto igualitario por aquí, una apropiación por allá. Y que los ejidos a su vez eran siempre divididos en parcelas para su labranza (por ende la hipotética explotación común no existía) y que esta división era a menudo desigual.

Mi participación en el Congreso Mexicano de Sociología Agraria, en el otoño de 1964, me permitió mostrar mis primeros resultados en la materia; fui decentemente escuchado. Este congreso era de hecho una ceremonia anual que duró su tiempo. El director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, Lucio Mendieta y Núñez, hacía que su congreso, con tema “sociológico” distinto cada año, fuera invitado por un gobernador de estado. El coloquio de 1964 fue invitado a Tepic por el gobernador de Nayarit; el regalo era el viaje en tren y el hotel para cada uno. Fui cortésmente aceptado en ese congreso, ya que desde 1962 me había presentado con el doctor Mendieta y Núñez. Pero otro extranjero invitado era de diferente talla; se trató del geógrafo francés Pierre Georges. Todavía más que yo, él estaba desorientado por el ambiente poco académico de ese congreso. Estábamos a caballo entre dos sexenios, el de López Mateos y el de Díaz Ordaz. Frente a un joven representante de la tecnocracia moderada, Manzanilla Schaeffer, se desencadenaban distintos viejos tenores de la izquierda agrarista, en una lengua política codificada, que yo descubría sin entenderla por completo. El congreso terminó con un banquete al aire libre donde los platillos llegaron hacia las 17:00 horas, dejándonos en ayunas durante tres horas frente a botellas de tequila que se vaciaban y volvían a llenar a voluntad. Fue necesaria una siesta en el hotel después de semejante prueba.

## EL MUNDO RURAL: ¿CUÁLES INDÍGENAS?

Mi primera visión sobre las realidades indígenas de México era más que reduccionista: algunos grupos muy minoritarios, identificables por su lengua y sus vestimentas folclóricas eran estudiados por los antropólogos. El resto del mundo rural era hispanohablante y mestizo, parecido en todo el país, sin nada en común con esos indígenas. Es lo que intenté comunicar a una colega geógrafa mexicana a principios de 1962, en mi español de principiante. Iba más allá (en mi tercermundismo primario); avanzaba que el desarrollo rural era más sencillo de llevar a cabo en África, donde podía uno contar con cualquier comunidad, mientras que el individualismo de los campesinos mestizos mexicanos no hacía más que frenar la organización del desarrollo. Qué bueno que mi español hacía que mis propósitos fueran poco comprensibles.

Sin mencionar los aspectos agrarios de las comunidades rurales arriba evocadas, descubrí paso a paso la ambigüedad de las situaciones indígenas mexicanas. Siguiendo los consejos de François Chevalier, quien me recomendaba con Alfonso Caso, entonces director del Instituto Nacional Indigenista, tuve luz verde para visitar la Cabaña, el centro del INI más antiguo instalado en las afueras de la ciudad de San Cristóbal de las Casas, en el corazón del Chiapas indígena o por los menos el conocido por los turistas. Durante una semana de la primavera de 1962 viví en la Cabaña con los técnicos de desarrollo indígena. Aprendí que eran maestros de escuela bilingües o especialistas en derecho agrícola o en agronomía o médicos y enfermeros. No sabía cómo interrogarlos acerca de sus prácticas profesionales y sus respuestas eran evasivas. De hecho estos técnicos medios, sin familia in situ, modestamente pagados y sin lazos con la sociedad ladina de los coletos, se aburrían hasta la muerte. Durante los fines de semana, para algunos la única distracción era la bebida. Mi mejor contacto fue con una mujer médico, quien me permitió acompañarla a algunos pueblos a los que iba a descubrir casos de tifus; los que encontraba eran casos aislados. Algunas conversaciones con coletos (los intelectuales tradicionales con bibliotecas ricas en tesoros antiguos) me permitieron comprender cuánto despreciaban esos medios a los indígenas, pero también hacían lo mismo los burócratas del INI, que no entendían nada de los indígenas. Pude pensar que esa tensión social no tenía nada que ver con México central.

En este último cuadro mis experiencias indígenas fueron muy puntuales; poco a poco pude descifrar las realidades mucho menos visibles de los terrenos cercanos a la capital. Las fiestas pueblerinas en el sur del Distrito Federal me fueron mostradas por Aurora Loyo, socióloga. La conocí por su marido Ricardo Pozas. Él, dije, era profesor en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, donde creo que lo conocí. La pareja Pozas Horcasitas pertenecía a la izquierda comunista de la antropología mexicana. Ella estudiaba las mayordomías en las comunidades cercanas a la capital. Pude percibir cómo se entrelazaban lo moderno y lo convencional en las poblaciones en las que el uso del náhuatl había desaparecido, pero donde los juegos

sociopolíticos de las fiestas tradicionales se renovaban constantemente. Dinámica que había visto en Texcoco en 1962, adonde François Chevalier nos había llevado para ver la celebración de la batalla de Puebla, durante la cual la alianza mexicano-indígena se llevaba la victoria sobre los franceses; el ambiente y los modos de organización festiva eran los mismos que para las ceremonias de los moros y cristianos. Así podía darme cuenta de que la pasión de Cristo, la conquista, o 1862, podían ser interpretados como un mismo pasado místico, en sutiles luchas sociales.

Tuve otra oportunidad de entrever el mundo indígena gracias a Alicia Iwanska, antropóloga de origen polaco y católico. Vivía entonces en California con su marido Philip Wagner. Me los encontré en el verano de 1962 en el Congreso Internacional de Americanistas de México. Alicia trabajaba con las comunidades mazahuas cercanas a Ixtlahuaca, aquellas prospectadas por Jacques Soustelle.<sup>34</sup> En el otoño de 1964 invitó a toda mi familia a participar en la fiesta de los muertos en esos pueblos que ella conocía. En los altares de las casas había comida (elotes, pulque) que cada uno debía compartir con los difuntos; un tipo de comida no siempre digerible para nosotros.

Aprendí que estas prácticas sociales también estaban presentes en el mundo urbano. En aquella época, una sola monografía de barrio (Tlacoquemécatl) permitía entender todo esto en México, mientras intentaba ponerme en contacto con el sistema de plazas centrales tradicionales descrito en Oaxaca; entre otros por Alejandro Marroquín, en Tlaxiaco. Tengo que confesar que esa corta estancia en las aldeas, cuando regresé de la Cabaña, no arrojó mucha luz: aquí, como en tantas otras ocasiones, aprendí que la encuesta directa estaba destinada al fracaso si el investigador no se había puesto en contacto por los obligados intermediarios.

Aunque desde el primer día hubiera visto la diferencia entre los nahuas y los otomí-mazahuas en términos de hábitat, arrendamiento, tenencia agraria, y grado de hispanización, me faltaba mucho tras ello por aprender sobre las implicaciones políticas e ideológicas de las diferencias étnicas.

Hay que señalar una última fuente sobre esta sociedad rural mexicana de principios de los años sesenta. Eduardo del Río, "Rius", originario de Zamora, Michoacán, era cada día más popular entre las capas intelectuales mexicanas gracias a su publicación de monitos de la serie *Los Supermachos*. Dibujo rápido y lineal, color simple y eficiente. Era la historia de un pueblo mexicano, San Garabato. Los personajes estaban estereotipados: el cura, el burócrata, el indio, el mestizo flojo, la devota, la vieja estadounidense, el cacique-alcalde (atinadamente llamado Don Perpetuo del Rosal cuando el presidente del PRI se llamaba Corona del Rosal). Lengua popular bien colocada en los globos de texto. Además de la cotidiana crítica social, *Los Supermachos* eran también una lección indirecta de política mexicana. Cuando

<sup>34</sup> *Mexique, terre indienne*, París, Bernard Grasset, 1936, 271 pp. Hay una edición mexicana: *México, tierra india*, prólogo de Paul Rivet, trad. Rodolfo Usigli, México, SEP, 1971.

las historias se volvieron demasiado críticas, la serie fue comprada y dibujantes a sueldo la continuaron sin la firma de Rius, en un tono netamente conformista.

Rius no fue indemnizado, no le preocupó; abandonó *Los Supermachos* para producir, en parte con los mismos personajes, *Los Agachados*, más políticos. Poco después adoptó una línea aún más política: exposiciones didácticas con un maniqueísmo marxista y antiestadounidense más acentuado.

#### REGIÓN E HISTORIA MEXICANAS

Toda mi cultura de geógrafo a la francesa se sumergía en una explicación de las sociedades regionales contemporáneas por su pasado. Frecuentaba así el círculo de los historiadores mexicanos de manera natural; aquí también gracias a François Chevalier, que había sabido agruparlos en el seno de la mesa redonda de historia social que había creado en el IFAL y sobre la cual volveremos a hablar. Mi lugar de trabajo para esto era la biblioteca de El Colegio de México, aun antes de impartir clases a los estudiantes de historia. Me preocupaba más el hecho de no dejarme llevar por las investigaciones del pasado en sí, y enmarcar estrictamente los temas que explicaban directamente las realidades regionales contemporáneas. Era entonces principalmente la historia moderna de México la que me interesaba (de la independencia a la revolución) y no, salvo excepción, el pasado colonial y precolonial. Prácticamente nada permitía, fuera de la hagiografía política, estudiar el periodo revolucionario y sus postrimerías. Sin embargo, esta historia nacional moderna estaba en pleno desarrollo y había mucho que leer.<sup>35</sup> Pero era esencialmente una historia política, de las más complejas, y donde tenía que comprender poco a poco que para aquello que me interesaba (lo socioeconómico) los cortes cronológicos fundamentales no eran los de la historia política; además, esta historia moderna trataba los hechos esencialmente desde el poder central nacional y la larga zaga regional era poco estudiada. Encontrar ahí mi México central no era cosa fácil. Y más porque con mi cultura jacobina francesa me costaba trabajo comprender cómo los estados de la federación hacían vivir identidades, a menudo duraderas, a través de las élites urbanas, de las cuales los historiadores mexicanos no hablaban más que por su carácter heroico o anecdótico. Así, mis conversaciones en El Colegio con los colegas historiadores me daban pocas pistas. Las cosas cambiarán con *Pueblo en Vilo*, de Luis González, que volveré a mencionar.

La mesa redonda de historia social del IFAL me permitió visitar, siempre siguiendo el consejo de Chevalier, a un historiador a la antigua, Luis Chávez Orozco, quien me abrió su biblioteca en Cuernavaca. Luis Chávez Orozco era sin

<sup>35</sup> Acerca de la fabricación de los volúmenes de la *Historia Moderna de México*, véase las *Memorias* de don Daniel, arriba citadas. Pero también las anécdotas en Edmundo Flores, *Antesalas del poder, historias de Edmundo Flores*, volumen II, *Autobiografía 1950-1973*, ed. Posada, p. 31 ss.

duda, para una generación nacida con el siglo, el único que practicaba la historia social.<sup>36</sup> Su biblioteca era un montón de testimonios de cualquier índole; libros, panfletos, recortes de periódicos, hojas de propaganda, que daban testimonio de la sociedad mexicana. El tiempo de lectura se veía considerablemente reducido por los comentarios, recuerdos y reflexiones de don Luis: voz ahogada que salía de los labios azulados de este hombre que padecía del corazón y para quien subir a la altitud de México era un sufrimiento y un riesgo. Sabía que había escrito sobre temas muy variados; sabía menos que había sido un personaje político importante, en la reforma agraria, en los asuntos indígenas, en la educación pública. Y que había presidido el Congreso Indigenista Interamericano de Pátzcuaro en 1940. Una figura excepcional, de esos intelectuales de la izquierda cardenista para quien la erudición era un instrumento de la política, pero sirviéndose de las herramientas de la *intelligentsia* internacional. Don Luis me enseñaba en 1962 que el conocimiento, tanto en historia como en otras materias, no obedece a las reglas de las disciplinas constituidas, sino que un investigador sumergido en la política y la sociedad se ampara, como puede, en los materiales, técnicas y conceptos que necesite.

¿Es necesario también evocar, entre los antropólogos, la figura de Wigberto Jiménez Moreno? Pertenecía, aunque más joven, a la misma raza de los grandes autodidactas que Chávez Orozco, aquellos que preceden y rebasan la cerrazón de las disciplinas. Claro, un conocido más, recomendado por François Chevalier, pero también por Stresser-Péan. Hacia 1983 me contó que su educación se había llevado a cabo gracias a que frecuentó, siendo adolescente, la biblioteca de su tío, obispo de León. En 1962 reinaba sobre el centro de estudios históricos del INAH, en unos locales vetustos que dependían del Castillo de Chapultepec. ¿Había ahí algún otro investigador aparte de él? No lo sé. Su abundante conversación estaba puntuada por la búsqueda poco certera, en pilas acumuladas de libros y folletos, de algún documento que me quería enseñar. Me hizo entrever lo que era Mesoamérica; y como a menudo pasa con los mensajes fundamentales, entendí la esencia de sus propósitos sólo después. Generalmente me citaba hacia las 14:00 horas, momento en el que pensaba llegar a sus oficinas. Hacia las 15:00 horas, cuando llegaba, sorprendido de verme ahí decía: “Pero este Bataillon es un metrónomo.”

#### DESCUBRIR LO URBANO, DESCUBRIR LA CIUDAD

Mi único contacto inicial con la investigación urbana sobre México venía de Pierre Monbeig, quien durante su único viaje a México (hacia 1960) había visto al arquitecto Mauricio Gómez Mayorga, el que después le había enviado a París algunos recortes de periódico y planos de ciudades. Gómez Mayorga era un hombre

<sup>36</sup> ¿Es necesario subrayar la aportación de la gente del oeste mexicano a los intelectuales de estas generaciones? Nacido en Irapuato, Chávez Orozco hizo sus estudios en la preparatoria de León.

pequeño y seco, de una cincuentena de años, muy activo y canoso. Vivía en una casona de alcornica con un gran jardín en las Lomas de Chapultepec. Hombre de gran fortuna evidentemente; hombre de cultura sin duda. Su biografía nos dice “arquitecto, matemático y poeta”. Su visión aristocrática y española de la sociedad mexicana me molestaba, porque yo buscaba saber (y por supuesto apreciar) acerca “del pueblo” y el proletariado mexicano, ahí donde él veía “chusma”. En todo caso, estaba muy conciente del increíble crecimiento de la ciudad de México, por lo menos desde 1948, y lo veía sin duda como un mal absoluto. Daba clases en la Escuela de Arquitectura de la UNAM, que después de 1968 dejó denunciando la politización de los estudiantes, quienes ponían en tela de juicio la “libertad de cátedra” del profesor e imponían su catequismo marxista.

Denunciaba la irracionalidad de un crecimiento sin plan de conjunto, pero más como ensayista que por la descripción sistemática del telar urbano, para lo cual no había ningún estudio de conjunto publicado. Por lo demás, mi proyecto de investigación suponía un conocimiento global de la ciudad, en tanto organismo interconectado con un territorio nacional, y otro “regional” de acción más directa y diversificada. De manera que el conocimiento interno de dicho telar urbano me interesaba sólo en un segundo término. De todas maneras intenté hacer el esbozo de una cartografía del uso de suelo de esta ciudad, un poco con la ayuda de estudiantes de la Escuela de Geografía de la UNAM, un poco recorriendo la ciudad en moto, con un plano en un bolsillo y un cuaderno de notas en el otro.<sup>37</sup> Aprendí lo que es una vecindad, particularmente gracias al primer artículo de Oscar Lewis.<sup>38</sup> Pero el concepto mismo de colonia, común y corriente en la ciudad de México y en todo el país, sólo después se aclaró gracias a los trabajos de Alejandra Moreno Toscano.<sup>39</sup>

Lo que me interesaba, desde mi perspectiva regional, era la franja externa del crecimiento de la capital. Su estudio no podía ser llevado a cabo más que por medios más amplios que los usados para la zona interna. Se trataba ya de un rectángulo de 50 por 30 kilómetros de largo. Con el retiro de Rita López de Llergo, en otoño de 1964, se me presentó una oportunidad única. La nueva directora, Consuelo Soto Mora, puso a mi disposición a dos pasantes: Mauricio Aceves y Antonio Guerrero. Se unió al grupo Hélène Rivière d'Arc, que llegaba con una beca de maestría, y el tema sobre el crecimiento de la periferia pobre de México. En el primer semestre de 1965, los cuatro recorrimos cientos de kilómetros de la periferia urbana en un jeep del Instituto de Geografía, insistiendo particularmente en las porciones del norte y del este (las del crecimiento industrial y las de las colonias pobres). Disponíamos de los planes de conjunto de la reforma agraria, para conocer la naturaleza de la

<sup>37</sup> Este mapa, torpemente dibujado por mi culpa, fue publicado en el artículo de *Caravelle* abajo citado (véase nota 45).

<sup>38</sup> “La cultura de vecindad en la ciudad de México”, *Ciencias políticas y sociales*, núm. 17, 1959.

<sup>39</sup> Trabajo de un seminario de historia urbana llevado en el seno del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

propiedad del suelo, y de viejas fotos aéreas prestadas por el Instituto de Botánica del Instituto Politécnico Nacional que habíamos copiado. Nuestro análisis versaba sobre la dinámica del uso de suelo en curso de urbanización, según su topografía, el estatuto de la tenencia, y su distancia con las vías de comunicación. Este estudio fundado sobre los paisajes no se acompañaba prácticamente de ninguna encuesta a los habitantes; hubiera sido otro ritmo de trabajo al de la exploración visual. Sólo una vez, creo, nos acompañó Ricardo Pozas. Tenía un ritmo diferente: cuando paramos en una tiendita para refrescarnos con una coca, se puso a hablar con la vendedora, vio que sería una buena informante; nos dijo que se quedaría a platicar y después encontraría un camión para dejar estas zonas en proceso de formación que años más tarde se llamarían Municipio de Nezahualcóyotl.

Este trabajo de campo, completado por alguna colecta de datos demográficos y económicos sobre los municipios del Estado de México o las delegaciones del Distrito Federal que componen la zona urbana, permitió que a finales de 1965 se entregara al Instituto de Geografía el manuscrito de un pequeño libro, que la UNAM tardó dos años en publicar, a principios de 1968. Aunque este estudio sea simplista e improvisado y no haya salido a la luz (vista la poca difusión de la UNAM) creo que es el primero en tratar el crecimiento suburbano de lo que se convertiría (junto con Tokio y São Paulo) en una de las primeras ciudades del mundo. El tema de la ilegalidad y de la informalidad en la urbanización no era bien visto en México y aún no era un tema de moda en el mundo. Lo abordábamos entre otros y con inocencia.<sup>40</sup>

Ese año, 1964-1965, pude aconsejar los trabajos de otros jóvenes becarios llegados de Francia, enviados por Pierre Monbeig. Christian Girault, alumno de la Escuela Normal de St. Cloud y futuro especialista de las Antillas, hizo su maestría sobre Cuernavaca y Cuautla. Jean Michel Hercourt se quedó más tiempo para un trabajo de doctorado sobre Toluca; después fue profesor de geografía en Quebec. La originalidad de estos trabajos monográficos venía de que por primera vez en México lo urbano era objeto de descripciones razonadas, que los geógrafos “a la francesa” sabían hacer, a veces de manera demasiado enciclopédica, cuando en aquellos primeros años de los sesenta una ciudad no era objeto de estudio para un sociólogo ni para un antropólogo, enfocados en la escala más fina del barrio o la vecindad, mientras que los economistas se enfocaban en escalas mayores. Se emprendieron otras monografías en condiciones análogas. Una sobre Calpulalpan (estado de Tlaxcala) fue llevada a buen término hacia 1968 por una geógrafa francesa que se casó con un mexicano.<sup>41</sup> Otra sobre Amecameca no se llevó

<sup>40</sup> Dirección Claude Bataillon, en colaboración con Mauricio Aceves, Antonio Guerrero, Hélène Rivière, *Las zonas suburbanas de la Ciudad de México*, Instituto de Geografía, UNAM, 1968, 55 pp., más 23 pp. de láminas y mapas, en 4°. El capítulo V resume la tesis de maestría de Hélène Rivière d'Arc sobre la futura zona de Nezahualcóyotl.

<sup>41</sup> Marie-Brigitte Desouches-Aznar, *Calpulalpan, reforma agraria e industria nueva en un municipio del centro mexicano*, París, 1970, Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, Laboratorio asociado 111 (del CNRS), 54 pp. Apoyé esta investigación muy barata cuando el IHEAL estaba en grave crisis

a cabo; es bueno acordarse de que las investigaciones de tesis son boletos de lotería, donde no siempre se gana.

Fue sólo durante el curso de 1965 que conocí a dos urbanistas brillantes, recién salidos de MIT de Boston, donde habían hecho estudios de especialización como becarios. Luis Lesur se había especializado en localizaciones urbanas, forma de urbanismo que desemboca en el mercadeo. Se convirtió en consultor para empresas privadas y le perdí el rastro. El otro era Luis Unikel, quien pocos años después me contaba el orgullo que había sido para su padre –sastre judío emigrado de Europa central antes de 1940– su promoción profesional. Luis era un trabajador extraordinario, escrupuloso hasta la angustia; se había formado en técnicas informáticas en una época en la que las computadoras (máquinas enormes y extremadamente costosas) en México se contaban con los dedos de una mano. Era el encargado por el Banco de México (¿o la presidencia de la república?) de “tratar” el material demográfico mexicano, sobre todo bajo el ángulo del crecimiento urbano. Tuve acceso a sus primeros resultados, de manera que pude disponer de un cuadro razonado y riguroso para mis propios estudios, a partir de fuentes exhaustivas y debidamente criticadas; cosa que evidentemente era incapaz de llevar a cabo por mi cuenta. Lo volví a encontrar cuatro años después como el fundador en México de los estudios de demografía urbana en el Centro de Estudios Económicos y Demográficos, recientemente creado en El Colegio de México.

Estudiar la influencia de la ciudad de México sobre su región evidentemente implicaba el análisis de la migración de la población hacia esta ciudad, conjunto de cálculos largos y azarosos (en aquella época con regla de cálculo si uno no era Luis Unikel), pero también el estudio de los flujos bancarios o comerciales, a partir de estadísticas nada certeras sobre el consumo. Mi encuentro en 1965 con Enrique Valencia, antropólogo colombiano que estudiaba el mercado de mayoreo de la Merced,<sup>42</sup> me permitió comprender los aspectos sociales de estas transacciones en las que las redes de poder y la solidaridad familiar son tan importantes como el cálculo económico. Me di cuenta que otros flujos merecían ser estudiados, los de la información: prensa, radio, televisión. Las comunicaciones masivas empezaban a estar de moda para mí: el libro de Edgar Morin<sup>43</sup> me había entusiasmado. Por suerte el tema le interesaba a Pablo González Casanova y me dio a conocer la fuente que se podía usar para el tema: simple y sencillamente un anuario destinado a los anunciantes comerciales que permitía medir, ciudad por ciudad, la interfase medio-

---

financiera. Incité al autor a escribir su texto en español (práctica casi escandalosa en Francia) y lo convencí de que una reproducción en *offset* de la dactilografía era posible. El resultado no les gusto a los que no veían de cerca. La idea de que la edición en español y el bajo precio asegurarían una buena difusión era ingenua.

<sup>42</sup> *La Merced. Estudio ecológico y social de una zona de la ciudad de México*, México, 1965, INAH, serie Investigaciones, núm. 11, en 4<sup>o</sup>, 384 pp.

<sup>43</sup> *L'esprit du temps*, París, Grasset, 1962, 277 pp.

anunciante en el sistema mexicano, exclusivamente privado, el número de periódicos y su tiraje, el número de estaciones de radio y su precio por minuto de comercial, etcétera. Lo necesario para tener un esquema barato y cuya originalidad radicaba en que nadie más lo había hecho antes.<sup>44</sup>

Si bien los caracteres del funcionamiento interno de la ciudad de México quedaban marginados de lo que deseaba estudiar, tenía bajo la mano materiales ricos y variados para su descripción. Tuve la oportunidad de hacerlo durante un coloquio en Toulouse sobre “Las grandes capitales de América Latina”, en la primavera de 1964, al que me invitó Pierre Monbeig, con el viaje financiado (enorme regalo en aquel entonces) por la Fundación Marc Bloch, cuya fortuna estaba a cargo de Fernand Braudel. La monografía que presenté tenía, aquí también, la originalidad de no haber sido hecha por nadie, ni en México ni en ninguna otra parte: un coctel de datos históricos sencillos, de demografía preliminar, de materiales sobre la sociedad y la economía locales recogidos con los urbanistas, sociólogos, antropólogos.<sup>45</sup>

La paradoja era que la solicitud sobre la cosa urbana mexicana, y sobre la ciudad de México particularmente, era potencialmente inmensa e insatisfactoria, en tanto las disciplinas universitarias en México no hubieran sido sometidas a ninguna presión explícita sobre el tema, ni por una clase media optimista frente a su propio crecimiento ni por un Estado (salvo en la persona de Luis Unikel) al que sólo le interesaba el crecimiento industrial, destinado a ponerle fin a todos los males del país: pobreza, desempleo, tugurios, gracias a una triunfante modernización.

#### GLORIAS Y TRABAJOS PESADOS ANEXOS

##### *Coloquios y reuniones*

Junto con la investigación y la docencia, el IFAL me dio una serie de posibilidades y de obligaciones; principalmente viajar y asegurar las tareas de edición, que por lo demás me gustaban. Ya fuera en México o en otra parte tenía la posibilidad de relacionarme con numerosos colegas. Ya hablé del Congreso Internacional de

<sup>44</sup> “Communications de masses et vie urbaine au Mexique” (*Communications* 1964, núm. 3 y *Cahiers de l'Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine*, núm. 7, pp. 135-151), traducción: *Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 32, 1963, pp. 143-158. Medía mi suerte: la traducción de mi primer trabajo presentable sobre México era publicado en México antes que en la revista de Edgar Morin y que en una publicación del IHEAL.

<sup>45</sup> “México, capital mestiza”, *Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 35, 1964-1, pp. 161-184 (reeditado bajo el título “La geografía urbana de la ciudad de México”, *América Latina*, Río, 1964-4, pp. 71-88); versión francesa, coloquio CNRS Toulouse, “Le problème des capitales en Amérique Latine”, *Caravelle*, núm. 3, 1964, México, capitale métis, pp. 159-185. Otro triplicado más; la suerte de un tema de interés en tres medios distintos...

Americanistas de México, en 1962; el de los sociólogos mexicanos de Tepic en 1964, y del coloquio sobre las grandes capitales de América Latina en Toulouse el mismo año. Otra experiencia que me dejó un recuerdo, impreciso sin duda, en la primavera de 1965, fue el congreso de la Sociedad Interamericana de Planificación, organizado por un joven ingeniero que acababa de formarse en dicha especialidad durante una estancia como becario en Francia: Cuauhtémoc Cárdenas. Pude establecer contacto con él, y ser invitado al congreso donde escuché el lenguaje de los tecnócratas latinoamericanos para quienes la Alianza para el Progreso ponía el viento en popa. Pero sobre todo pude participar en la excursión organizada por Cuauhtémoc a Michoacán. Se estaba terminando la presa del Infiernillo y sólo se pensaba en la futura acerería de Ciudad Lázaro Cárdenas, en la desembocadura del Balsas, entonces ocupada por el modesto puerto pesquero de la Villita.

En México —creo que durante 1964 y 1965— me invitaron a la tertulia semanal donde se reunían distintos colegas, costumbre hispánica en la que participaba con orgullo. Mis recuerdos son imprecisos, sin duda porque esta actividad estaba integrada al ritmo semanal de la vida cotidiana. Participaban, fuera de algunos personajes que no recuerdo bien del todo, M. Maldonado Koerdell, M. Gómez Mayorga y un joven economista apenas de vuelta de su estancia como becario en Estados Unidos, Leopoldo Solís, a quien volveré a encontrar después en El Colegio de México. La reunión era durante el desayuno, a eso de las diez de la mañana, en algún Sanborns céntrico. ¿De qué hablábamos? No creo que de política o acaso sólo bajo una forma alusiva y codificada que en parte se me escapaba. Del tiempo seguramente; de la vida cotidiana de los académicos, pero sin que las especialidades de cada uno se transparentaran claramente. Era para mí un aprendizaje del lenguaje familiar de las personas distinguidas, cuando dejaban el tono oficial de nuestras conversaciones profesionales. El nombre de pila era de rigor (lo que hacía difícil identificar a los desconocidos), pero hablarles de usted, también.

### *Descubrir América: Cuba*

Mi puesto en México me permitió hacer distintos viajes por el continente americano. Ya conté el viaje de Pierre Nora a México en 1963. Me convenció de que lo acompañara unos diez días a Cuba, con una acreditación de prensa del *Nouvel Observateur*. Hago un análisis en otro lado<sup>46</sup> de esta experiencia que me marcó. Esta visita me permitió comprender un panorama con el cual muchos otros visitantes europeos se cegaban. A través de México conocía mejor el contexto latinoamericano, lo que me permitía relativizar la originalidad absoluta de la revolución cubana: omnipresencia ideológica y tecnológica de Estados Unidos, y nacionalismo

<sup>46</sup> *Communisme*, núm. 85-86, Cuba un univers totalitaire, 2006, “Cuba castriste, visites universitaires”, pp. 37-43, parcialmente retomado aquí y más adelante para 1971.

antiestadounidense eran un telón de fondo que conocía bien. Sabía también que el nivel general de la Cuba prerrevolucionaria hacía que fuera un país excepcionalmente avanzado para América Latina (tipo Argentina en aquel entonces): escolarización, suministro sanitario, contracepción, tecnología, aun cuando las distorsiones entre los sectores eran marcadas. De manera tal que sabía que los éxitos de la revolución eran relativamente poco costosos (como las campañas de alfabetización). Formado para “ignorar” el nacionalismo (o despreciarlo en Francia), aprendí a admitirlo en México. En Cuba me sorprende, pero lo reinterpreto en términos de acceso a una dignidad particularmente nueva para un país profundamente enajenado. Más porque las personas de clase media intelectual que yo frecuentaba mezclaban la glorificación de esta nueva dignidad con una apertura a la que el provincialismo de sus homólogos mexicanos no me acostumbró. Apertura, cosmopolitismo, elegancia y sensualidad de esta “élite revolucionaria”, todavía más joven debido a que muchos profesionistas emigraron (no se habla de eso pero se sabe). La presencia de numerosos “profesionistas expertos” extranjeros acentúa este lado seductor, que por supuesto le atribuyo a la intensidad del ambiente revolucionario. Debido a que los soviéticos y otras personas del “Este” son todavía poco numerosos —cierto, agrupados en sectores estratégicos pero poco visibles— encontramos sobre todo franceses, italianos, latinoamericanos (Chile, Venezuela) que se funden en esta élite revolucionaria de La Habana, muy alejada del realismo socialista, que de hecho no será realmente impuesto después, por lo menos no en las artes plásticas.

La permanente tensión, la huida hacia adelante, una verdadera batalla, son descritas por los habaneses como la consecuencia del bloqueo, de la permanente amenaza estadounidense. Los oficiales a los que se les pregunta si “el relajamiento” (que está a la orden del día entre los dos bloques) podría poner fin a la crisis en la que viven, ven de manera ilusoria una salida tan poco heroica: o la tensión continuará y se ganará la batalla (es decir que Estados Unidos pondrá fin a su bloqueo) o intervendrá un final apocalíptico. Que esta huida sea también el medio para “rebasar” la incompetencia y la desorganización generadas por el régimen, no les es del todo claro.

Interpreto entonces esa tensión en el ambiente como una democracia revolucionaria, que se debe a organizar la formación de nuevos profesionistas y que por lo demás parece inculcarles más agronomía que ideología marxista. Estos profesionistas se desarrollan a fuerza de entusiasmo, no de dinero o “estímulos materiales”: la penuria aparece como una virtud revolucionaria seductora. El discurso del jefe no parece ligado a un “culto a la personalidad” clásico, cuya devastación en los medios estalinistas son bien conocidos, porque Castro habla de manera crítica y libre, a un lado de su propia burocracia, sin estereotipos. ¿Quién no se ha sentido enardecido por esta nueva palabra, aparentemente fuera de todo ritual?

Paralelamente, lo poco que se puede ver de los medios populares denota una nueva seguridad, en la mediocridad de un nivel de vida no muy deteriorado aún. Y como la libertad de expresión de los que están en descontento parece fluir, basta

un poco de optimismo para pensar que con una organización más eficiente, y particularmente algunas onzas de autogestión, de lo cual algunos interlocutores hablan puesto que está de moda, todo puede mejorar bastante rápido en ese país cuyas potencialidades van a florecer.

¿Acaso no es el mismo Che Guevara quien practica la autocritica bajo forma de chistes “a lo judío”?<sup>47</sup> Cuando regresé a México había escrito un artículo –no publicado– que presentaba un balance prudentemente positivo. Mi compañero de viaje, quien veía las cosas desde París, era a la vez más crítico y más aguzado en sus juicios; es también el momento en el que los intelectuales franceses revisan sus juicios sobre el régimen castrista. Sartre no hubiera publicado el libro anunciado en 1961 sino porque el milagro estaba del otro lado del espejo... Cuando vuelvo a leer mi texto de entonces, ¿qué es lo que encuentro? Sabía hasta qué punto la extrema dependencia económica de Cuba se estaba inclinando hacia la órbita soviética, pero veía esto como algo reversible (con la hipótesis de que el relajamiento internacional pondría fin al bloqueo). Conociendo los medios latinoamericanos, podía juzgar hasta qué punto la sinceridad y el dinamismo de los jóvenes profesionistas que admiraba descansaban en un nacionalismo fundamental. Los discursos que me daban podían ser abiertamente críticos, lo que hacía suponer que los discursos favorables eran sinceros. Pero era mucho más difícil desenredar de esos discursos favorables aquello que revelaba de nacionalismo, o del gusto por “estar en el ajo” o de las convicciones revolucionarias; es decir, de un proyecto de cambiar a la sociedad cubana, y no simple buena educación convencional destinada a un invitado extranjero supuestamente provisto de convicciones revolucionarias. La adhesión de estos jóvenes profesionistas a la persona de Fidel Castro era evidente. Más allá de un culto a la personalidad orquestado, era obvio que esta adhesión venía del símbolo nacional que Fidel representaba, pero también de las prácticas pedagógicas que ponía en marcha, en los discursos familiares, en los incesantes contactos de “terreno”.

### *Viajes en las Américas*

Un solo viaje a Estados Unidos me permitió entrever lo que México representaba para un intelectual estadounidense. Visité en Berkeley al historiador demógrafo Borah. Me sorprendió el asomo de envidia que noté en este gran intelectual, que

<sup>47</sup> [...] un hombre va a entrar al partido; los miembros de sección le dicen que debe de trabajar horas extras, dar el ejemplo, aprovechar de las horas del día para elevar su nivel cultural, ir los domingos a trabajo voluntario, alejarse de toda actividad frívola, dedicar todo su tiempo a participar a las organizaciones de masa que haya; y para terminar le dicen “y además, en tanto miembro del Partido tiene que estar listo a dar su vida en cualquier momento para la Revolución: ¿Está Usted listo para entregarla?” Entonces, el hombre responde “Pues si debo de llevar la vida que ustedes dicen, ¿para qué conservarla? Se la doy con gusto” (Discurso del 24 de marzo de 1963).

a menudo venía a México en cortas estancias o visitas puntuales; yo tenía la suerte de permanecer largo rato.

Si ya había estado en contacto con América Central en 1962 –gracias a mi posición de funcionario francés “en poste” en México, encargado de acompañar las bolsas de correo de la valija diplomática llegadas a América Central, por Air France desde París– conocí de manera mucho más profunda casi la mitad de América Latina en 1965, con sólo tres meses de viaje. Fue una oportunidad fuera de lo común que me dio Pierre Monbeig, director del Instituto de Altos Estudios de América Latina. Durante el invierno de 1964-1965 me convenció (lo cual no fue difícil) de entrar como investigador en el IHEAL (Institut des Hautes Études de l’Amérique Latine) para 1966, encargado de modelar un centro de documentación en curso de creación (actividad nueva de la cual no sabía nada). Para entrar en materia en esta futura tarea, me pidió ser su representante de viaje, y saltar de un lugar a otro, desde Guatemala hasta Ecuador, pasando por toda América Central y por el norte de los Andes. Se trataba de dar a conocer el instituto –sus publicaciones, sus investigaciones y su docencia– al gremio científico, a las universidades y centros de investigación, a los servicios públicos y organismos de desarrollo de esos países. Y, a la inversa, recolectar información acerca de todos estos interlocutores y procurarse sus publicaciones. Me dieron un directorio; tenía que volver a encontrar antiguos contactos en estos países, donde nadie contesta las cartas, y hacer nuevos. La última visita de Pierre Monbeig había sido algunos años antes, y me pedían responder a una vieja carta suya de hacía algunos semestres. Es difícil recordar hasta qué punto el alejamiento espacial de entonces entre Francia y América Latina creaba rupturas temporales; siendo geógrafo, el joven francés no podía ser más que alumno de Albert Demangeon, quien estaba muerto hacía quince años y que no había conocido.

Aprendí rápidamente los rituales de mi oficio: obtener con los servicios más o menos dinámicos de una embajada francesa los teléfonos de los potenciales interlocutores; desde el cuarto de hotel hacer de seis a diez citas por día (era posible gracias a que las ciudades eran aún pequeñas, y sobre todo, las instituciones se concentraban en el corazón); distribuir carteles y folletos; proponer los servicios de mi empleador (docencia, publicaciones); empaquetar y enviar los libros, folletos, informes y revistas adquiridos, las más de las veces de manera gratuita, antes de subirse al avión para ir a la siguiente ciudad. No es de extrañar que las puertas de todas las instituciones se hayan abierto frente al joven representante de viaje, con o sin recomendación. Era el único de mi especie, aún más exótico por ser francés y no estadounidense. Además sólo estaba de paso y podían prometerme, sin perder la cara, lo que sabían que no querían o no podían darme. Finalmente en países en los que sólo se establece un lazo verdadero por la conversación, era el único mensajero posible que podía transmitir, desde o hacia París, calurosos mensajes que a nadie preocupaba que fueran recibidos en lapsos totalmente indeterminados.

También me puse en contacto con la modernidad que surge entonces en el marco de la Alianza para el Progreso. Una cultura económica nueva, basada en

fuertes tradiciones estadísticas, se desarrolla en los bancos de Estado. En los altos edificios modernos donde se alojan, los expertos producen planes de desarrollo que son a la vez los primeros grandes inventarios de los recursos, y de los monumentos de economía-ficción, dirigidos hacia un “desarrollo” que se piensa será rápido a partir de recetas simples y estereotipadas: educación y tecnología, salud, reforma administrativa y reforma agraria. Era ignorar las dificultades de las transformaciones sociales de largo plazo. Al mismo tiempo, la cartografía moderna salida de las fotografías aéreas es empujada de manera precipitada por los institutos de cartografía, generalmente militares, provistos de una importante asistencia técnica de Estados Unidos: es necesario conocer el territorio del “desarrollo” a fin de anticipar el temido surgimiento de la guerrilla. Estas visitas me permitieron comprender por qué los organismos mexicanos homólogos tenían raíces tan profundas en la sociedad nacional. De manera más global, pude entender en qué eran mucho más frágiles los países de América Central y los Andes en relación con México, mucho mejor integrado, a pesar de las enormes disparidades sociales y geográficas que encontramos.

Me arriesgo a volver a pensar en esos países que atravesé demasiado rápido. Dos de ellos pesaban por sus territorios, sus poblaciones, sus niveles económicos. Hacían una pareja antitética. En Colombia descubrí que un país podía existir a través de un gran número de ciudades uniendo tradición y modernidad, cada una distinta de las otras, sin que una estructura política asegure una verdadera unidad de conjunto. La violencia del “Bogotazo” de 1958 permanecía en la memoria y parecía ser el único factor de unidad política del país. Recorrer ese país en autobús o en jeep, con Pierre Gilhodes, más que en avión, me permitió comprender una modernidad disparatada, sin armadura administrativa capaz de unificarla o por lo menos disimular o negar las muy inaceptables disparidades.

La modernidad de Venezuela se presentaba a la inversa: pequeño país retrasado en comparación con su vecino colombiano hasta la prosperidad petrolera, que empieza en los años veinte; las ciudades eran ya brutalmente modernizadas, con su mundo de ingenieros y tecnócratas, a veces extranjeros; la clase media altamente prospera, conquistada por los viajes en avión o en auto en impecables carreteras modernas. Mientras que en Colombia podía alojarme en los viejos hoteles del centro de la ciudad, en Venezuela me lo desaconsejaban; las colonias del centro tenían fama de ser peligrosas, y tenía que alojarme en los grandes palacios modernos desde donde había que ir en taxi hasta los lejanos edificios de las universidades y de los servicios públicos.

Comparado con esto, el tercer país andino que visité, Ecuador, era una especie de museo colonial prácticamente intacto, donde los franciscanos vivían, en Quito, en sus monasterios desde hacía cuatro siglos. Aun Guayaquil, lugar de la modernidad ecuatoriana, no conocía más que las novedades de principios del siglo XX, cuando el canal de Panamá dio vida al comercio del plátano para el mercado americano. Viajar en autobús de Cuenca a Quito era descubrir el Camino Real empedrado,

destinado a los animales de tiro, más algunos tramos en construcción de la futura ruta panamericana, ahogados en polvo y con el soroche encima.

Quedaba el mosaico de los países centroamericanos, del más moderno al más tradicional, del más próspero al más miserable. Modernos y prósperos, Costa Rica y Panamá. Un Costa Rica provinciano y equilibrado frente a un Panamá con un modernismo estadounidense caricaturesco. El primero, prudentemente desarrollando sectores de modernización de un mundo rural bastante sólido; el segundo, recibiendo los servicios estratégicos de Estados Unidos; en el servicio de cartografía panameño había más expertos angloparlantes que panameños. Me pidieron irónicamente que saludara al presidente De Gaulle, y nunca me mandaron al IHEAL los mapas topográficos que pedí.

De Nicaragua sólo conocí Managua; antes del terremoto era ya una ciudad sin coherencia, donde la prosperidad parecía no descansar sobre nada organizado. De hecho, lo contrario de Guatemala, donde las estructuras tradicionales permanecían, respaldadas por una serie de organismos dependientes de la OEA o de la Alianza para el Progreso, en principio destinados a desarrollar todo Centroamérica. Era el único país para el que tenía un importante archivo de visitas anteriores del IHEAL. Pude medir cómo el tiempo pasaba poco en un país “tradicional”; me contestaron oralmente una carta de hacía varios años.

Finalmente la pareja Salvador-Honduras; el primero era sorprendente por sus aspectos industriales, donde la Iglesia y la empresa parecían funcionar. No sabía el grado de presión social, desde la represión “olvidada” de los años treinta, que hacía andar al país; el segundo, Honduras, me daba en Tegucigalpa una profunda sensación de anomia. Un enorme pueblo en el que la modernidad estaba representada en total por tres edificios modernos: la Embajada de Estados Unidos, el banco del Estado y un hotel. Fue en éste que la aburrición de un fin de semana me llevó a escribir algunas páginas de pesimista ciencia ficción, tituladas “desarrollo económico y social”, en la que escenificaba a los tecnócratas y los expertos internacionales del desarrollo; efectivamente, de todos los países que había visitado, en el último, Honduras, el concepto de desarrollo era un chiste.

Este viaje me ayudó a entender a mi México donde esta cultura de desarrollo económico estaba presente de manera particular. Guardo una anécdota de mi estancia en la ciudad de Guatemala. Esta ciudad acogía, como dije, más que ninguna otra de Centroamérica, los organismos de desarrollo de la ONU, la OEA o de América central. Trabajaban ahí muchos extranjeros, a menudo más accesibles que los nacionales. Al hablar con un español, me dijo cuánto me envidiaba por trabajar en México; le contesté que seguramente había otros países igualmente interesantes, Argentina o Colombia, por ejemplo. Su respuesta fue: “Sabe usted, en América Latina no hay más que dos países, Brasil y México; todos los demás son puras factorías de los gringos.” Sólo pude percibir lo que hace de Brasil un “país” gracias a los libros, pero nunca dejé de descubrirlo, año tras año, en México.

### *Excursiones*

Gracias a mi estatus de geógrafo tuve un papel inusitado con mi grupo de estudiantes de El Colegio: el de organizador de “excursiones”. Práctica de geólogo o geógrafo, no de historiador. F. Chevalier<sup>48</sup> había afianzado esta tradición en el IFAL, en los años cincuenta y sesenta, y algunos colegas sin duda lo recordaban, a menos que el contacto con los franceses en Francia les haya revelado este rito. Mi primer intento, a principios de 1964, fue simplemente una visita en el avión presidencial de López Mateos, organizada por Alejandra Moreno Toscano. El pretexto era la obra de la presa de Malpaso, en Chiapas (muy impresionante); más atractivos y como complemento eran los vestigios de Palenque, entonces de difícil acceso por carretera y un poco menos por tren.

El grupo de “jóvenes” historiadores tuvo derecho a cuatro excursiones en autobús que preparé de manera seria, con un croquis de itinerario y paradas pedagógicas frente a los panoramas esenciales, arriesgándome a vulgarizar la geografía física, de la cual sabía poco, para un público desprovisto de cultura en la materia. Nos desplazábamos en un autobús prestado por el Instituto de Ingeniería de la UNAM, y cada estudiante recibía viáticos para el cuarto de hotel y la comida. En 1964, uno de los itinerarios fue el sur del Estado de México y Morelos occidental. Otro circuito nos llevó a Michoacán y Guanajuato. En esa ocasión, nos acompañaron dos colegas que venían de la India, lo que nos obligó a negociar una comida vegetariana adecuada para estas personas de alta casta, aunque fuimos compensados con algunos poemas cantados, en sánscrito creo, por la noche en los callejones de Guanajuato. Un circuito un poco más largo nos llevó a la Huasteca y al norte de Veracruz. En 1965 hicimos una excursión a Ixmiquilpan.

El viaje más memorable, en 1965, duró diez días y nos llevó a San Cristóbal de las Casas, Chiapas, pasando por Coatzacoalcos y el Istmo de ida y regresando por Salina Cruz y Oaxaca. Además de estudiantes de historia, nos acompañaron algunos demógrafos (Raúl Benítez Zenteno y María Eugenia Zavala), algunos literatos (Margit Frenk de Alatorre como profesora y Mónica Mansour y su hermana Silvia como estudiantes) y la geógrafa francesa Hélène Rivière d'Arc. Los Altos de Chiapas fueron sin duda extraños para estos estudiantes “chilangos”; muchos tampoco conocían Oaxaca. Los historiadores transportaban al pasado este extrañamiento, de suerte que Andrés Lira llamaba “Fray Bernardino” a Bernardo García, tan alto como una percha. El medio veracruzano les extrañaba un poco

<sup>48</sup> Encontramos rastro de estos viajes en: *Viajes y pasiones/voyages et passions*, François Chevalier y Javier Pérez Siller, IFAL, CEMCA, FCE, 1998, en 4º, 276 pp. La excursión principal (por el número de participantes, entre ellos Ernesto de la Torre) llegó hasta el lado Pacífico de Michoacán. Pero organizó otra más en los Andes. Una película de video fue realizada en 2004 (presentada en un coloquio preliminar en la Maison de l'Amérique Latine a finales de 2003).

menos; al contrario de Guanajuato y Michoacán que eran parte de un México tradicional bien conocido por la mayoría. Es poco decir que estos viajes se salían de lo normal. Mientras que en Francia el rito de la excursión de geografía permitía sólo una convivencia entre profesores y alumnos, limitada por un gap generacional muy marcado; aquí el profesor y los alumnos eran más cercanos por la edad, sin barreras sistemáticamente establecidas.

### *Editar*

Ya dijimos que François Chevalier había hecho en el IFAL una mesa redonda de historia social en la que reunía a historiadores mexicanos con colegas franceses que estaban de paso. Jean Pierre Berthe, profesor en el Liceo Franco Mexicano tuvo un papel activo. Las temáticas eran flexibles y sin duda por eso no hubo ninguna publicación de esas reuniones: falta de coherencia.

En 1962, la mesa redonda tomó otro giro. Versaba, obligada por la batalla de Puebla, sobre la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano. Justo antes de dejar su puesto, era el momento ideal para Chevalier de mostrar que la historiografía francesa no deseaba ocultar nada de esta conflictiva historia, pero también de atraer a los numerosos exponentes de la *intelligentsia* mexicana. La orientación específica de una temática prestigiosa para México, la coherencia de las exposiciones y la variedad de los prestigiosos exponentes: todo pintaba bien para una publicación de esta mesa redonda. Cuando se fue François Chevalier, quien había obtenido que el Ministerio de Asuntos Exteriores francés financiara esto, me encargó la “edición” de las comunicaciones. Se trataba de perseguir a los autores para recoger sus textos, y después de haberlos “peinado”, imprimir un libro. El IFAL tenía un crédito que correspondía a la mitad del costo de la edición; la otra mitad la había prometido la Asociación Mexicana de Historiadores, cuyo presidente era un ilustre historiador muy activo en la organización de mesas redondas de historia social del IFAL, Arturo Arnáiz y Freg. Era un personaje impresionante, sin edad precisa, con cabello muy negro; pequeño, vivo, extremadamente amable, con la inquietante sonrisa de Marcel Herrand Lacenaire en la película *Les enfants du paradis*, de Marcel Carné, y a la vez con una autoridad incontestable. Tenía reputación de platicador brillante y hombre culto; hay muchas citas que sostienen esto.

Así era mi compañero para la tarea de edición. Me dediqué concienzudamente a la tarea: redacción de los resúmenes de los textos, borrador para un prólogo, dibujo de portada por mi amigo Javier Oteyza. Y echar a andar la composición manual con tipos móviles, con el impresor del IFAL, cosa que me fascinaba. Al cabo de dos años y medio de correcciones de pruebas y demás, quedaba un problema insoluble para mí: faltaba la comunicación del doctor Arnáiz y Freg, siempre prometida pero jamás entregada. Me dedico a buscar una respuesta entre los historiadores y todos evitan darme una explicación, salvo Luis González, quien finalmente me dice lo que todo

mundo sabe: “Sepa usted que el Dr. Arnáiz y Freg no ha escrito nada en mucho tiempo, salvo algunos prólogos cortos, y que no escribirá jamás su comunicación. Si no quiere renunciar, publique sin su texto y sin su consentimiento. Además, la Asociación Mexicana de Historiadores, que Arnáiz preside, no tiene más existencia que el mismo Arnáiz y su cuenta bancaria.” Poco a poco aprendí que mi interlocutor era rico, no como historiador sino como responsable del servicio de prensa de grandes organismos mexicanos (Secretaría de Comunicaciones y Transportes), situación bien pagada de distintas formas, y políticamente delicada, ya que podía ser necesario “desarmar” negocios que implicaran corrupción y chantaje. El libro se publicó,<sup>49</sup> pagado por el IFAL, y de la pluma de Arnáiz sólo salió su adhesión al prólogo que yo había escrito. Sin el apoyo de la secretaria general del IFAL, Romanie Maurin, no se hubieran encontrado los fondos complementarios necesarios. Estos fueron mis primeros pasos en el medio “parauniversitario” mexicano. Creo que si hubiera sido menos ingenuo y me hubiera empeñado menos en un asunto que me angustió durante semestres enteros, ese libro no hubiera sido publicado.

De manera bastante ingenua intenté en 1965 organizar una mesa redonda en el IFAL sobre el tema de los *estudios regionales*. Llamarla *geografía regional* hubiera sido un riesgo inútil puesto que la mayoría de los participantes no eran geógrafos. El tema escogido fue el noroeste, el conjunto mejor caracterizado del país y que podía ser glorificado como el más moderno y dinámico. Mi compañero para las conferencias era M. Maldonado Koerdell; es decir, un investigador respetado y aguzado, y además miembro del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. El público fue poco numeroso. Guardé mi correspondencia con el director del IFAL, Francis Lafon, con vistas a publicar las comunicaciones. Debido a la falta de “empuje” en México para obtener los textos se abandonó el proyecto en 1967. Las pocas comunicaciones realmente entregadas sin duda fueron archivadas en el IFAL. Esperábamos, sin esperanzas, los textos de Cuauhtémoc Cárdenas y de J. Tamayo. Me faltaba enterarme de que el ordenamiento territorial era un tema infrapolítico, que no puede caer entre las manos de cualquiera.

Ya que un balance debe mostrar ambos lados de la moneda, debo recordar que aprender inglés en México me parecía indispensable ya que todo mexicano moderno culto lo practicaba. Una vez empecé en el instituto británico; otra, en clases particulares con Alicia Iwanska. Pero cada vez nuevas tareas urgentes (dar clases u otras) me obligaron a abandonarlas, y cuarenta años más tarde sigo teniendo una mediocre capacidad para leer en inglés, sin oído ni expresión oral.

Por lo menos aprendí mucho español, al grado de poder dar clases sin problemas e incluso de poder escribir un poco. Sobre todo aprendí a distinguir las categorías

<sup>49</sup> *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano, cien años después*, AMH-IFAL, 1965, maqueta de tapa del pintor Javier Oteyza. Firmas prestigiosas en orden de aparición; F. Chevalier, M. González Navarro, L. Chávez Orozco, W. Jiménez Moreno, F. Nauro, E. de la Torre, L. González, V. Mendoza, M. Maldonado Koerdell, M. Gómez Mayorga, y D. Cosío Villegas.

de la lengua, en parte diferentes de las de Francia. Una lengua familiar cuyas formas coloquiales dominaba mal, una lengua jurídica y ceremonial, que conocía, pero sin poder utilizar sus formas rebuscadas y redundantes. Una lengua de la ciencia y las técnicas, muy influida por el modelo inglés que era la lengua que mejor conocía.

Para cerrar este gran viaje falta mencionar cómo y por qué regresamos a Francia a finales de 1965. Efectivamente mi muy envidiable situación en el IFAL tenía dos años de vida administrativa más: ¿Por qué ponerle fin tan rápidamente? Dos razones tuvieron su peso en esta decisión familiar, que se había tomado en el otoño de 1964. Françoise y yo sentíamos que después de siete años fuera de Francia (tres en Casablanca y cuatro en México) corríamos el riesgo de instalarnos en el estatuto privilegiado de “funcionarios franceses en el extranjero”. La segunda razón para mí era relativa a mi carrera. Me proponían plazas en investigación en París: ¿Se presentarían las mismas oportunidades después? Había conocido a Jean Meyriat, que había dado unos cursos en el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México. Dirigía en el Instituto de Estudios Políticos de París un importante centro de documentación y, sobre todo, impulsaba un centro de investigación, el Centro de Estudios de las Relaciones Internacionales (CERI) para el cual estaba reclutando latinoamericanistas. Dos profesores de literatura española (igual que él) se iban a especializar; uno sobre Argentina (Alain Rouquié), y el otro sobre Colombia (Pierre Gilhodes). Meyriat proponía acogerme como investigador en el CERI para trabajar sobre México. La otra propuesta, de la que ya hablé anteriormente, venía de Pierre Monbeig para el IHEAL. ¿Qué debía escoger? Monbeig era el “patrón” de mi futuro doctorado y acepté esta última propuesta quedándome así en la geografía.

El viaje hacia Francia fue una experiencia única. De ida habíamos gozado de una semana en el mar a bordo del lujoso *Queen Mary*; de regreso, la administración aceptó que nos embarcáramos en el *Flandre*, en la Guaira, después de haber llegado a Caracas en avión desde México. Primero hubo una semana de escalas sucesivas en Trinidad, Martinica, Guadalupe, Puerto Rico, Haití. Aun cuando fue sólo por unas horas o una noche, ver los colores y sentir los olores de estas islas fue un placer. Trinidad era Holanda, Martinica y Guadalupe eran una Francia viejona en la que encontrábamos nuestras oficinas postales y nuestros policías; el máximo contraste era entre Puerto Rico, pedazo de Estados Unidos, y Haití, cuya miseria superaba los peores barrios bajos de Centroamérica o de México. Después, una semana más para atravesar el Atlántico y conocer Lisboa, de pasada, antes de Cherbourg.

De regreso a París redacté mi informe dirigido al director del IFAL para el año 1965, que por cierto nadie me exigió, anexando un corto balance.

#### Conclusiones sobre algunos aspectos de la investigación y la enseñanza de la geografía en México

Después de cuatro años, la siguiente situación puede ser señalada: si en 1962 se podía decir que en México la investigación y la enseñanza estaban rezagadas en comparación

con los otros grandes países latinoamericanos y que ningún cambio inmediato podía ser previsto, todavía persiste el retraso [tal era mi visión evolucionista e ingenua] pero hay esperanza.

Antes de indicar detalladamente las posibilidades actuales y sin pretender establecer una política en la materia, podemos constatar lo siguiente: en cuanto a la enseñanza como la investigación aplicada (urbanismo, agronomía, economía, sociología, estudios políticos, demografía, planificación en todos los ámbitos; en fin, lo que se puede llamar ciencias sociales o ciencias humanas) la necesidad de técnicos en México, con alto nivel y capaces de rebasar las recetas de una especialización estrecha, se multiplica. El exceso de especialización de los estudios norteamericanos (sin hablar de política de contrapeso) hace que se busque más a menudo ayuda europea; sin embargo, la geografía, disciplina de cultura general y de síntesis, es un *elemento* para la formación de estos técnicos (la historia puede tener un papel comparable). Si recordamos que la geografía, prácticamente desconocida en elevado porcentaje en Estados Unidos [aquí también mi ingenuidad era grande], es una especialidad europea (principalmente francesa y alemana), convendremos en que un papel fácil se presente en esta rama de las ciencias humanas, y que sería una lástima no proveer las necesidades inmediatas de México [después de haber enumerado los cambios favorables recientes en la geografía mexicana]. Fuera de la especialidad, estas posibilidades se tornan interesantes. El Colegio de México desea cursos de geografía para sus centros de Economía y Demografía y de Estudios Internacionales (como hizo uso de ellos en Historia). El economista Gilberto Loyo, presidente de la Comisión del Salario Mínimo, habría pedido un experto francés (¿a la UNESCO?) para estudios regionales. El Instituto de Investigaciones Agrícolas desea los servicios de un geógrafo, según el pedido del Profr. Stavenhagen. Otras posibilidades de estudios sobre el noroeste mexicano podrían aparecer (ligados a la Universidad de Sonora). Finalmente, posibilidades de enseñar en la Universidad Iberoamericana (jesuita) fueron descubiertas por la Universidad de Burdeos pero fallaron.



### III ALREDEDOR DE 1968

Vivir en Francia, en París. De hecho, Françoise y yo lo habíamos hecho sólo como estudiantes, en el cambio permanente de actividades, de alojamiento, de situación familiar. En diciembre de 1964 compramos un viejo departamento en aquel barrio parisino del Marais que era todavía barato, poblado de artesanos, de familias pobres –a menudo judías– y de tugurios. Participábamos de su renovación y de volverlo un barrio burgués; nos instalamos en 1966. Nuestros dos hijos iban a la escuela primaria más cercana, a unos minutos a pie (niños y niñas separados, claro). Françoise era profesora en el liceo de Porte de Vincennes que quedaba a veinte minutos en metro, y yo era investigador en el CNRS (Centro Nacional de Investigación Científica) en la Rue St. Guillaume, en el IHEAL, frente al Instituto de Ciencias Políticas. Descubrimos una Francia en pleno enriquecimiento, altamente modernizada, que por lo demás permanecía como una sociedad autoritaria, en la república monárquica de De Gaulle que parecía inamovible.

#### REGIONES GEOGRÁFICAS

Como investigador en el CNRS, instalado en el IHEAL, tenía primero que familiarizarme con mi nueva actividad de responsable de un centro de documentación. Debía encontrarle un lugar, físicamente en esos cubículos insuficientes y codiciados, institucionalmente al lado de una biblioteca importante. Mi experiencia mexicana me dio la idea de tareas de documentación para mí fundamentales: recolectar la información sobre los fondos latinoamericanos existentes en Francia (esencialmente en París), los dos dominios de la estadística (anuarios y censos) y de la cartografía topográfica detallada.

En tanto investigador, mi tarea era redactar las tesis, con vistas al doctorado, con los materiales acumulados durante cuatro años en México. Inicialmente había previsto realizar (más tarde) una tesis “secundaria” (según las normas de la época) bajo la forma de una comparación de los medios rurales limitados, en tierra fría (cuenca de Toluca) y en tierra caliente (en Morelos), con tal vez un tercer ejemplo en los llanos de Veracruz. Nunca emprendí ese trabajo, ya que a mi llegada a París descubrí, gracias a Pierre Monbeig, dos novedades. Primero el nuevo reglamento me permitía presentar el equivalente a una “tesis secundaria” antes, y además bajo forma de una “tesis de tercer ciclo” (es decir, el antecesor del actual doctorado francés

con estándar internacional). Pero, sobre todo, Pierre Monbeig me incitaba a tomar ejemplo de mi amigo peruano Olivier Dollfus, que en 1966 presentaba *Le Pérou, introduction géographique à l'étude du développement*,<sup>1</sup> como tesis secundaria; es decir, no era un estudio minucioso sobre un tema restringido y marginal sino un cuadro general, escrito de corrido, para presentar de manera global una experiencia adquirida sobre todo un país latinoamericano. En la misma línea, podía proponerle a Monbeig una presentación de las regiones de México, escrita a partir de los materiales de los cursos en El Colegio de México en 1964 y 1965, ya reunidos, tratados y ordenados; sólo faltaba redactar las oraciones a partir del estilo telegráfico de las notas de los cursos. Nada me impedía hacerlo rápidamente.

Michel Rochefort me incitó a hacer dos capítulos de conclusiones para esta obra en curso de redacción; uno sobre los conceptos de los recortes regionales en los trabajos sobre México; el otro sobre una posible tipología de las regiones mexicanas a la luz de los conceptos elaborados hacía poco en Francia. Para este último capítulo pude añadir a las lecturas, bastante limitadas, lo que escuché en un coloquio en Estrasburgo (junio de 1967) sobre “Desarrollo y regionalización”.

La obra estaba, en lo esencial, redactada en enero de 1967. Faltaba proveerla de los mapas necesarios, de los cuales algunos borradores ya existían gracias a los cursos de El Colegio. Dibujar estos mapas era una tarea imposible para mí. Tuve la suerte, gracias a la amistad de Jean Dresch, director del laboratorio de geografía del CNRS de París, de poderle encargar la tarea a Jacqueline Leuridan, cartógrafa dibujante experta y rigurosa, a quien conocía desde 1954 porque le había encomendado la misma tarea para editar mi tesis de maestría, una monografía del Sahara.

Esta preocupación por la cartografía tenía una perspectiva interesante: desde principios de 1967, P. Monbeig me propuso publicar estas regiones geográficas.<sup>2</sup> Creo que incluso la composición empezó antes del examen profesional, en junio de 1967, y el libro salió justo a principios de 1968.

Si P. Monbeig deseaba apurar esta publicación es porque tenía un mercado. Las publicaciones del IHEAL tenían generalmente ventas lentas y limitadas (para la mayoría, eran más decenas que centenas las que se vendían al año). Pero para los años 1968 y 1969, el programa de geografía para los exámenes de *agrégation* y CAPES<sup>3</sup> incluía a México, que gozaba de poca bibliografía en francés. Un pequeño manual de geografía del estilo usado en esa época, fácil de leer, no podía más que venderse por centenas. El tiraje de 1 500 no fue suficiente y se necesitó uno segundo, cosa que las modestas ediciones del IHEAL habían visto rara vez. Hacer de una tesis un “libro de texto” era una suerte, y se lo debía a la visión de P. Monbeig, que desempolvaba las

<sup>1</sup> *Travaux et mémoires de l'IHEAL*, núm. 22, 1968, 355 pp.

<sup>2</sup> “Les régions géographiques au Mexique”, *Travaux et mémoires de l'IHEAL*, París, núm. 20, 1967.

<sup>3</sup> Los dos concursos anuales, cada uno a su nivel, para el reclutamiento nacional de los profesores para la enseñanza secundaria francesa (secundaria y preparatoria).

viejas costumbres de la Sorbona. Para mí era una pequeña notoriedad, invitaciones a dar pláticas en distintas universidades y algunas reseñas elogiosas.

Sin embargo la fortuna que tuvo este pequeño libro en México es la que me importa. En la primavera de 1968 firmé un contrato de edición con Siglo XXI. Sabemos cómo, hacia 1966, Arnaldo Orfila Reynal, argentino mexicanizado desde hace mucho tiempo, director de la prestigiosa editorial pública Fondo de Cultura Económica, tuvo que renunciar debido a la presión ejercida por un clan nacionalista tradicional, impulsado por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, por la publicación de la traducción al español de *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis. En pocos meses, el apoyo moral y financiero de intelectuales de la izquierda mexicana le permitió a Orfila crear su nueva casa editora, Siglo XXI. Mi manuscrito fue aceptado con facilidad. (¿Por el tema?, ¿el patronímico del autor?, ¿la fácil planeación editorial?) La traducción fue rápidamente llevada a cabo; el libro vio el día en la primavera de 1969 (yo estaba en México como veremos). Ser publicado en ese espacio “progresista” era en ese momento más que un placer, una consagración.

Fue un éxito de librería que se explica no por los méritos excepcionales del autor sino por el estado del mercado. Por todas las razones aquí expuestas, no podía esperar numerosos comentarios, críticos o elogiosos, sobre el libro; en las distintas ramas de las ciencias sociales, el hecho regional no pertenecía a la cultura científico-universitaria. Además, el pequeño libro se presentaba sin pretensión teórica: era más bien un cómodo libro de texto. La única reseña la hizo Ángel Bassols; en ella criticaba precisamente la ausencia de un cuadro conceptual (que por supuesto debió de haber sido de corte marxista); yendo más lejos, decía que para mí las regiones eran herramientas descriptivas y no realidades objetivas. Era cierto, y para él era un grave defecto. Ese relativismo no me molestó cuando tomé conciencia de él. La esencia del éxito venía simplemente del hecho de que ningún libro entonces presentaba de manera accesible, sin muchos tecnicismos, el panorama del México contemporáneo en su diversidad espacial y bajo ángulos temáticos variados (cuadro natural, situación demográfica, realidades rurales o urbanas, etcétera).

El éxito fue duradero simplemente porque la obra no tenía competencia. Tenía el público limitado de los geógrafos, pero más aún el de los economistas, sociólogos y antropólogos que la necesitaban. Supe entonces que servía de libro de texto en las escuelas de nivel preuniversitario. El estado de las ventas me mostró año tras año la situación de cierto mercado que embonaba en la economía mexicana; a grandes rasgos entre 400 y 800 libros vendidos al año entre 1969 y 1991, y luego un franco descenso. Los “buenos años” parecen coincidir con el boom petrolero o con las subidas de los presupuestos públicos, según el bien conocido ritmo de los sexenios. En 1988 propuse y obtuve una renovación del libro, bajo forma de comentarios insertos en el texto, más un capítulo general, corto, sobre temas de moda: el político-administrativo, el ordenamiento territorial, el espacio vivido.

Tal vez haya que mostrar lo que fueron las tres portadas sucesivas de este libro (que pertenecen al editor y no al autor) para entender la imagen: un paisaje

natural de un matorral sometido a un viento violento (imposición de la naturaleza salvaje de la cual el libro habla poco); después una escena que simboliza la reforma agraria en el seno de la revolución, sin duda sacado de un mural de Diego Rivera: nos acercábamos a uno de los temas del libro, y finalmente el regreso a la naturaleza simbolizando el contraste entre el México del desierto y el del trópico húmedo, realidad ciertamente presente en la obra. En el fondo, se suponía que debía decirles a los profesionales de la economía lo que debían saber sobre la naturaleza, aun cuando la ambición real era hablar de sociedades regionales. Al filo de los años, este libro hizo que me vieran no como un personaje célebre sino como una especie de entidad abstracta; después del año 2000, un interlocutor mexicano de 50 años de edad, quien ha leído el libro 25 años antes, se extraña de que el autor esté vivo cuando por casualidad se lo encuentra en el suroeste francés o en Guadalajara.

#### DE LA DOCUMENTACIÓN HACIA LOS *PROBLÈMES D'AMÉRIQUE LATINE*

Regresando a mi tarea en el centro de documentación del IHEAL tengo que recordar hasta qué punto la información sobre latinoamérica era difícil de encontrar en París. Sin embargo, el gobierno francés deseaba desde hacía poco favorecer el conocimiento de los franceses sobre América Latina. La Documentation Française era un organismo poderoso creado durante la liberación de 1945, directamente en las manos del gobierno. Dicho organismo difundía cada año unos 150 fascículos de Notes et Études Documentaires. El número 3247, de diciembre de 1965, tenía como título *Problèmes politiques récents de l'Amérique Latine*. Sólo se sabrá de manera oficial en septiembre de 1967 (núm. 6) que la directora es la señora Suzanne Candeau Faure, funcionaria de la Documentation Française y no universitaria. Los artículos serán firmados por sus autores sólo a partir de 1970. Es en 1978 cuando se retira S. Candeau que PAL es dirigida por un universitario, Daniel Pécaut, sociólogo especializado en la violencia en Colombia, quien se hace de un consejo científico. La Documentation Française se deshace del título (al igual que para sus otras revistas sobre áreas culturales) en 2002, y las PAL son retomadas por el Instituto Europeo de Geoeconomía. Al igual que mis colegas del IHEAL y otros, me vi empujado a trabajar en esta revista, con más razón porque esta herramienta tenía dos ventajas. Nos pedían crónicas actuales políticas, económicas y sociales, que eran aún más esclavizantes que un artículo “científico” y remuneradas poco más que simbólicamente (el equivalente a 500 euros de 2004).

Pero más importante, S. Candeau nos abrió las puertas del Ministerio de Asuntos Exteriores, donde podíamos consultar los materiales enviados por las embajadas francesas; claro, nada confidencial, pero el ministerio recibía por la valija diplomática las “últimas noticias” sobre sucesos notorios, cronologías sobre el trimestre pasado y, sobre todo, paquetes de recortes de prensa que permitían estar al día sobre la vida del país. Las PAL aceptaron al principio artículos “científicos” (hablé

de reforma agraria en el caso de México; y después de redes político-administrativas de la ciudad de México), pero S. Candéau pedía sobre todo estas crónicas, y por mi parte hice dicho ejercicio, junto con Jean Revel-Mouroz<sup>4</sup> o solo, para la descripción del reino de Díaz Ordaz, y el de Echeverría. Nuestro derecho a la interpretación era limitado y el tono necesariamente impersonal.

Bajo Díaz Ordaz estaba permitido insinuar que la renuncia del presidente del PRI, Madrazo, y sobre todo su muerte “accidental” —o bien, la salida del doctor Chávez de la rectoría de la UNAM—, se debía a una política presidencial brutal. Con Echeverría, tengo que confesar que me dejé llevar por su retórica tercermundista. Relaté cuidadosamente su legislación destinada a controlar la entrada a México de capitales y tecnología según las estrictas necesidades del país, establecidas de manera racional, sin darme cuenta de que se trataba de una ficción extremadamente desviada por el contrabando y la corrupción gubernamental. La fortuna de esta crónica en México merece un comentario: el diario *Excelsior* tradujo y publicó esta crónica, globalmente favorable al régimen, sin aviso ni autorización ni de la revista ni del autor (quien sin duda se hubiera sentido alagado si se hubiera enterado). Y mejor, cuando a finales de los años noventa este diario abrió su sitio web, introdujo una rúbrica “retrospectiva”, que contiene un artículo sobre L. Cárdenas y otro sobre..., Echeverría, que así descubría debidamente firmado por mí.

#### REGRESAR A MÉXICO: EL OTRO 1968, SEIS MESES EN VILO

Sin embargo, mi principal actividad profesional era redactar los capítulos de mi “tesis de Estado” sobre la región central mexicana; desde 1967 ya había previsto un regreso a México para tapar rápidamente los hoyos de mi información. Esta estancia se organizó de abril a septiembre de 1969; mientras tanto, mi único contacto con el país había sido una corta visita (recordemos que en aquel entonces un boleto de avión de ida y vuelta era un gran regalo), en el verano de 1966, para asistir a la conferencia regional latinoamericana de la Unión Geográfica Internacional; otra entronización como investigador, particularmente porque ahí me encontré con Jacqueline Beaujeu-Garnier y Michel Rochefort, pero también con Bernard Kayser, quien venía acompañado de su mujer Renée para quedarse más tiempo. Efectivamente, estaba dando clases de geografía en El Colegio de México, al grupo de historiadores que yo tanto había apreciado. Más allá de una simple excursión, Kayser los lanzó a un trabajo de campo en Yauhtepec, Morelos. Estaba apenado

<sup>4</sup> Jean Revel-Mouroz, alumno de la Escuela Normal Superior de St. Cloud, al mismo tiempo que Jean Meyer, después de un periodo de “cooperación militar” en México en el Centro de Investigaciones Agrarias, dirigido por Sergio Reyes Osorio, entró al IHEAL en 1968 como investigador del CNRS. A partir de 1974 asegurará la gestión de Laboratorio del CNRS en el seno del IHEAL y tendrá un papel primario en la organización de la geografía latinoamericana en Francia.

porque, a pesar de sus incentivos, esta realización colectiva permaneció inédita. Hacia 2002 obtuve una copia del original que estaba en manos de Bernardo García. Monografía histórico-geográfica, en la que la recolección y el tratamiento de la información demográfica sostenía encuestas económicas.

A este coloquio de la UGI también asistió Pierre Monbeig, y fue mi única oportunidad de mostrarle un poco “mi terreno”. Tomé prestado el coche de nuestra amiga Juli San Juan para llevar a Juliette y Pierre Monbeig, y a Jean Pierre Berthe, por un largo recorrido hasta Ixmiquilpan y Meztlán: los contrastes de la naturaleza al borde de la sequía en el Altiplano y las profundidades de la historia colonial a la vez. No apreciaron para nada el pulque. El regreso de noche, entre la tormenta tropical y el circuito eléctrico del coche fallando: tenían de qué estar preocupados.

Veamos este “verdadero” regreso a México en 1969. Estábamos “en vilo”, ni de paso ni de viaje; ni con vistas a instalarnos. No tenía un ancla institucional pero tampoco oficina o teléfono. Aprendí a formarme en las casetas telefónicas cercanas a nuestro departamento. Las muchachas, para quienes era recreo, y los obreros del edificio hablaban eternamente; las máquinas servían por un tiempo no limitado a 20 centavos. Sobra decir que a partir de 1969 las monedas no servían más que para eso. La compañía cambió este sistema debido al terremoto de 1985. De manera que con las devaluaciones de 1976 y sobre todo de 1982 el teléfono local era gratuito. Entonces, ya desde 1969, hablar por teléfono no era caro pero se necesitaba de mucha paciencia.

Este detalle para decir que el regreso distaba de ser algo sencillo. Reencontrarse con las personas y las cosas, los olores y sabores, la luz y las tormentas; se disparaba la nostalgia, porque sabíamos que apenas acostumbrados de nuevo, tendríamos que irnos. Saber a quién nos volveríamos a encontrar era siempre un riesgo. ¿Atrevernos a llamar de inmediato? Y además el país, al igual que nosotros, y que Francia después de 1968, había cambiado. Habíamos dejado un México de cortesía ceremoniosa. El tú se había impuesto en numerosos espacios universitarios que antes lo ignoraban.

De manera más profunda sabía que al igual que en Francia, pero en condiciones dramáticamente brutales, el movimiento estudiantil mexicano había sacudido todo un mundo para las clases medias mexicanas. Había escuchado en mi casa, en París, relatos de estudiantes que habían podido huir del país después de la masacre, amenazados por –pensaban– desaparecer sin juicio. En México me encontré con gran número de interlocutores impresionados, y aun si no pertenecían al campo de los contestatarios, consideraban que el consenso político tácito y flexible, que me había parecido evidente, estaba roto, aun cuando a menudo sólo se acusaba al ejército de crimen y no al régimen político. Los estudiantes daban testimonios más o menos directos de brutalidades, nuevas para ellos, porque anteriormente las eventuales brutalidades no les concernían. El suceso rompía la bien educada distancia que había conocido durante cuatro años.

Aunque codiciaba la integración en el ambiente mexicano que había logrado Jean Meyer, mucho más profundamente que yo, me daba cuenta de que los lazos que yo creía débiles eran fuertes. Con Luis González es el momento en el que conocimos a su mujer Armida. El libro *Pueblo en vilo* acababa de salir y para mí era una revelación: todo un lado del mundo rural era ahora legible, el del oeste mestizo. Muchos rasgos de las comunidades de la región central alrededor de la capital se aclaraban a esta luz. Con Luis Unikel también, en plena producción de las bases demográficas de la urbanización de México. Pude de nueva cuenta dar clases en Ciencias Políticas en la UNAM. Los lazos con la comunidad francesa estaban limitados a algunas cuantas personas, entre ellas Monique Legros. La comunidad española era tan calurosa como siempre, del lado Segovia particularmente. Los contactos con el lado mexicano se multiplicaban con mayor facilidad, como los fines de semana en Tlayacapan, Morelos, donde A. Warmann y E. Valencia tenían sus casas.

#### COMISIÓN NACIONAL DE LOS SALARIOS MÍNIMOS

Para mi trabajo de investigación, cuyos borradores estaban prácticamente escritos, me faltaba esencialmente profundizar sobre el tema de las relaciones de comercio y de servicios, de administración y de cultura, entre el medio rural del centro mexicano y los medios urbanos. Para conocer esto necesitaba hacer una investigación directa en las cabeceras municipales. Un programa de investigación comparativo en América Latina, emprendido en París por Olivier Dollfus, implicaba también una exploración en el mismo sentido de distintas regiones mexicanas. Varios de nosotros tuvimos la suerte de trabajar en una extraña institución de la burocracia mexicana: la Comisión Nacional de los Salarios Mínimos, piloteada por el renombrado economista y político Gilberto Loyo. En 1966, sin duda, él me “convocó”, en la embajada mexicana en París, para comunicarme su deseo de que geógrafos franceses participaran en su comisión. Como yo no estaba disponible en ese momento le señalé las capacidades de Henri Enjalbert, único geógrafo francés que practicaba en “terreno mexicano”, a donde fue una o dos veces a hacer peritajes. Disponible en 1969, aceptaron mis servicios; obtuve que se unieran a los trabajos Hélène Rivière d’Arc, que había regresado a México para trabajar en una tesis de tercer ciclo sobre Guadalajara y su “región”, e Yves Leloup, quien terminaba un trabajo sobre las redes urbanas del Minas Gerais brasileño. ¿Qué era lo que pedía Gilberto Loyo? Un peritaje que validara (o propusiera modificar) el recorte regional del territorio mexicano que había hecho para establecer zonas de salario legal mínimo en función del nivel de desarrollo socioeconómico local. Cada zona de salario debía tener un grado de homogeneidad suficiente; además una localidad tenía que servir como “centro” de cada zona, en principio como lugar de recolección de información, pero también de discusión sindical para fijar este salario mínimo. ¿Cuáles eran las empresas que realmente respetaban este salario legal? Nunca lo supimos. Pero

era parte del trabajo de Zamora Millán,<sup>5</sup> la tentativa más original llevada a cabo por un economista con el fin de reagrupar los municipios mexicanos en conjuntos “racionales” sin limitarse a los estados federales, teniendo en cuenta las “centralidades” urbanas en este recorte; con esto, seguro los geógrafos estarían interesados.

Para hacer un peritaje había que viajar y preguntar en cada cabecera municipal sobre las actividades económicas y las dinámicas de transacciones comerciales; por ende, por el comercio al mayoreo, los mercados y ferias, los servicios; justo lo que necesitaba, al igual que Hélène Rivière d’Arc. Un geógrafo que Hélène y yo conocíamos bien pertenecía al personal de Gilberto Loyo: Manuel Guerrero. El jeep de la comisión nos llevó en varios viajes durante el verano de 1969 a recorrer todo México central, de los Altos de Jalisco y de Zihuatanejo a las cuencas cercanas a México. Pasando por San José de Gracia nos recibió el tío de Luis González, Bernardo; Luis estaba ausente, y el tío nos dijo todo (con su propio modo optimista) acerca de la economía lechera local y sus implicaciones igualitarias en la sociedad ranchera.

Nuestro trabajo esencial consistía en que nos recibieran las autoridades municipales en las pobres y polvorosas alcaldías rurales y obtener respuestas, a menudo evasivas e imprecisas, sobre la economía y la sociedad locales. La ayuda de Guerrero fue indispensable para evitar el estupor de nuestros interlocutores frente a estos extranjeros que ni siquiera eran gringos. Ahí fue donde aprendí que hacer preguntas entre varios (y a veces contestar entre varios) favorece una apertura al diálogo que enriquece la información, evita los silencios y los bloqueos, aun cuando es a costa de ambigüedades y divergencias. El diálogo entre dos, frente a frente, es un nivel de información mucho más fino, pero que supone una confianza largamente negociada, y nosotros sólo estábamos de paso. Los interlocutores más vivos, pragmáticos, sospechaban que éramos representantes de empresas que querían invertir, y querían a cambio sacarnos información, sin mucho respeto hacia la administración mexicana que representábamos. Entregamos nuestro informe y nos recogíamos con los materiales que recolectamos para nuestros propios trabajos.

#### PRODUCIR A MÉXICO CENTRAL

Después de esta corta estancia un tanto agotadora, lo principal era terminar lo más pronto posible esta tesis sobre México central.

De hecho, desde 1967, mi deseo de rapidez primaba sobre una ambición de exhaustividad masiva y de perfección que eran las virtudes generalmente supuestas en una tesis de Estado. Sabía que Pierre Monbeig (cuyo libro *Pionniers et planteurs de São Paulo*, París, A. Colin, 1952, era una de las tesis francesas más cortas de su época, y una

<sup>5</sup> *Diagnóstico económico regional*, 1958, Secretaría de Economía e Instituto de Investigaciones Económicas.

de las mejores) me apoyaba en ese sentido. Le había entregado varios capítulos, para que los leyera, desde principios de 1969. Había enviado un poco después los mismos textos a Henri Enjalbert, quien después de todo era el único geógrafo francés que conocía México. Monbeig, extremadamente cargado de trabajos, se tardaba en leer mis obras y se contentaba con hacerme algunas acotaciones no muy críticas, mientras que Enjalbert multiplicaba las anotaciones; sobre todo de detalles, pero se tardaba mucho más. A finales de 1969 avisé que empezaría con la dactilografía definitiva y el dibujo de los mapas necesarios, trabajo bastante largo. El mal tiempo que reinaba en el Instituto de Geografía de París no me permitía solicitar el taller de cartografía, lo que me obligaba a hacer un trabajo de dibujo para el cual era más que mediocre, que no rebasaba el nivel de borrador legible. La dactilografía de las bibliografías era particularmente fastidiosa; para mí eran importantes, pero estaba en el momento terminal de la tesis, en el que ya no soportaba mi manuscrito. Dudaba que fuera de utilidad para cualquier público (y menos mi futuro jurado). Mi venganza fue añadir un título inventado con la esperanza secreta de que un lector indignado se diera cuenta. Nunca nadie lo hizo, ni en Francia ni en México: ¿Cómo no indignarse frente a esa falta de atención?

El manuscrito fue entregado al secretariado de la Sorbona, durante las pascuas de 1970, y el examen profesional se organizó en junio. En el jurado estaba por supuesto Pierre Monbeig, muy a favor de “su” candidato, aun cuando mi contestación hacia las instituciones le sacaba de quicio.<sup>6</sup> También estaba Henri Enjalbert, sin duda francamente irritado por estas contestaciones (hacia poco era una de las cabezas del campo conservador reorganizado de la geografía) y además indignado por el hecho de que mi tesis fuera tan corta, y que la hubiera terminado sin haber esperado sus comentarios a mis borradores. Finalmente estaban mi contemporáneo amigo Olivier Dollfus, desde poco profesor en la Sorbona, y Léon Tabah, que yo mismo había sugerido como miembro del jurado porque como demógrafo conocía México y la estadística mexicana, que me había dado tantas penas como alegrías y que intentaba explicar con mis armas de artesano.

Tenía un relación demasiado ambigua con la institución universitaria como para aceptar que este examen se transformara en una ceremonia; creo que invité a mi padre (cuando menos) y a una pareja de amigos no universitarios. El gran anfiteatro del Instituto de Geografía estaba entonces vacío. Mi exposición oral buscaba insistir sobre las faltas voluntarias del manuscrito; no describía a la ciudad de México en tanto “interno”, y entregaba un manuscrito en estado de ser editado pero sin haber invertido mucho tiempo en la transcripción. Subrayaba las ambigüedades del tema tratado: mi México central no existía en tanto espacio objetivo, natural y delimitado, pero era el lugar de los contrastes y de las distancias cortas en un continente americano hecho de inmensidades monótonas. De esto resultaba una alegría de vivir amenazada por una urbanización generalizada.

<sup>6</sup> Ya mencioné las dificultades del IHEAL hacia 1968 en: “IHEAL, vers un demi-siècle”, *Ordinaires Latino-Américain*, núm. 191, enero-marzo 2003, pp. 54-57.

Los comentarios y el diálogo fueron bastante breves, calurosos en conjunto. El único que por su conocimiento de la materia hubiera podido lanzarse a una crítica metódica era Enjalbert, pero se abstuvo: el peso institucional de este provinciano en comparación con sus colegas parisinos no se lo permitía. Me dieron la calificación más alta (“muy honorable”), pero sin la mención acostumbrada mas no reglamentaria (“con felicitación del jurado”). Ni yo ni nadie había pensado en un banquete o un cóctel para festejar tan feliz suceso. Así lo quería yo para evidenciar que los títulos universitarios me importaban poco; mi herencia familiar pesaba demasiado en esto como para valorar el “examen”. En retrospectiva, me arrepiento: el final de ocho años de esfuerzo sonaba hueco.

De hecho, esperaba la consagración por la publicación del manuscrito.<sup>7</sup> ¡Había hecho mi elección político-universitaria en el sentido opuesto a sabiendas! Quería un “verdadero” editor y no lo que sabía posible en el IHEAL; la institución se hundía en los problemas financieros, y participaba en la lucha porque se siguiera publicando, pero de manera económica y mediocre, bajo forma de reprografía en *offset* a partir de una buena dactilografía.<sup>8</sup> Editar era mi pasión, pero sabía que el IHEAL difundía mal sus obras y el “mis respetos” de un “verdadero” editor, que no fuera yo mismo, me importaba más que nada.

Primero intenté con la colección de antropología y sociología dirigida por Eric de Dampierre en Plon; admiraba la colección y a su director. Consideró que mi texto era una monografía buena y gruesa de geógrafo, no lo suficientemente bien redactada ni lo suficientemente teórica para publicarla. Intenté con François Maspero (futuras ediciones La Découverte): nunca llegó respuesta. Mi libro era demasiado académico para él, no era lo suficientemente militante, ¿o habré escogido un mal momento? Después me aceptaron, gracias a Gilles Sautter, en las ediciones de la sexta sección de la Escuela de Altos Estudios (EHESS: École des Hautes Études en Sciences Sociales, y la Maison des sciences de l’homme): era ciencia social y *establishment* universitario a la vez. Al mismo tiempo me aceptaba una casa que nacía entonces: Anthropos. Dadas mis opiniones políticas, me inclinaba más hacia estos “izquierdistas” que hacia el *establishment*. Los coeditores eran un antiguo comunista, Pronteau, y un antiguo trotsquista, Serge Jonas. Ser publicado por inconformes de izquierda me colmaba de alegría. De todas maneras me hicieron notar que la casa

<sup>7</sup> En la barra, Grand [...] pidió un trago que se bebió de un tiro [...] afortunadamente tengo mi trabajo [...] –¿todavía le falta mucho? [...] –verá doctor, lo que deseo es que el día en que el manuscrito llegue con el editor, éste se levante después de haberlo leído y les diga a sus colaboradores: “Señores, ¡mis respetos!” [Grand fue de los que no murieron a causa de la peste.] (A. Camus, *La peste*, Folio, 1947, pp. 97-98.) Sabemos que sólo la primera oración de la novela existe, incesantemente escrita, corregida y pulida.

<sup>8</sup> Así fue publicado, de Jean Revel-Mouroz, 1972, “Aménagement et colonisation du Tropique humide mexicain”, *Travaux et mémoires de l’IHEAL*, núm. 27, traducido para una edición en España, desgraciadamente muy mal difundida en México.

era de obediencia marxista. Contesté que aunque agnóstico en la materia, esto no me desobligaba, al contrario.

La edición fue llevada en seis meses y el libro salió diez meses después del examen profesional; el subsidio de la Universidad de París, que cubría la mitad de los gastos, estaba entre mis manos, y mis editores necesitaban tesorerías; por ende, iban rápido porque tenía vara alta sobre ellos. La técnica “revolucionaria” barata era componer el texto en una máquina bisabuela del procesador de textos en computadora. Técnica imperfecta, pero maleable, sobre todo para la mezcla del texto y de la imagen. Por supuesto, en el ambiente militante de la época, renunciaba a los derechos de autor: no me hubieran hecho más rico, pero sí permitido saber si se vendía el texto. En cuanto pude, negocié sin dificultades la edición en español de la obra con Siglo XXI; salió a la venta en el otoño de 1972, o sea diez años después de mi descubrimiento de México; sin duda en el momento en que México me parecía lo más lejano de mi vida profesional.

Esta obra no fue “un éxito” manifiesto; en Francia, unas centenas de ejemplares en total; ventas lentas y modestas a lo largo de una decena de años. Un poco más de 3 000 ejemplares en México, también a lo largo de una decena de años; en suma, un libro erudito que sirve a algunos especialistas. En cuanto a las reseñas, sabemos que se obtienen (salvo en el caso de un producto que se sale de lo común al punto de ser publicitado por los medios de comunicación) en el seno de una comunidad que comparte intereses y códigos comunes. En Francia, la comunidad de los latinoamericanistas apenas nació; la de los geógrafos tenía otras preocupaciones (después de 1968) aparte de juzgar a un libro para el cual sólo el autor era competente. En México, mi libro podía serle de utilidad a antropólogos, sociólogos o economistas, pero sin que tuvieran ganas de juzgar a un geógrafo extranjero. Los pocos geógrafos mexicanos sólo podían ver en este libro un producto exótico, alejado de sus propias temáticas. En fin, no más “mis respetos” de los lectores o de los sabios jueces, como del editor “maravilla” anteriormente evocado a propósito de Albert Camus, pero sí un instrumento que iba indirectamente a situarme durante mucho tiempo como especialista de la ciudad de México; un tema que había tratado poco y que pronto sería explosivo en la política mexicana.

En mi opinión, lo más útil de este libro, en esa época, era la reflexión sobre lo que eran las relaciones comerciales o de servicio entre la capital y su “región”; esto a lo largo de un siglo. Por lo demás, evidencias útiles por lo poco mencionadas, o “archivos” de método sobre el trabajo a destajo necesario para la descodificación de la demografía mexicana, los archivos de la reforma agraria o los recortes administrativos del territorio; tema poco abordado, cuando me parece que es uno de los más importantes y difíciles de estudiar.



#### IV EL MÉXICO FARAÓNICO (1970-1981)

##### DOS PRESIDENCIAS

Si el México que descubrí en 1962 conocía un largo periodo de crecimiento –en conjunto bastante estable–, los dos sexenios de Luis Echeverría y José López Portillo estuvieron marcados por el aumento masivo e irregular de un crecimiento impulsado por los mecanismos del Estado, gracias a la elevada coyuntura petrolera (lo que los compradores de petróleo llamaron choques petroleros), que empezó en 1973. México reinició sus exportaciones de bruto poco a poco, pero a partir de ese momento su capacidad de endeudamiento creció masivamente: le prestaron lo que quiso. Antes que nadie, fue el Estado quien aprovechó sin freno estos medios. Y aquel Estado estuvo en manos de dos megalomaniacos sucesivos, a los que todo llevó en esta coyuntura a aprovecharse sin cortapisas. Es significativo un chiste que repetía Luis González sobre el segundo (ignoro su origen): López Portillo anunció que su sexenio sería el del despegue de México (para volar cual un nuevo Japón a la velocidad de las economías industriales); entonces, amárrense los cinturones, apostillaba don Luis.

Ambos presidentes habían pertenecido en su juventud –eran antiguos compañeros de escuela– a una izquierda revolucionaria que se entrenaba para la guerrilla antifranquista. El catalán Ángel Palerm, recién salido de las filas del derrotado ejército republicano español, contó (en privado) que después de 1940 llevaba para ello a ambos jóvenes a las faldas del Ajusco. Si ser revolucionario significa pensar que se tiene el poder y el derecho de forzar el destino, ambos lograron hazañas.

Una segunda anécdota se refiere a López Portillo. Al igual que todo presidente mexicano en ejercicio, fue adulado sin límite concebible. Un pintor, sin duda por 1980, lo retrató con fondo de paisaje de Morelos, salpimentado con unas pirámides. El personaje es una esfinge con cara de López Portillo (glorioso y sonriente). Su cuerpo está compuesto por motivos precolombinos esculpidos. Por encima, un busto: “arte colonial”, y arriba una cabeza: “arte contemporáneo funcional”.<sup>1</sup> Este sueño faraónico ha sido corroborado por una anécdota de Luis Spota, que describe la Disneylandia arqueológica proyectada en Morelos, cerca de Cuautla, donde entre otras cosas los gobernadores construirían 32 casas de la cultura con

<sup>1</sup> Ejemplares fueron regalados a las embajadas. Mi ejemplar proviene de la embajada de España.

el apoyo presidencial.<sup>2</sup> Erigir un faraonismo industrial a finales del siglo XX sobre fundaciones de pirámide azteca nos remite a las críticas de Octavio Paz, de 1950, en *El laberinto de la soledad*, y también en *Posdata* (1970)<sup>3</sup> o a *La economía presidencial* de Gabriel Zaid (1987).

Mencionemos dos de los auténticos proyectos faraónicos de la época, entre tantas fábricas, caminos y aeropuertos nuevos: el complejo siderúrgico Lázaro Cárdenas en la embocadura del Balsas se construyó para que México se convirtiera en un gran exportador de acero hacia Asia. Este regalo al clan político de los Cárdenas se volvió operacional justo cuando la demanda mundial de acero se restringió y cuando el reciclaje local de chatarra cubrió buena parte de las necesidades. A la inversa, la invención del complejo turístico de Cancún, primero un negocio de Echeverría, fue un éxito duradero: otra vez inmensas pirámides con miles de habitaciones que llenarían jubilados de clase media de Estados Unidos, o donde se hospedarían jefes de Estado para que afirmasen su capacidad para resolver los problemas del Tercer Mundo (1981).

Aunque es fácil criticar aquella época, hay que recordar también que fue cuando la clase media urbana en México creció excepcionalmente rápido, incorporando importantes capas sociales a los asalariados urbanos privados, y públicos aún más. Y dentro de aquella clase media, el mundo universitario conoció un crecimiento de una fuerza excepcional. Para muchos, entre salario y capacidad de empréstito, fue el acceso a la propiedad del automóvil, de la casa y de su equipamiento. A la vez, a partir de 1970, para borrar las huellas de la masacre de Tlatelolco, Echeverría fomentó una manipulación masiva de los intelectuales; específicamente, distribuyó sin límites empleos universitarios y medios de publicación.

#### EDIFICIOS UNIVERSITARIOS

La Ciudad Universitaria, nacida bajo Miguel Alemán, había conocido un crecimiento lento, desde que se inauguraron los edificios de prestigio antes de 1960; después, se pobló de nuevas construcciones, facultades, institutos de investigación. La construcción en 1970 de El Colegio de México fue sin duda más simbólica. Su ubicación: en la orilla de una nueva franja del periférico, en el ángulo suroeste de la ciudad, que es la de las colonias residenciales, al lado del otrora Canal 13. Unos años después, regalos políticos posteriores al boom petrolero enmarcarían al nuevo Colegio: regalo al sindicato de los maestros, la Universidad Pedagógica; regalo al ex presidente Miguel de la Madrid, el nuevo Fondo de Cultura Económica.

<sup>2</sup> *Paraíso 25*, Grijalbo, 1981, p. 263 *passim*.

<sup>3</sup> Las críticas sobre los aspectos socioeconómicos del régimen mexicano vendrán después, O. Paz, *El ojo filantrópico*, Joaquín Mortiz, 1979; G. Zaid, *El progreso improductivo*, Siglo XXI, 1979. Del mismo autor, *La economía presidencial* (Vuelta-La reflexión, 1987), se concentra de manera mucho más precisa sobre el sistema económico, que se había ya fuertemente cimbrado.

Para El Colegio, un búnker de concreto bruto (como la mayor parte de los edificios públicos de entonces). La institución consta de cuatro pisos, en parte enterrados, donde se halla la mejor biblioteca de ciencias sociales de México, para largo rato. Alrededor de un amplio patio están dispuestos diferentes centros de investigación. En principio, ya en el patio, dentro del santuario (cuya entrada está controlada), investigadores, estudiantes y visitantes pueden convivir, saludarse, conversar. Salones de clase o de seminarios, y sobre todo cubículos de investigación en cantidades inconcebibles, en aquel entonces y mucho después, para un universitario francés. Obtener un cubículo es una ventaja que muy pocos abandonan cuando la tienen: sobre las puertas, nombres famosos; a veces, gente que se fue a poblar ministerios o embajadas. Tuve el privilegio de ocupar un cubículo una que otra vez por unas semanas y se lo agradezco a El Colegio. La disposición de los cubículos es jerárquica: en la planta baja, para cada centro, la dirección y la administración. En el primer piso, los cubículos de los investigadores, con frecuencia vacíos. Y en los pasillos, el mobiliario para las secretarías, convertidas en los años ochenta en las obreras de la captura informática. Mi primer contacto en 1977: perderme en medio de ese frío hormiguero, donde escasean los autobuses o taxis en la noche en dirección a la ciudad. Qué añoranza de la calle de Guanajuato, cálida, acogedora y desordenada, donde la progresiva colonización de departamentos en los inmuebles cercanos hacía posible que El Colegio, que crecía aunque lentamente, pudiera sobrevivir.

El búnker con patio central hizo escuela. La construcción del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, hacia 1984, en plena crisis económica, merece contarse. Además del plano con patio, fue un edificio totalmente equipado para las conexiones informáticas internas y externas, lo que era revolucionario entonces y más aún una hazaña financiera. El director, Jaime Litvak, aprovechó la extrema flexibilidad de la administración financiera pública mexicana de entonces y antes de la devaluación transfirió a dólares una fuerte dotación del Estado destinada al nuevo edificio. Luego, negoció las dotaciones adicionales con fundaciones estadounidenses, inyectando de nuevo las sumas en México para pagar la construcción y aprovechando la alta tasa de cambio del peso después de la devaluación. Más tarde, en un estilo más amable, cálido y colorido, es el nuevo plano de El Colegio de San Luis Potosí de 1998. En el fondo, se trata de la distribución del edificio conventual cerrado, medieval o colonial, revisado por la modernidad.

#### PROFESORES-INVESTIGADORES, NACIONALES Y EXTRANJEROS

Pero lo esencial está en otra parte: los empleos de profesor-investigador se multiplicaron a gran velocidad durante doce años, en instituciones nuevas o para que crecieran las existentes. Si comparamos aquella época bendita con la que hoy conocemos no hay parecido alguno: era posible convertirse en titular de una plaza

por decisión del director de la institución, con un currículum que a veces se detenía en una maestría en curso: el pasante presentaría su tesis algún día. Las presiones de las mismas instituciones y de la ANUIES,<sup>4</sup> del Conacyt<sup>5</sup> o de la Secretaría de Educación Pública para reclutar (o titularizar o promover) doctores vendría después. Muchos becarios mexicanos enviados a formarse al “primer mundo” volvieron del extranjero sin título formal, aunque con una experiencia del mundo más o menos rica.

Las enormes necesidades del México de aquel entonces fueron satisfechas en parte por extranjeros, atraídos por el salario y el nivel de vida que se les ofrecía, sin mencionar el nuevo mundo que a menudo los fascinaba. La coyuntura política corrió a muchos intelectuales de países del Cono Sur, donde los niveles de formación superaban los de México. Los regímenes militares de Chile (1973) y de Uruguay mandaron a México a los primeros exiliados; siguieron, sobre todo después de 1976, los argentinos, mucho más numerosos, y especialmente al día sobre las realidades intelectuales y profesionales del primer mundo, quienes se organizaron en firmes redes solidarias.

Del lado francés también es larga la lista de quienes se instalaron en ese momento en México. Antes de hablar de los ejemplares François Lartigue y Danielle Zaslavsky, evoquemos el recorrido de Guy Rozat, que adquirió sus primeras armas dando clases de historia en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Démosle la palabra, con un resumen de su “biografía” difundida por correo electrónico en 1999:

Me siento algo confuso y tembloroso por haber entrado forzando la puerta en el mundo cuan dinámico de los americanistas franceses, yo que nunca logré considerarme realmente un mexicanista [...] Voy a cumplir 24 años en México. Investigador en el INAH-Veracruz (1988-1999), centro regional del INAH, después de haber sido profesor en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, anteriormente con sede en el museo nacional de México (1975-1988). Después de mucho vagar en psicología, sociología, lingüística..., y en varias instituciones universitarias (Poitiers, Nanterre, París I, VII, VIII, IEDES, IEP, EHES), escuchado a los grandes maestros de mi generación, terminé al fin mi [doctorado de] tercer ciclo (Sociología, Nanterre) sobre los problemas de la escritura de la historia mexicana en el siglo XVI [...] en lo que hoy parecería la tradición historiográfica a la manera de Michel de Certeau, amasada con deconstructivismo a la Derrida [...] (aunque sin pretensiones teóricistas). Como mi jurado de tesis me felicitó ampliamente[...] me fui a México, un poco a la aventura, para ver de qué se trataba [...] y los meses y los años transcurrieron..., y sigo aquí.

Claro que el choque inicial fue algo duro, no había laguna en el Anáhuac y los aztecas estaban bien muertos. Lo que consideraba “los problemas de la escritura de una historia americana”, tenía a todo mundo absolutamente sin cuidado [...] fue saludable

<sup>4</sup> Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior.

<sup>5</sup> Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

para mi ego, y así fue como me hice filósofo [...] Entré a la ENAH que en aquel entonces era como un gran foro (como el patio de la Sorbona en 1968, guardando las proporciones): había con qué seducir a un joven inocente [...] El encanto de las mexicanas contribuyó, sin olvidar el entusiasmo de los alumnos [...] Pasé horas maravillosamente utópicas dando clases [...] de 16 a 20 horas a la semana durante más de 10 años. [Rozat cuenta verbalmente cómo el grado de politización de los estudiantes de la ENAH, “de izquierda” claro está, en un estilo tan intenso como primario, le obligaba, para imponer su clase, a justas oratorias codificadas en las que era indispensable un conocimiento de la jerga marxista para echar a andar cualquier trabajo con los estudiantes.] Hasta el día en que, casado y padre de familia, tuve que relajar la presión, porque mi primer hijo no soportaba la fuerte contaminación de México, así que nos fuimos a provincia, a Xalapa, donde construimos, con la ayuda de la naturaleza, una suerte de imitación del paraíso[...]

[Sigo interesado] en la escritura de la historia mexicana, tema del que publiqué dos libros: *Indios reales e indios imaginarios en los relatos de la Conquista de México y América, imperio del demonio*. De hecho, quiero mostrar que si no hay historia indígena en México o si la figura del indio prácticamente no aparece en el relato de la historia nacional, es por una decisión cultural, resultado del trabajo de la sociedad mexicana sobre sí misma, sobre su identidad y no un “olvido” trivial [...] En semejante investigación y enseñanza, tuve que batirme en tres frentes, el marxismo vulgar, el nacionalismo radical y cierta irresponsabilidad de algunos intelectuales europeos, sobre todo aquellos que estudian a “los indios” y que no se dan cuenta, desde la vieja Europa o desde los Estados Unidos, que cualquier juicio emitido y publicado sobre el indio puede tener una influencia sobre la vida o la muerte de los indios.

Lo que finalmente hizo que esté algo solo para discutir y debatir acerca de mis intuiciones historiográficas [...] aunque no puedo ir a una manifestación cultural o “histórica” sin toparme con uno o varios estudiantes, dado que tuve ante mí de unos 4 000 a 5 000 alumnos, puesto que los grupos de la ENAH llegaron a ser de más de 100 alumnos[...] Ahora, estoy reuniendo un conjunto de materiales para construir una serie de manuales de historiografía para la enseñanza universitaria de la historia. [Cuando empezaron las vacas flacas de 1982, Guy sobrevivió convirtiéndose en el administrador cocinero de un restaurante “francés” de calidad, cerca de Coyoacán, antes de irse a Xalapa.]

#### EN TORNO DE DANIELLE Y FRANÇOIS

La pareja de Danielle Zaslavsky y de François Lartigue es ejemplar dentro de la integración de franceses en México. En una generación más antigua, podríamos hablar de la pareja hispano-francesa de Chechu y Solange Alberro; él en las ciencias duras y ella historiadora de El Colegio de México, después de estudios superiores de español (Escuela Normal Superior de Fontenay). Para ella hubo un largo pasaje

por el IFAL y una integración como historiadora de las “mentalidades” de la época colonial en El Colegio de México. Él, vasco español; ella, vasca francesa.

Otro ejemplo de mi generación fue notable la inserción de dos colegas francesas por el canal del ENAH. Tony Nelken, llegada a fines de los años cincuenta con una carrera de jurista, aprendió arqueología aunque vivió de diversos trabajos (fue durante un tiempo secretaria de Pierre Mendes France de paso por México). Trabajó mucho tiempo en el equipo americano de arqueólogos de Mac Nish: en las excavaciones de Tehuacán, después en el Perú. Además de su papel científico, en el equipo donde eran pocos los hispanoparlantes, jugó el papel de embajadora-organizadora ante las autoridades locales. Obtuvo un puesto de arqueóloga en el CNRS a fines de los años setenta, y a partir de entonces tuvo como residencia el CEMCA.<sup>6</sup> En los noventa retomó estudios jurídicos enfocados al derecho marítimo en la zona del Caribe. Misma inserción, por la vía de la ENAH, para Monique Legros, de formación filosófica, que vino a aprender el náhuatl. Primero le enseñó el francés a colegiales mauritanos en una localidad aislada cerca del río Senegal. En México vivió de enseñar francés y filosofía, tanto en el IFAL como en el Liceo Franco Mexicano antes de intentar una experiencia universitaria en El Salvador, y de dar clases de traducción en El Colegio de México. Creó una enseñanza en dicha especialidad, de la cual la relevaría Danielle Zaslavsky, en el cruce entre lingüística, traducción y aprendizaje de las “lenguas extranjeras”.

Volvamos a Danielle y François. A él lo envió su maestro en antropología, Claude Lévi-Strauss, con Ángel Palerm. François fue *coopérant* (VSNA: voluntario del servicio nacional activo; es decir, desempeñó una tarea de servicio público en vez de servicio militar) en el departamento de antropología de la Universidad Iberoamericana, durante dos años (1969-1971). Danielle era entonces estudiante en la Universidad de Vincennes, y terminaba al mismo tiempo su diplomado de estudios orientales. Fue lectora de francés en una universidad de la periferia de Moscú, mientras continuaba con sus estudios superiores de ruso. Esta hija de “rusos blancos” refugiados en Francia perteneció clásicamente al Partido Comunista desde 1967. Ese mismo año, François se adhirió también a ese partido. Ella lo alcanzó durante unos meses en México, “como turista”, aunque ocasionalmente dio clases de francés; a un grupo de curas católicos, entre otros.

François fue y vino de Francia a México entre 1971 y 1975, y en aquel año partieron rumbo a México, con un contrato para él de dos años en el CISINAH (futuro CIESAS; véase más adelante) recientemente fundado por Á. Palerm. La estancia duraría hasta ahora. Sus dos hijas nacieron en México. Los primeros seis meses, Danielle buscó trabajo, hasta que el CST la tomó a su cargo y la envió como profesora de francés de grupos de estudiantes; en general, futuros becarios en Francia de instituciones técnicas o universitarias, que le pagan al CST la preparación lingüística de estos

<sup>6</sup> Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, descrito más adelante.

estudiantes. Por 1978, el CST dejó de ejercer este papel, que recayó en el IFAL. Un poco antes, el IFAL tomó a su cargo a Danielle y le propuso enseñar francés en la UNAM, en el CELE (Centro de Estudios de Lenguas Extranjeras), que le pagaba dicha prestación al IFAL; los colegas de Danielle, profesores del IFAL, preferían enseñar directamente en aquella institución y consideraban el lejano exilio en Ciudad Universitaria una aventura poco gratificante y devoradora de tiempo. Danielle recuerda un ambiente enriquecedor gracias a los estudiantes responsables y respetuosos; futuros ingenieros o investigadores de diversas ramas, que necesitaban aprender francés para sus carreras y eventualmente para su futura beca en Francia.

Ahí Danielle aprendió a desconfiar de la soberbia francesa hacia los mexicanos; como francesa impartiendo clases de francés, en cualquier momento se le podía considerar la representante del imperialismo... De igual manera, a pesar de las buenas relaciones con sus colegas mexicanos en la UNAM, no compartió sus problemas: antes de 1981 ya estaba mejor pagada que ellos y dentro de otro sistema. A partir de 1981-1982, la diferencia sería aún más marcada.

En 1978, Danielle dejó la UNAM por El Colegio de México, siempre acreditada por el IFAL, para impartir clases en las mismas condiciones; se volvió entonces estudiante de El Colegio, en el Programa de Formación de Traductores, acontecimiento determinante en su vida profesional posterior. A diferencia de las clases de inglés, las clases de francés no eran obligatorias en El Colegio; para Danielle (y sus colegas subsecuentes) se trataba de negociar con los distintos centros una solicitud de los estudiantes, haciendo que los cursos fueran atractivos. En principio debía enfocarse en un “francés funcional” cuyo propósito era enseñar el vocabulario de una disciplina. Para los economistas, a quienes daba clase en 1978, existían claramente dos bandos: los economistas “liberales” y los economistas “marxistas”, que eran los únicos que venían a aprender francés. Entre los sociólogos, el público era más mezclado. En el CEI (donde el francés era obligatorio), que brindaba estudiantes con más constancia, se formaban cuadros de la alta administración, investigadores del futuro CIDE. Otros estudiantes provenían del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. Danielle practicaba una política de apertura; proponía textos que encaminaran la reflexión hacia la literatura, hacia la política y sus problemas morales. Descubrió que cuando ponía en escena problemas de identidad, se imponía la prudencia: decir a nombre de quién se está hablando, evitar toda “postura imperialista”.

Veinte años de enseñanza del francés enriquecieron la formación lingüística de Danielle. En 1982-1984 se hizo estudiante de la ENAH en la recién creada maestría de sociolingüística, momento en que conoció a los mexicanos como profesores, lo que apreció. Fue cuando empezó a dar clases en el Programa de Formación de Traductores de El Colegio de México. Éste le propuso un curso en 1991, y en 1992 una plaza de medio tiempo. Cuando finalmente El Colegio le propuso un tiempo completo, tuvo que elegir (1996-1997) y romper sus vínculos institucionales con el

IFAL en 1999. Enseñó la pareja lingüística-aprendizaje de la traducción y abandonó la tercera parte: la enseñanza del francés.

El IFAL fue para ella un vínculo con la comunidad francesa, donde hablaba francés (en el espacio familiar de la pareja, aunque no sea “mixta”, se habla sobre todo español; ella aún más que François). Y las veces que dio clases en el IFAL le parecieron menos enriquecedoras que en una institución mexicana.

La vida de Danielle en México fue vivida primero como una inmersión total en el ambiente mexicano. El bilingüismo de sus hijas tiraba del lado español cuando fueron al *kinder* y a la escuela primaria de su colonia (Condesa). Fue sólo por 1984 que entraron al Liceo Franco Mexicano. De 1988 a 1992, Danielle no viajó ni una sola vez a Francia. Después, multiplicó los viajes (gracias a su participación desde 1997 en un programa ECOS) debido tanto a las necesidades de su tesis de lingüística, que defendió en Francia en 2003, como para visitar a alguna de sus hijas: la mayor estudió diseño y decoración en arquitectura; la pequeña, danza en los Flandes belgas.

Las relaciones de Danielle con los círculos franceses en México fueron muy variables; casi inexistentes con el medio diplomático, y más frecuentes con las parejas franco-mexicanas; en el fondo, Danielle y François son una pareja franco-mexicana, aunque cada uno es franco-mexicano a su manera.

Para Danielle, Francia representó un interés particular hacia 1981-1988: un cambio político que debía seguir, y también promesas incumplidas de cambio para el estatuto de los asalariados de las instituciones francesas en México (donde siempre fue parte de los “contratos locales” y no de la pequeña minoría privilegiada de las personas “con plazas en el escalafón”, diplomáticos y otros funcionarios financieramente a la par con éstos). Fue en esta perspectiva que se inscribió en la ADFE (asociación de los franceses en el extranjero: Association Démocratique des Français à l’Etranger, cercana al Partido Socialista). Hoy en día, sigue menos la política francesa y lee poco los periódicos que le traen los amigos de paso. En cambio, sus referencias teóricas en lingüística son a menudo francesas y se esmera en difundirlas en un México donde predominan las referencias anglosajonas. Vivió como un testimonio de pertenencia a los valores y a la cultura de su mundo adoptivo el hecho de representar a los mexicanos en la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso. Desde 2005 tiene la nacionalidad mexicana. Su futuro profesional se halla en México, en una institución respetable donde es respetada: la nueva maestría en traducción que anima desde 2004 en el CELL de El Colegio, que confirma su integración en una institución que le permitió un desarrollo profesional notable.

Puede asumir el papel de puente entre México y Francia; se trata sin duda de una posición semejante a la de François Lartigue en el CIESAS, a la que llegó por caminos diferentes. No fue por casualidad que los Lartigue cumplieron con esta función, de manera cada vez más clara desde 1985. En 1982, los mexicanos sintieron la necesidad de negociar sus relaciones con los europeos; a su vez, los franceses

tuvieron que reconocer que conocían mal las instituciones mexicanas con las que querían asociarse. A raíz del temblor del 85, los Lartigue tuvieron que abandonar su departamento derruido en el edificio Basurto, en la Condesa, y vivieron varios meses con diferentes amigos antes de comprar, renovar y agrandar una vieja casa en Coyoacán. Nunca dejaron de recibir al círculo de colegas y amigos, franceses o no, para quienes el placer de este recibimiento se ha convertido en una suerte de institución cultural: la información circula con intensidad, acerca de instituciones, programas de investigación, y personas claro está. Un Nabolom del Distrito Federal sin la austeridad antialcohólica.

Para Danielle, los vínculos ideológicos con el comunismo (y directamente con la URSS que conoció y la apasionó) se deshicieron penosamente durante los años ochenta. El conocimiento de aquel país le permitió descifrar algunas realidades autoritarias de la vida sociopolítica de México, el parentesco de ambos países, su mismo escarnio del Estado. Hoy en día, tiene pensado retomar las investigaciones que antaño llevó a cabo sobre los años veinte, aunque esta vez en el marco de los estudios sobre la traducción.<sup>7</sup>

El círculo francés era sin duda especialmente apto para responder a la demanda universitaria mexicana; en Francia, los jalones en la contratación universitaria fueron muy bruscos (fuerte apertura en 1965-1973; cierre brutal en 1974-1982), y también para los varones sirvió de trampolín el estatuto de *coopérant*, pagado por el ejército francés, en sustitución de un servicio militar que después de 1962 necesitaba cada vez menos oficiales. La regla era que se mandaban “en cooperación” a estudiantes que hubieran terminado sus estudios en Francia (maestría y más allá) a países “en desarrollo”, para que ejercieran como técnicos o profesores, ayudaran al país de acogida y contribuyeran a la proyección de Francia. Y más de un *coopérant* se quedó o regresó al país de acogida.

Una anécdota permite entender cómo la comunidad universitaria mexicana, en pleno auge, poblado en parte de extranjeros, vivía sus vínculos con una “comunidad internacional” dominada obviamente por los estadounidenses y los europeos. En ese entonces, lo dijimos, se había vuelto difícil obtener un puesto universitario en estos últimos países y se estancaba el nivel de vida de dichas profesiones, mientras que en algunos países latinoamericanos se había elevado al mismo nivel, en particular en los países petroleros que eran Venezuela y México. Nuestro grupo de Toulouse, Retimo, del que hablaremos más adelante, obtuvo el financiamiento por el CNRS francés para un programa que en 1977-1979 federaba a diversos equipos franceses y a sus socios (en el Magreb, en Asia del Sureste y sobre todo en América Latina). El coloquio final de dicho programa<sup>8</sup> tuvo lugar en Toulouse, en marzo de 1979. En la estela del 68,

<sup>7</sup> Lo esencial de estas páginas proviene de una conversación grabada con Danielle en junio de 2004, en Coyoacán.

<sup>8</sup> Véase *Interventions urbaines et encadrement étatique: mutations des campagnes du Tiers Monde*, Éditions du CNRS, Centre Régional de Publications de Toulouse, Sciences Sociales, 1981, 159 pp.

el ambiente en nuestros medios franceses apuntaba a una negación, por lo menos en apariencia, de las jerarquías universitarias, así como de los comportamientos y de la vestimenta ceremoniosa (nada de corbatas, por supuesto). Fue invitada una colega venezolana que criticó el coloquio<sup>9</sup> en tanto manifestación neocolonialista de los franceses, que despreciando a sus socios tercermundistas esperaban de ellos los datos, las materias primas, para sus investigaciones, y se guardaban la transformación de éstas en esquemas teóricos de su propia conveniencia; era teoría de la dependencia, el Tercer Mundo brindaba obligatoriamente las materias primas a las potencias industriales dominantes, lo que el boom petrolero contradecía a todas luces. María del Pilar García interpretó la falta de formalismo del coloquio como un desprecio hacia los invitados del Tercer Mundo. Dos colegas del Centro de Ecodesarrollo mexicano –del que hablaremos más adelante– fueron también invitados. Estuvieron en el coloquio uno de tres días, sin participar (¿desfase de horario?, ¿dificultades para seguir exposiciones y debates en un francés poco formal sin traducción simultánea?), y sacaron mejor provecho de su viaje trasatlántico mediante una cita en París con Ignacy Sachs, el afamado mandamás de los estudios de desarrollo duradero del EHESS. Más cautelosos que María del Pilar García, ventilaron verbalmente las mismas críticas que ella. Exigían que les tratáramos con más dignidad que a nuestros colegas franceses, lo que no impedía de parte suya cierta respetuosa sumisión a los gurús parisinos, que no éramos nosotros.

#### BOOM DE LA INDUSTRIA EDITORIAL

El boom que benefició a universidades y universitarios en México acarrió también un crecimiento sin precedentes en el mundo editorial. Hablamos antes de la fundación de Siglo XXI, que aprovechó el maná de los dos sexenios “petroleros”. Entre las varias editoriales que nacieron o prosperaron como nunca antes está el ejemplo de Nueva Imagen. La empresa incluyó una parte –no sé cuál– de capitales y cerebros argentinos. Publicó *Mafalda*, símbolo de la protesta antiautoritaria de todas las clases medias urbanas de América Latina, que tuvo un eco importante en el primer mundo. En las ciencias sociales, Nueva Imagen se especializó en las publicaciones en coedición, pagadas en parte o en su totalidad por la institución coeditora. Esta institución contó en general con un amplio financiamiento para sus propias investigaciones. Nueva Imagen mantuvo vínculos importantes con el Cestem de Luis Echeverría. Analizaremos más adelante una publicación colectiva del Centro de Ecodesarrollo coeditada con Nueva Imagen. La relectura de estos libros permite calar hasta qué punto la comunidad intelectual mexicana de aquel

<sup>9</sup> Véase M. P. García, nota en la revista *Argus*, núm. 1, mayo-junio, 1980, Ciencias y Humanidades, Universidad Simón Bolívar, Caracas.

entonces mezcló una visión de la sociedad de tintes marxistas con un voluntarismo planificador propio de especialistas de una ciencia social economicista.

La edición pública de grandes tirajes se afianzó muy rápido en tiempos de Echeverría. El Fondo de Cultura, por supuesto, aprovechó la coyuntura. Aunque debemos recordar primero los pequeños libros de la SEP: Setenta y siete imprimía tirajes de 40 000 ejemplares, vendía poco en librerías y se abocaba a la distribución masiva gratuita sobre todo en el medio paraescolar (bibliotecas, maestros). Bajo la responsabilidad de Gonzalo Aguirre Beltrán, subsecretario de Cultura Popular y Educación Extraescolar de la SEP, se publicaron en unos cuatro años cerca de 200 títulos de ciencias sociales, esencialmente sobre México. Enrique Florescano fue uno de los “cazadores de talento” de esta empresa editorial, y gracias a él, textos franceses, entre otros, se tradujeron muy pronto; por ejemplo un libro, colectivo comparando estructuras urbanas en América Latina y un estudio de Hélène Rivière d’Arc sobre Guadalajara se beneficiaron de este proyecto. Hablaremos de ellos en relación con la ciudad de México. Sin duda para llegar a una distribución más constante en librerías, al final de los setenta, la SEP reeditaría algunos de estos títulos en coedición con la editorial privada Diana. Es parte también del boom editorial el segundo aire, en versión modernizada, de las ediciones del Instituto Nacional Indigenista, organismo que tradujo a muchos antropólogos extranjeros.

#### BOOM EN PERPIGNAN

En más de un aspecto, no se puede entender el nacimiento de un Instituto de Estudios Mexicanos en Perpignan fuera del ambiente de los años setenta. El punto de partida es el contragolpe de Tlatelolco en 1968. Jean Meyer, *coopérant* en El Colegio de México, se permitió publicar su comentario sobre la masacre, sin seudónimo, en la revista *Esprit*. Le informaron en el otoño de 1969 que su visado no sería renovado y volvió a Francia. Lo acogió el CNRS; por suerte traía consigo un caudal de documentos indispensables para redactar su tesis de doctorado de Estado sobre el movimiento cristero. La escribió rápido; en 1973 la defendió, y en el otoño fue nombrado profesor en la Universidad de Perpignan. Tenía 32 años; sin duda, el más joven doctor en historia francés de su época. En los meses siguientes coincidieron varios colegas de Perpignan, entre ellos Louis Panabière. Él también acababa de llegar a esta pequeña y reciente universidad después de una estancia en México mucho más larga (fue director de escuela de la Alianza Francesa). Después del 68, algunos creyeron que todo era posible dentro de la universidad francesa, incluso crear un instituto especializado en una universidad que aún no otorgaba maestrías: bastaba reunir a algunos entusiastas y darse a conocer. Era fácil publicar a bajo costo con la expansión del *offret*. Así nació el *Ordinaire du Mexicaniste*, principal actividad de aquel instituto.

Aquellos jóvenes universitarios no se conformaron con eso; Jean Meyer, quien sabe cómo, conoció a un diputado de la Cámara de San Luis Potosí. El IEM de

Perpignan firmó con este político francófilo un contrato notariado que aportaba a una corresponsalía del IEM en San Luis la cantidad necesaria para pagar anualmente un becario investigador. El economista Thierry Linck empezó ahí su carrera de mexicanista sobre un tema explosivo: la usura en el medio rural. Una devaluación (¿1976?, ¿1982?) acabó con esta construcción en pesos. Perpignan duplicó la apuesta: en 1976, el IEM organizó un coloquio internacional. Los medios: casi nada de las instituciones francesas, viajes y viáticos pagados por la UNAM, El Colegio, el Fondo de Cultura, y el Conacyt; el tema, muy amplio: “Vida política, económica y social en México”. De hecho fue un foro en Francia para los intelectuales mexicanos durante la campaña presidencial de 1976. Don Daniel Cosío Villegas, quien mandó su ponencia, murió repentinamente antes de tomar el avión. El coloquio se volvió un homenaje a don Daniel. Ese mismo otoño apareció en el Fondo de Cultura una publicación (*Trimestre Político*, año 2, núm. 5, jul-sep, 1976) con tres firmas francesas y once mexicanas de gente célebre o que por lo menos se volverían pronto importantes. Otras colaboraciones aparecieron en el *Ordinaire Mexicaniste*.

La suerte de este boletín, de este cuaderno, rebasa lo común. En general estos ensayos se agotan por falta de actores; éste duró diez años en Perpignan y se ha mantenido, durante más de veinte años, en Toulouse, bajo tres responsables consecutivos.

Debo confesar mis reticencias iniciales: acababa de dejar mis obligaciones en las ediciones del IHEAL en París, donde padecí las dificultades del editor con pocos recursos con los *Cahiers des Amériques Latines*. Y resulta que un puñado de jóvenes, sin ninguna dificultad, lanzaba una publicación rival aunque de estilo diferente. ¿Acaso tenían sentido estos esfuerzos dispersos? Yo mismo en Toulouse no me atrevía a pensarlo. Había un dejo de envidia; por añadidura, estos diablos de Perpignan convocaron al “establishment” intelectual de México que de inmediato acudió. No podía más. La invención de Perpignan me fascinaba y la ambición de hacer de puente entre México (dominante) y Francia (asistida) me parecía legítima, incluso fundamental.

Para el aniversario, que representó el número 100 (marzo-abril de 1989), Jean Meyer resumió lo que era el *Ordinaire* de Perpignan:

El boletín funcionó sin mucho dinero, aunque no obstante con algo de dinero, sin burocracia, nada de burocracia, con elasticidad y mucho tiempo. Era el cuento de pensar en ello constantemente y de ir recolectando a lo largo de todo el año: todo lo relativo a México era nuestro. Una red de amigos y contactos en México hacía lo demás. Tener un pie en México y otro en Francia era la regla. ¿Un equipo? Ni siquiera. Al principio todos preparaban los 300 sobres mensuales, los niños también. La parte más frágil fue siempre la información sobre la investigación mexicanista en Francia. ¿Cómo íbamos a transmitirla si ni siquiera lográbamos conseguirla? Era más fácil saber qué se hacía en Holanda, en la RFA o en Estados Unidos.

Louis Panabière explicaba: “Acercar a México y a los mexicanistas, hacerlos confluír, darle la profundidad de la vida a un objeto de estudio, hacer de un cuerpo de análisis un tema que nos hable como todos los días.” Y el lector que era añadiría:

[...]bibliografías y trabajos en curso, coloquios y seminarios, actividades del mismo IEM, programas de investigación, presentación de revistas, críticas y presentaciones de obras representan el 35% de los títulos del contenido. Si recordamos a qué grado el decenio —o casi— del boom Echeverría-López Portillo se distinguió por una profusión de publicaciones mexicanas, si recordamos cuán arcaicas, confidenciales, personales, amistosas fueron la distribución y venta de impresos en México, debemos reconocer que esta tarea bibliográfica y parabibliográfica fue fundamental.

Veremos cómo el *Ordinaire*, a partir del número 86, corrió con una nueva fortuna en Toulouse.

#### EXPLOSIÓN DE LA UNAM

Para el observador de los círculos intelectuales en México, los efectos del boom petrolero resultaron en la revolución que tuvo lugar en los organismos de investigación y enseñanza superior. El mismo crecimiento dentro de los organismos existentes fue en sí una revolución. De 1954 a 1974, la UNAM pasó de tener 23 000 estudiantes<sup>10</sup> a 127 000, equivalente a un crecimiento “fuerte” de 15% anual a lo largo de veinte años. Doce años después, contaba con 200 000 estudiantes. En paralelo, mientras el número de estudiantes creció en 74% (1973-1985), el de los maestros aumentó en 100% para alcanzar los 30 000. Aunque al principio del periodo sólo una quinta parte tenía puestos permanentes (de investigador o docente, de tiempo completo o medio tiempo) y las demás remuneraciones simbólicas por cada curso, al final del boom la cantidad de “auténticos asalariados” aumentó considerablemente, con salarios mucho más elevados. Esta mejora masiva de las condiciones de ejercicio del personal universitario no fue a la par con un aumento del control del trabajo docente realizado, ni para quienes eran pagados por hora ni para los titulares de puestos permanentes.

Además, el peso del personal técnico-administrativo aumentó notablemente. Se nota, en periodos de abundancia, la influencia de un sistema sindical similar al de las grandes empresas públicas (como el de Pemex); el STUNAM, Estado dentro del Estado, contrató nuevos miembros para cumplir con tareas burocráticas no siempre eficaces. De 1973 a 1985, el personal administrativo aumentó en 160%; es decir, mucho más que el personal universitario.

<sup>10</sup> Sólo tomo en cuenta a los estudiantes “posbachillerato”, y dejo a un lado a los estudiantes de preparatoria, que en la óptica de la mayoría de los países (Francia incluida) son parte de la enseñanza secundaria.

Hubo, sin duda, acciones para evitar la concentración total de este mundo de masas en la Ciudad Universitaria: Universidad abierta, Colegios de Ciencias y Humanidades impartían las enseñanzas, sobre todo para principiantes, en todos los rincones de la ciudad de México. El “rendimiento” de esta maquinaria no obstante no mejoró, al contrario. En 1985, fueron aceptados en licenciatura, al igual que en el último año de licenciatura, muchos estudiantes muy por debajo de las notas que en teoría se exigen. De una generación que empezó la licenciatura (33 000 estudiantes), tan sólo la mitad llegaría a cursar el último año (a pesar de los múltiples exámenes extraordinarios, un estudiante tarda en promedio ocho años para cumplir con este cuarto año de estudios), y sólo la cuarta parte obtendría su título después de haberse recibido con la tesis correspondiente. Para los estudios después de la licenciatura (en aquel entonces se trataba en especial de la maestría), menos de 10% de los inscritos llegaban a presentar su tesis.

#### NUEVOS ORGANISMOS

La máquina que aseguró la formación de los cuadros de la nación desde 1910 se estropeó, se volvió inmanejable; a pesar de todo, sobrevivió a las huelgas de 1999. A falta de poderla reformar, el boom del petróleo hizo posible la creación de los tres campus de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), que se pretendió una antiUNAM; desde el comienzo, se dispersó en zonas medias o pobres (Atzacapozalco, Xochimilco, Ixtapalapa), reclutó a sus estudiantes evaluando sus expedientes; no separó las funciones de investigación y docencia en el cuerpo universitario.

Al mismo tiempo se crearon centros especializados, testigos de los problemas que brotaron en la sociedad mexicana. Habría que estudiar la vida del Cestem (Centro de Estudios Superiores del Tercer Mundo), fundado por Luis Echeverría como plataforma sociopolítica para su carrera pospresidencial: la Universidad Patricio Lumumba de la URSS en pequeño. La misma ubicación de la institución es de notarse: en la colonia San Jerónimo del D.F., una zona donde la especulación inmobiliaria de lujo estaba en su apogeo; lo que no fue obstáculo para una residencia de lujo en las alturas, alrededor de la ciudad de Guanajuato. Al mismo tiempo, se fundó el Centro de Ecodesarrollo, prueba de que el faraonismo industrial mexicano no hizo oídos sordos a las llamadas del Club de Roma, que en aquel entonces criticó el crecimiento en detrimento de los equilibrios naturales del planeta. Su responsable fue un economista descendiente de una gran familia colombiana, Iván Restrepo, que alcanzaría la fama como periodista “ecológico” mexicano. El Cecodes acogió a un ecologista gringo e igualmente mediático, David Barkin.

De mucho mayor peso fue el nacimiento del CIESAS, bajo la responsabilidad de Ángel Palerm, cuyos vínculos con los dos presidentes del boom petrolero vimos antes. Este trotskista catalán llegó a México con los refugiados de la guerra civil española. Por 1962 dirigió en Washington la revista *Ciencias Sociales* de la OEA. Cuando volvió

a México, alrededor de 1965, se dedicó a los problemas del consumo popular, y más importante, fundó en la jesuita Universidad Iberoamericana la enseñanza de la antropología basada en el trabajo de campo; sin duda, para remediar las dificultades de la ENA, enredada desde entonces en los debates de la logomaquia marxista. Atrajo hacia esa nueva enseñanza a A. Warmann y a Enrique Valencia.

Fundó en el INAH un Centro de Investigaciones Superiores (CIS-INAH) que muy pronto se volvió independiente, el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), ubicado en una zona residencial, aunque muy lejana, en Tlalpan, y no en un búnker moderno: una y varias casas antiguas en lo que fue un centro de veraneo para las grandes familias de México (la Casa Chata es el lugar epónimo de las ediciones de esta institución). Por 1976, Á. Parlerm, con su hija Jacinta y su joven colega A. Warmann, hizo una gira de prospección en Europa; entre otros países, por la España recién salida del franquismo y por el sur de Francia. Los recibí en Toulouse; los vínculos, aunque informales fueron constantes. El CIESAS, de la mano con el Departamento de Antropología de la Iberoamericana, multiplicó los estudios de campo en las zonas rurales cercanas de la capital: al este de Texcoco, en el noreste de Morelos, cerca de Tlayacapan, que se volvió un segundo Tepoztlán. El geógrafo “humano” que soy encontró por fin a sus interlocutores, en este medio donde la antropología social se desprende de la arqueología y de la historia para orientarse hacia sociedades contemporáneas cada vez más urbanas. Pronto volvería a encontrarse con el CIESAS en Zamora, Michoacán.

#### SOBRE EL INDIGENISMO

En más de un aspecto, los estudios del CIESAS tienen que ver con la crítica del modelo de desarrollo faraónico de la época, última fase del modelo “industrializante” creado en 1940, e incluso antes. Esta crítica, *volens nolens*, se desarrolló a partir de 1982. Uno de los aspectos más potentes de este modelo es su centralismo extremo, en favor del crecimiento prioritario de la capital nacional. La única crítica eficaz era irse a provincia, lejos de la mirada benevolente del poder central. Un historiador de El Colegio de México, Luis González, se arriesgó. Hablaremos de ello con más detalle. Otro aspecto de la crítica del modelo de desarrollo mexicano se transluce con el nacimiento de “otro indigenismo”, en contrapunto al proyecto integrador en su mayor parte del INI. Este nuevo indigenismo, fundado mucho más que su antecesor en un reconocimiento de las identidades “étnicas”, se afirmó en la crítica de algunos “nuevos” antropólogos. En 1970, Guillermo Bonfil, E. Valencia y A. Warmann publicaron el libro *De eso que llaman antropología mexicana*. La respuesta oficial llegó de Echeverría, bajo forma de una mesa redonda a la que el presidente convocó a un amplio conjunto de dignatarios del régimen, a un puñado de antropólogos (Manuel Durán, Margarita Nolasco, Gertrude Duby, y el coautor

de la crítica, Guillermo Bonfil) y a un escritor, Fernando Benítez. Los textos se publicaron enseguida en la colección *SepSetentas* (núm. 9, 1971).

En los años siguientes se construyó una serie de centros ceremoniales para celebrar a cada grupo “étnico” (de hecho lingüístico) de la república. Lejos de las ciudades, cada grupo reúne un santuario incierto, una biblioteca, una sala de conferencias, en un estilo pseudoazteca o neocolonial según el caso. Mis pocas visitas a estos centros no me permitieron evaluar el peso de las autoridades así constituidas y aún menos el procedimiento que las designó, ni tampoco los recursos que aseguraban en cada lugar la supervivencia de este puñado de “indígenas” ni su papel social o religioso. La cuestión indígena es un ejemplo en verdad complejo del comportamiento político de la época; la crítica explotó, atacó puntos definidos del sistema en vigor y no sus fundamentos. Las críticas se escucharon en parte, a la vez que el gobierno lanzaba su propia autocrítica mientras glorificaba su creciente capacidad de cambio para mejorar. Quienes criticaron fueron más o menos manipulados y recuperados, con frecuencia sabiendo de antemano que así sería. La esfinge de López Portillo a la que nos referimos previamente expresa estas ambigüedades. El presidente Echeverría y su gobierno, vestidos de guayaberas, fueron una caricatura de lo mismo.

En sus primeros años, sólo conocí de lejos aquel México faraónico que primero me fascinó y después me irritó cada vez más; mi vida profesional y mi vida familiar me mantuvieron alejado de él.

#### INVESTIGADOR EN PARÍS, TENTATIVA DE AMPLIACIÓN

En el ámbito profesional buscaba ampliar mis competencias de geógrafo hacia América Latina aprovechando mi capital mexicano, aunque éste se me antojaba limitado. Y más allá, me parecía deseable entender desde América Latina el Tercer Mundo en su conjunto. Salvo excepción, siendo ya doctor de Estado en 1970, rara vez tuve la oportunidad de dirigir investigadores de maestría o doctorado; sólo podía tratar indirectamente a quienes estaban bajo la dirección de Pierre Monbeig, siempre generoso sobre este punto. No conseguía—como lo hubiera deseado— formar un grupo sólido de geógrafos investigadores mexicanistas ni tampoco ampliar el campo de colaboraciones.

Resultaba bastante fácil reciclar mis conocimientos de la ciudad de México. Así fue como Hélène Rivière d'Arc y yo produjimos una breve monografía, donde le correspondió lo esencial de las novedades (problemas de hábitat y servicios urbanos que son la carne viva de la ciudad); mientras, rescribí lo que conocía sobre el marco natural y el pasado de esta ciudad y su papel contemporáneo como capital nacional y como metrópolis regional del “centro” del país. Era un encargo de la *Documentation Française* y la obra otorgaba a la ciudad de México el rango de una de “las grandes ciudades del mundo”, algo que a pocos constaba entonces

en Francia.<sup>11</sup> Para fortuna nuestra, coincidió con el desarrollo de SepSetentas: el amplio tiraje de esta colección nos convirtió a Hélène y a mí en vulgarizadores sobre un tema del que no había monografías en México. Sin que se nos avisara, el título fue recuperado en la nueva serie SEP-Diana.<sup>12</sup> La carta indignada que mandé por esta reedición “pirata” (hubiéramos querido corregir y actualizar esta edición) obtuvo como respuesta un cheque.

Producir algo nuevo resultaba mucho más complicado. Aun así, por primera vez en mi “carrera” pude dirigir un “equipo” de investigadores más jóvenes. Aconsejé a cuatro estudiantes de maestría sobre el tema de las densidades de la población rural en México y de la emigración de estas poblaciones hacia las ciudades y cuatro tesinas vieron la luz. No sabía que semejante logro distaba de ser evidente. Me parecía sencillo, diría normal, que estos estudiantes se volvieran investigadores de doctorado, que se trasladaran a México a proseguir, mediante encuestas, este estudio sobre emigración y empleo en el medio rural. De los cuatro, una dejó todo antes de iniciar una nueva etapa; otro se fue a México y sin dar aviso, se detuvo, y dos continuaron y defendieron sus tesis sobre Michoacán; durante aquella coyuntura editorial sobresaliente publicaron sus investigaciones.<sup>13</sup>

Vale la pena contar el incidente que en 1971, en un pueblo, les hizo concluir apresuradamente sus encuestas. Varios artículos de periódico de entonces corroboran que aquel año cundió un movimiento de pánico por los estados de Jalisco, Michoacán y Guerrero; corría la voz de que en el pueblo vecino unos médicos extranjeros, con el pretexto de vacunarlos, habían aplicado a unos niños unas inyecciones letales. Un fenómeno comparable al Gran Temor de 1789 descrito por Georges Lefevre, sólo que limitado en el espacio. Anne Lise y René, acusados de ser aquellos médicos extranjeros, huyeron del pueblo donde investigaban bajo la protección de las autoridades por miedo a que los lapidaran.

Viajando solo por la Costa Chica de Guerrero, en diciembre de 1971, sin hablar y único extranjero en el autobús de segunda clase, escuché a un joven adulto decirle al adolescente que lo acompañaba: “¿Ves el gringo? Es un médico, cuidado que te va a inyectar a ti para matarte.” Dados los rumores que por aquel entonces circulaban en aquella región, protesté, en español obviamente. El joven respondió que no hiciera caso, se trataba sólo de un chiste. El rumor sin duda se debía a prédicas de los curas de estas zonas rurales en protesta contra la primera campaña de contracepción y esterilización lanzada por el gobierno. Sólo unos extranjeros eran capaces de atacar de tal manera la integridad del pueblo de México, asesinando su descendencia.

<sup>11</sup> *La ville de Mexico*, Documentation Française, colección Les grandes villes du monde, 1973.

<sup>12</sup> *La ciudad de México* (en col. con Hélène Rivière d'Arc), SepSetentas núm. 99, México, 1973, segunda edición en México col. SEP-Diana, 1979.

<sup>13</sup> Anne Lise y René Pietri, *Empleo y migración en la región de Pátzcuaro*, Instituto Nacional Indigenista, colección Sepini, núm. 46, 1976, 270 pp.

Las circunstancias favorables hicieron que estos dos investigadores trabajaran en México en los siguientes años, primero en la ciudad de México (entre otros, en el equipo de estudios urbanos pro Alejandra Moreno Toscano) y después en el centro de investigaciones creado por Raúl Benítez Zenteno, en Oaxaca.

#### NOMBRAMIENTO EN TOULOUSE

En 1973 no sabía cómo justificar a futuro mi estatuto de investigador del CNRS en el IHEAL; un trabajo disperso que dudaba fuera productivo: el desencanto de mis impulsos por reformar las instituciones parisinas en la estela de 1968. A la vez, con la moda ecologista me daban ganas de abandonar el centro de la ciudad de París, símbolo a mi parecer de un mundo profesional demasiado rígido y complicado para que pudiera cambiarlo. Unas negociaciones complicadas lograron que no perdiera mi estatuto profesional de investigador del CNRS por un puesto de profesor, mientras me instalaba en el Instituto de Geografía de la Universidad de Toulouse, donde Bernard Kayser y Romain Gaignard me dieron la bienvenida en el otoño de 1973. Del primero hablé ya, el segundo es cinco años más joven que yo; después de una larga estancia en Mendoza, Argentina, redactó una tesis de geografía sobre la Pampa, donde nos conocimos en 1966.

En el sur de Francia creí iniciar una reconversión total hacia investigaciones sobre sociedades rurales y medios urbanos, pero los juegos políticos internos de la Universidad de Toulouse me trajeron de vuelta, desde 1974, a lo que sabía hacer: trabajar sobre la geografía del Tercer Mundo con una parte cada vez mayor de programas de trabajo sobre América Latina. Es más, mi nueva situación hizo de mí un “organizador” (¿o cacique?) dedicado al desarrollo de una especialización latinoamericanista en Toulouse, al grado que llegué a tener a mi cargo los organismos federativos de las instituciones abocadas a América Latina en Francia. Aquel rodeo de 1972 a 1976 me alejó mucho de la investigación directa sobre México, basada en estancias en el país.

En paralelo, esta bisagra de los años setenta significó también para mí un mayor poder: dirigí un centro de investigación sobre América Latina, que creamos en 1977 en Toulouse. Me alentaron Bernard Kayser y sobre todo Romain Gaignard, a pesar de mis dudas sobre la suficiencia de nuestras fuerzas. Este último logró coordinar un programa que hizo que nos reconocieran y financiaran el CNRS y —apenas me atrevo a nombrarlo— el Groupe de Recherche sur l'Amérique Latine Toulouse-Perpignan, GRAL, casi el santo grial. Nuestro equipo más numeroso y mejor armado era el IEM, mientras que en Toulouse, y durante mucho tiempo, fuimos únicamente dos investigadores del CNRS en el GRAL, Roberto Santana y yo. Tres años después, el mismo Gaignard me alentó de nuevo a solicitar al mismo CNRS, con el fin de dirigirla, la creación de una red de documentación sobre América Latina que reagrupara las fuerzas francesas, nuestro GRAL, el IHEAL parisino y algunos otros socios. En el papel,

aquello era prestigioso. En la vida cotidiana, para el “jefe” que fui, era más modesto. Pocas secretarías o documentalistas, aún menos locales en Toulouse, y por ende cantidad de tareas materiales y administrativas que recaían sobre mí.

#### ENTRE EL CARIBE Y AMÉRICA CENTRAL

Mi contacto con México en diciembre de 1971, del que antes hablé, era un complemento a seis semanas de viaje de investigación científica en Cuba, como investigador invitado del Instituto de Geografía de La Habana, sobre un programa de estudio de migraciones internas contemporáneas en la isla. Esta última estancia no me dejó con ganas de volver. Ese mismo año —lo sabía— el escritor Padilla fue excluido de la Unión de Escritores por “unanimidad” de sus pares, no por espionaje sino por delito de opiniones críticas hacia la revolución: el ambiente había cambiado de manera visible; pero, ¿acaso podía cancelar un viaje programado desde año y medio en el marco de un intercambio institucional? Como fuera, quería hacer ese viaje a pesar de las malas noticias en términos generales.

En ese contexto, más sombrío, descubrí qué doble juego vivían aquellos interlocutores cubanos que no repetían el discurso oficial. Tras una larga estadía, se fue un colega urbanista francés; lo vi antes de que se marchara. Se preocupó más por las compras para su mujer cubana que por las discusiones teóricas sobre el régimen y su política urbana. Mucho después, medí el grado de control que ejerce un sistema policiaco minucioso sobre aquel que deja uno o varios familiares como rehenes. Otro colega geógrafo francés, instalado en La Habana con su mujer cubana, y en aquel entonces decidido a quedarse, hablaba con mucha más libertad. El más libre al hablar era un geógrafo cubano, con quien me crucé en 1963 y que fue mi mentor en 1971. Con unos sesenta años, antiguo estudiante en Grenoble durante la entreguerra, como refugiado político de hecho por su adhesión al comunismo, Juan Pérez de la Riva se casó entonces con una maestra de escuela francesa de igual militancia. Durante la revolución, Juan se deshizo de las propiedades familiares, que eran amplias; en 1971, la pareja vivía en un departamento modesto. Ella trabajaba en la Biblioteca Nacional. Ahí tenía él un cubículo aunque era investigador en el Instituto de Geografía de la Academia de las Ciencias —único en La Habana por sus competencias en demografía y geografía humana—; era capaz de hablar de las situaciones sociales cubanas sin cautela. Sus compromisos previos y sus conocimientos técnicos (la demografía) le servían de escudo. Las capacidades hipercríticas de ambos miembros de la pareja hacían que de cada acontecimiento, de cada mal funcionamiento cotidiano del régimen, se asaltaran con sus críticas y se reprocharan el uno al otro la misma perversidad de sus críticas. Coleccionaban también los chistes, la burla, como en un ritual: era un arma crítica frente a la cotidiana burocracia.

Me vi envuelto en este ambiente en donde la crítica verbal era un hecho, aunque nada se dejaba escribir o casi. Me recibió el Instituto de Geografía, aunque éste no tenía la más remota intención de permitirme el acceso a los documentos necesarios para un estudio de las migraciones dentro de la isla, proyecto oficial de mi estancia. Al igual, vine cargado de publicaciones francesas para el instituto. El director agradeció efusivamente estos regalos pero no dejó que estas obras, quizá sospechosas, salieran de su cubículo con destino a la biblioteca. Podía, por cuenta propia, buscar en otras administraciones los documentos que necesitaba, a título de visitas de cortesía privadas y sin el aval del instituto. No pregonaba en mi favor la reputación que algunos franceses contestatarios acababan de dejar. En resumen, una fachada de relaciones universitarias normales, vacías de contenido. Era inconcebible la idea de que pudiera servir para alguna enseñanza en tanto colega francés hispanohablante; sólo unos lazos personales fuera de la capital me permitieron improvisar una conferencia en la Universidad de Santiago, en la otra punta de la isla.

Mi trabajo requería encuestas de campo fuera de la capital. El Instituto de Geografía ni siquiera consideró semejantes salidas so pretexto de la imposibilidad de viajar por falta de transporte. Mi colega geógrafo francés de planta en el instituto me enseñó la solución a este problema. ¿Estaba prohibido que un geógrafo francés invitado y honorable visitara los sitios históricos fundamentales de la isla? Fue a título turístico que hice dos viajes “por el interior”. En un momento en que no había más turismo, un extranjero que no fuera ruso ni de un país del Este, era lo suficientemente exótico para ser bien recibido, sin la desconfianza que reinaba en la capital. Era imposible alimentarse fuera de la pesada y burocrática red organizada, pero cuando daba la hora de comer en un lugar “no apto”, bastaba presentarse en las oficinas del Partido donde de inmediato se hallaba una solución improvisada.

Me constaba, en comparación, la soltura con la que se podían hacer encuestas en México, a pesar de los escollos: subirse a un autobús baratísimo, hablar con quien fuera sin recurrir a nadie era resultado de una sociedad liberal en su conjunto. Las barreras surgían de situaciones comunitarias (sobre todo en el medio rural) o de prohibiciones políticas (en las administraciones); esas barreras eran por lo general tácitas, no se proclamaba la prohibición. El investigador podía arriesgarse a evitarlas.

Dos años después, se presentó en otro viaje la oportunidad de abordar en Guatemala el mismo tema que en Cuba: las migraciones internas, principalmente, en este caso, aquellas que desplazaban temporalmente a las poblaciones indígenas hacia las fincas de café. Como en Chiapas. Aquí, instalarse en el terreno fue fácil, como lo fue en México; yo venía para ayudar a investigadores que se habían dedicado largamente al país, y había venido antes a Guatemala en calidad de simple turista, o como vimos, en 1965 como agente viajero. Yvon Le Bot acompañó a personas de San Andrés Sajcabajá hasta las fincas donde trabajarían. Noëlle y Michel Demyk conocían a fondo el medio guatemalteco, en especial el indígena. Mientras, Denise

Douzant, bajo la dirección precisa y expedita de Olivier Dollfus, analizaba los vínculos entre el medio natural de las tierras altas y la población rural. El recuerdo que más guardo de esos cuantos días de trabajo de campo con Denise Douzant y Noëlle Demyk fue el de una noche acampando contra la capilla de una ranchería: no había luz eléctrica en aquellas casas, a dos días de caminata del coche. En cada casa había una radio, sintonizando la emisión del obispado de Santa Cruz del Quiche. La impresión, fuera del tiempo, de llevar a cabo una visita de obispo, con intérprete y “autoridad” local, que no inquiría acerca de las almas por administrar sino acerca de lo económico y lo social. Los pocos contactos en ciudad Guatemala confirmaban que aquí la presencia de la administración pública era tenue, aunque el mundo de las iglesias, de los organismos internacionales y de las asociaciones asumía una parte considerable de los servicios públicos. Por ahí crecía la contestación de una sociedad desarticulada que —yo no lo sabía— estaba a punto de quebrarse. Esta breve estadía me permitió constatar de paso que la investigación y la edición marchaban de lleno en el reino de Echeverría y procuré difundir la buena nueva en París.

#### EL LATINOAMERICANISMO DE TOULOUSE: RUMBO A TOLUCA

Como me adapté (con sumo interés) a los modos de la Universidad de Toulouse (que pronto se llamará Mirail) muy pronto pude retomar mis investigaciones acerca de México. En 1974 —lo dije antes— me abrieron un espacio de investigación sobre el Tercer Mundo. Un grupo informal, bautizado “regionalización-Tercer Mundo” (Retimo), bajo mi responsabilidad, recibió créditos para la investigación en 1975; por primera vez en mi vida distribuí medios a colegas, invité a coloquios; un buen comienzo para ejercer de “cacique”, aunque pronto supe que me hacía falta lo indispensable para “mandar”: no había casi oficinas para materializar esta nueva institución, y había aún menos investigadores asalariados bajo mi responsabilidad. Mi secretaria era yo mismo en un cuarto de la casa, con el teléfono de la casa (dado el estado del conmutador de aquella universidad que llevaba cinco años construida; entonces en Francia la mayoría de la gente vivía aún en la era pretelefónica).

Algunos colegas de la Universidad de Mirail descubrieron en 1968 las virtudes de la pluridisciplina e impusieron a la administración que fundiera en un mismo curso literatura, historia y geografía sobre un tema —qué casualidad— de “espacio cultural”, América Latina. Los principales —aunque no los únicos— cómplices organizadores de esta trasgresión fueron Jean Andreu, Bartolomé Bennassar y Romain Gaignard.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Hablé en otra parte (*Orla*, ene-mar, 2003, *Latino-américanisme français en perspective*, núm. 191, pp. 49-60) del nacimiento de una enseñanza pluridisciplinaria sobre América Latina en el IHEAL desde el inicio de los sesenta, bajo el impulso de Pierre Monbeig; ésta incluía sobre todo a un público extranjero de posgrado; la innovación de Toulouse abarcó a un público de provincia francés a nivel de licenciatura, como lo cuenta B. Bennassar en la misma publicación.

Me asociaron a esta operación desde mi llegada. Los tres compinches llevaron el asunto más lejos negociando en el presupuesto de investigación de la universidad los medios para un trabajo organizado por Romain Gaignard, en un pedazo de la pampa argentina, en la pequeña ciudad de Pigüé, poblada en su mayor parte por descendientes de franceses de la región de Rodez, a dos horas de coche de Toulouse. Asistí con admiración a la preparación del viaje en la primavera de 1974; con tres jóvenes investigadores que empezaban sus doctorados, en unas cuantas semanas mis colegas recogieron en Pigüé información sobre historia, cultura, demografía, economía rural y urbana. De este material, salió un libro colectivo.<sup>15</sup> Para mis tres colegas el rápido éxito de su proyecto dejó —claro está— la nostalgia de una sinergia armoniosa, eficaz, de un voluntarismo recompensado por la amistad.

¿Cómo no aspirar a lo mismo? ¿Qué mexicanistas estaban a nuestra disposición en el Mirail? Georges Baudot era la persona indicada para cubrir los temas culturales. Un historiador, Pierre Vayssière, acababa de terminar unos trabajos sobre Chile y se sentía tentado por México. Y yo, claro está, estaba disponible. Nuestro equipo no tuvo, empero, la homogeneidad de nuestros predecesores. Del lado de los maestros, el entendimiento con Georges Baudot fue más que mediocre: sólo al final de la operación supimos que había renunciado a participar. Del lado de los jóvenes investigadores, tanto Vayssière en historia como yo en geografía carecíamos de los medios para atraer jóvenes esperanzas para la investigación. Pero la enseñanza pluridisciplinaria antes mencionada reclutaba a muchos estudiantes de literatura española (uno de los alardes de nuestra universidad) que se sentían tentados por América Latina. Cuatro de ellos se anotaron a esta búsqueda común. Propuse un estudio a la vez histórico, cultural y socioeconómico del valle de Toluca, que conocía bien y que era de fácil acceso desde la ciudad de México, donde no faltarían los documentos indispensables (archivos y también documentos contemporáneos). El lugar seleccionado para esta monografía podía volverse apasionante: tradiciones indígenas complejas, una agitada historia agraria y social, relaciones contemporáneas intensas y diversificadas con la cercana ciudad de México. Sin embargo esta misma riqueza, sobre un periodo tan extenso, volvía el proyecto más riesgoso que el de una pequeña colonia francesa en la pampa argentina.

En el otoño de 1977 no todo fue sencillo, al contrario. Aunque nuestros cuatro estudiantes hablaban castellano mejor que Pierre Vayssière y yo, entendían mal el habla de un pueblerino mexicano. Y sobre todo, no tenían formación en trabajo en archivos o en trabajo de campo. Más a fondo, descubrí que no es universal la cultura general en ciencias sociales que afirma que todo testimonio, escrito o verbal, debe criticarse. Con dos ayudantes, Pierre Vayssière desmenuzó los expedientes del Archivo General de la Nación. Con los otros dos, recogí la

<sup>15</sup> *Les Aveyronnais dans la Pampa, fondation, développement et vie de la colonie aveyronnaise de Pigüé, Argentine, 1884-1974*, Privat y Service des publications de l'Université Toulouse le Mirail, 1977, 325 pp.

información contemporánea tratando de usar la metodología que Anne Lise y René Pietri utilizaron en Michoacán: el cuestionario de los niños de las primarias. Supe cuál era el camino que debía seguir, por consejo de Louis Panabière, que me recomendó con su amigo Leopoldo Flores.<sup>16</sup> Descubrí que no era necesario molestar a la jerarquía de la administración escolar para nuestras encuestas; bastó que obtuviéramos cartas de recomendación de los responsables sindicales. Dos, porque el Estado de México tenía dos sistemas paralelos de escuelas primarias públicas (y por lo tanto dos sindicatos), uno pagado por el gobierno federal (la SEP); el otro, por el gobierno local de Toluca.

Nuestro cuestionario era sencillo: versaba sobre las lenguas indígenas que se hablaban en la familia, del lugar y de la naturaleza del trabajo de los miembros de la familia. Al llegar a cada escuela, con la carta sindical en la mano, nos dirigíamos al director, y por lo general, obtuvimos el acceso inmediato a los salones de clase que nos interesaban: alumnos grandes, de quinto y sexto año; pedíamos que contestaran el cuestionario en nuestra presencia y la del maestro. Pronto entendimos cómo se tergiversarían las respuestas: para algunos maestros había que contestar que todas las familias hablaban náhuatl o mazahua, o al contrario únicamente español; aquí, que todos eran cultivadores, allá que todos eran albañiles o trabajaban en obra en el D.F., etcétera. A pesar de todo, este contacto —por breve o tergiversado— con aquel mundo increíblemente denso y complicado del valle de Toluca, me enseñó más que mis visitas al mundo rural en 1969 gracias a la Comisión Nacional de Salarios Mínimos.

Recorrer el valle de Toluca me dio la oportunidad de conocer mejor el medio mexiquense “desde arriba”. En el incipiente Instituto de Geografía de la Universidad de Toluca, y también en Ocoyoacac, en el rancho de la familia de don Manuel Moreno Sánchez, padre de Alejandra Moreno Toscano, al que conocí en aquella ocasión junto con el hermano de Alejandra, que era alcalde del municipio; un domingo por la mañana, de visita con él por el centro de Ocoyoacac, tuvimos que asistir a una reunión de la asociación local de alcohólicos anónimos: todo un mundo por descubrir. También conocimos en las oficinas de la Reforma Agraria de Toluca a un líder indigenista emprendedor; el año anterior asistió en París al Congreso Internacional de Americanistas y presumía que interpeló a Jacques Soustelle, a quien le reprochaba sus opiniones reaccionarias y colonialistas. Su principal afirmación política era que los “recursos naturales” del lugar le pertenecían a “su pueblo”.

Era grande mi candor acerca de las repercusiones de la investigación sobre el medio estudiado. Gracias a la investigación, de repente las personas serían conscientes de quienes eran, entenderían mejor sus especificidades, se sentirían valorizadas. Puesto que un libro sobre Pigüe parecía interesar a la vez a las familias del Aveyron

<sup>16</sup> Acababa él de transformar el mercado de Toluca, estructura metálica del siglo XIX en un invernadero con vitrales: símbolo de la modernización de esta ciudad que accedió entonces al arte contemporáneo. Leopoldo Flores conocía íntimamente los círculos políticos del Estado de México.

en Francia y a sus descendientes argentinos, ¿por qué no hacer a la brevedad una monografía en español sobre el valle de Toluca? Aunque no fuera del interés de todos los campesinos, interesaría a las élites locales y en especial a los maestros. El libro se hizo muy rápido (otoño de 1977-primavera de 1978, dactilografiado y reproducido en *offset*).<sup>17</sup> De vuelta en México en 1978, difundí el libro en los pueblos donde hicimos nuestras encuestas; recibimiento cortés pero sin más. Tuve que admitir que los efectos directos y milagrosos de nuestra investigación tardaban en llegar: no estábamos en el Larzac.<sup>18</sup> Por lo demás, sólo una de las estudiantes que participó en nuestra operación continuó investigando hasta doctorarse, en condiciones difíciles y sin hacer valer posteriormente su título en la enseñanza superior. La fragilidad de nuestro pequeño equipo no necesitaba demostrarse.

#### REGRESO A MÉXICO: DESCUBRIMIENTO DEL COLMICH

El ritmo con que iba a México se aceleró: en 1978 vine no sólo para ver a mis mexiquenses, sino también para participar con el equipo del Centro de Ecodesarrollo en un coloquio, cuyo tema inicial era la urbanización del mundo rural en los países en desarrollo; tema sobre el que administraba un contrato de investigación del CNRS desde Toulouse. Iván Restrepo nos acogió sobre una temática muy amplia y el libro consecuente, publicado en breve por Nueva Imagen, llevó un título “dialéctico” según la moda de la época.<sup>19</sup>

En 1979 pude volver de nuevo, esta vez para concluir un plan a largo plazo. Redacté un informe sobre algunas instituciones que antes mencioné, donde reflexionaba acerca de las relaciones necesarias entre éstas y los instrumentos de investigación franceses en México. Aquel año me hospedó Guy Senzier, el responsable del servicio de documentación universitaria del IFAL, lo que me inmiscuyó aún más en aquellos problemas. Una anécdota sobre el indigenismo ilustra esta nueva forma de relaciones culturales en el seno del IFAL: Senzier montó un espectáculo que consistió en invocar la suerte de las culturas indias en la América colonial, citando documentos de archivo de la época. Los tres actores se disfrazaron de chamulas: eran Guy Senzier, Nathan Wachtel (entonces autor del reciente *La vision des vaincus*<sup>20</sup> y hoy profesor del Collège de France) y Serge Gruzinski (entonces

<sup>17</sup> *El valle de Toluca, raíces indígenas, luchas campesinas y suburbanización*, Travaux de l'Université Toulouse le Mirail, Groupe de recherche sur l'Amérique Latine-Centre Interdisciplinaires d'Études Latino-américaines, 1978, 75 pp.

<sup>18</sup> Zona rural francesa célebre en aquella época por los efectos protestatarios explosivos de las investigaciones realizadas por geógrafos y sociólogos a los campesinos.

<sup>19</sup> *Conflicto entre ciudad y campo en América Latina*, Iván Restrepo coordinador, Centro de Ecodesarrollo, Ed. Nueva Imagen, 1980, 377 pp.

<sup>20</sup> París, Gallimard-NRF, 1971. (¿Existe una edición en castellano? Lo supongo.)

investigador incipiente y hoy profesor en el EHESS), autores de obras fundamentales sobre los vínculos entre el imaginario cristiano y el imaginario indígena en México y en otras partes en los mundos de los siglos clásicos.

Menos anecdótica me pareció una visita a Zamora, Michoacán, donde se gestaba El Colegio de Michoacán. Esos breves días de descubrimiento me permitieron conocer el hotel Fénix, donde volví una y otra vez, símbolo efectivo de esta ciudad comerciante debido a la adición sucesiva de nuevos edificios empezando en el estilo de los treinta. Fue también la oportunidad de descubrir a Luis González y a Armida de la Vara en la intimidad de su casa de San José de Gracia. Empecé a soñar que era posible disfrutar de México fuera de la capital, no obstante lo mucho que la quería. Después de una visita a los pueblos cercanos de Zamora, entre Jacona y Jiquilpan, creí que el año próximo podría vivir ahí, en el corazón de un medio rural que me parecía más amable y comprensible que el que conocí alrededor de Toluca o de Cuautla. El tiempo me alcanzó para admirar cómo El Colegio de Michoacán se instalaba en dos amables casonas de estilo porfirista, donde se fundaron dos centros de investigación —uno de historia, el otro de antropología social—, que acogían una docena de investigadores y unos quince estudiantes de maestría.

En aquellos años me abrumaba el gigantismo de la ciudad de México, símbolo del faraonismo del México petrolero. Me seducía la idea de la descentralización, fuese en Francia o México.

Luis González eligió descentralizarse por supuesto en su patria chica de Michoacán. A los cincuenta años lo rodeaba una aureola de éxito desde la publicación, diez años atrás, de su *Pueblo en vilo* y de sus traducciones extranjeras. Pero, ¿por qué no Pátzcuaro? Una pequeña ciudad enclavada y dormida, no obstante la gloria de su congreso indigenista interamericano de 1949, que el turismo pronto despertaría. O Morelia, capital de Michoacán. Para Luis, dejar en manos del gobierno del estado el destino de su institución hubiese sido una imprudencia, con inevitables conflictos con la Universidad Nicolaita en perspectiva. Apostó por encima de todo por los medios federales. Entonces, ¿por qué Zamora? La ciudad más cercana a San José de Gracia, cierto, y sobre todo la ciudad clerical y conservadora que casi fue la capital de un nuevo estado en el siglo XIX; la ciudad que acogía un seminario diocesano importante cerca de la catedral inacabada, y más aún, un centro de negocios próspero, cercano a los mejores ejes ferroviarios y viales en dirección a Guadalajara desde México.

Luis sabía cómo atraer al Colmich a conferencistas del D.F., les presentaba un público nutrido e interesado de gente de la ciudad y el fin de semana, él y su mujer, Armida, los recibían en su casa de San José. En el verano de 1980, mi familia y yo no vivimos en un pueblo: fuimos invitados sin más a la casa de Luis González, en Zamora, en una colonia cercana de la calzada de Jacona, a un paso del único súper de aquel entonces, el Blanco, y de un cine. Teníamos dos cuartos, que habían ocupado Jean Marie Le Clézio y su familia antes de mudarse a su propia casa. Para nuestros hijos, el único atractivo de aquellas semanas en Zamora fue el Club

Campestre –que nos admitió– y su alberca. Françoise aprovechó día a día las tardes cuando Luis recibía amigos y colegas del Colmich. Su habilidad narrativa, su estilo irónico, resultaban en un espectáculo de múltiples temas: la política mexicana diaria y los chismes universitarios no desplazaban la vida cotidiana, antigua y actual de Michoacán, Zamora, San José; lo contaba todo en un lenguaje coloquial y familiar. Aprovechamos esta estancia para visitar de nuevo Pátzcuaro y Barra de Navidad, y también para descubrir más al norte los nuevos balnearios de Chamela, cuya realidad reciente conocí por el libro *La tierra pródiga* de Agustín Yáñez.

¿Cómo explicar el éxito del Colmich, que a diferencia de sus clones no pasó por altibajos? Además del carisma amable de su presidente, hay que hacer hincapié en las prioridades políticas de su empresa. Muy pronto creó una biblioteca importante (gracias en parte a donativos). Atrajo un cuerpo de investigadores; algunos de ellos se instalaron en forma duradera, como lo prueba que compraran terrenos “rurales” cercanos de Jacona para construir sus casas. Publicó regularmente una revista pluridisciplinaria, *Relaciones*. El Colmich también obtuvo regularmente becas que traían por dos o tres años a estudiantes de maestría dedicados de tiempo completo a la investigación. Formalmente, al menos, la diaria reunión a las 11:00 horas para el café fue símbolo de la cohesión del Colmich; don Luis contaba cómo don Daniel Cosío Villegas, que presidía similar ceremonia en el Colmex, la concluía golpeando la palma en la mesa con un “A trabajar” que no admitía réplica.

Frecuenté el Colmich para dar una clase de “metodología de la geografía humana” en el verano de 1980 y (para otro grupo de estudiantes) al final de 1981. Me reencontré con el lugar y la gente varias veces en los años siguientes, aunque fue durante aquellos dos años que aprendí a conocer ese grupo muy fértil que formaba una familia con sus conflictos y solidaridades.

Ahí encontré de nueva cuenta a Jean Meyer, y también a Andrés Lira; descubrí entonces a su mujer Cecilia. A otros historiadores además, también radicados en Michoacán: Álvaro Ochoa, Francisco Miranda, Heriberto Moreno, Agustín Jacinto. Formaban el círculo más cercano en torno de Luis González: paisanos o antiguos alumnos. Menos cercanos fueron los antropólogos descentralizados desde el CIESAS. Discípulos directos o no de Ángel Palerm, su jefe de fila fue Guillermo de la Peña, cuya esposa, Pastora, jugó un papel importante en las ediciones del Colmich. De ellos, me parece que sólo Gustavo Verduzco tenía vínculos locales. También venía del D.F., José Lameiras, ciertamente el más implicado de ellos en el movimiento del 68. Su mujer Brigitte Boehm, como él antropóloga, contaba entre sus familiares eruditos de origen alemán radicados en Jalisco. Aquel grupo apostó por la descentralización y Luis hacía notar que representaban un medio menos plebeyo y provinciano que el grupo de los historiadores del Colmich. Un miembro del grupo bien aparte era Jean Marie Le Clézio, que conocía México por haber trabajado a fines de los sesenta –a título de *coopérant militaire*– en la biblioteca del IFAL. Desde 1965 era un escritor reconocido en Francia; lo atrajo a Zamora su amistad por su contemporáneo, Jean Meyer, cierto, y también sin duda

el gusto por los medios marginales de este hombre secreto que –debido en parte a su mujer marroquí– estaba fascinado por el Magreb y el Sahara. Disponiendo de su tiempo, invitado temporal de universidades de Estados Unidos, le convenía pasar parte del año como investigador en Michoacán. Durante un tiempo escribió sobre aquel mundo mexicano, fuera traduciendo al francés textos indígenas (*Profecías de Chilam Balam, Relaciones de Michoacán*) o mediante un ensayo indigenista que no me convenció.<sup>21</sup> Es difícil explicar la elección zamorana de Le Clézio, porque este hombre tímido (¿o altanero?, ambas versiones son controvertidas) se entregaba muy poco, aun cuando coincidíamos en casa de don Luis.

En el Colmich no se distinguía claramente el grupo de los estudiantes del de los profesores, puesto que algunos de éstos eran jóvenes principiantes y varios de aquéllos poseían una vasta experiencia profesional. Aunque no puedo distinguir a mis estudiantes de 1980 de aquellos de 1981, recuerdo a Jesús Tapia: vivía con una francesa que –decían– era pastora de profesión y vino después a Francia en condiciones difíciles; a Rosa Plá, fotógrafa fuera de serie, a Juan Pedro Viqueira y a César Moheno, jóvenes historiadores poco respetuosos de las jerarquías educadas y fascinados por una historia inmediata basada en testimonios humanos, que se ponía entonces de moda. Y también a Patricia Arias y a Jorge Durand, dos antropólogos –él peruano y ella chilena– cuyo estatuto de estudiantes sorprendía en razón de sus publicaciones. A estos estudiantes les hablé de una geografía humana compenetrada de historia y de antropología, y aprovechaba la extraordinaria variedad de los medios naturales y humanos alrededor de Zamora para algunas excursiones donde iba a descubrir, mientras los mostraba, pueblos, paisajes, sistemas agrícolas y servicios “urbanos”.

En aquellos años de 1980 y 1981 se creó en el Colmich un tercer centro de investigación, junto al de historia y al de antropología. Prediqué para que se le diera un lugar importante a la geografía humana y quería que se llamara *estudios regionales*. A cargo de Jean Meyer, las negociaciones quedaron en *estudios rurales*, por lo que se incorporaron especialistas en economía rural; Thierry Linck entre otros, un inconformista de la ciencia económica, a quien le interesaban los estudios de campo para entender el desarrollo rural en términos con frecuencia cercanos a la geografía y a la sociología. Este centro de estudios rurales estudió el tema de los rancheros, entre otros, y (lo que es indisoluble) el del uso de las tierras no cultivadas (agostaderos, montes) en las sociedades locales: fue mucho lo que ahí aprendí.

Debo a Zamora mi mejor experiencia de los Ferrocarriles Nacionales. Estuve en 1964 en el tren especial de sociólogos con destino a Tepic: nos asignaron vagones anteriores a 1940, con literas que cerraba una cortina de lona, estilo lejano oeste. Tiempo después, para ir a Palenque, alquilé un compartimiento de lujo en un tren

<sup>21</sup> *Le rêve mexicain*, 1988. La novela *Ourania* (Gallimard, 2006) se inspira ampliamente en las estadias del autor en El Colegio de Michoacán. Está dedicado a don Luis González.

sin coche comedor, pues era posible comer en las estaciones por la duración de las paradas. Viajé solo; salimos de noche de Buenavista, desperté de mañana para ver las nieves del Orizaba, bajamos hacia Veracruz y recorrimos lentamente los llanos durante un largo día y parte de la noche. Llegamos a Palenque a la mitad de la noche, con cuatro o cinco horas de retraso. Para 1981 era un cliente asiduo del tren México-Guadalajara, el compartimento individual era cómodo, ni qué decir de la cena en el coche-comedor servida con un anticuado ceremonial. Temprano en la mañana, al bajarme en La Barca, estaba a tiro de piedra de Zamora en taxi. Por el 2000, cuando pasaba en el metro por la estación Buenavista, me bajé a ver qué trenes funcionaban. La estación estaba cerrada. Un guardia me informó que sólo abría dos veces a la semana, para los viajeros del único tren que quedaba, con destino a Apizaco (a 120 kilómetros de México, en Tlaxcala).

A veces tomaba el avión México-Guadalajara. Ahí, medio dormido, leí a pie de página un artículo breve que informaba del “golpe de Estado” de Jaruzelski en Varsovia. Para mí era una noticia internacional importantísima. Para la mayoría de mis colegas de Zamora se trataba de una inevitable peripecia menor dentro de un imperio soviético mal conocido, que sin duda no era peor que el mundo occidental. El tema de los derechos humanos y de la democracia maduró en México apenas después de 1985.

Ya en 1979, en un informe señalado previamente, me propuse:

Interpretar globalmente una cantidad de cambios importantes en la investigación mexicana en ciencias humanas y sociales. Por una parte, termina una gran década, que tiende a una teorización cada vez más marcada, partiendo de un material algo impreciso y limitado, sea con el fin de una formalización matemática fina aunque conceptualmente a veces mecánica, sea por entrar en el marco conceptual de un marxismo con frecuencia esquemático o rígido. El balance decepcionante al que llega cierto número de investigadores muestra, con atraso, paralelo con un fenómeno presente también en Francia. Las investigaciones locales o regionales, poco formales, que se crean a partir de múltiples fuentes –tal y como se llevan a cabo en Francia bajo la apelación de geografía humana– se han revalorizado por ello mucho más que en tiempos pasados. Por otra parte, los organismos gubernamentales padecen problemas muy serios, consecuencia de un ordenamiento regional que se propone limitar las desigualdades crecientes y frenar el crecimiento de la capital. Estos organismos presionan para que el potencial de investigación en ciencias sociales y humanas se utilice para una investigación aplicada que valore la parte del trabajo de campo; en este caso también la geografía humana puede ocupar un lugar en la formación para el trabajo de campo. Finalmente, los organismos de tutela buscan implantar en provincia organismos estables, que sean federales por su nivel, su vocación y su financiamiento; por ende, distintos de las universidades de provincia, financiadas por los estados, que dependen de coyunturas locales con frecuencia inestables. Hasta ahora, la creación de El Colegio de Michoacán es uno de los pocos éxitos (incipiente sin duda) en este campo.

## V EN LA ÉPOCA DEL CRAC

Los años 1982-1985 imprimieron un giro mayor a los cambios en México, que pasó de una sociedad autoritaria llamada de “desarrollo estabilizador” a una sociedad incierta presa de la democratización. El terrible embate de la crisis del “contrachoque” petrolero de 1982 fisuró el sistema; luego, el temblor de 1985 abrió una brecha que no dejó de crecer hasta reventar en el año 2000. Viví de manera directa únicamente el vuelco de 1982-1984.

### ¿EN EL QUAI D'ORSAY?

De manera mucho más modesta, hubo también un vuelco en la política francesa hacia México entre 1981-1983. Empecemos por esta coyuntura y en particular por lo que a la Mission Archéologique et Ethnologique Française au Mexique se refiere. Por su crecimiento y su posición de productor de petróleo, este país cambió de estatus en el Quai d'Orsay. Fue en los años cuarenta a sesenta un socio económico muy modesto, aunque el sitio cultural de un progreso en el mundo indoamericano, un socio diplomático importante que sustituyó a una España intratable. Con los años setenta aumentó en potencia como mercado para las altas tecnologías y las obras públicas, un socio que era más fácil endeudar que vigilar, ya que se las arreglaba mejor que otros y lograba preservar su estabilidad.

En el plano cultural —el que yo conozco— las críticas se hicieron oír en Francia en 1978 ante la incoherencia de los improvisados remiendos de las instituciones francesas que describimos. Fue necesario aumentar los medios de la diplomacia cultural francesa con este socio, ahora importante, y poner orden para coordinar servicios dispersos. El organismo francés que se podía transformar con mayor facilidad debido a sus pequeñas dimensiones y a su sencilla especificidad fue la Mission Archéologique et Ethnologique Française au Mexique (MAEFM). Creció lentamente, desde su creación, acogiendo un número restringido de arqueólogos y de etnólogos, además de algunos naturalistas, que seleccionó Guy Stresser-Péan. Guy contó con los medios para vigilar su trayectoria profesional; en el CNRS, él emitía las opiniones decisivas sobre los reclutamientos y las carreras de investigadores en Mesoamérica, mientras Jacques Soustelle apenas emergía del exilio, que era consecuencia de su postura sobre el conflicto argelino.

Stresser-Péan dejó sus modestas instalaciones en Polanco por una casona más vasta y prestigiosa al pie de las Lomas de Chapultepec hasta que obtuvo del Quai d'Orsay la autorización para comprar un terreno y construir un edificio funcional en la parte alta de estas mismas Lomas, en la calle de Sierra Leona. Vista panorámica sobre una barranca, entorno exclusivo de casas de lujo, y aislamiento total lejos de los transportes públicos. La Misión incluía en la planta baja unas cocheras, almacenes y laboratorios, que remataba una planta principal con una biblioteca, una pequeña sala de conferencias, oficinas, departamento para invitados temporales. Encima (soñemos con el aposento del director del Museo del Hombre que construyó Paul Rivet en París) un departamento (amplia sala que desembocaba en una gran terraza) para las ceremonias sociales más que para la vida familiar; originalmente sólo una recámara grande y dos pequeñitas para los invitados.

En 1977 vi de nuevo a Guy Stresser-Péan y su mujer Claude, que recibieron muy amablemente a las muchachas de nuestra expedición de Toulouse. Guy estaba muy desilusionado porque París, para sus 65 años, quería concluir los quince años de su reinado justo cuando empezaba la construcción de su Misión. Después de un breve interinato, París nombró en su lugar a un joven geógrafo que acababa de dar el ancho en Lima al dirigir el Instituto Francés de Estudios Andinos, homólogo del MAEFM. Aquel IFEA gestionaba desde hacía años programas pluridisciplinarios mucho menos enfocados a la arqueología que los de México. Pierre Usselman inauguró el nuevo edificio. Llama la atención que a diferencia de los lujosos volúmenes en francés—sobre arqueología más que nada— que publicó la MAEFM, lanzara un modesto boletín que se convertiría en la revista *Traces*.

La llegada al poder de François Mitterrand en el verano de 1981 cambió las cosas. Recuerdo que estaba entonces en México y mis amigos chilenos refugiados no podían creer que pocas cosas cambiarían en Francia. Imaginaban una ola enorme que terminaría en un golpe de Estado militar, “normal” frente a cualquier poder de izquierda. Los cambios de hecho fueron más discretos y más duraderos, y París quiso reordenar el funcionamiento de los institutos franceses de investigación en el extranjero asignándoles un administrador dinámico: nombraron a Pierre Usselman y hubo que buscar un sustituto para México.

Se buscaba renovar la MAEFM para que fuese la base de un conjunto pluridisciplinario de investigaciones en ciencias humanas y sociales ligadas a los medios de trabajo de campo que el instituto tenía. Para ello, el geógrafo naturalista Usselman era el indicado. Otro geógrafo lo reemplazaría y me propusieron su puesto. En comparación con Pierre, mis cartas fuertes eran mis antiguas relaciones con instituciones e intelectuales mexicanos de diversas ramas, en un país donde las relaciones de confianza se tejen lentamente. Aunque resultaba difícil vivir de vuelta en México, a la distancia, veinte años después de que descubriera al país, la coyuntura se antojaba tan apasionante como angustiosa.

## EL MÉXICO PETROLERO HACE IMPLOSIÓN

Las elecciones presidenciales de 1982 parecían llevarse a cabo “normalmente”; un candidato del PRI que su antecesor había nombrado, este último desvaneciéndose cuando hiciera falta, por lo menos oficialmente; una ligera devaluación para restablecer los equilibrios, tras meses de sobrevaluación de la moneda para tener contentos a los consumidores de las clases medias. Lo mismo que en 1976. Pero la coyuntura era distinta: en 1981, el “contragolpe” petrolero resquebrajó como nunca antes un sistema que se hacía más pesado conforme las décadas de prosperidad inflaban una clase media cada vez más difícil de satisfacer. La multiplicación de los puestos públicos gravaba el presupuesto del Estado. Manteniendo el mayor tiempo posible un peso sobrevaluado se podía comprar sin contar en el extranjero, tanto bienes de consumo como bienes de equipamiento. En el primer caso, todo intento por controlar las importaciones se veía rebasado por el crecimiento del contrabando, que era imposible controlar debido a la corrupción en un país de suyo muy permeable. En el segundo caso, su peso también aumentaba con la corrupción: comisión para los intermediarios y sobrefacturación eran la regla en el sector público. No ignoraba que el papel de experto extranjero despachado por empresas privadas o públicas para vender equipamiento en México cundía. Un colega geógrafo recibía frecuentes invitaciones con ese fin. Más conocido, Jacques Soustelle –armado con un amplio directorio personal– dominaba esta actividad de experto, que implicaba comisiones “normales” sobre los tratos hechos. En el mundo de los negocios internacionales las fronteras de la corrupción a menudo no son nítidas.

El incremento de la corrupción en un país donde el dinero abundaba empeoraba la violencia: exacciones policíacas, notables en el Distrito Federal, aumento de los secuestros contra rescate de personajes adinerados, tanto del sector público como del privado. Después de la sucesión presidencial de 1982 empezaron las primeras denuncias contra altos cargos de la “familia revolucionaria” (aunque sin llegar a la cima). Arturo Durazo, el Negro Durazo, tras las rejas, fue exhibido como ejemplo del enriquecimiento mediante cobros forzosos al conjunto de sus subordinados de la policía del Distrito Federal, subordinados cuyas extorsiones y violencias contra el público se volvieron habituales. También tras las rejas el director de Pemex, Jorge Díaz Serrano, por malversaciones reales que no obstante debieron llegar hasta los políticos y los responsables sindicales. Prisionero ejemplar, Díaz Serrano puso su fortuna y sus talentos de hombre de acción culto al servicio de una universidad popular dentro de la prisión.

López Portillo no quiso ni pudo soltar el “sistema” a tiempo. Proclamó que defendería el peso (sobrevaluado) “como un perro” (de ahí los ladridos de burla en torno de él) y devaluó demasiado tarde, a toda prisa. Las clases medias aún no tenían el reflejo de garantizar sus ahorros en dólares. Cuando quisieron comprar dólares masivamente, se estableció el control de cambios. Los bancos, acusados de

apostar por el dólar contra el peso, fueron nacionalizados. El Estado que no sabía controlar el contrabando de bienes, tampoco sabía controlar el de la moneda; los bancos nacionalizados no pudieron cumplir con la tasa de cambio oficial. Casas de cambio aparecidas de la noche a la mañana vendieron dólares con total libertad y el Estado no pudo más que legalizar este comercio. Quienes como yo creyeron la retórica (en especial con Echeverría) de un Estado fuerte y competente, capaz de administrar sus inversiones y su comercio exterior, tuvieron que reconocer que el rey iba desnudo: sin duda, fue fuerte y adulado por su petróleo en tiempos favorables; pero careció de los medios para practicar lo que todas las economías “desarrolladas” hacen desde 1914, más aún en la coyuntura de creciente mundialización de los años ochenta.

El año de 1982 marca el final de la dilatada prosperidad que la reciente clase media mexicana vivió desde 1941. La creación de empleo y el aumento de los ingresos ya no son desde entonces un crecimiento permanente, lento o rápido, sino una secuencia de ciclos brutales. Recordemos que aun así la crisis de 1982 benefició a sectores enteros; a exportadores, claro está, estimulados por la caída del peso (y por lo tanto de sus costos), pero también a deudores de las clases medias: la indización de las deudas sobre su valor en dólares vendría después (en especial en 1994) y la inflación de 1982-1985 alivió masivamente a quienes conservaban un ingreso y pagaban a buena cuenta las mensualidades devaluadas de una vivienda adquirida a tiempo. Fue a este México tempestuoso donde llegamos en el otoño de 1982.

#### PUENTE DE ORO Y JAULA DORADA

Me propusieron un puente de oro que paradójicamente no necesitaba: en 1962, mi salario francés se duplicaba en México; en 1982, se triplicaba. Hubiera podido, como investigador del CNRS venir sin puente de oro ni jaula dorada.

De todas formas, desde que nos fuimos, convenimos que nuestra estancia sería de dos años. Así que nos instalamos de manera provisoria, mucho menos aislados de Francia que en 1962-1965. Hablar de un continente al otro se volvió concebible, casi trivial. El viaje por encima del Atlántico era más rápido y sobre todo hasta cinco veces menos caro. Debía administrar una institución para que se transformara y no hacer investigaciones a título personal; no obstante, aproveché mucho esta estadía para sumergirme de vuelta en la vida cotidiana de México, aunque la jaula de oro de Las Lomas lo hacía más difícil que la colonia Anzures y sus clases medias. Además, la lectura diaria de la prensa mexicana me permitía acumular cantidad de información, para mí sobre todo acerca del funcionamiento de la ciudad de México; veinte años de experiencia pasada otorgaban a los artículos —aunque fueran anecdóticos y prejuiciosos— sentido dentro de un contexto previamente conocido y analizado.

Es más, mi posición “asentada” en Toulouse en un centro de investigaciones sobre América Latina y la difusión de mis publicaciones me daban la oportunidad de respaldar investigadores franceses o extranjeros, más que mexicanos, en búsqueda de un responsable para una maestría o un doctorado. Fue cuando conocí a dos o tres investigadores atípicos: Philippe Bovin, Dominique Mathieu... Volveremos a hablar de ellos. Tenían mucho mérito al ir a buscar fortuna para sus trabajos científicos en las lejanas Lomas.

#### ¿TRANSFORMAR LA CULTURA FRANCESA EN MÉXICO?

Transformar la institución de la MAEFM –pensaba– pero, ¿con qué medios? Ciertamente, el franco fuerte y el peso débil inflaban nuestro presupuesto. No tardó el Quai d’Orsay en avisarnos que aquella lluvia de oro sería en parte reservada para subsidiar la política prioritaria de Francia: África. En 1981 se creó un gran ministerio de cooperación, que reagrupó las operaciones de desarrollo francesas en el resto del mundo, mientras que de manera simbólica el Ministerio de Asuntos Extranjeros, parcialmente reducido, se convertía en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Menos de dos años después, volvíamos al orden tradicional: para el corral privado de las antiguas colonias de África, un ministerio específico de “cooperación”, con un presupuesto aún más importante por la sobrecarga del conflicto de Chad, víctima de las ambiciones de Libia cuyo petróleo hizo más poderosa. Para el resto del mundo, el Ministerio de Asuntos Extranjeros recuperó su nombre y su propio presupuesto de cooperación, mucho más modesto.

Una institución no se transforma con dinero sino con gente. Fuera de mí, la MAEFM contaba con dos investigadores, ambos arqueólogos y ambos competentes, y de ninguna manera requerían que supervisara sus actividades, lo que no hubiera sido capaz de hacer. Me conformé con ayudar en la elección de nuevos sitios arqueológicos en Michoacán y resultó ser la oportunidad de nuevos contactos con Cuauhtémoc Cárdenas, entonces gobernador del estado. Para mí, fue más que nada la oportunidad de aprender que únicamente la arqueología –entre las ciencias del hombre– se gestiona bajo forma de concesión oficial, al igual que la investigación minera o petrolera. Sólo podía cambiar símbolos (un nombre), relaciones a largo plazo con instituciones mexicanas (acerca de publicaciones en particular) o relaciones institucionales dentro de los propios servicios culturales franceses en México.

El entorno francés local era favorable. Todos mis interlocutores se interesaban por México y por los cambios que lo afectaban. Ninguno –así me pareció– tomaba decisiones para defender un poder personal. El embajador Bochet, antiguo administrador de los territorios de ultramar franceses, creo, no necesitaba hacer “carrera” debido a su edad y a su peso institucional, y este economista especializado en problemas de energía deseaba entender este país extraño. Junto con Vimont fue sin duda uno de esos embajadores que disponen de cierta autonomía porque no

arriesgan una carrera ya cursada. El consejero cultural Midan era un hombre de la administración, pragmático y deseoso de echar a andar un equipo. Descubrí una máquina administrativa compleja mediante reuniones con ambos; descubrí por ejemplo que el agregado militar y el consejero comercial –aún más– no dependían de hecho del embajador, sino directamente de los ministerios del ejército o de economía; descubrí que para evaluar la estabilidad y la solvencia de México, las fuentes de información eran frágiles, los expedientes incompletos y no era inútil la opinión del geógrafo “experto”.

De mis colegas “pares”, Jean Claude Piet administraba un centro científico y técnico. Piet era muy joven. Comenzó su carrera como joven ingeniero *coopérant* en Portugal, durante la revolución de los claveles, que apoyó lo mejor que pudo. Georges Couffignal era de la misma generación: jurista experto en derecho sindical, profesor en Grenoble, vino “por la libre” a dar clases varios meses en México. Sin duda, sus contactos con el Partido Socialista lo respaldaron para convertirse en director del IFAL, una tarea apasionante para él. Por mi parte, aunque nunca milité en el Partido Socialista, me veían (lo sabía en la Universidad de Toulouse) como de la izquierda moderada no comunista; esto me colocaba del lado del ps. Aun así, me salía del esquema: tenía más de cincuenta años, no tenía preocupaciones por mi carrera, una estancia breve (de dos años), más años de experiencia en México que mis colegas y no tenía contactos en las oficinas parisinas. Ilustra mi situación el que el Conacyt, organismo de recursos y evaluación de la investigación pública en México, creado durante el boom del petróleo, me asignara en alguna ocasión el papel de “evaluador” de centros de investigación. Buenas relaciones personales con el director, el biólogo Gonzalo Halfter, también ayudaron (me había cruzado antes con su predecesor, el agrónomo Edmundo Flores). Llegué hasta Chiapas para “evaluar” el sector de ciencias humanas de su centro de investigación en San Cristóbal, el Centro de Investigaciones Ecológicas del Sureste (futuro El Colegio de la Frontera Sur) y en aquella ocasión comprendí que antes de 1982 se contrató a pasto a personal con poca formación, cuya producción científica, muy limitada, no podría materializarse sino hasta la obtención de una maestría.

Volvamos al trío Piet-Couffignal-Bataillon: no éramos rivales –cosa excepcional– a pesar de los límites imprecisos de nuestras respectivas atribuciones. ¿Cómo se dio la idea de una gran institución cultural francesa que reuniera los recursos de los organismos a nuestro cargo? Ya que estábamos involucrados en el poder en un contexto de progreso, deseábamos hacer algo diferente y más grande; sentíamos que México, menos poderoso desde 1982, apreciaría el “esfuerzo” de Francia, que una mejor visibilidad de la acción de los franceses suponía esta otra cosa. Por mi parte, fui sensible a dos aspectos de esta presencia francesa: darnos a conocer mediante una mejor biblioteca que sumara la producción francesa tanto científica (en el sentido lato) como literaria. Publicar en México lo que los franceses producían sobre el país para darnos a conocer mejor.

Nuestra evaluación incluía consideraciones sobre el urbanismo de la ciudad de México. La jaula dorada del MAEFM estaba totalmente aislada en el corazón de los barrios residenciales construidos a partir de los años treinta. Los otros dos organismos, ubicados cerca de la Embajada de Francia, estaban en el centro de la actividad urbana de los años cuarenta y cincuenta. Estas colonias—que se degradarían considerablemente entre 1985 y el 2000—estaban cada vez menos “de moda”. Como lo vimos, el enorme crecimiento del potencial de investigación y enseñanza superior—ya en los cincuenta, pero sobre todo desde los setenta—se hallaba en el sur de la ciudad, y la clase media intelectual residía cada vez más ahí: el Liceo Franco Mexicano creó un anexo en esos rumbos para responder a la demanda creciente de esta clientela. Indagamos si podíamos comprar un edificio, o bien un terreno para construcción, en el sur. Couffignal descubrió la posibilidad de comprar la Casa Alvarado, muy bien ubicada en el lote más elegante de Coyoacán. Un edificio espléndido del siglo XVIII en un gran jardín. No había nada más prestigioso ni mejor barrio. La casona era demasiado pequeña y poco funcional, pero soñar no cuesta nada: remodelar los interiores del palacio, construir discretos anexos en el jardín. ¿Bien público o privado? Pregunta compleja en la sociedad mexicana con la que nos entretiene Ibarregui en “Manos muertas”.<sup>1</sup> Por razones misteriosas, el propietario de esta joya era la familia Echeverría, con quien hubo acercamientos. Podíamos esperar, en nombre de los vínculos que unen a la izquierda mexicana y a la izquierda francesa, la autorización de adquirirlo o por lo menos de alquilarlo. Se abrió un expediente, se arguyó el interés de reunir nuestras tres instituciones, de reubicarlas en un edificio prestigioso del rumbo. Altos funcionarios de paso visitaron la Casa Alvarado; en París, hablé de ella con Régis Debray, entonces consejero presidencial para asuntos latinoamericanos entre otros. Por encima de las razones de presupuesto, creo que no se concluyó el trato porque en la Dirección de Asuntos Culturales del Ministerio de Asuntos Extranjeros dependíamos de tres ramos distintos de la administración: ¿quién mandarían a quién en París? No era suficiente contrapeso el entendimiento local de los responsables ni el apoyo de sus superiores locales.

De este deseo de unión quedaron sólo algunas acciones inmediatas y de corto alcance. Diría que la firma conjunta de Couffignal y mía a un prefacio a la historia del IFAL escrita por Françoise Bataillon y François Giraud demostraba una voluntad común. También, durante algunos años, el boletín del MAEFM renombrado *Traces*, vuelto más atractivo y sustancial, apareció bajo el doble logotipo de nuestras instituciones. Muy pronto—lo veremos—el IFAL se separó.

<sup>1</sup> *La ley de Herodes y otros cuentos*, Joaquín Mortiz, 1967, pp. 45-52.

## LLEGADA DEL ORSTOM. ¿MÉXICO SE VUELVE TERCER MUNDO?

La crisis mexicana junto con los cambios, aún fallidos, de la política francesa llevaron a la introducción de un nuevo actor francés en México en el terreno científico: L'Office de la Recherche Scientifique et Technique Outre-Mer (ORSTOM, futuro IRD: L'Institut de recherche pour le développement, Instituto de Investigación para el Desarrollo) dejó de dedicarse exclusivamente a la investigación poscolonial en África y pude participar en su implantación en México. En ciencias sociales, el ORSTOM buscaba un socio para estudiar el desarrollo rural. Sus conocimientos africanos en la materia eran vastos y el tema se imponía en aquel México donde las autoridades redescubrían las virtudes de un campesinado capaz de alimentar al país (aunque los excedentes agrícolas de Estados Unidos llegaban a precios bajos, con la baja del petróleo, la factura de las importaciones alimentarias era más y más difícil de solventar) y capaz también de frenar la migración hacia las ciudades, cuyo crecimiento apenas empezaba a criticarse. Presenté con entusiasmo a Jean Yves Marchal, que apenas conocía, en El Colegio de Michoacán, tan convencido de la importancia de los “estudios rurales”. Fue finalmente en Xalapa (en el Inireb: Instituto Nacional de Investigaciones sobre Recursos Bióticos) donde se implantó el ORSTOM; sin duda más sereno en un centro donde la geografía y sociología rurales se inscribían en la biología y la agronomía, que en un colegio donde la piedra angular era la historia. Esta implantación sobrevivió al mismo Inireb gracias a la Universidad Veracruzana, bajo el patronato enérgico de Gonzalo Aguirre Beltrán. De aquellas colaboraciones surgió el único y pormenorizado atlas temático que se haya hecho en el siglo XX en México (además del trabajo histórico editado por Enrique Florescano<sup>2</sup>) gracias a Jean Yves y a Manuel Palma.<sup>3</sup> Jugando con las escalas, acoplando temáticas, el libro presentaba un dibujo alerta en blanco y negro, trabajo manual y artesanal predecesor por unos años del instrumento informático que puso de moda otros atlas donde el color y la mecanización del trabajo se olvidan a veces de la destreza y de la crítica de las fuentes. Los libros de Odile Hoffmann sobre Xico prueban que este tipo de monografía ha sido ponderada; es una obra que se expresa mediante un texto y mapas —manuales e informáticos— y no un catálogo de datos superpuestos.<sup>4</sup> De esta manera se implantó en México una “geografía regional” a cuyo favor no logré convencer a casi nadie.

<sup>2</sup> *Atlas histórico de México*, CulturaSEP-Siglo XXI, 1983.

<sup>3</sup> *Análisis gráfico de un espacio regional*, Veracruz, Inireb-ORSTOM, 1985.

<sup>4</sup> Odile Hoffmann, *Tierras y territorios en Xico*, Veracruz, col. Vº Centenario núm. 17, Xalapa, 1992; *Geografía de un municipio de la sierra de Veracruz*, ORSTOM-Instituto de Ecología, Xalapa, 1993.

## NUEVO REPARTO EN EL CEMCA: ¿LAS PUBLICACIONES?

En mi propia institución –lo dije– sólo pude cambiar algunos símbolos. Lo más fácil fue cambiarle el nombre: la MAEFM se volvió el Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA). La arqueología dejaba de ser nuestro eje y se reconocían competencias nuestras en Centroamérica. Justo después se negoció en París la creación de un consejo científico (del que la MAEFM prescindió durante veinte años). Su composición afirmaba las nuevas opciones: un historiador (Serge Gruzinski), un arqueólogo (Alain Ichon), un geógrafo (Jean Revel-Mouroz), un etnólogo (Jacques Galinier), un sociólogo (Henri Favre), un biólogo (Jacques Rufié), un botanista (Henri Puig), un lingüista (J. Landaburu), además de representantes de las administraciones francesas involucradas. Ningún economista, o jurista, o politólogo: el CEMCA –pensaban– acogía investigadores dedicados al trabajo de campo, y aquellas tres disciplinas no eran parte de él. La iniciativa del director del CEMCA permitió que se plantaran dos jacarandas en el jardín, cuyas copas a principios del siglo XXI alcanzan lo alto del edificio. Éstos fueron los cambios directamente visibles.

Más grave era el futuro de las publicaciones. Tradicionalmente y para publicar en francés la Misión imprimía en Francia: en México con un peso sobrevaluado los costos eran prohibitivos. El cambio de coyuntura exigía que se produjera en México.

La microcomputadora apenas balbuceaba y el CEMCA adquirió primero un procesador de textos con una memoria mínima. Dos personas empleadas en el trabajo editorial representaban, sin contar los investigadores y el personal de servicio, la mitad de la mano de obra de la institución. Aprovechar nuestro presupuesto para publicar rápido, en español, el resultado de las investigaciones francesas era el reto principal. En especial en antropología social había buenos libros disponibles y negocié su coedición en español con el Instituto Nacional Indigenista, cuyas ediciones tenían un catálogo importante de libros prestigiosos. Entablé negociaciones con un responsable, de nombramiento reciente, que duró poco: Michel Antochiv, antropólogo ondeante fue arrasado por la tormenta de un director (Salomón Nahmad) y sacrificado por juegos políticos de los que quedó eliminado mediante acusaciones de corrupción.<sup>5</sup> Fue cuando encarcelaciones preventivas, de manera novedosa, se usaban para simbolizar una moralización política, sin alcanzar por lo general a los responsables políticos de alto nivel. De golpe, Juan Rulfo, eliminado momentáneamente, volvió a ser director de las publicaciones del INI y fue conmigo

<sup>5</sup> Un testimonio sobre las costumbres político-intelectuales de la época: Nahmad, cuando era director de Educación Indígena en la Secretaría de Educación Pública encargó a la antropóloga Irena Majchrzak una encuesta sobre el funcionamiento de las instituciones indigenistas mexicanas. Ese libro pequeño y valioso (1982) se publicó bajo el título de *Cartas a Salomón, reflexiones acerca de la educación indígena*. En cuanto encarcelaron a Nahmad, el libro fue retirado definitivamente de la venta.

un interlocutor exigente e irónico. Gracias a él, el INI publicó a Noëlle Chamoux, Cécile Gouy y a otros.

En paralelo, reuniones con los editores mexicanos, Arnaldo Orfila Reynal de Siglo XXI haciendo de vocero, hicieron que descubriera que deseaban más subsidios que socios. Y que su situación financiera no era forzosamente mala. Aunque los negocios dependientes de los subsidios públicos se veían afectados por el agotamiento de los financiamientos del Estado, el sector privado disponía de precios ahora muy competitivos en el mercado exterior, un obvio mercado potencial en el mundo de habla hispana; entendí mucho después que este mercado estaba mucho más cerrado que en mi mente.

En el mismo CEMCA se planteó la cuestión de publicar en español; una colega francesa arqueóloga tenía un manuscrito muy erudito sobre el Valle de México arcaico. Propuse traducirlo y publicarlo directamente en español, de acuerdo con mi nueva política editorial. La negativa fue tajante y el libro salió en francés. Más valía distribuir 200 ejemplares entre los científicos de habla francesa que 1 000 entre un público mexicano más amplio y menos erudito. Aunque más larga, más lograda fue la negociación para la traducción del libro de botánica de Henri Puig. Hubo que esperar 1986 para que Jean Meyer convenciera al CEMCA de una política editorial “mexicanista”.

Como no daba señales de vida la coordinación entre las instituciones francesas, cada quien implantó su propia política para abrir espacio al libro francés en un México que ya no podía comprar sin hacer cuentas. En el IFAL, un *coopérant* muy activo y no siempre respetuoso de las reglas administrativas, historiador, tenía la mirada puesta en el trabajo de editor: Denis Roland sería más tarde el responsable del sector latinoamericano en la editorial l’Harmattan, que luego de producir de forma poco profesional, se impuso como el productor francés más importante de Latinoamérica. En el CST, mientras, el responsable del libro francés, también historiador, fue Patrice Gouy. Cuando terminó su contrato con la administración francesa se instaló como periodista *free lance* y se volvió un interlocutor para las películas que se realizan en México y para las radios francófonas: su voz se escucha con frecuencia en este principio del siglo XXI en Radio-France Internationale para toda noticia sobre México o en todas las estaciones públicas francesas.

El esfuerzo cultural francés en México abarcaba también la prensa: Françoise Bataillon, en la biblioteca del IFAL, tenía a su cargo la elaboración de sumarios temáticos de material periodístico para un público que no tenía más la posibilidad de suscribirse a la prensa francesa. Aunque en aquel entonces cualquier consulta informática pertenecía más bien a la ciencia ficción, se avizoraban los primeros ensayos. La UNAM capturó en una memoria informática bases de datos que ordenaban los artículos de periódico publicados en México, aunque sólo se difundía la información en libros, sin conservar el acervo en las cintas que no eran todavía los discos duros. Aparecían los sistemas por cable; en la UNAM se organizó una consulta experimental en línea de las bases de datos bibliográficas francesas (incluidas las

del CNRS) en una pantalla gigante. Fue cuando aprendí que la buena transmisión de los datos dependía de los humores del “nudo de Houston”, lugar de conexión entre Europa y Estados Unidos. Lejos estaba la teleinformática generalizada para el gran público y Google.

La buena nueva de la documentación a la francesa fue traída desde México a América Central en un seminario en San José de Costa Rica. El propósito era informar de las posibilidades futuras, ya que ninguna conexión informática del sistema mundial llegaba más al sur de México. Último avatar de los esfuerzos intelectuales franceses de coordinación hacia América Latina, fui invitado a una reunión en Caracas, organizada por Alain Touraine, a quien el primer ministro Pierre Mauroy le encargó que consultara e impulsara a los responsables culturales de Latinoamérica. Por supuesto, esta reunión resultó en un informe, aunque no hubo ningún cambio notable dentro del Ministerio de Asuntos Extranjeros.

Cambiar la política editorial del CEMCA era un esfuerzo de mediano plazo; convertir la biblioteca en un instrumento de calidad resultaba mucho más difícil. Las adquisiciones, a lo largo de dos décadas, se habían concentrado en el mundo indígena, su historia y prehistoria. Pero a falta de un presupuesto específico, las adquisiciones más valiosas se debían a compras personales de Guy Stresser-Péan, erudito y bibliófilo avezado, o a donativos que recibió: tenía fama de comprar, de los libros importantes, un ejemplar para su biblioteca parisina y otro para México. Cuando en 1978 se fue del MAEFM, se instaló en un departamento privado en México llevándose consigo, como era lógico, lo que le pertenecía. El CEMCA, como institución, perdió tesoros. Por otra parte, la ubicación de la biblioteca del CEMCA no permitía atraer a un público externo, y más aún carecía de personal permanente para gestionar sus fondos; dependía de las buenas voluntades, más o menos benévolas, como la de Jacqueline Michelet entre 1982 y 1986. La razón más poderosa de mi deseo de “unión” entre el IFAL y el CEMCA era la de fundir la administración de ambas bibliotecas: una dotada con el personal necesario, la otra carente de recursos permanentes.

No tiene sentido establecer el balance de esta segunda estadía familiar. Mencionemos al menos, como anécdota familiar, que inculcó o reafirmó el virus latinoamericanista de nuestros distintos hijos. Para Gilles, como sociólogo, una profundización de los temas de la política en América Central como en México; para Cécile, una familiaridad con la vida cotidiana en México, con un gusto frecuentemente reavivado por el turismo en este país; para Tomás, cuando se decidió por la biología, un verano de formación (1993) en Chapingo, en el Centro Internacional de Mejoramiento del Maíz y del Trigo (Cimmyt), ambiente cosmopolita donde la ciencia se hablaba en inglés y la vida diaria en español. Fue sólo al final de la estadía que descubrió que convivía con un belga francófono como él. Marie, mujer de teatro, presentó en el 2000 para su maestría en literatura, la traducción al francés y análisis de una pieza de un revolucionario colombiano.

TESTIMONIO: LA INTEGRACIÓN DE PHILIPPE BOVIN  
Y DE DOMINIQUE MATHIEU EN MÉXICO

Este breve relato se propone mostrar cómo, pasado el “boom del petróleo”, México siguió siendo acogedor para los investigadores principiantes, en este caso franceses que supieron insertarse, al igual que sus precursores, en un tejido social cada vez más elástico.

En 1974, Dominique Mathieu (19 años) y Philippe Bovin (18 años), amigos de la prepa en la región de la Somme, decidieron que serían cineastas reporteros para películas documentales. Sin tener el bachillerato, se despidieron de sus familias y escuela para iniciar su aprendizaje: saber español o inglés, conocer el mundo. Se instalaron en Madrid en otoño, quedándose durante unas semanas en el departamento de un amigo de Philippe. Hospedados después en una pensión, vivieron de dar clases de francés y de otras chambas: Dominique se pasaba las horas en el mercado de viejo vendiendo las piezas de un coche que su abuelo le regaló.

Su bagaje inicial (tres años de español en la escuela) y la inmersión en el medio madrileño les permitieron, sin haber tomado clases, asimilar la lengua en tres meses con una gramática y un diccionario. Estuvieron dos años, hasta el verano de 1977. En aquel país donde pedir aventón era todavía difícil, lograron sin embargo hacer algo de turismo en zonas poco conocidas (y no en la costa mediterránea de los turistas franceses), hacia Galicia y Asturias, un pedazo de Europa entonces muy remoto, a la vez que industrial e industrioso.

Sin precisión, apuntaban ya hacia América Latina y en Madrid frecuentaron a latinoamericanos; en España como en otros sitios, es más fácil frecuentar extranjeros que nacionales. Estos latinoamericanos eran estudiantes jóvenes, de familias acomodadas, acogidos por programas de becas de España, sobre todo en la Complutense, en arquitectura y literatura española. Al igual que Philippe y Dominique, vivían entre la nostalgia de su tierra y el deseo de integrarse, con los mismos chismes acerca de los españoles. Desde España, nuestros dos viajeros vieron a Francia con otros ojos, aceptaron la cultura española a pesar del gran peso de un catolicismo con frecuencia hipócrita, en especial hacia las relaciones entre muchachas y muchachos, en una sociedad moralmente trabada todavía y llena de desinformación, justo después de la muerte de Franco.

En su plan, debían aprender inglés a continuación. Philippe pensaba en Inglaterra; Dominique en Estados Unidos; se decidieron por éste: un mejor terreno de adaptación para futuros cineastas documentales. En el otoño de 1977, tras cuatro meses de chambitas en París, volaron a Nueva York y atravesaron Estados Unidos en autobús. Además del descubrimiento de los paisajes, se sumergieron en la América profunda, gracias, entre otras cosas, a la compañía de un jubilado que recorrió el país, capital estatal tras capital estatal para determinar qué estado le concedería las mejores condiciones para jubilarse: un descubrimiento para unos franceses acostumbrados a la unicidad del Seguro Social.

En San Francisco compraron un coche, se instalaron en Berkeley, una ciudad mediana donde –pensaban– la enseñanza del francés sería más lucrativa. Esperanzas perdidas, pues la competencia de la enseñanza organizada resultó demasiado fuerte e hicieron chambitas. Dominique fue joven *au pair*; es decir, ayudante familiar alojado con un sueldo mínimo. Durante un año tuvieron el estatus de candidatos a inmigrantes, con el beneficio (obligatorio) de cinco horas diarias de inglés y de civilización estadounidense para que “se integraran”. Mientras, acudieron al café, el medio artístico universitario más que el de las ciencias sociales. Una amiga encargada de una pequeña editorial feminista se interesó por sus proyectos de películas documentales; de animales sobre todo para Philippe, de ciencias sociales para Dominique: armaron un proyecto (que jamás fue filmado) de “transección urbana”, o recorte urbano-sociológico, desde los barrios degradados del Oakland hasta las colonias residenciales en las colinas de San Francisco, donde Philippe fingió ser un rico hijo de familia deseoso de comprar una casona para sus ricos padres franceses, lo que le permitió visitar unas casas de ensueño, vacías y en venta. Esta amiga los presentó a realizadores de documentales sobre América Latina, entre otros temas; uno de ellos obtuvo una entrevista con Fidel Castro, la gloria para un estadounidense.

De vuelta en Francia, en el otoño de 1978, Dominique, asmático desde tiempo atrás, logró exentar el servicio militar sin dificultades. Philippe fue incorporado y obtuvo la reforma tras seis complicados meses de “lucha psicológica”. Vivieron de chambitas (en especial de los trabajos nocturnos que ofrecen las cámaras de comercio) y retomaron sus estudios en 1978-1981, presentando, en lugar del bachillerato el examen especial de entrada a la universidad (ESU). Dominique se inclinaba por la filosofía; Philippe lo convenció de que se dirigiera hacia la geografía (para ir hacia el cine documental). Buscaron la universidad que más practicara la enseñanza a distancia sin requerir la presencia obligatoria a las clases: Nanterre y Toulouse le Mirail encabezaban la lista. Y además, esta última contaba con una especialidad latinoamericana. La salida a América Latina estaba prevista para el otoño de 1981, al mismo tiempo que la inscripción al DEUG<sup>6</sup> de Toulouse. Escogieron México por encima de algún país andino, donde las “chambitas” serían más problemáticas. Una conversación con Claude Bataillon los orientó un poco: cómo vivir en el país, cómo introducir un coche comprado en Estados Unidos.

Nueva travesía por el Atlántico, compra de un coche en San Francisco y salida a la frontera. Hicieron escala en Ensenada, donde los recibieron unos investigadores, del Centro de Oceanografía de la UNAM, que conocieron en París. Una estudiante mexicana del centro, que iba a visitar a su familia, los acompañó hasta México. Aunque les aconsejó que no se enterraran en aquella provincia atrasada, optaron por Puebla, donde los recibió el director de la Alianza Francesa. Antiguo maestro de

<sup>6</sup> Diplôme d'Études Universitaires General. Diploma que se obtiene previamente a la licenciatura en las universidades francesas.

primaria, antiguo profesor de historia y geografía muy “Tercera república”, socialista, alsacio, era amigo de antaño de Pierre Usselmann, quien dirigió el CEMCA; estos estudiantes de geografía de primer año no se atrevieron a visitarlo. Se integraron en Puebla como profesores de la Alianza Francesa. Había dos públicos: franco-mexicanos, es decir originarios de Barcelonnette, y provincianos atraídos por la cultura, el cineclub, etcétera. Obtuvieron mediante la Alianza unos cursos privados para universitarios que cursaban doctorados franceses a distancia, argentinos como mexicanos, historiadores, lingüistas. Deseos de lecturas les surgieron al conversar con ellos: el estructuralismo. Dieron otros cursos a gente de la burguesía, abogados de Puebla, o profesionistas mexicanos con raíces locales que trabajaban en Puebla. Uno de ellos quería que estos dos jóvenes franceses conocieran el México hermoso: dos navidades seguidas les pagó el avión a Acapulco (en donde se arruinaron pagando hoteles). Sintieron los golpes de la crisis de 1982; la víspera de la devaluación, Dominique cambió imprudentemente sus economías a pesos. Su público rico solía viajar tres veces al año a Estados Unidos y una a Europa; redujeron este gasto y aun cuando su nivel de vida “interior” no se deterioró, se volvió tres veces más costoso. Justo entonces Francia redujo el número de becas (política de austeridad con un país que dejó de ser un importante comprador potencial de bienes de equipamiento desde la crisis del petróleo) mientras las fundaciones estadounidenses multiplicaron las suyas.

En 1982 entraron en contacto con la sierra de Puebla en Cuetzalan; en aquel municipio, el director de la Alianza Francesa de Puebla era el intermediario entre una ONG bretona y una ONG local, con la participación de una señora de la burguesía barcelonete. Estas ONG tenían un programa en un pueblo; incluía una granja ecológica (que cuenta con el apoyo del ORSTOM instalado en Xalapa y también del desarrollo comunitario). Se les ocurrió buscar un “anticuetzalán” no turístico; encontraron pueblos indígenas donde los saludaron en náhuatl (muchos monolingües), a dos horas de Puebla, cuando ellos creían que los indios estaban sólo en Yucatán y en Chiapas. Un trópico húmedo densamente poblado en contraste con el altiplano cerca de Puebla, seco y casi vacío.

Philippe y Dominique obtuvieron su DEUG y luego la licenciatura de geografía en 1984. Conocieron a Claude Bataillon en el CEMCA. Recordaba a los dos jóvenes, tímidos y educados, que de haber llevado corbata hubieran parecido mormones durante una gira de evangelización. En 1984 negociaron en Toulouse la realización de sus dos maestrías de geografía (y no, tal como lo esperaban, una sola en conjunto) en torno de su pueblo, Cuetzalan, bajo la tutela de Bataillon. Philippe, con el apoyo de Jacques Hubschmann estudió los medios naturales. Seguía deseoso de volverse cineasta; Dominique, que renunció entonces a ello, estudió los problemas de desarrollo. Su llegada, atrasada por la búsqueda de becas, fue justo después del temblor en el otoño de 1985. Esto perturbó su recibimiento por Dominique Michelet en el CEMCA. Pasaron un mes en Cuetzalan, yendo a diario al pueblo a buscar una casa en renta y a visitar a las autoridades locales de las que dependerían.

Quedarse en Cuetzalan les hubiera impedido ver todos los conflictos internos de la comunidad, entre los que hay que escabullirse para cualquier investigación. La investigación se hizo al precio de una integración fecunda aunque desestabilizadora para entrar en la red de compadrazgos, y entender los rituales nahuas de la vida cotidiana en un tiempo muy distendido. Al cabo de seis meses supieron que eran aceptados. En mayo de 1986, Dominique pudo hacer una encuesta detallada, de puerta en puerta. Quería concluir su tesis. Volvió en julio, la redactó en agosto-septiembre y presentó su maestría en octubre. Philippe, por perfeccionista, defendió su tesis meses después.<sup>7</sup>

En 1987, por primera vez, Dominique vivió como estudiante asistiendo a clases en Toulouse, en “DEA” (primer año de doctorado). Dudaba entre una tesis futura sobre geografía rural que comparara varias zonas de México, un estudio “geopolítico” sobre las relaciones México-Estados Unidos y, tema de su elección, un estudio urbano para el cual consagró el año íntegro en lecturas. Pasó 1988 buscando cómo financiar su investigación: obtuvo una beca Lavoisier porque encontró un socio en UCLA. Los Ángeles resultó ser un campo excelente para el problema que estudió: un “municipio” –creado especialmente para una clientela particular (los homosexuales)– ejercía una política urbana particular dentro de una metrópolis muy fragmentada. Se alojó ahí con un actor neófito y después con Leila Benamor<sup>8</sup> que lo alcanzó en 1989-1990.

Dominique casi no conoció el sistema universitario francés. Vio más de cerca el de Estados Unidos. En UCLA, Allan Scott aseguró su integración de maravilla (acceso a mapas urbanos inéditos y reservados, acceso a internet que apenas nacía). Pero también reinaba una estricta jerarquía: debía integrarse –se lo pidieron– a un grupo de doctorandos, lo que procuró hacer lo menos posible ya que le quitaba un tiempo que prefería dedicar al trabajo de campo.

<sup>7</sup> Este relato proviene casi todo de una conversación grabada con Dominique Mathieu en diciembre de 2002. Los doce años de la mancuerna de Dominique y Philippe se detuvieron ahí. Este último se inscribió en el doctorado también, y concentró sus investigaciones sobre los medios naturales, en Belice y la península yucateca. Obtuvo puntualmente el apoyo del Cemca que le encargó en particular la publicación derivada de un coloquio en el que participó ampliamente: *Las fronteras del Istmo, fronteras y sociedades entre el sur de México y América Central*, CIESAS-CEMCA, 1997, 349 pp. Obtuvo a principios de 1988 una plaza de investigador en El Colegio de la Frontera Sur, primero en Chetumal (apenas una ciudad), después en Campeche, lugar de vida más abierta. Siguió trabajando sobre problemas del medio natural en aquellas regiones frágiles, presas de la ganadería y de la colonización agrícola. El relato a partir de aquí sólo sigue a Dominique.

<sup>8</sup> Esta anglicista de carrera hizo su maestría sobre la televisión “étnica” en el País de Gales. Realizó un doctorado sobre las televisiones “latinas” en Estados Unidos, entre sociología y ciencias de la educación (*Les télévisions hispaniques aux États-Unis, l'invention d'un communauté*, CNRS Editions, col. Amériques-Pays Ibériques, 2000, 288 pp). Después de un empleo como investigadora en el CEMCA (2000-2001), obtuvo una plaza temporal de maestra en la Universidad de las Antillas, antes de ser reclutada en 2004 por el IUT de Angoulême.

Con unos cuantos ahorros que redondeaba una beca de Leila Benamor, la pareja se instaló en México (otoño de 1989). Logró establecer contactos universitarios con el apoyo de Jean Meyer, director del CEMCA. Durante una breve estadía en México, François Tomas le presentó a Antonio Azuela, abogado de carrera que detectaba los mecanismos de uso ilegal de los suelos urbanos para vivienda. Éste a su vez le presentó a Ricardo Pozas, nuevo director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, donde se integró. Trabajó sin relaciones jerárquicas, ya que los patrones, al igual que él, eran doctorandos. No fue asalariado de la UNAM así que nada le debía, aunque le dieron una tarjeta de presentación de la UNAM, útil ante todas las administraciones en las que algo tuvo que solicitar. Los contactos se multiplicaron rápidamente a lo largo de coloquios y seminarios. Conoció a diez y luego a treinta investigadores dedicados a la ciudad de México, y también a investigadores trabajando el tema urbano en provincia; entre ellos, los poblanos. En aquel entonces, los provincianos crearon la red de la revista *Ciudades*, que descubrió en Xalapa, donde se dio a conocer hablando, él francés, de Los Ángeles. En México, gente de la UAM apoyaba al grupo *Ciudades* y buscaba establecerse frente a los poderosos de la UNAM y de El Colegio de México. Lo apoyó también el ORSTOM (el futuro IRD francés) que inició un importante programa de investigación sobre Chalco, bajo la responsabilidad del sociólogo Bernard Lacombe, en colaboración con la UAM (donde el responsable fue Daniel Herniaux). En la UNAM, poco se inmiscuyó en el funcionamiento político interno de la institución (la grilla); en tanto extranjero, evitó así encerrarse en una capilla y aislarse de los demás grupos.

Vino después para Dominique y Leila una breve estancia en Estados Unidos, cuatro meses dedicados a las investigaciones de Leila, sobre todo en Austin y Miami, donde Dominique dio clases. A una breve estadía en Francia siguieron dos años en México (1991-1993), con una plaza de investigador del CEMCA. Dominique redactó entonces los capítulos de su tesis sobre Estados Unidos (análisis del ambiente de los actores urbanos, específicamente en Los Ángeles). A sugerencia de Jean Meyer, organizó en el CEMCA un coloquio de urbanistas e historiadores (atraídos por Jean, como Hira de Gortari, director del Instituto Mora) sobre el tema del espacio público, oportunidad de difundir el pensamiento de Habermas, en aquel entonces mal conocido en los medios mexicanos.

En retrospectiva, el CEMCA parece un hermoso instrumento para que los franceses hablen de México con los mexicanos sin pasar por analfabetas. También para hacer investigación a fondo a partir de problemáticas francesas. A la inversa, ninguna continuidad temática es posible en el CEMCA: cada investigador que se va, se lleva consigo la red que constituyó y sólo puede transmitírsela a la institución si por casualidad otro investigador lo sustituye sobre los mismos temas, lo que es absolutamente excepcional..., salvo en arqueología.

Cuando la crisis de 1994, los investigadores franceses pudieron hacer de salvavidas para sus colegas mexicanos y sus contactos en Francia, aunque sin comparación con el papel de los programas de Estados Unidos. Esta falla de Francia

en México la resintieron más investigadores extranjeros ahí radicados (por ejemplo, franceses o argentinos) que los mismos mexicanos.

Dominique terminó de redactar su tesis (en especial los capítulos mexicanos de ésta) en Toulouse, donde la defendió en 1994; luego, fue contratado como investigador del CNRS en sociología urbana.



## VI FIN DE CARRERA (1985-1990)

Antes de nuestra segunda y corta vida en México, de 1982 a 1984, tuve grandes incertidumbres sobre lo que quería hacer y lo que podía hacer profesionalmente en geografía sobre México o América Latina. De vuelta en Toulouse, en 1985, sabía que a los 54 años el camino profesional que me restaba era relativamente corto, pero también sabía que me dedicaría a tareas de administración de la investigación sobre América Latina, y no a recolectar materiales nuevos en trabajos de campo.

Me importaba sobremanera seguir en contacto por todos los medios con la realidad mexicana. Había distintas vías para ello: escribir de nuevo acerca del país, organizar investigaciones sobre México desde mi centro de investigación en Toulouse incluyendo en lo posible a doctorandos, participar en instancias científicas de geografía o América Latina para abrir un espacio en favor de México. En claro, usar mi “peso institucional”; es decir, asumir un papel de cacique a mi medida: papeles secundarios más que principales.

### TEMBLOR

En este contexto tuvo lugar el temblor de septiembre de 1985, justo un año después de nuestra reinstalación en Toulouse. Recordemos que sin duda causó unos 30 000 muertos, de 225 000 a 500 000 damnificados, pérdidas de cuatro mil millones de dólares en infraestructuras y edificios (hospitales, escuelas...). Fue la primer magna catástrofe mundial que de inmediato fue cubierta por la televisión, porque México contaba con un equipo mediático tan moderno como el de las ciudades homólogas de los grandes países “desarrollados”. Recordemos la intervención inmediata y masiva de la ayuda internacional. Veremos también más adelante que además fue la primera iluminación “en directo” de la incuria y de la corrupción que corroían por el sistema político mexicano. Los temas políticos de la democracia y de la preservación ecológica se impusieron en México a raíz del temblor; la clase media había sido poco sensible hasta entonces a aquellas preocupaciones reservadas a núcleos de especialistas.

Primero, fue desde Francia la mortal preocupación sobre la suerte de muchos amigos, por lo menos aquellos que no tenían vínculos con la red internacional del télex. En efecto, gracias a ésta, se conoció muy pronto la suerte de los residentes extranjeros, o de los mexicanos ligados a ellos. Para los demás, las noticias dependían

de una red telefónica local que volvió a funcionar hasta varias semanas después; desde Francia sabíamos que era inútil llamar. Ciertamente, son pocos 30 000 muertos en una ciudad de aproximadamente veinte millones de habitantes; sin embargo, la preocupación ante la muerte no obedece a la razón estadística.

Si no lo hubiera ya sabido, hubiese descubierto que aunque las clases medias de México vivían en la modernidad del teléfono, carecían de un sistema de correos confiable y rápido: con un sistema postal cada vez más dudoso nadie pensaba en dar noticias por carta desde 1975. Fue justo en 1985 cuando se extendió masivamente, mucho más rápido que en Francia, el uso del fax, sustituto inmediato y eficaz de la carta, diez años antes de que se extendiera, también mucho más rápido que en Francia, la informática. En México no se implantó de manera estable el correo, aquel elemento fundamental de las comunicaciones modernas que crea caminos accesibles presentes por doquier y cuenta con agentes modestos y respetados a su servicio.

#### BUROCRACIA Y HONORES

En el otoño de 1984 todo contribuía a hacer de mí uno de los pocos “caciques” influyentes de las ciencias humanas y sociales sobre América Latina. De menos de veinte, éramos unos cuantos en hablar de México. Retomé la administración de la investigación en el GRAL, centro de Toulouse más que frágil, que procuré incluir en un Instituto de la Universidad de Toulouse, como lo deseaban literatos (J. Andreu, G. Baudot y algunos más) o historiadores (B. Bennassar y P. Vayssière). Nació en 1986, bajo las siglas IPEALT (Institut Pluridisciplinaire pour les Études d'Amérique Latine à Toulouse) gracias al peso administrativo y político en el Ministerio de la Educación Nacional de Romain Gaignard, fuertemente respaldado por Jean Revel-Mouroz.

Entonces entendí cómo funcionaba el latinoamericanismo francés. La Sociedad de Americanistas estaba constituida principalmente por arqueólogos y etnólogos, y no atraía al resto del abanico profesional, donde cada quien hacía su carrera como geógrafo, historiador, literato y no como “latinoamericanista”. La asociación profesional más inclinada hacia las ciencias sociales de lo contemporáneo había sido recién creada por Frédéric Mauro, historiador de Brasil, que no obstante se interesó por la historia de Monterrey en el norte de México. La AFSSAL (Association Française de Sciences Sociales pour l'Amérique Latine) reagrupaba historiadores, geógrafos, sociólogos, juristas y politólogos.

#### EUROPA Y AMÉRICA LATINA

En ese tiempo conocí en Europa la misma asociación profesional (CEISAL, Consejo Europeo de Investigaciones Sociales sobre América Latina). Al comparar, entendí qué

peso tenían en Francia los estudios literarios del español (con una parte muy menor, aunque creciente, de civilización hispano-americana), en número de investigadores-docentes, en mercado editorial, en el sesgo en el estudio de la sociedad mediante textos literarios cuya verdad garantizaba su belleza formal. Desconfiaba de este campo científico literario en comparación con mi cultura de geógrafo que privilegia el “terreno”; es decir, lo verbal y lo visual. En Francia, en los años ochenta, aunque éramos un puñado de geógrafos o antropólogos latinoamericanistas de “campo”, mucho menos numerosos eran los historiadores y aún menos los sociólogos, demógrafos, economistas, politólogos o juristas.

Animaba a la asociación europea (CEISAL) Hans Albert Steger, alemán que en 1945, muy joven, huyó de la zona de ocupación soviética de su país destrozado. Para él, reunificación de Alemania y reunificación de Europa formaban una meta política esencial; por ello, la sede del CEISAL se encontraba en Viena; Austria “neutra” era el único lugar donde los europeos occidentales, ampliamente mayoritarios en la asociación, podían conversar con los europeos del Este que no hubieran sido autorizados a participar en un coloquio en “occidente”. Así, el pequeño club latinoamericanista europeo mantenía su pequeña llama con una carta de información y un coloquio anual en Viena, sobre un tema lo suficientemente amplio para que incorporara a todos. Los españoles recién acababan de ingresar al club, de puntitas, aún marcados por haber crecido bajo el franquismo. Los británicos dudaban entre el pequeño club europeo y la poderosa asociación norteamericana. Los estudios latinoamericanos de Europa del norte y del centro no conocían el peso “a la francesa” de los estudios literarios españoles, que en su caso formaban parte de modestos centros de “romanística” (lenguas romances). Nuestros colegas alemanes, ingleses, holandeses o italianos que se interesaban por América Latina practicaban una historia de las civilizaciones anclada en el derecho y la economía. Mientras los franceses, ante el despertar español, se sentían orgullosos de sus institutos en París y en Toulouse, nuestros colegas europeos eran individuos aislados, que con frecuencia llevaban a cabo la investigación y la docencia en un marco menos estrictamente latinoamericanista que nosotros.

Steger reinó largamente sobre el CEISAL y tuvo la alegría de ver la reunificación de Alemania y Europa. Le sucedió Romain Gaignard, mi colega geógrafo, cuya visión de la política internacional coincidía con la de Steger. No fue un azar que le transmitiera la presidencia del CEISAL a Andrés Dembicz, polaco, otro colega geógrafo... Un poco como para el AFSAL, aunque deseaba participar en una institución cuya utilidad me parecía real, carecía del gusto o de las habilidades diplomáticas necesarias para un papel principal: fui mucho tiempo tesorero del CEISAL; por desgracia antes de que el euro simplificara el trabajo. Fue la oportunidad de ver que Europa del Norte sabía hacer uso del giro bancario internacional, mientras que en el sur y más al este los problemas de cambio se solucionaban pagando las cuotas con billetes, dólares o marcos alemanes.

## ASUNTOS MEXICANOS

Para mí, sin embargo, la legitimidad del marco latinoamericanista estaba en participar en los asuntos mexicanos. Recordemos que la crisis de 1982 “latinoamericanizó” un México que hasta entonces se había interesado poco por las situaciones de subdesarrollo o de crisis de sus homólogos, salvo para acoger los intelectuales o los cuadros que provenían de ellas. Atribuía yo una gran importancia a la evolución de las instituciones culturales francesas en México, aunque en retrospectiva pude evaluar el escaso peso de mi breve trabajo en ellas de 1982 a 1984. Para el IFAL, la suerte hizo lo suyo. G. Couffignal sugirió con insistencia que su sucesor no fuese sólo un gestor competente sobre asuntos culturales para Francia, sino que fuese un mexicanista como él. Salió el nombre de Louis Panabière; ocupó el puesto en el otoño de 1986, puesto que dejó en 1989 por motivos de salud. Recurriendo a su hondo conocimiento de los medios artísticos mexicanos, desarrolló ampliamente las actividades relacionadas con la literatura y la pintura. Al mismo tiempo, Jean Meyer fue nombrado en paralelo en la dirección del Cemca: las dos cabecillas del mexicanismo en Perpignan ocupaban los puestos de mando en México. Para Louis, fue un momento de felicidad profesional dentro de una carrera universitaria francesa que no tenía el reconocimiento de sus pares en Perpignan. Para Jean, la dirección del Cemca (durante seis años) puso fin a una existencia ordenada en semestres alternados entre Perpignan y Zamora. Jean se sentía lo suficientemente mexicano como para dudar en “representar a Francia” en México. Demostró que un conocimiento profundo de los círculos intelectuales mexicanos hacía casi todo a favor de un éxito eventual del Cemca. No procuró crear un equipo temático imposible; gestionó a cada uno de los investigadores, que venían casi todos a realizar una investigación doctoral, cada cual designado por aquel consejo científico que mencionamos antes y no por él; un consejo sin duda garante de la calidad de los becarios, aunque elegía por coaliciones sucesivas entre las disciplinas representadas. Fue sin embargo el momento en que terminó el predominio de la arqueología en la institución. Con el respaldo de una coyuntura financiera favorable, Jean supo multiplicar las coediciones en español con socios mexicanos para destacar investigaciones francesas y también fondos de archivos mexicanos en provincia. El catálogo de publicaciones del Cemca se alargó rápidamente y su logotipo al fin fue conocido entre los medios mexicanos. Posteriormente, el Cemca siguió acogiendo a directores mexicanistas.<sup>1</sup> Después de Louis Panabière, François Tomas, un geógrafo urbanista apasionado por la ciudad de México, dirigió el IFAL. Este hijo de refugiado español en Francia, antiguo “pie rojo” en Argel, era un experto administrador universitario al tanto de la política de la izquierda francesa; había presidido la Universidad de St. Etienne.

<sup>1</sup> Thomas Calvo (1992-1996), historiador al igual que Jean Meyer; Martine Dauzier (1997-2001), literata especialista en educación en el medio indígena; Jérôme Monnet (2001-2005), geógrafo, Odile Hoffmann, geógrafa (2005-?).

No fue del agrado del medio diplomático y después de él se volvió a directores más preocupados por adornar el escaparate de Francia que por estrechar las relaciones con los círculos científicos mexicanos.

#### TRACES Y ALFIL, DOS DESTINOS

Hojear las dos colecciones de *Traces* y *Alfil* permite apreciar en paralelo la evolución de nuestras dos instituciones culturales francesas en México. Conocemos ya la primera revista, que fue originalmente, en octubre de 1978, el Boletín de la MAEFM en español, reproducido por el sistema de estarcido. Al tercer número, se volvió bilingüe con un prólogo francés de Pierre Usselman. El número 5, de septiembre de 1983, bilingüe, con el logotipo del Cemca, señala una política documental común del IFAL y del CST y promueve las bases de datos bibliográficas francesas y las producciones de la red documental francesa sobre América Latina. Recuerda que un boletín del IFAL apareció durante cuatro años de 1945 a 1949. El número 6 insiste en informar sobre investigaciones en curso y sus bases metodológicas. El nombre de *Traces* aparece con el número 7, con un prefacio conjunto de C. Bataillon y de G. Couffignal. El número 8, con las mismas firmas, proclama que “deseamos cubrir los terrenos de las ciencias del hombre y de la sociedad y excluimos deliberadamente los campos de la producción artística y literaria”. Las dos siglas Cemca-IFAL durarán hasta el número 11 (mayo de 1987) que anuncia un comité científico (dos responsables de cada institución). El número 12 (diciembre de 1987) pertenece sólo al Cemca y su comité incluye a dos personalidades mexicanas: el historiador Andrés Lira y el naturalista Jerzy Rzedowski. Esta revista seguía existiendo en 2005 y publica en esencia números temáticos, con una calidad editorial que no ha dejado de confirmarse.

*Alfil* fue publicado por el IFAL de 1988 a 1996, con 17 números en ocho años. Desde el primer número, fue una revista de prestigio por su presentación; su director general fue Louis Panabière y su redactor en jefe Marc Cheymol, apoyados por Florence Olivier y Christine Frérot. En palabras de su director, el alfil en el ajedrez “se mueve diagonalmente en cualquier dirección y a cualquier distancia siempre que tenga paso libre”. No es “un escaparate de la cultura francesa sino un lugar de encuentro [... que] entra tangencialmente en el juego de los intercambios culturales”. Se mantuvo el ritmo de tres números anuales bajo la dirección de L. Panabière y de F. Tomas. Hasta 1991, artes y literatura ocupan todo el espacio de la revista. Luego, las entregas se espacian (con los clásicos números dobles para recuperar el tiempo que se escapa), los temas se diversifican: de la geopolítica (Francis Pisani) al urbanismo (F. Tomas y S. L'Hommé), de la demografía (Daniel Delaunay) a la historia (Guy Rozat y Thomas Calvo). Canto del cisne antes de la última entrega en 1995, una presentación muy interesante de los cincuenta años del IFAL (F. Chevalier, J.F. Revel, S. Didou, G. Couffignal, L. Panabière, J. Meyer). Dada la continuidad

de *Traces*, dada su calidad gráfica y la finura del bilingüismo de *Alfil*, ¿cómo no desear una sinergia de esfuerzos tan meritorios?

#### EN TOULOUSE, ¿PROGRAMAS DE INVESTIGACIÓN O EDICIONES?

Desde Toulouse quise promover dentro del GRAL programas latinoamericanistas donde México representara una parte importante —ya que era lo que sabía hacer—, más para orientar colegas o doctorandos que como actor directo. Aquellos programas debían ajustarse a las competencias temáticas de los colegas de Toulouse o de Perpignan. El eje no era la investigación urbana, aunque procuraba a veces dirigir hacia ella doctorandos sin formación en el tema para encontrarme con frecuencia sin salida. Un tema —bisagra entre lo rural y lo urbano— parecía urgente en aquel entonces: la alimentación de las grandes ciudades. Concernía a México y se llevó a término un programa sobre esta temática.<sup>2</sup> Las transformaciones del mundo campesino fue otro tema de alcance para el cual funcionó bien una colaboración con El Colegio de Michoacán; ahí también se produjo un libro colectivo.<sup>3</sup> El último tema de alcance fue el del desarrollo de las comunicaciones de masas, respaldado por Louis Panabière; este tema prolongaba las investigaciones que el Instituto de Estudios Mexicanos de Perpignan animaba desde 1978 sobre las relaciones entre intelectuales y Estado en México.<sup>4</sup>

Guardo el recuerdo del papel de editor más que el de “dirigir” investigaciones. En 1978 se fundó en Toulouse un centro de edición en ciencias humanas y sociales financiado por el CNRS dentro de la perspectiva de descentralización de las ediciones de dicho organismo. Era feliz cuando un manuscrito que yo proponía “pasaba”. Y en el fondo, también era feliz cuando a partir de una tesis mal acabada, mediante cortes, añadidos y una rescritura parcial, lograba extraer un libro sobre un tema que hubiera gustado al autor. Trabajo trivial en libros colectivos derivados de coloquios, al que me arriesgué a veces sobre manuscritos individuales.<sup>5</sup>

Esta pasión por la edición explica por sí sola cómo *l'Ordinaire du mexicaniste* se salvó de las aguas en el otoño de 1984. En aquel entonces, frente a oposiciones locales crecientes en Perpignan, el Institut d'Études Mexicaines fue disuelto por sus fundadores. Dejaba dos herencias que el GRAL tenía la vocación de retomar: una

<sup>2</sup> *La question alimentaire en Amérique Latine (Mexique, Venezuela, Equateur, Pérou)*, Roberto Santana coordinateur, Toulouse, éditions du CNRS, 1990.

<sup>3</sup> *Les paysanneries du Michoacán au Mexique*, CNRS, Col. Pays ibériques-Amérique Latine, Th. Linck y R. Santana coords., 1989.

<sup>4</sup> *Intellectuels et État au Mexique au XX<sup>ème</sup> siècle*, CNRS, Col. Pays ibériques-Amérique Latine, 1979; *Pouvoirs et contre-pouvoirs dans la culture mexicaine*, CNRS, Col. Pays ibériques-Amérique Latine; *Champs du pouvoir et du savoir au Mexique*, CNRS, Col. Pays ibériques-Amérique Latine, 1982.

<sup>5</sup> Fue el caso del libro de Roland Trabis, *Industrie à la frontière México / Etats-Unis: le cas de Nuevo Laredo*, CNRS, Col. Pays ibériques-Amérique Latine.

biblioteca única sobre México en las afueras de París y el boletín que conocemos. Para la biblioteca, que carecía de los medios para administrar su fondo y abrirlo al público y para continuar sus colecciones y otras adquisiciones, intenté una negociación de “rescate” trasladándola a Toulouse. Fue un fracaso (y paradójicamente, no por falta de dinero). Para el boletín, la cesión del título dependía esencialmente de Jean Meyer y de Louis Panabière, quienes aceptaron, y pude improvisar esta sucesión gracias a la colaboración de Perla Cohen.

Dimos vida a este boletín —después revista— durante 13 años. Su evolución dependió más de un deseo de supervivencia que de un plan organizado. En la coyuntura de los conflictos centroamericanos de la época, muy mediatizados en Europa, Perla Cohen recomendaba abrir la publicación a este apéndice de México. En paralelo, nuestra capacidad por animar desde Toulouse, sin Institut d'Études Mexicaines, una información estrictamente mexicana, se agotaba todos los meses en la urgencia de cada número.

La evolución llevó a reducir la periodicidad de diez números a seis, después a cuatro y al final a tres por año. Al mismo tiempo los volúmenes se volvieron más gruesos. La presentación material no dejó de mejorar; en parte por nuestros conocimientos y por la ayuda benévola de amigos profesionales, y mucho por la evolución de la edición computarizada. En el fondo, la extensión hacia América Central, empezada en 1985, se hizo oficial con el cambio de título en 1988 (*L'Ordinaire Mexique Amérique-Centrale*) y la nueva extensión a toda América Latina en 1994 resultó en el título *L'Ordinaire Latino-américain*. *L'Ordinaire* fue sin duda la aventura profesional que más dilatadamente ocupó mi tiempo y mi mente.

Volvamos a los contenidos de la revista, en aquel periodo de esfuerzos poco organizados que fue de 1984 a 1988, antes de que cada número fuera un expediente estructurado en su conjunto. Pienso que tuvimos el gusto por el documento desconocido, por el autor olvidado o aún no reconocido, por el tema alejado del coro consensual del momento. Hojeando la colección, aparecen por aquí y por allí tantas páginas fotocopiadas: si nadie nos acusó de fotocopiado ilícito, ¿acaso fue porque éramos demasiado insignificantes? ¿O porque nos lo agradecían sus autores? Nuestro autor faro fue sin duda Gabriel Zaid, pirateado de *Vuelta*, que hablara de política y de economía mexicana o de elecciones nicaragienses (núms. 86, 87, 94, 107...). Acerca de la megalópolis de México encontramos o nos reencontramos con Jorge Ibargüengoitia y Mónica Mansour (núm. 120) o con V. A. Maldonado (por *La Noche de San Bernabé*, núm. 109). Hablamos de la frontera atrapada por las migraciones (núm. 122), de elecciones fuera de norma (Ciudad Juárez, núm. 88; Chihuahua, núm. 104). No olvidamos el medio indígena aunque pocas publicaciones se interesaban por él (el libro *Cartas a Salomón*, que jamás se distribuyó, núm. 92), o la ONG Inaremac (Instituto de Asesoría Antropológica para la Región Maya, A.C., en el núm. 93). Nos interesamos también por los editores (núm. 105). El libro de F. X. Guerra (*De l'ancien régime à la révolution*) llamó nuestra atención antes de convertirse en un clásico (núm. 102). Todo esto no es para glorificar la calidad

de nuestras elecciones, sino para subrayar nuestro gusto por lo que se aleja de los caminos principales: nos quisimos un poco en *Alfil*.

#### ¿ESCRIBIR DE NUEVO? MÉXICO Y SUS REGIONES

Cercanas a la edición, otros ensayos de escritura me cautivaron a partir de 1985. Significaba volver a una actividad relegada desde 1978, desde que las tareas administrativas casi me sumergieron. Suele ser más fácil escribir para contestar una petición formal. Como lo dije antes, negocié con Siglo XXI que mi libro breve sobre *Las regiones geográficas de México*, veinte años añejo en su concepción y quince para la publicación mexicana, fuese el objeto en 1988 de una edición actualizada. No tuve el valor de reescribirlo y me conformé, sin suprimir casi nada, con añadir un capítulo de generalidades sobre temas para mí nuevos e influyentes en las modas de aquel entonces (espacio social y espacio político), con reforzar algunos datos sobre la urbanización y con poner al día datos económicos y demográficos locales, señalando los nuevos materiales bibliográficos. Este balance me reveló hasta qué punto, a pesar de los golpes de la crisis de 1982, México había conocido una fabulosa expansión. Y más aún, a qué punto se había expandido la producción editorial en torno de todos los temas que el libro abordaba. Demografía, estudios urbanos en especial. Partiendo de casi nada, los estudios locales y regionales se multiplicaron. Y entre éstos, las producciones francesas, en particular las del IHEAL, ocupaban un lugar notable.

Esta nueva edición apareció justo cuando en México se multiplicaron las publicaciones mexicanas sobre “lo regional”. Mi pequeño libro al fin tenía competidores, de tal suerte que su actualización, lejos de impulsar masivamente la venta del libro, coincidió con el momento en que se consideró como un testimonio del pasado y no más como un manual ineludible. La moda del desarrollo regional, que la crisis colocó en manos de economistas, demógrafos y geógrafos mexicanos mató felizmente a mi gallina de los huevos de oro.

Fue entonces, o casi, que tuve que escribir de nuevo sobre el espacio regional mexicano, aunque esta vez para un público francés, dentro de una empresa ambiciosa provista de amplios recursos. Desde 1984, en Montpellier, el geógrafo Roger Brunet impulsó un centro de investigación innovador; uno de sus programas importantes era simplemente el de una nueva *Geografía Universal*, siguiendo la que escribió Elisée Reclus entre 1875 y 1891 y la que coordinó Paul Vidal de la Blache con igual número de autores que de volúmenes (1927-1946). ¿En qué consistía aquel nuevo proyecto? Reagrupar geógrafos francófonos conocedores de uno o un grupo determinado de países para que los describieran según las preocupaciones de la geografía de entonces; en primer plano, la identificación de las redes, el papel de las ciudades y de las nuevas tecnologías en la organización del territorio, la determinación de los esquemas de ordenamiento territorial dominantes, que Roger Brunet formalizó entonces bajo

el nombre de coremas (o unidades elementales de organización espacial). Sin ser un adepto exclusivo de aquellas ideas, me interesaban y era tentador aplicarlas en un territorio que yo conociera. Además, la regla del equipo era enriquecedora: cada mes o casi, el comité de los directores de los diez volúmenes previstos se reunía para discutir uno o varios de los borradores escritos recientemente. Estas discusiones eran las más de las veces agradables, enriquecedoras, sin sectarismos, entre personas que supuestamente habían leído todos estos borradores; lo que era cierto de cuatro o cinco de los quince presentes.

La organización de la edición duró de 1990 a 1996. Desde las primeras reuniones, supe que se organizaría un volumen reagrupando toda América Latina bajo la responsabilidad de Hervé Théry, Jean Paul Deler y yo. El primero de los tres tenía veinte años menos que yo y el segundo, diez. Cada quien reclutó a diferentes colegas para cubrir la escritura de tal capítulo, aunque los tres éramos los maestros de obra, establecimos un orden conjunto (bastante sencillo) y sobre todo aseguramos la relectura y la homogeneización de los textos. Roger Brunet nos incitaba al intervencionismo, mismo que él practicaba en los diez volúmenes. Descubrí entonces que aquel intervencionismo no era sencillo. De por sí, en la tradición francesa en ciencias humanas, un doctorando no está acostumbrado a que su director de tesis intervenga abiertamente, al detalle, para modificar su texto, aunque se trate de una relación de autoridad que se acepta en el fondo si no en las minucias. Tratándose de una obra colectiva, éramos pares, por lo menos en teoría, y semejantes intervenciones en los textos de los autores podían suscitar conflictos. Descubrí que mi edad hacía de mí un patriarca y que mis intervenciones eran mejor toleradas que las de mis codirectores, de igual edad y hasta más jóvenes a veces que los autores. En todo caso, si este volumen tiene cualidades, es sin duda porque los tres codirectores tenían en común el gusto por la escritura, el deseo de dirigirse sin pedantería a un público amplio, ganas de decir cosas nuevas sin borrar verdades ya conocidas y esenciales, el cuidado de buscar el dibujo de un mapa o la foto elocuentes. Y el director de la colección tenía la misma visión de esta obra.

Además de mi redacción dentro de los capítulos generales, la participación en la composición general hizo que profundizara mi visión de América Latina, sus modelos sociales y políticos. Tuve que supervisar especialmente los capítulos sobre las Antillas (Christian Girault y Hélène Rivière d'Arc para Cuba) y sobre América Central (Noëlle Demyk). Aunque me dediqué en parte al tema unos años antes, descubrí que el esquema explicativo "nacional" en torno de un país pequeño me planteaba nuevos problemas.<sup>6</sup> Tan acostumbrado estaba a que México (igual que Francia, cuatro veces más pequeña) fuese un objeto de estudio coherente a todas luces y separado de sus vecinos, que debí esforzarme para entender que salvo

<sup>6</sup> Para América Central, capítulo 22 de *L'Amérique Latine*, Bordas, 1973, bajo la dirección de C. Collin Delavaud, pp. 295-325, donde esboqué una tipología bastante burda de los países del Istmo que conocí por un primer encuentro sumario en 1965.

excepción, en los estados de las Antillas y en los de América Central no había tal coherencia ni tal separación. Los problemas de desarrollo regional por ende no podían concebirse en los mismos términos que para México. La reflexión nos llevó más lejos, a mis colegas y a mí. Los incontables estados soberanos del planeta que estudiábamos no podían concebirse de manera similar bajo pena de olvidar lo esencial y redactar trivialidades. Estas reflexiones tocaban también al conjunto latinoamericano, aunque hubiese salido de un molde histórico colonial común a grandes rasgos y estuviese hecho de estados republicanos que se identificaban con modelos similares. Descubrí que Brasil y Argentina poseían proyectos territoriales incomparables con los de México. Descubrimos también (lo que fue tal vez la principal novedad del libro) que amplias zonas en la mayor parte de los países no sólo vivían alejadas de las formas modernas de organización del territorio (realidad tan trivial aquí como en África o en Asia) sino además fuera del alcance de los estados soberanos, bajo la ley de poderes mafiosos cuando se descubrió el dominio internacional de los sistemas de la droga.

Estas reflexiones me permitieron renovar mi visión de México. Debíamos escribir sobre el país entre tres, Hélène Rivière d'Arc, Jean Revel-Mouroz y yo. La distancia en relación con la caída del país en 1982 era suficiente para renovar algunos esquemas: crecimiento del norte y de la frontera, crecimiento de zonas turísticas y también de zonas sin ley, del narco. Y las primeras señales de que las zonas petroleras podían degradarse y que la capital y la zona central podían perder su predominio. En paralelo, mis reflexiones sobre el hecho de que los estados soberanos no eran datos básicos sino construcciones precarias hacía referencia a los estados federales mexicanos: no eran departamentos a la francesa, en teoría todos iguales, sino entidades históricas, cuyas élites, de naturaleza distinta, actuaron y actuaban para construir pedazos de territorio. Aunque la geografía política no se incluyó en las reglas de redacción de nuestra Geografía Universal, resultó un instrumento esencial para nuestro entendimiento del mundo, y para entenderlo debíamos cuestionar la acción de las élites (políticas, técnicas, etcétera) en su acción territorial.

La colección Geografía Universal<sup>7</sup> en su conjunto y el volumen sobre América Latina no fueron traducidos fuera de Francia; en tanto lectura culta de la diversidad mundial, alejada de las preocupaciones directas de una ciencia práctica del desarrollo regional —aunque más ambiciosa que los libros de viaje—, la geografía sin duda no interesa si no atienden las necesidades del estudiante, del futuro docente de este tema en la enseñanza secundaria. Tuve, sin embargo, la oportunidad de recomponer la parte mexicana del libro para un público mexicano. Gracias a antiguos adeptos de mis *Regiones geográficas de México* fui invitado a escribir de nuevo sobre el tema para la colección de historia de México impulsada por Alicia Hernández Chávez. Esta publicación entre Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México

<sup>7</sup> *Géographie universelle*, Hachette y luego Belin, bajo la dirección de Roger Brunet, 10 tomos. El volumen América Latine, 1991.

se concentró en volúmenes de historia regional, la de los estados de la federación que patrocinó Luis González. Una presentación “geográfica” del conjunto del país parecía un buen complemento. Acepté con gusto algo que para mí significaba sólo retomar la escritura (a veces sin cambios, con la inclusión, y la debida referencia, de lo que Jean Revel-Mouroz o Hélène Rivière d’Arc escribieron). Bajo el título de *Espacios mexicanos contemporáneos* (1997), el libro retomó también (después de una simplificación para una impresión sin color) una buena cantidad de mapas dibujados para la Geografía Universal. Desarrollé de forma nueva algunos aspectos sobre los fundamentos históricos o las bases culturales, con frecuencia indígenas, de la organización territorial mexicana. Con la ayuda de la computación y del fax, las relaciones entre autor y editor fueron sencillas a pesar de la distancia.

Si hubiese sido un autor lo bastante rápido, el libro se hubiera publicado en 1993 en el ambiente de prosperidad recobrada del final del reino de Salinas de Gortari. La nueva y brutal crisis de 1994-1995 alargó los plazos y el cierre final de la obra lo padeció. Envié a título provisional los elementos de una bibliografía que –anunciaba– actualizaría, escogida, seleccionada y ordenada según mi deseo, es decir por orden temático. Lamentablemente el material en bruto, sin revisar ni ordenar, fue publicado tal cual y vale más no hojear esas páginas informes. La abundancia de publicaciones mexicanas sobre el tema de la organización del espacio nacional no ha dejado de crecer. Si en 1965-1968 la información era escasa, lo vimos, en 1990 estar al tanto de lo que se publicaba requería un trabajo que actualizar constantemente. Incluidos en una colección de historia, mis *Espacios* sin duda no llegaron ampliamente a un público de planificadores territoriales de México, más aún porque mi visión cultural y globalizante se alejaba de sus preocupaciones más técnicas o más económicas y de su cuidado por abordar territorios particulares, urbanos sobre todo.

#### ESCRIBIR SOBRE MÉXICO

La idea de escribir un libro sobre la ciudad de México se me impuso verdaderamente cuando volví a vivir ahí en 1982-1984. En 1962-1965, no analicé esta ciudad que veía desde dentro: se me aparecía como un objeto abstracto, global, que “actuaba” sobre un territorio que yo estudiaba. Sobre su funcionamiento interno, me conformé con las evidencias clásicas de las “funciones urbanas”, insistiendo precisamente en aquellas que influían hacia fuera. Mi vida de casi ciudadano de aquella ciudad consistía en el placer de un descubrimiento y no en una reflexión sobre los hábitos y costumbres específicos que garantizaban su funcionamiento. Fue Hélène Rivière d’Arc, en el breve libro que escribimos juntos sobre la ciudad en 1972, quien abordó estos últimos temas de urbanismo: vivienda y servicios, principalmente. En 1982, veía yo la ciudad de otra manera y acumulé en dos años cantidad de documentos, sobre todo recortes de periódicos; la crisis me obligó a ver a qué grado el “mercado”

del consumo urbano se escindía en realidad en una multiplicidad de mercados jerarquizados. En aquel entonces, los Pitufos eran un juguete muy popular. Descubrí que estaban a la venta tres tipos de Pitufos. El primero, de importación, prohibitivo e internacional; el segundo, una imitación local en plástico; el tercero, de yeso, pintado a mano, para las capas más populares, se vendía en los mercados.

Más a fondo, había que observar día a día cómo las clases medias, mayormente afectadas por la crisis, lograban conservar –de hecho bastante bien– su estándar de vida y el consumo de todo lo que no fuera de importación; los servicios públicos en particular siguieron funcionando sin una alza importante de los precios reales: agua, luz, gas, transporte público y la construcción de vivienda quedaron a salvo, o casi, de “la crisis”. Acostumbrados a invertir sin contar, los responsables del sector público protestaban ruidosamente: a falta de nuevas inversiones, amenazaba la escasez de agua. ¿Se justificaban en verdad sus advertencias? ¿Qué parte del consumo de las clases medias urbanas representaba un desperdicio comprimible? ¿Qué elecciones para la densidad del hábitat y de los transportes públicos, para el uso del agua, de la luz, del gas y del teléfono? Había que comprender por qué México, que todos pensaban tendría veinte millones de habitantes en 1990, seguía creciendo absurdamente y se mantenía pese a sus disfunciones. Preguntas aún más urgentes a raíz del temblor de 1985, que a fin de cuentas, aunque afectó poco la vida de los chilangos, contribuyó a desestabilizar el sistema político mexicano. Me seducía una descripción crítica de la vida cotidiana de los chilangos. Las fuentes artísticas de aquella descripción –novelas y cuentos– se multiplicaban. No las conocía bien y era un mal juez de su contexto. Charlando con Louis Panabière, acordamos escribir este libro sobre el día a día de México a dos voces. Establecimos pronto el índice y el reparto de roles. *Grosso modo*, me tocaron las infraestructuras y el hábitat, y a Louis, la vida cotidiana y cultural de los habitantes. La escritura de cada quien avanzó hasta el verano de 1986, cuando, como lo vimos antes, Louis preparó su salida hacia el IFAL. Me entregó sus borradores manuscritos; Louis escribía rápido y bien, sin preocuparse por repeticiones menores. En aquel momento, debimos coordinar nuestros textos y afinarlos para lograr una coherencia general. Atrapado en el torbellino del IFAL, Louis ya no tenía tiempo, ni siquiera mediante intercambio por correo; además, al igual que quienes escriben de un jalón, le aburría reescribir... y porque a la distancia no podía atender los problemas materiales más allá del manuscrito, confiaba en mí con más razón aún. La captura de los textos representó el primer libro “editado” por Annie Alvinerie en el GRAL. Una obra pionera en la computadora, entonces disponible en Macintosh (la prehistoria en comparación con las sucesivas versiones de Word). La verificación de la ortografía seguía siendo difícil, la formación arcaica. Prefería terminar rápidamente a duplicar mi trabajo sobre aquel libro, así que dejé pasar muchas imperfecciones, algunas importantes, ya que debía operar sólo esos controles.

Siguió la búsqueda de un editor; pensé que el tema interesaría a un editor comercial francés con buena difusión y me negaba a entregarle la obra al centro

de ediciones de Toulouse del CNRS, de limitada distribución, que ya conocemos. Aunque los temas urbanos estaban de moda, para que los tomaran en serio era necesario tratarlos desde un ángulo comparativo o teórico, en términos de sociología o de economía, y nosotros elegimos apostar por lo cotidiano, lo vivido, lo específico. Ninguno de los “grandes” editores se mostró interesado, por no contar con una colección de monografías de las grandes metrópolis. Tuve que negociar con Publisud, una pequeña empresa especializada en libros sobre el Tercer Mundo, africano principalmente. Como muchos otros, salvo para la formación en *offset* de nuestro texto impreso, este editor carecía de personal para un trabajo editorial sobre el libro. Incluso las excelentes fotos de la ciudad que tomó Pedro Tzontemos, entregadas por Panabière, no bastaron para que publicáramos un libro “hermoso”.<sup>8</sup> Y la muy limitada capacidad de difusión de Publisud, fuera del mercado de la cooperación francesa en África, excluyó nuestro libro de cualquier circulación amplia en Francia.

Esperaba, claro está, que Louis —magníficamente ubicado para ello en México— organizara la edición mexicana del libro. Tal vez le parecía más un hijo mío que suyo, producto además de un parto difícil donde yo sólo había usado los fórceps. Y es más, dos extranjeros, ninguno de ellos de la corporación de arquitectos-urbanistas, ¿tenían acaso la autoridad para tratar de la capital mexicana, convertida durante los ochenta en un problema mayor? En esos años aparecieron dos libros de gran difusión sobre la ciudad, uno de un arquitecto mexicano,<sup>9</sup> hombre de las redes políticas; el otro, de un urbanista estadounidense.<sup>10</sup> Para colmo de la mala suerte, el título de nuestro libro contenía las varas para que nos azotaran, y por mi culpa: *México, la ciudad más grande del mundo*. Por una parte, era olvidar que la conurbación Tokio-Yokohama —abarcada en toda su extensión— pesaba más. Era, más aún, un error de apreciación de mi parte: a partir de las cifras de 1960, 1970 y 1980, me pareció razonable prolongar un crecimiento de la conurbación desde la crisis de 1982, si no al ritmo anterior, lo suficiente para llegar a los veinte millones hacia 1990, lo que desmintió el censo de 1990 publicado dos años después de nuestro libro. Sólo se supo paulatinamente cuáles fueron las manipulaciones políticas de las cifras. El censo de 1980, en el momento de la gloria petrolera, fue alterado marcadamente a la alza; mientras que para 1990, se hizo voluntariamente una evaluación a la baja para demostrar la modernidad del país y la reducción de la fecundidad. Por su lado, Louis Panabière retomó después la escritura de la vida cotidiana en México en un ensayo presentado sobre este largo periodo, del prehispánico al final del siglo XX, cuyo eje era el contraste entre las clases sociales en su vida cotidiana, de nuevo a

<sup>8</sup> *Mexico aujourd'hui, la plus grande ville du monde*, París, Publisud, 1988, 245 pp.

<sup>9</sup> Miguel Messmacher, *México megalópolis*, SEP-foro 2000, 1987.

<sup>10</sup> Peter M. Ward, *México, una megaciudad. Producción y reproducción de un medio ambiente urbano*, Conaculta-Alianza editorial, 1991. Un libro importante traducido del inglés, de un urbanista hondamente “mexicanizado”.

partir de fuentes literarias. Mejor enfocado, el libro fue publicado simultáneamente en Perpignan y en México.<sup>11</sup>

A pesar de todo, nuestro libro común, en su imperfección, tenía algún interés. Di algunos elementos fundamentales que un geógrafo situaba mejor que los urbanistas, sobre el marco natural, la contaminación atmosférica, los problemas muy particulares del abasto de agua, las otras redes técnicas que hacen que una ciudad “funcione”. Hablamos más que otros de la vida cotidiana de los urbanos. Nuestra escritura doble poseía, del lado de Louis, cualidades literarias, aun cuando llegaba a describir la vida en general de los mexicanos más que la de una ciudad en particular; por mi parte, quise dar sentido a críticas en contra de verdades triviales, pocas veces verificadas, que mencionaban con frecuencia los periodistas, más que los urbanistas, entonces poco numerosos. Más que imágenes convencionales, una selección de caricaturas (y de textos provocadores) y fotos insólitas. Nos faltaba, sin embargo, la garantía de una bibliografía especializada en urbanismo de la ciudad de México. Louis la ignoraba y yo seguía a duras penas una producción en muy fuerte expansión.

#### METRÓPOLIS MUNDIALES

Era delicado tratar de la ciudad de México como de un ser en particular, sobre todo para un extranjero. Pero hablar de México en el concierto de las grandes metrópolis de América Latina, de los países en desarrollo o incluso del mundo, por temas sectoriales y por comparaciones, era a la vez científicamente redituable y políticamente deseable. Mi primer experiencia en esta línea fue la organización con Jacques Gilard de un coloquio en Toulouse sobre *La gran ciudad latinoamericana*, en 1987 (publicado en 1988 en las ediciones del CNRS): a los temas de urbanística se asociaron otros sobre cultura urbana; en particular sobre la telenovela, algo entonces novedoso. Nuestra común colaboración fue agradable y rápida, con un libro publicado pronto y bien en nuestra colección de Toulouse. El tema hizo posible que asistiera en 1987 al congreso mundial de las grandes metrópolis, “Metrópolis”, en México. El cartel reproducía las dos imágenes de satélite Spot de las ciudades de París y de México, que conocía al grado de poder interpretarlas con los ojos cerrados. Creí asistir a un congreso científico; descubrí una feria político-mediática, que presidía el presidente del consejo regional de Ile de France; además que era yo uno de los pocos participantes llegados por cuenta propia a esta manifestación, entre responsables y encargados de comunicación de grandes organismos o de administraciones urbanas. Semejantes manifestaciones distribuyen publicidad y sólo publican boletines de prensa.

<sup>11</sup> *Cité aigle, ville serpent*, Presses Universitaires de Perpignan, Col. Études, 1993. *Ciudad águila, villa serpiente*, FCE-CEMCA, 1993.

## PROVINCIA, INDIGENISMO

Era pesado cargar con el tema de la metrópoli mexicana. Me atrajeron dos contrapesos: el de los centros urbanos en provincia y el del indigenismo, que abarqué sin profundizar. Para el primero, un nuevo contrato de investigación —ligero en este caso— permitió que colaborara en un libro sobre *Universidades y desarrollo urbano en el Tercer Mundo* (1989), donde se comparaban dos ejemplos magrebinos (Fez y Sfax) con Mérida de los Andes (Venezuela) y Morelia (México). Oportunidad de reflexionar acerca del respectivo peso de los modelos internacionales y de las sociedades locales en el desarrollo del conocimiento, tema que advertí gracias a mis contactos con Zamora. Volví sobre éste para el *Ordinaire Latino-américain* en 1988 (núm. 172) al presentar los *Colegios ahijados del Colegio de México* en la provincia mexicana, y también sobre otros casos mexicanos, chilenos, venezolanos, etcétera.

Las realidades de las poblaciones indígenas me interesaron desde el decenio de 1960, lo vimos ya; sin embargo, apenas advertía las especificidades de cada grupo: pensaba que cinco siglos de historia común —de hecho, de historia latinoamericana— habían borrado lo esencial. Unas conversaciones con Jacques Galinier en 1983-1984 me abrieron otras perspectivas. Me explicó que los otomíes contemporáneos no eran “atrasados”, sino que vivían su relación con el mundo y con los otros como una diferencia fundamental: la noche y el mal eran cosa suya. Comprendí paso a paso que mediante aquella interiorización de una historia particular incesantemente recompuesta era posible entender a los yaquis, a los otomíes y a cualquier otra población indígena. Rendí cuentas (en mis descripciones “regionales”) de lo que leía dentro de una producción científica siempre más abundante o lo utilicé para colmar las lagunas de obras colectivas, o para presentar a un público no americanista las relaciones entre identidad nacional mexicana e identidades locales o regionales.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> “Notas sobre el indigenismo mexicano”, *Ordinaire du Mexicaniste*, núm. 93, junio, 1985, pp. 1-10, versión preliminar del texto publicado en la obra colectiva *Indiandad, etnocidio e indigenismo en América Latina*, CEMCA-Instituto Indigenista Interamericano, México, 1988, pp. 129-140. “Nations au Mexique: construction et métissages”, *Hérodote*, núm. 99, 4º trim. 2000, *Amériques, nations hispaniques*, pp. 18-36.



## VII SALDOS Y TIEMPO LARGO (1990-2005)

Es típico que al envejecer el tiempo pasa de otra manera, pues participamos cada vez menos en los acontecimientos. Mientras escribo, hablaré de un jalón de los últimos quince años. Quince años antes de 1990, en 1975, estábamos en el último periodo triunfal del México del PRI, bajo Echeverría, diez años antes del temblor. Para mí, estos acontecimientos son referencias mayores, evidentes. En ese largo tiempo, que se escapa ahora entre mis dedos, se me dificulta distanciarme de acontecimientos aún más importantes que se me figuran un ayer impreciso: en 1994-1995, la entrada de México al TLC, los rayos del neozapatismo y el comienzo de la inseguridad urbana generalizada en México. En el 2000, la primer elección presidencial que perdió el PRI.

Paulatinamente pasé de una vida de actor científico (mi profesión) a la de un espectador, a menudo testigo atento, cierto, aunque actuando ya no para innovar sino para evaluar la innovación de otros. Un estatus de experto: hace diez años que no dirijo a nuevos doctorandos aunque me invitan a los jurados de las especialidades que me reconocen. Leo y evalúo también proyectos en concursos para tal o cual financiamiento. Participo en los comités editoriales de revistas, siempre dispuesto a evaluar un artículo, y más dispuesto aún a rescribirlo según mi gusto. Y cuando una revista me pide mi aval mas no mi participación en su redacción (se habla de comité científico o de apadrinamiento, de consejo asesor, etcétera) contrariamente a lo habitual, me apresuro a dar una opinión que no me piden.

Debo reconocer que México cambia muy rápido, en un movimiento cada vez más imbricado con el del mundo: el temblor de 1985 puso a México en directo en las televisiones del mundo. El movimiento neozapatista de 1994, en el corazón de las cañadas de Chiapas, cobró importancia sólo porque se generalizó entonces el uso de internet.

No todo cambió de golpe en mis contactos con México. Veremos más adelante que para mí la novedad fue que pude disfrutar de nuevo de largas estadías sucesivas en el país, a veces durante meses. Aquello no puso fin de tajo a los viajes cortos, como los de años anteriores. El experto y después el ancestro vinieron con gusto a participar en varios coloquios, que con frecuencia hicieron que descubriera colegas nuevos, al mismo tiempo que retazos de realidad que desconocía.

PREDOMINIO DE LO URBANO

Escuchar o hablar de la ciudad de México fue la oportunidad más frecuente; oportunidad para mí de revisar y precisar mi propia visión, confrontada a la de una comunidad científica mexicana cada vez más numerosa, que buscaba exorcizar los problemas de aquella megalópolis siguiendo sus cambios. Dos veces me invitó el Conapo (Consejo Nacional de Población), una vez en México, la otra en un cónclave reunido en San Juan del Río, sin duda para que los participantes se mantuvieran reunidos y no se conformaran sólo con estar presentes cuando les tocara hablar. Coincidió con el geógrafo brasileño Milton Santos, amigo de Bernard Kayser y doctor honoris causa de la Universidad de Toulouse le Mirail. Milton, al fin reconocido en su país después de un largo exilio, cabalgaba sobre la ola “tercer mundista” de los estudios urbanos. Hizo una declaración antiimperialista contra la contracepción, que tomó a contrapelo a los demógrafos del Conapo: ante un público de técnicos y universitarios modernistas y pragmáticos, este tercermundismo fue un fracaso. Ahí conocí a Javier Delgado, quien vino a trabajar varios meses a Toulouse para estudiar los transportes públicos urbanos a la europea gracias al contacto establecido en este coloquio. Los transportes estaban en el centro de su reflexión sobre la entrada de Querétaro en la órbita metropolitana de México.

Fue entonces y gracias a Antonio Azuela que apreció el peso en la urbanización de los mecanismos del uso ilegal del suelo, que pertenece a la propiedad ejidal, comunal o nacional: el crecimiento urbano de la megalópolis se expandió a partir de los años ochenta como una mancha de aceite muy poco estructurada, después de las espectaculares creaciones de Nezahualcóyotl (en los años sesenta) y de Chalco (en los años ochenta). Aunque se entendían al fin aquellas formas de crecimiento, que en la coyuntura de un crecimiento económico mucho menor tendían a desvanecerse, de progresión demográfica cada vez más controlada y de control mejorado del uso ilegal del suelo, quedaba por descubrir y nombrar la incorporación a la megalópolis de la corona de ciudades “vecinas”, a veces distantes en cien kilómetros, como Puebla y Querétaro; mis tímidas descripciones de los años sesenta se volvieron la historia de los comienzos de esta urbanización generalizada, que definí como “la región” rural alrededor de México. En las ciencias sociales, donde lo urbano está ahora en todas las bocas, es con frecuencia difícil tener presente lo que es específico de agrupamientos particulares de personas en relación con modos de vida modernizados en todas partes, sin importar el tamaño del agrupamiento de la población.

VALORIZACIÓN DEL ESPACIO “REGIONAL”

Otros coloquios, menos numerosos, me permitieron medir el desarrollo de los estudios sobre los territorios mexicanos y el fomento de sus recursos; el contacto en 1993 con Patricia Arias y Jorge Durand, en Guadalajara, hizo que conociera

mejor las interconexiones entre la pequeña empresa y la migración internacional tanto en los Altos de Jalisco como en Guanajuato. También lo hizo un coloquio en la ciudad de Guanajuato en 2004 sobre “Los espacios de la globalización: mutaciones, articulaciones, interacciones, acercamiento comparativo a partir del Bajío”. Aunque la seguí paso a paso, la evolución de la migración masiva a Estados Unidos me sorprendió, por la ubicuidad de su difusión y por la variedad de sus efectos: *todas* las comunicaciones de aquel coloquio abarcaban poco o mucho el tema de la migración internacional.

Mediante otros coloquios sobre geografía mexicana participé en algunas celebraciones. En Xalapa, en 1994, constaté que las realidades locales y regionales tenían derecho de ciudadanía en los estudios sobre el espacio mexicano:<sup>1</sup> la implantación del ORSTOM en Veracruz tuvo efectos duraderos, en especial en colaboración con el CIESAS. Y en 1999, con Ángel Bassols coincidimos como testigos para la celebración de medio siglo de desarrollo de la geografía en México. En privado, Bassols contó cómo, poco después de concluir sus estudios superiores en Moscú, en los años cincuenta, colaboró en una evaluación “geográfica” de los ferrocarriles mexicanos que concluía con la necesidad de seleccionar las líneas cuyo tráfico podía mantenerse o desarrollarse, lo que implicaba modernizarlas técnica y administrativamente, y abandonar las otras. Es sabido que sacrificada al desarrollo de carreteras, la red ferroviaria mexicana terminó por degradarse hasta quedar reducida al tráfico de mercancías en algunas líneas. Aquel coloquio de 1999, por sus lugares de reunión, era un símbolo del crecimiento y de la crisis de la megalópolis. Una primera reunión tuvo lugar en la UNAM, entonces presa de una huelga destructora que demostró que los alumnos de las preparatorias no podían cohabitar para bien con la mitad de los investigadores de alto nivel del país. Los huelguistas toleraron nuestra sesión en el Instituto de Geografía, mientras vigilaban el estacionamiento donde los investigadores procuraban cargar en sus coches, para llevárselas a casa junto con sus papeles personales, las computadoras de la “nación” en cuyos discos duros se hallaban sus propios materiales. La segunda sesión del coloquio fue en el límite de la megalópolis, en El Colegio Mexiquense, en la periferia suburbana de Toluca (en Zinacantepec), a su vez periferia suburbana del Distrito Federal. La última sesión fue en Cuernavaca, en el CRIM (Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias), grupo de institutos de investigación de la UNAM, entre las flores. Una excursión al cercano Tepozteco nos mostró que ahí el futuro de la propiedad colectiva de los bosques es esencial para comprender la vida rural “metropolizada”, de una zona que depende en esencia de las residencias secundarias de un turismo de fin de semana y cada vez más del hábitat de ricos jubilados. La moda, en las ponencias presentadas en el CRIM, era la de una geopolítica que presentaba en mapas informáticos los materiales electorales locales: la subida de las oposiciones políticas estaba en el centro de los problemas.

<sup>1</sup> Véase *Nueve estudios sobre el espacio, representación y formas de apropiación*, Odile Hoffmann y Fernando Salmerón, coord., CIESAS-ORSTOM, 1997, 190 pp.

## “MIS” DOCTORANDOS

Hasta 1996 cuando, como es natural, mi situación de jubilado me prohibió encargarme de nuevos doctorandos, dirigí un número creciente de investigadores en la elaboración de sus tesis. Durante mucho tiempo mi situación de investigador (y no de profesor), en un centro provinciano frágil, me trajo muy pocos doctorandos; con frecuencia marginales tanto por su estatus individual (sin becas de investigación, sin currículo clásico o prestigioso) como por el tema que deseaban abordar. La creciente fama del GRAL (¿o la mía?) me otorgó cada vez más y mejores candidatos, es decir candidatos que eran exitosos; recordemos que una importante proporción de tesis no se termina, ya sea porque la situación profesional de los candidatos no lo permite o porque no lo permiten sus conocimientos, respaldados bien o mal por un tutor a veces demasiado distante, a veces demasiado dominante. Así, tengo el remordimiento de no haber convencido de que terminara a un candidato arquitecto que estudió la administración cotidiana y el consumo de agua en México, y a otro que para la misma ciudad estudió las costumbres de los usuarios del transporte público: temas demasiado ¿vastos?, ¿políticos? Todo doctorando que presenta su tesis se recibe, por lo menos en Francia. Los fracasos, numerosos en ciencias humanas, se deben todos al abandono de la redacción antes del examen.

Para las tesis que nacen realmente, las condiciones universitarias cambiaron radicalmente en Francia durante los años ochenta.<sup>2</sup> Antes, la Universidad de Toulouse le Mirail, no más descuidada que sus colegas para los “doctorados de tercer ciclo”, aceptaba de sus candidatos, sobre todo extranjeros, tesis con una organización general y redacción en el idioma francés muy aproximativas, siempre y cuando presentaran un pensamiento algo original y la recopilación de materiales originales. El director de tesis era el juez único —por lo general benevolente— de aquella originalidad. El defecto más común era un pesado e invasivo discurso ideológico, de corte marxista casi siempre, que afectaba el texto en su totalidad. Luché contra ello con algunos candidatos —entre otros, arquitectos mexicanos—, hasta que acepté con alivio que algún colega parisino me reemplazara como director de uno de ellos al final de los años setenta.

El giro hacia un mayor rigor se dio en 1983: vuelta a normas canónicas para cada disciplina científica (vuelta con frecuencia llamada profundización metodológica de la disciplina), estrictas exigencias formales (muy útiles para que los textos pudieran difundirse), control previo de varios dictaminadores sobre la calidad del

<sup>2</sup> No hago referencia aquí a la “tesis de doctorado de Estado”, sustituida por ahora por la “habilitación”, expediente de publicaciones originales comentado y puesto en perspectiva mediante un texto de síntesis relativamente breve. Sólo fui tutor de tesis de doctorado de Estado para Anne Lise Lévi-Pietri, con un trabajo sobre “el objeto desnaturalizado: arte popular, función social y orientación comercial”, en especial en Ecuador, Perú y México (Presses Universitaires du Mirail, Col. Hespérides-Les livres de Caravelle, 1991).

texto y participación en el jurado de colegas externos a la universidad de acogida (prácticas necesarias para evitar un juicio de conveniencia de un grupo local muy restringido); todo esto sin embargo no garantizaba la originalidad de los contenidos. Sigo convencido que la innovación, por lo menos en ciencias sociales y seguramente en otras áreas, reflexiona en torno de un problema que no ha sido incorporado por ninguna disciplina, lo que obliga a trabajar con herramientas incómodas que uno mismo debe inventar. Jacinta Palerm, para un estudio innovador y de buena calidad, estuvo a punto de ser víctima de esta nueva tendencia: colmo de la insolencia; para aplacar su angustia, fumó mientras, sin notas escritas, presentaba de viva voz la exposición de su trabajo,<sup>3</sup> ante un jurado (Bernard Kayser en primer lugar) que se proponía acabar con el laxismo que sus miembros practicaron durante años.

Algunas tesis nacieron de forma milagrosa: una antropóloga alemana, sumida en una ONG católica de ayuda al desarrollo operando en el Mezquital (Hidalgo), me propuso en 1987 estudiar a los maestros bilingües (otomíes) que frecuentaba diariamente. Desapareció durante ocho años para después enviarme unos borradores describiendo su experiencia, valiosa y única. Pude ayudarla a organizar sus escritos para un doctorado presentado en 1996.

En el centro de mis preocupaciones sobre la ciudad de México, Dominique Mathieu, cuya carrera atípica mencioné antes, hizo en 1994 una tesis muy original sobre los actores públicos de la urbanización comparando los casos de México y Los Ángeles, donde supo recoger y elaborar materiales fuera de lo común. Ayudarlo a sobrellevar el malestar que la escritura le causaba fue una alegría para mí. “Mis” doctorandos más recientes fueron con frecuencia artesanos a quienes no tenía que enseñar su oficio: ¿qué mayor satisfacción que conformarse con aprobar la estructura del trabajo, la calidad de los análisis y de las descripciones, el acabado de la escritura, el oficio en los mapas y los esquemas? Fue el caso de dos investigadores muy independientes que trabajaron, uno sobre Chile, el otro sobre Caracas y La Paz.<sup>4</sup> El caso también de un “mexicanista”, Laurent Faret, para un estudio agudo de los contenidos sociales de la migración México-Estados Unidos.<sup>5</sup>

Con mis colegas mexicanos, la elaboración de una tesis para un jurado francés “riguroso” me obligaba a detectar las trampas de la traducción<sup>6</sup> (un pueblo, un

<sup>3</sup> Publicado con el título *Santa María Tecuanalco, floricultura y músicos*, col. Tepetlaostoc, Universidad Iberoamericana, 1993. Una antropóloga que abordaba hacia 1981 la economía espacial del territorio de un pueblo suburbano.

<sup>4</sup> Anne Laure Szary y Virginie Baby, suerte de mancuerna egresada de la Escuela Normal Superior de Fontenay, que conocí al impartir ahí algunos cursos para la preparación del concurso de “agregación” de geografía.

<sup>5</sup> Publicado con el título *Les territoires de la mobilité, migration et communautés transnationales entre le Mexique et les Etats-Unis*, CNRS -éditions, Col. Espaces et milieux, 2003, 351 pp. Estudiante de Grenoble que emigró a Toulouse para su doctorado.

<sup>6</sup> Hacia 1979, en Perpignan, participé en un jurado en el que la tesis que se presentó estaba en español, por decisión de las autoridades de la universidad; esta manifestación de autonomía ante normas

vecino, un ejido, y también giros que parecen hermanos en ambas lenguas cuando sólo son parientes distantes). Era necesario también “afrancesar” la tendencia del discurso español a la redundancia, o la costumbre de exposiciones teóricas separadas de temas centrales específicos. Patricia Arias y Jorge Durand son dos investigadores cuyas tesis me sedujeron desde luego. Ambos alumnos de Ángel Palerm en la Universidad Iberoamericana, e investigadores becarios en El Colegio de Michoacán, son “mexicanos” venidos de los Andes; ella partió de Chile poco antes de la dictadura de Pinochet, donde su padre era actuario, él en proveniencia de un Perú en descomposición..., y tal vez al tanto de lo que su tío Pepe Durand representó para la Universidad de Toulouse le Mirail donde enseñó literatura española en los años sesenta. Ambos trabajaron, lo vimos, sobre materiales del oeste mexicano (Michoacán, Jalisco, Guanajuato), sobre dos temas complementarios relativos en conjunto a la transformación del mundo rural: para ella, difusión dentro de éste de la pequeña industria; para él, impacto de la migración mediante las remesas de dólares enviados desde Estados Unidos. Patricia presentó su tesis en 1990; Jorge, la suya en 1991; esta última fue publicada por el CNRS,<sup>7</sup> por tratar un tema lo suficientemente amplio para un público francés. A finales de 1999, María Eugenia Negrete, arquitecto del CEDUA (Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales) de El Colegio de México, presentó la última tesis bajo mi responsabilidad. Trataba de la diversificación del tejido urbano de la megalópolis de México, con una especial y notable maestría de las técnicas de cartografía computarizada; un tema que de verdad me cautiva. Estos ejemplos bastan para probar que cuando el autor mismo ha concebido su tema, cuando ha sabido elaborarlo, la tesis resultará en un libro: ¿de qué sirve el conocimiento en ciencias sociales si no resulta en lectores de libros?

#### EVALUAR EN VEZ DE ADMINISTRAR

Viajes breves a coloquios y artículos publicados a consecuencia, tutela de doctorandos: me encontraba en un camino profesional ya trazado. A partir de 1993 sobre todo, cuando finalmente se nombró un nuevo director para el GRAL, mi vida cambió en términos de responsabilidad institucional. Desde 1977 había asumido ese papel en Toulouse, con una interrupción de 1982 a 1985. En la primavera de 1994, seguí en el papel de administrador cuando me encargué de la instalación del GRAL en locales amplios y nuevos; una revolución para nuestra pequeña comunidad.

---

nacionales hubiera sido inconcebible unos años después. Debe plantearse la interrogante acerca del valor científico de una obligación de “francografía” en los muchos casos donde los candidatos carecen de un conocimiento cabal de las dificultades de la lengua francesa escrita, máxime en los temas de ciencias humanas.

<sup>7</sup> *Migrations mexicaines aux Etats-Unis*, Col. Pays Ibériques/Amériques, 1996.

Yvon Le Bot sucedió en el puesto hasta 1995, después Michel Beztzand hasta 1999 y Thierry Linck fue el último responsable, ya que el GRAL dejó de funcionar en 2003: aquellos tres directores son especialistas de México o de Guatemala.

Gocé a partir de entonces de mayor libertad de movimiento para venir a México, mayor aún que después de jubilarme en 1996. Conservé sin duda un papel de “evaluador”. Me apasionaba, lo dije, nuestra sucursal en Toulouse de las ediciones del CNRS. Logramos publicar unos veinte títulos sobre América Latina, donde se hablaba con frecuencia de México; algunos ya fueron mencionados. En 1992, el CNRS en un movimiento pendular, cuestionó aquella descentralización y juzgó que los centros de edición en provincia pecaban de falta de rigor en la selección de manuscritos y en su producción. Es verdad que en aquel entonces la difusión computarizada se volvió fácil –con disquetes, previos al CD-ROM y a internet– y la cantidad de libros potenciales explotó, aunque sin la suficiente clientela. Para seguir publicando tuve que negociar directamente en París la creación de una colección nacional en el CNRS cuyo título (Países ibéricos-Américas) era amplio, al igual que el comité científico, compuesto de prestigiados colegas..., tan atareados que reunirlos era hartamente difícil. Esta colección funcionó de 1996 a 2000. Sólo produjo cinco títulos.

#### VIVIR EN MÉXICO

Cada vez más libre desde 1993, nunca dejé de querer practicar en México para vivir ahí de nuevo, y no nada más estar de paso. En los años anteriores, en algunas estancias fue posible que no viniera yo solo. Por fortuna, algunos viajes profesionales tenían como propósito el turismo familiar: en 1984, viajamos cuatro de California hasta Vancouver; Patricia Carot, una arqueóloga que conocimos en el Cemca, nos recibió. En 1985 fuimos a Puerto Escondido, breve y sencillo viaje de fin de año. En 1990, en Veracruz y el sureste de México, pero también en Nueva York, pasamos seis semanas de vacaciones.

En 1991 fue un placer renovado venir un mes a México para dar clases, nueve años después de El Colegio de Michoacán. Alojarnos en Coyoacán, en casa de nuestros amigos Danielle Zaslavsky y François Lartigue, fue un privilegio, en el corazón de la megalópolis y en un área verde. Reaprendimos con ellos y con sus amigos la vida de las clases medias intelectuales mexicanas. Dar clases cerca de ahí en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, que dirigía entonces Lourdes Arizpe, me permitió acceder a un público de calidad, cercano a mis preocupaciones por una geografía “sociocultural” de México, e incluyó el contacto con maestros del nivel de López Austin. En Francia enseñaba rara vez, y lo que sabía sobre México casi no tenía público; me alegraba enseñar en español a aquel público, elaborando análisis espaciales y problemas de ordenamiento territorial en el lenguaje de los antropólogos. Pude volverme a dar este gusto con otros públicos después, como lo veremos.

*¿Qué inseguridad?*

En 1995 apareció el problema de la inseguridad para las clases medias de la capital; desde entonces, no se ha resuelto aunque a partir del 2000 dejó de ocupar sin duda la parte esencial del discurso político. ¿De qué se trata? Creo que México ha sido siempre una sociedad violenta con cierta apariencia civilizada. Violencia en las clases altas ligada a los negocios y a la política, sea en las luchas clánicas o en los riesgos de chantaje contra altos personajes por grupos políticos extremistas o mafiosos. Violencia cotidiana en los medios rurales o urbanos pobres donde la autoridad de los jefes de familia, de los caciques y de los líderes se ejerce mediante la violencia en cuanto se le pone en duda: mientras los equilibrios permanecen más o menos estables, la violencia es tácita, pues no necesita ejercerse cuando los inferiores (mujeres, jóvenes, más pobres, más indígenas, etcétera) se mantienen su lugar. Fue en las capas medias urbanas donde nació la idea de una seguridad relativamente igualitaria, ejercida por el poder público, hasta volverse un derecho adquirido, no obstante una parte de violencia menor resultado de un abanico de corrupciones (en especial de la policía de tránsito). Dicha seguridad estaba más o menos garantizada según los momentos y las ciudades, y era un hecho en las colonias de clase media del D.F. desde los años cuarenta. Se quebró con la crisis de 1994: empobrecimiento más brutal que en 1982, esta vez sin amortiguadores sociales, y con la búsqueda de fuentes de ingreso por todos los medios para las capas medias bajas. Reconversión a la delincuencia de tiempo completo para cantidad de policías, sancionados y cesados precisamente por corrupción. Sin alcanzar para nada los grados de violencia aparecidos a veces en Bogotá o en Río de Janeiro (donde lo que está en juego es la vida de las víctimas, con mucha más frecuencia que en México), el robo con violencia se generalizó; algunas veces a domicilio, sobre todo en la calle, contra el peatón, el usuario del autobús o del taxi, y también contra el automovilista. Aproximadamente todos nuestros amigos fueron agredidos en carne propia alguna vez. Recordemos que unos meses antes la clase media urbana se traumó al descubrir que una guerrilla mediática y “limpia” pedía justicia para los indios de Chiapas. El deseo era que aquellos indios sobrevivieran como los portadores de “tradiciones” preciadas, que se pusieron de moda en Estados Unidos, en especial a partir de 1992, quinto centenario del “descubrimiento” de América. Había que comprometerse súbitamente para defender su particularismo comunitario, mientras que en el resto del país la preocupación principal era el establecimiento de una democracia moderna e individualista. Eran unos pobres muy estorbosos justo cuando se trataba de entrar en la modernidad del TLC. Y desde el descubrimiento de aquellos grandes problemas sociales, cada quien estaba concentrado en las preocupaciones de su seguridad cotidiana... Paradójicamente, el tema de la vida cotidiana fue objeto de escasos estudios<sup>8</sup> por parte de sociólogos, psicólogos o politólogos; de

<sup>8</sup> En la revista *Esprit*, núm. 11, 2002, p. 159, Gilles Bataillon plantea este punto.

hecho, los testimonios sobre el tema son sobre todo obra de extranjeros y se refieren a épocas en que la violencia era una realidad habitual, más en los medios pobres. Recordemos cómo causó escándalo Oscar Lewis cuando se tradujo *Los hijos de Sánchez*. Menos conocidos son dos trabajos suizos de los años ochenta, el de Jean Claude Bolay sobre sus experiencias de campo en Toluca<sup>9</sup> y el de Anne Dentan sobre las vecindades en México.<sup>10</sup>

### *¿Puebla o la Condesa?*

En el invierno de 1997-1998 de nuevo vivimos casi un semestre en México y de nuevo tenía yo que dar clases. Primero fue un curso de un mes en el Instituto Mora, en la “Cátedra Elisée Reclus”, para un público de investigadores de maestría de este instituto y del CIESAS, a quienes impartí en especial esa geografía sociocultural mexicana que tiempo atrás había retomado adaptándola. El Mora y el CIESAS solicitaban al mismo tiempo la enseñanza de la cartografía computarizada, tecnología entonces en pleno auge. Mi punto fijo fue más que nada Puebla. Me dio la pista un encuentro previo con el director de El Colegio de Puebla, el historiador Mariano Torres. Me propuso participar, a cambio de un sueldo, en el seguimiento de los estudiantes de maestría. En comparación con lo que vi en Zamora, El Colegio de Puebla era por lo menos frágil: una casona antigua bastante hermosa, en el centro de la ciudad, aunque vetusta y sin acondicionar; pocos estudiantes, en general sin becas de estudio y por ende teniendo que ganarse la vida, y la dispersión temática muy marcada de las investigaciones de tesis que intentaban echar a andar. Durante las vacaciones de fin de año, el director de pronto se fue becado a una universidad alemana y lo reemplazó un geógrafo que yo conocía, Luis Fuentes Aguilar, cuya evidente amabilidad no me permitió saber si era yo persona grata en medio de las dificultades que lo esperaban en este centro de investigación cuyo presupuesto había desaparecido misteriosamente. Tuve la impresión, mediante el contacto con los estudiantes y las pocas exposiciones que les presenté, que su interés era auténtico pero sin una línea de investigación que se pudiera canalizar. Françoise encontró el mismo interés al enseñarle a algunos de ellos los problemas franceses de la pedagogía de la historia. Nunca supe si El Colegio de Puebla sobrevivió; en el 2000, el edificio que conocí cerró por remodelación: nadie en el barrio sabía si la institución se había mudado. En cualquier caso, en aquella gran ciudad dotada de una universidad importante, flanqueada en el suburbio de Cholula de la Universidad de las Américas

<sup>9</sup> *Les migrants dans la ville: un cas mexicain. Toluca et sa région*, 1986, Peter Lang/Université de Lausanne-Faculté des Sciences Sociales et Politiques. Cuenta la intervención “definitiva” de un cacique local que puso fin a las encuestas del autor.

<sup>10</sup> *Entre ciel et terre, besoins et providences à México*, éditions d'en bas, Col. Nord-sud, Lausanne, 1987. En particular, el capítulo sobre el PRI, pp. 69-86.

(ex Mexico City College), El Colegio de Puebla tenía competidores de peso y a duras penas encontraba su lugar.

Pasábamos en Puebla sólo parte de la semana, quedándonos en el Hotel Colonial las más de las veces, en pleno centro; pues pronto nos acostumbramos al veloz autobús de la Terminal de Oriente del D.F. Nuestro alojamiento fijo en México era un departamento amueblado de la Condesa, en un pequeño edificio a dos pasos del Parque México (San Martín) y de sus fresnos. Un edificio Art Nouveau precioso y decrepito donde —decían— se hallaba el departamento de la familia del historiador Enrique Krauze, aunque nunca lo vimos. Era aún más atractivo vivir en la Condesa, en el corazón de México, que en Coyoacán; por lo menos durante unos meses. Las anécdotas sobre la inseguridad urbana eran muy reales, lo dijimos. Aunque respetábamos las recomendaciones (poco dinero en efectivo, sin llevar pasaportes, ni tarjetas de crédito ni objetos de valor), no nos preocupábamos. Un día un chofer de taxi nos aleccionó. No sólo lo detuvimos en plena calle y no en un sitio, tampoco verificamos sus placas ni su tarjetón ni que las puertas estuvieran cerradas. ¿Cómo era posible que esta pareja de extranjeros, poco jóvenes, que no parecían turistas, fuera tan inconsciente? La Condesa era ir a la Cineteca a ver películas mexicanas, comer en restaurantes muy variados (y todavía no sobreabundantes), frecuentar librerías, caminar, tomar el metro, el autobús, taxis, visitar el edificio Basurto para admirar la escalera más hermosa del mundo, peregrinar a la calle de Guanajuato (donde estuvo El Colegio de México), ir al mercado de la calle de Medellín. La colonia seguía acogiendo en departamentos aún no renovados un contingente de personas mayores de clase media: mexicanos, españoles, judíos centroeuropeos. Una felicidad compartida para desquitarnos de la jaula dorada de Las Lomas quince años antes: libre como puede serlo una pareja de parroquianos de México reintegrados a la vida cotidiana, para reencontrarse con la tortilla, el guacamole, el mole poblano, el tequila. Fue también la oportunidad de viajar, atrayendo a nuestra hija Cécile, por toda la península de Yucatán, y de que nosotros descubriéramos Tikal.

### *Otras estadias*

Durante una estadia más modesta de dos meses, en el otoño de 1998, continuamos con nuestra vida mexicana. Mi contacto profesional aquella vez fue con la Universidad de Chapingo que estableció centros de maestría en varias ciudades de provincia. Enseñé mi geografía a economistas y agrónomos durante unas semanas en San Cristóbal de las Casas. Me apasionó ver, ya no como turista, aquel corazón del Chiapas indígena. Vivíamos en Na Bolom, la casa de Franz Bloom y Gertrude Duby, que conocimos desde los años sesenta; era ahora una fundación cultural que seguía recibiendo huéspedes de pago. Habitación algo fría y solemne, en un jardín fuera de lo común. Iba a pie a dar clase en el límite de la ciudad y los estudiantes se desconcertaban porque no adornaba mi discurso con un marco teórico marxista,

aún vigente en aquella extraña universidad. Me aseguraron que el rector era elegido por la “comunidad” en su conjunto: investigadores, profesores y estudiantes, todos reunidos en un solo cuerpo electoral. El neozapatismo estaba presente por doquier en San Cristóbal, en todo caso como un folclor hecho de artesanías, carteles, etcétera. No parecía convencer en absoluto a mis estudiantes que nos llevaron a visitar cerca de San Andrés Larráinzar una implantación zapatista que parecía, a la distancia, un modesto colegio rural prefabricado, con una pequeña explanada para arrear la bandera. Custodiaba la puerta un muchacho con el rostro cubierto por un paliacate y armado con un palo; los “jefes” estaban ausentes y no podía autorizarnos la visita. A un kilómetro, sobre las alturas, un pequeño destacamento del ejército mexicano vigilaba este enclave. Gracias a estos estudiantes, comprendimos la crisis política de otras comunidades: elecciones cuestionadas y coexistencia de dos autoridades municipales o, si no, como en San Juan Chamula, expulsión por los “tradicionalistas” de sus adversarios neocatólicos, forzados a migrar a San Cristóbal. Con Juan Pedro Viqueira y su esposa Graciela hablábamos de muchos temas y sobre todo de política chiapaneca, de la que se sabían todos los chismes. El neozapatismo nos alcanzó incluso en Toulouse en el 2000 y volveremos a hablar de ello. Aquel otoño vimos de nuevo Tikal, y también Antigua, a la que nos trajo de vuelta un recorrido por el lago Atitlán. Cursamos un camino magnífico y vacío, nos informaron después que era tan tranquilo y vacío porque era inseguro... Aprovechamos también aquel año la acogida de El Colegio de San Luis para hablar de cartografía, y para visitar una retahíla de haciendas en dirección de Matehuala, la Sierra Gorda y sus conventos hasta Xilitla y sus jardines barrocos.

Dos años después, en el otoño del 2000, gracias a la Universidad de Chapingo di clases de nuevo a un público comparable al de San Cristóbal, aunque esta vez en Morelia. Ahí también era más fácil enterarse de realidades políticas de medias tintas que en la capital. En el centro, edificios muy deteriorados llevaban varias décadas ocupados ilegalmente por estudiantes que los administraban de manera comunitaria. La mayor parte de los lugares del centro estaban tomados por los ambulantes. No se trataba de comercios móviles sino de puestos fijos improvisados, custodiados de noche por aquellos comerciantes que se distinguían por ser parte de una corporación solidaria, por no pagar impuesto alguno y por competir con el comercio establecido: ¿ejemplo de una corporación mafiosa? Mis estudiantes desconfiaban del nuevo poder presidencial “liberal”, recientemente electo, en especial un hombre de más de cincuenta años que parecía un líder ideológico muy leído. Aquel año sacamos provecho del país haciendo turismo en la región del centro y también en Huatulco disfrutando de los arrecifes de coral: una larga espera en el pequeño aeropuerto hizo que presenciáramos por televisión la toma de posesión del nuevo presidente, Vicente Fox. La puesta en escena de un desayuno en un barrio pobre y el recogimiento en la basílica de Guadalupe contrastaban con el ritual del PRI, más formal, del ambiente de los tecnócratas de la economía.

Dos años después, cuando visitamos a nuestro hijo Gilles, investigador en el Cemca, tuve la oportunidad de retomar los lazos con el círculo universitario de la capital y con la biblioteca de El Colegio de México. Mediante el turismo retomamos el pasado, en Oaxaca, y descubrimos lo ignoto, ya fuera en el sitio austero y frío de El Catorce, lleno de peregrinos en noviembre o en el trópico amable de Jalisco en Tenacatita; de ahí, una breve visita al norte nos mostró un problema de ordenamiento territorial típico del litoral de aquellas zonas marginales. En una playa que visitamos en 1980 había entonces un hotel en construcción al que se llegaba por una brecha. Encontramos el hotel vacío y abandonado, fantasmal, con un camino y una pequeña pista de aviación, ambas prácticamente destruidas. Por un tiempo este hotel de lujo fue oficialmente lugar de filmaciones, aunque en realidad fue la discreta fachada del narcotráfico internacional hasta su clausura a la espera de la conclusión del juicio contra su propietario.

Cada viaje nos dio la oportunidad de medir a qué grado cada rincón de México está impregnado de la cultura de los inmigrantes: pequeñas agencias de viaje que ofrecen viajes directos en combi a tal ciudad de Estados Unidos, y transportan correo, pasajeros, mercancías o dólares. Y al lado de cada estación de carretera, la proliferación de los cafés internet.

#### NEOZAPATISMO EN TOULOUSE: EL COLOQUIO DE LA VERGÜENZA

Volvamos a Toulouse en la primavera del 2000. Estuve entre el público de un coloquio sobre Chiapas y Guatemala, ligado claro está a los problemas del neozapatismo. Lo organizó Thierry Linck y atrajo a politólogos, antropólogos y sociólogos de México, Guatemala y Francia. Entre los exponentes previstos, Henri Favre, Yvon Le Bot, René Poitevin, Rodolfo Stavenhagen. Linck ya apuntaba para suceder a Michel Bertrand en la dirección del GRAL y ésta era su prueba de fuego. Desde tiempo atrás el medio político de Toulouse incluye —recordémoslo— grupos extremistas, que sus detractores calificarían de arcaicos: estalinistas duros entre los comunistas, anarquistas o trotskistas fieles a sus orígenes, con vínculos históricos episódicos con la emigración republicana española y sus capillas, incluso con grupos extremistas en la España de hoy. Nuestro GRAL incorporaba dichas tendencias de manera hartamente compleja, aún más con la inserción de refugiados políticos latinoamericanos. Junto a universitarios moderados, con más frecuencia de izquierda que de derecha, de los cuales algunos pretendían ser anticonformistas,<sup>11</sup> la universidad y su entorno incluían algunos miembros de esta extrema izquierda francesa que reconocía su desilusión ante un régimen revolucionario en el poder sólo para entusiasmarse por otro. Antiguos

<sup>11</sup> Lo que me esforzaba por mantener como lo vimos en nuestra revista *Ordinaire Latino-américain*.

pro soviéticos vueltos pro chinos se volvieron o se mantuvieron pro castristas; en algunos casos hasta la fecha. Otros, desilusionados, dirigieron su entusiasmo hacia el sandinismo (y también su admiración por las guerrillas guatemaltecas o salvadoreñas), movimientos que por el 2000 no acarreaban más la esperanza de la revolución. Desde 1994, el neozapatismo era la nueva imagen de un movimiento de protesta a la vez no violento, protector de los pobres y fundado en los derechos “ancestrales” de las comunidades indígenas. Alain Touraine, prestigiado sociólogo especialista de los movimientos sociales y de la sociología-acción fue recibido y convertido en testigo privilegiado en el Tepeyac de los zapatistas, en compañía de Yvon Le Bot. Primero receloso del zapatismo, este último fue igualmente seducido: publicó un libro de entrevistas con Marcos<sup>12</sup> que sin duda presenta con simpatía al movimiento.

En cuanto internet anunció el coloquio en la Universidad de Toulouse le Mirail, un grupo militante pro zapatista lo llamó el “coloquio de la vergüenza”, porque para ellos aquel coloquio estaba en manos de los partidarios del neoliberalismo triunfal, lo que esta universidad de “izquierda” no debía tolerar. Este grupo alebrestó a la opinión en la Universidad de Toulouse le Mirail, haciendo un llamado al presidente de la universidad para que los obligara a renunciar al coloquio y proclamó que de ser necesario ¡impediría su desarrollo! Interrumpió en la universidad la conferencia pública de Rodolfo Stavenhagen, que tenía la reputación de ser favorable al gobierno mexicano priista. La solución a la que se llegó ante estos riesgos de presión, con el apoyo de las autoridades universitarias, fue la de un coloquio “cerrado”, organizado en un “castillo” a dos horas en coche de Toulouse. Al segundo día, una delegación visitó el coloquio: un puñado de estudiantes que encontró la huella del coloquio gracias a la insólita presencia en la proximidad de una combi de la gendarmería. Algunos de estos visitantes hablaban mejor español que francés, tal vez venían de Barcelona. Pudieron argumentar su oposición (color político equivocado o mala fe de tal o cual participante) antes de retirarse sin que se iniciara un debate. El coloquio se desarrolló normalmente aunque Yvon Le Bot, reconocido experto de Guatemala y del zapatismo, anuló su participación.

Ésta es la evaluación escrita que redacté justo después del coloquio; sin duda la última manifestación organizada por el GRAL, arriesgándose éste a tratar una cuestión sociopolítica amplia, cuando tantas reuniones universitarias cautelosamente agrupan sólo a especialistas que se apoyan mutuamente en su especialidad:

Después de participar en cinco sesiones del coloquio, me quedó una impresión muy positiva del contenido de comunicaciones, comentarios y diálogos. En particular muchos materiales de primera mano bien ubicados dentro las reflexiones generales. Las divergencias entre partidarios de derechos humanos individuales y partidarios de derechos colectivos relativos a “autonomías, costumbres”, etcétera, aparecieron claramente, pero en contextos

<sup>12</sup> *Le rêve zapatiste*, Le Seuil, 1997.

lo suficientemente precisos para entender que la antinomia abstracta se resuelve a veces en prácticas específicas que brindan soluciones.

Aun sin un equilibrio Guatemala-Chiapas por el número de comunicaciones, el hablar conjuntamente de ambos, sin duda cercanos y comparables, representa una aportación importante, incluso para sacar las consecuencias políticas de las diferencias entre un pequeño Estado evanescente y el pedazo evanescente de un Estado “fuerte” [...]

En cuanto al contenido político del coloquio, me pareció equilibrado por parte de los expositores que discutieron sin enfrentarse. Sin ser expositores, dos o tres políticos pertenecían claramente al bando “PRI-gobierno mexicano”, lo que debió llevar a o a un reequilibrio por aportación de políticos pro zapatistas, o a la exclusión de estos políticos.

En total, por lo menos en Francia, este coloquio es el único que se atrevió a abordar el tema Chiapas-Guatemala contemporáneos, en un nivel de “ciencias sociales” serio y sin temor de correr riesgos: para la Université du Mirail y para los GRAL-IPEALT valió la pena.

No se publicó nada de este coloquio. ¿Demasiado abierto?, ¿rico?, ¿variado?

Este último capítulo parecerá preocupado por las nostalgias suscitadas por los sucesivos regresos de aquellos franceses que descubrieron México en 1962. Tal vez se trata más bien de la pasión inversa: con un manojito de amigos—algunos recientes, otros antiguos— procurar entender cómo esta sociedad mexicana cambia cada vez más rápido sin por ello trivializarse.

Termino de escribir este libro y me parece una apología (entre otras) por una “especialización universitaria” sobre México y de manera más amplia sobre América Latina. ¿Cómo no encontrar alguna legitimidad en lo que ha sido mi ocupación durante más de cuarenta años? Dije en algún otro lado<sup>13</sup> que no tenía la vocación de ser geógrafo, aunque viví toda mi vida profesional en el núcleo de esta disciplina. Pude reflexionar de manera útil sobre ella porque la vi desde fuera; en cambio, tras el desgarramiento de abandonar África, México —y una complicidad con el continente latinoamericano— se volvió para mí un objeto de reflexión científica. El hecho mismo de que mis interlocutores profesionales en México, por lo menos hasta 1980, comprendiesen a muy pocos geógrafos y pertenecieran a todas las disciplinas me obligó a cuestionar constantemente mi estudio del territorio mexicano para dirigirme a personas que no fuesen de mi disciplina, principalmente antropólogos e historiadores. ¿Podría ser “francista” como me pretendo “mexicanista”? Sólo puede concebirse como una serie de especialidades culturales debidamente limitadas:

<sup>13</sup> *Pour la géographie*, Flammarion, 1999, 161 pp.

historiador de la pintura francesa del siglo XVI o de la poesía medieval, y no una Francia global vista por “las ciencias sociales”. ¿Puede un mexicano ser mexicanista? Sí, cuando es genial y escribe *El laberinto de la soledad*, o sólo cuando habla de su país en el extranjero para un público no especializado, cual un periodista en suma. Un tal Laurence Wylie escribió *Un village du Vaucluse*.<sup>14</sup> era indispensable ser extranjero para comprender que las relaciones interpersonales, la urbanidad, la educación, la política “a la francesa” son realidades específicas, interconectadas entre ellas. Sin duda es indispensable ser un extranjero, como lo soy, para ver algunas realidades mexicanas triviales. Tal vez los mexicanos necesitan mexicanistas y los latinoamericanos latinoamericanistas.

Sin duda los franceses son especialmente receptivos a algunas especificidades mexicanas: una fuerte afirmación nacional frente a Estados Unidos, una visión de la sociedad que rige el lema positivista Orden y Progreso, la laicidad, una legitimidad de lo revolucionario. También un modelo de desarrollo dirigido durante mucho tiempo por el Estado con una política de integración de los grupos indígenas. Y a la inversa, una legítima contestación de la identidad “revolucionaria” por parte de estos grupos indígenas. En las investigaciones sobre América Latina, incluso sobre el Tercer Mundo, en historia como en las ciencias sociales contemporáneas, México es un modelo obvio en el que por mucho tiempo el funcionamiento real del poder político fue un punto ciego.

En función de estas realidades, los franceses han procurado crear instituciones en México: la red de escuelas de la Alianza Francesa más poderosa del mundo, un instituto francés que se dio la vocación de cubrir América Latina desde un punto estratégico, la ciudad de México; un centro de investigación, el Cemca, que quiso centralizar las investigaciones realizadas desde Francia.

Desde los años noventa, la realidad de la investigación pasa por acuerdos bilaterales cada vez más descentralizados entre instituciones universitarias de países diversos, que sin duda siguen alimentándose de los presupuestos de los estados, aunque se negocian en correos electrónicos de múltiples dimensiones.

<sup>14</sup> Gallimard, 1968. El texto original fue publicado con el título *Village in the Vaucluse*, Harvard College, 1957.

*Un geógrafo francés en América Latina:  
cuarenta años de recuerdos y reflexiones sobre México*  
se terminó de imprimir en enero de 2008  
en los talleres de Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.,  
Presidentes 189-A, col. Portales, 03300 México, D.F.  
Formación: Gabriela Oliva Quiñones.  
Portada de Irma Eugenia Alva Valencia  
de la Dirección de Publicaciones de  
El Colegio de México.

¿Por qué México representó durante más de un siglo un modelo de “desarrollo”? ¿Cómo sus habitantes y sus territorios fueron puestos en escena ante todo por los antropólogos? ¿Cómo en el nuevo mundo las ciencias sociales se entretajan entre ellas de manera distinta que en Europa? ¿Cuáles son las propuestas sobre la sociedad mexicana y cómo se transforman en panoramas organizados? Partiendo de recuerdos, sobre todo de México, pero también de América Latina y Francia, y gracias a testimonios de amigos y colegas, de archivos públicos y privados y de publicaciones, el autor traza para la segunda mitad del siglo xx, el panorama de un México en el que participó de distintas maneras. Libro personal, cierto, pero también de historia colectiva. Claude Bataillon nos habla igualmente de figuras fundadoras –Paul Rivet o François Chevalier, Luis González o Luis Unikel. Bataillon nació en 1931, geógrafo, largo tiempo investigador en el CNRS (1966-1996), trabajó en México en el IFAL (1962-1965) y en el CEMCA (1982-1984), en Francia, en París (1966-1973) y después en Toulouse (1973-1996).

